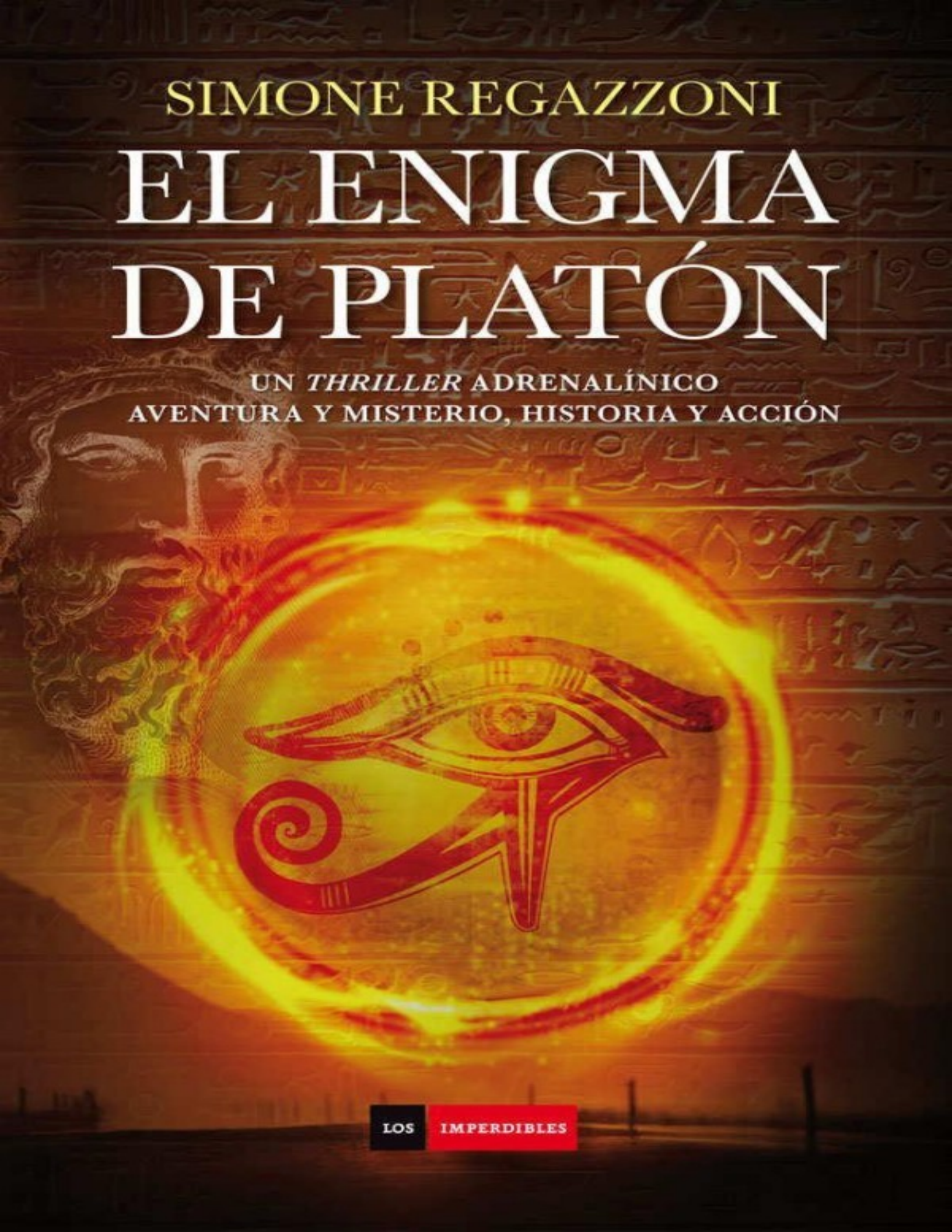
SIMONE REGAZZONI

EL ENIGMA DE PLATÓN

UN *THRILLER* ADRENALÍNICO
AVENTURA Y MISTERIO, HISTORIA Y ACCIÓN



LOS IMPERDIBLES

EL ENIGMA
DE PLATÓN

LOS IMPERDIBLES

SIMONE REGAZZONI

EL ENIGMA DE PLATÓN



Duomo edicior

Barcelona, 2015

Título original: *Abyss*

© 2014 Longanesi & C. S.p.a.
© 2015, de la traducción: por Montse Triviño González
© 2015, de esta edición: Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: octubre de 2015
Primera edición en formato digital: octubre de 2015

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore
Av. del Príncep d'Astúries, 20. 3º B. Barcelona, 08012
www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-16261-95-6
CÓDIGO IBIC: FA

Diseño de interiores:
Agustí Estruga

Composición ePub:
Grafime. Mallorca, 1, Barcelona 08014 (España)
www.grafime.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Para Julia y Micaela

Quien con monstruos lucha cuide de no convertirse a su vez en monstruo. Cuando miras largo tiempo a un abismo, el abismo también mira dentro de ti.

Friedrich Nietzsche, *Más allá del bien y del mal*

Es verosímil que ocurran cosas inverosímiles.

Aristóteles, *Poética*

No hay diferencia fundamental entre verdad y ficción.

Paul Veyne, entrevista, *L'Homme*

PRÓLOGO

Alejandría, Egipto, 1908

El jamsin, el viento cálido que soplaba desde el sudeste, no daba tregua desde hacía cuatro días: aumentaba de intensidad antes de la puesta de sol y azotaba la costa durante toda la noche, sepultando la ciudad bajo el manto rojo del Sahara.

Fritz se había despertado varias veces bañado en sudor, con la boca pastosa a causa del polvo. De nuevo la imagen de aquella extraña pirámide, azotada por el viento y sacudida por terribles explosiones: nítida, cristalina. Como si el sueño fuese una especie de vigilia. Lo había leído en uno de sus libros sobre el antiguo Egipto: la palabra *reset*, en la antigua lengua egipcia, significaba tanto «sueño» como «vigilia». Y la vigilia del sueño era el momento en que podían manifestarse los dioses, ya fuera en forma benigna o maligna.

Suspiró profundamente y se sentó en la cama.

–¿Estás bien? –Clara se apoyó en los codos, con los ojos apenas entreabiertos y el pelo pegado a la cara–. Has vuelto a hablar en sueños.

–Duerme, tesoro.

Le dio un beso en la frente y la arropó con la sábana. De la habitación de Rudolf no llegaba sonido alguno.

Fritz bajó a su estudio. Notaba, bajó los pies desnudos, la capa de arena que se había filtrado en la casa.

Un vaso de whisky tal vez lo ayudara a superar aquella noche. Tampoco faltaba mucho para el amanecer. Apoyó la cabeza en el

respaldo del sillón y encendió la lámpara de queroseno que estaba sobre la mesa. Bebió unos cuantos sorbos, despacio.

Y después la contempló, sumergida en la penumbra, con la mirada atenta para no perderse el más mínimo detalle. ¿Acaso radicaba allí el origen de su inquietud?

Ahuyentó aquella idea y volvió a observarla, con más atención.

Era magnífica.

Procedía del templo de Heliópolis y la habían recuperado unos canteros locales. Pintada de azul, ocre y oro, la máscara del dios no representaba un rostro humano, como era el caso de otras máscaras mortuorias, sino la cabeza de un gavilán. Era la máscara de Ra: el dios-sol del antiguo Egipto, surgido de las aguas de Nun, el océano primordial.

Se había gastado una fortuna para comprarla. De hecho, le había costado casi tanto como la lujosa casa a orillas del Mediterráneo, cerca de Alejandría, que había comprado poco después de abandonar Alemania.

Pero había valido la pena, se repetía cada vez que se quedaba absorto mirándola. Por otro lado, se lo podía permitir, pues la sociedad de importación y exportación de vinos que dirigía iba viento en popa.

Su pasión por los restos arqueológicos del antiguo Egipto había nacido casualmente cuando se había trasladado con su familia a Alejandría. Y no había tardado en convertirse en una obsesión. Poseer aquellos objetos lo hacía sentirse vivo; como si, a través de ellos, adquiriera una fuerza ancestral.

No le importaba que Clara no entendiera esa pasión, pues se contentaba con haber conseguido inculcársela a su hijo Rudolf, quien lo acompañaba siempre en sus expediciones a la caza de objetos antiguos. Durante esos viajes, que a veces duraban días enteros, Fritz le contaba a su hijo todo lo que había aprendido acerca de la cultura egipcia, cosa que infundía en el muchacho una gran admiración y curiosidad por aquel antiguo pueblo.

Rudolf también estaba presente el día en que, en la trastienda de una *ghorza* de El Cairo, su padre había comprado la máscara de Ra, el dios al que se consideraba el primer faraón, el creador del hombre y de la civilización egipcia. Fritz aún recordaba el estupor de Rudolf cuando habían abierto la caja que contenía la máscara: por su expresión, parecía como si estuviera contemplando con sus propios ojos al dios en persona, y no un cartonaje de papiro y yeso pintado con gran maestría.

La máscara medía un metro diez de alto por setenta centímetros de ancho. Fritz la había colocado sobre un pedestal de ébano, en un rincón de su estudio que daba al patio interior de la casa y no directamente al mar. No quería que el exceso de calor y de luz estropeara los pigmentos del rostro de Ra, que había permanecido enterrado bajo la arena de Egipto durante milenios.

Veneraba aquel objeto como si fuese sagrado.

Pensó en el futuro de su familia: tenía que preparar el regreso a Alemania, que había aplazado durante demasiado tiempo debido a su pasión. Pero, por mucho que amase Egipto, quería que su hijo, que estaba a punto de cumplir catorce años, cursara bachillerato en un instituto alemán y luego estudios universitarios. Era un muchacho de mente despierta y carácter fuerte. Llegaría a ser alguien en la vida.

El reloj de péndulo dio las cinco. Fritz se puso en pie y se acercó a la ventana. El viento había amainado y, bajo la luz del amanecer, podía vislumbrar la calle y, a lo lejos, el mar. La tormenta de arena se había acabado.

Bien, pensó Fritz, pues aquel día tenía varias tareas de las que ocuparse.

Devolvió la botella de whisky al mueblecito que estaba junto al escritorio y también el vaso, después de secarlo con un pañuelo. Se ajustó el cinturón del batín de seda y se encaminó a la puerta. Antes de salir, dedicó una última mirada a la máscara.

Estaba a punto de cerrar la puerta tras de sí cuando se detuvo y entró de nuevo en el estudio, como si hubiera olvidado algo. En

realidad, lo que ocurría era que había reaccionado con cierta lentitud ante algo que había visto.

Se acercó con paso vacilante a la máscara. Y apenas pudo creer lo que allí vio.

¿Otra pesadilla?

De los grandes ojos de Ra brotaban minúsculas gotas negras que dejaban un rastro en la tez de color ocre. Fritz tocó con el dedo índice una de aquellas gotas y, temblando, se la acercó a los labios.

No eran saladas, sino amargas.

No eran lágrimas milagrosas.

Era tinta.

–Es tinta negra, hecha de hollín, goma arábiga y agua –concretó, algunos días más tarde, el anticuario al que Fritz le había comprado la máscara–. No es algo habitual, desde luego, pero puede ocurrir. Sobre todo cuando aumenta el índice de humedad relativa, como en estos últimos días.

–¿Me está usted diciendo que el color de la máscara se deteriora? –le preguntó Fritz, preocupado.

–Desde luego que no. El color de la máscara no tiene nada que ver. Son gotas de la tinta utilizada en los papiros con que está hecha la máscara. Debido al calor y a la humedad, la tinta se ha licuado y ha aflorado a la superficie. Muchas máscaras mortuorias egipcias se componen de capas de papiro impregnado de yeso. Pero no se trata de papiro virgen, sino de papiro usado, escrito, que se reciclaba. Y ése es también el caso de la máscara de Ra.

Durante mucho tiempo, a Fritz le atormentó la duda de si debía conservar la máscara o desmontarla para averiguar qué textos contenían los antiguos papiros utilizados para construirla.

Una vez instalados de nuevo en Alemania se la regaló a Rudolf por su decimoctavo cumpleaños.

Ya decidiría qué hacer.

Pero Rudolf no hizo nada durante casi diez años.

El interés por la cultura egipcia que había cultivado de muchacho fue disminuyendo cuando inició sus estudios en la École Supérieure de Commerce de Neuchâtel, en Suiza. Luego llegó la guerra y los biplanos de combate Fokker D.VII pasaron a convertirse en la única pasión de Rudolf, que durante el último periodo del conflicto sirvió en el Escuadrón Bávaro 35b. La máscara que tanto amaba su padre permaneció durante años en el dormitorio de Rudolf, para después verse confinada a un rincón de su estudio.

Con el fin de la guerra, sin embargo, las cosas cambiaron. A la edad de veinticinco años, el pasado de Rudolf volvió a llamar a su vida, pero con un rostro nuevo e inesperado que marcó para siempre no solo su existencia, sino la historia del mundo entero.

En 1919, Rudolf se convirtió en miembro de la Thule Gesellschaft, una sociedad secreta de inspiración esotérica –y embrión del futuro Partido Nacionalsocialista– cuya cultura oculta acabaría por inspirar la ideología del Tercer Reich. En el transcurso de una de las primeras reuniones secretas de la Thule en las que tomó parte, Rudolf conoció a Johann Ott, papirólogo del Museo Egipcio de Múnich. No tardaron en hacerse buenos amigos y una tarde de otoño de 1919, tras una larga conversación sobre Egipto acompañada de whisky y puros, Rudolf le mostró a Johann la máscara de Ra y le contó la increíble historia de las lágrimas de tinta.

Johann, profundamente impresionado, empezó a hablar de inmediato de «señal de Ra», fomentando así la idea de un mensaje confiado a Rudolf desde las profundidades de la historia para que lo compartiese con un reducido círculo de iniciados. Para Johann no cabía la menor duda: la máscara de Ra estaba destinada a la Thule. Y tenían el deber de descifrar el mensaje.

Durante los días siguientes, Johann convenció a Rudolf acerca de la necesidad de desmontar la máscara para recuperar el mensaje contenido en los papiros que se habían utilizado para construirla.

Obtuvo el consenso necesario para proceder y, durante dos meses, se dedicó a la tarea de desmontar la máscara y descifrar los papiros.

Finalmente, el 13 de diciembre de 1919, un número reducido de miembros de la Thule se reunieron en una sala subterránea del Museo Egipcio de Múnich.

Además de Johann y Rudolf, estaban presentes Dietrich Eckart, Gottfried Feder, Hans Frank, Karl Harrer, Alfred Rosenberg, Rudolf Freiherr von Sebottendorf y un cabo austriaco del que Rudolf había oído hablar pero a quien no conocía personalmente: Adolf Hitler.

Tenían por costumbre organizar sus encuentros en el hotel Vier Jahreszeiten, pero aquella noche se reunieron en una sala de Museo Egipcio, cuyo techo estaba formado por bóvedas de arista y una columnata interior que la subdividía en tres naves. Al fondo de la nave central, iluminada tan solo por los rayos de luna que se filtraban a través de los grandes ventanales de la izquierda, se hallaba un colosal busto de Tutankamón, de más de dos metros de altura. Colocado sobre un pedestal de granito, el soberano egipcio presidía una larga mesa cubierta por una tela negra.

De pie bajo el busto de Tutankamón, justo detrás de la mesa, Johann Ott esperaba a los demás miembros. Para la ocasión, lo mismo que el resto de adeptos, vestía una túnica negra con capucha. Se disponía a oficiar la que, a todos los efectos, era una ceremonia iniciática, durante la cual se revelaría a los miembros de la Thule un secreto que los elevaría por encima del resto de los mortales.

Los ocho adeptos se situaron en torno a la mesa, dispuestos a recibir las revelaciones.

Johann Ott, que había desplegado los papiros y había esbozado una primera traducción del texto, retiró la tela negra.

–Lo que tienen ante sus ojos, señores, es el descubrimiento más importante de la historia de la humanidad.

Iluminados por la luz de la luna, aparecieron cinco fragmentos de papiro, extraídos de un rollo de unos cuatro metros y medio de largo y unos cuarenta centímetros de ancho.

–¿De qué se trata? –preguntó Rudolf, visiblemente emocionado.

–Son las doctrinas secretas de Platón, de las que se habla ya desde la antigüedad. Pero, en realidad, estas doctrinas no pertenecen a Platón: son la traducción al griego de un antiquísimo texto sagrado, escrito en lengua egipcia, en el cual se transmitía un saber arcaico que se remonta al primer y misterioso pueblo que apareció en la tierra: los Grandes Antiguos.

Como si se hallara en trance, Johann empezó a recitar el texto del papiro, primero en griego antiguo y luego en alemán.

Cuando hubo terminado, invitó a los adeptos de la Thule a acercarse a los papiros y, uno tras otro, fue dando la vuelta a los fragmentos muy despacio, igual que se descubren las cartas de una mano ganadora. En la parte posterior figuraba el dibujo de algo que, hasta ese momento, nadie había visto ni imaginado jamás.

Se produjo un largo silencio. Todos tenían la mirada clavada en los papiros. Dietrich Eckart los rozó con un dedo, como si quisiera convencerse de que eran reales.

Finalmente, Rudolf reunió valor.

–Los adeptos de la Thule serán los guardianes de ese antiguo saber. Las doctrinas secretas de Platón se convertirán también en las doctrinas de la Thule Gesellschaft.

Los demás adeptos asintieron.

A excepción del cabo austriaco, que hasta ese momento no se había acercado a la mesa.

Adolf Hitler se quitó la capucha y avanzó. Tenía una mirada endemoniada. Sus palabras, agudas y rabiosas, resonaron en las naves de aquella gran sala.

–Éstas no son ni serán jamás las doctrinas de la Thule. Las doctrinas de los Grandes Antiguos serán las doctrinas ocultas del nuevo Reich milenario.

Berlín occidental

Alemania, 17 de agosto de 1987

Sanders se despojó de la mascarilla y encendió un cigarrillo con dedos temblorosos. Aspiró a pleno pulmón una bocanada de humo como si fuera oxígeno puro para su mente, enturbiada por el cansancio. Apagó el aire acondicionado, pues le dolía tanto la cabeza que cualquier ruido le parecía insoportable. Pero no fue una buena idea. A las cuatro de la madrugada, los pájaros que poblaban el bosque que rodeaba la base armaban un alboroto infernal.

Con gran trabajo, consiguió engullir dos pastillas de simpamina. Su rostro, reflejado en la puerta del mueblecito de acero, era una máscara fúnebre. Tenía ojeras y una sombra de barba oscura que le cubría el mentón y las mejillas hundidas.

El doctor Thomas Sanders, oficial médico del ejército estadounidense por el mando aliado, había pasado una noche difícil: al llamado prisionero número uno lo habían transportado con carácter urgente al hospital militar de la base de la cárcel de Spandau.

Construida en 1876, la cárcel era un imponente edificio de ladrillo rodeado por tres círculos de muro perimetral y provisto de nueve torres de guardia, dos de ellas situadas a ambos lados del portón de entrada. Nacida como prisión militar, a partir de 1919 se había usado también para albergar a prisioneros civiles. Tras la Segunda Guerra Mundial, se había convertido en cárcel para los criminales de guerra nazis condenados por el tribunal de Núremberg.

Desde la primera vez que había cruzado el umbral de la cárcel, alzando la mirada en dirección a las dos grandes torres almenadas, Sanders había pensado que aquel edificio se asemejaba a un gran castillo medieval: un lugar perfecto para albergar el espectro del Mal que la victoria aliada y los juicios de Núremberg no habían conseguido exorcizar. Si bien tenía cabida para más de cien detenidos, las celdas ocupadas hasta 1966 no habían sido más que siete, igual que el número de nazis condenados a cumplir allí su condena: Rudolf Hess, Walther Funk, Erich Raeder, Albert Speer, Baldur von Schirach, Konstantin von Neurath y Karl Dönitz.

Todos los prisioneros, incluidos los condenados a cadena perpetua, habían salido de Spandau antes de 1966.

Todos, menos uno. El prisionero que había vivido solo en aquel enorme castillo durante veintiún años. Hasta la noche del 16 de agosto de 1987, cuando Sanders recibió una llamada telefónica que ponía sobre aviso al hospital militar. La vida del prisionero número uno corría peligro. Había que trasladarlo de urgencia a la base del mando aliado. Las órdenes eran claras: salvar al prisionero. Al precio que fuera.

El paciente había llegado en condiciones gravísimas: estado de coma provocado por una hemorragia subaracnoidea. «El rey»: ésas eran las últimas palabras que había conseguido pronunciar, mientras lo trasladaban de la cárcel al hospital. Los paramédicos se lo habían contado a Sanders, pero éste no había concedido demasiada importancia a los delirios de un moribundo.

A las 23.35 de la noche anterior, bajo la mirada inquieta de los miembros del equipo médico, Sanders no había tenido más remedio que decretar la muerte cerebral del prisionero.

En ese momento ya casi amanecía; el timbrazo del teléfono retumbó en la cabeza de Sanders como la explosión de una granada.

Cerró los ojos con fuerza y se pasó una mano por el pelo, muy corto, al tiempo que separaba los dedos y los hundía en el cuero cabelludo. Después se acercó al teléfono y descolgó el auricular.

Se estaba jugando la carrera, puede que incluso algo más.

No tuvo tiempo de hablar.

–Dígame que aún está vivo.

Sanders no tenía ni la más remota idea de quién se encontraba al otro lado de la línea. Podría haberlo mandado al diablo o haber colgado, pero le convenía ser prudente. En los últimos tiempos, una unidad especial de la que casi nadie sabía nada se ocupaba directamente del prisionero número uno… y sus integrantes tenían la costumbre de dar órdenes a diestro y siniestro sin molestarse siquiera en identificarse.

–¿Quién es usted? –dijo Sanders.

Intentó mantener cierta dignidad, pues no le gustaba mostrarse servil.

–Soy el que le enviará a limpiar las letrinas de los hospitales militares hasta el fin de sus días si no me responde de inmediato.

–Lo estamos controlando –dijo Sanders, con una voz que le temblaba de rabia.

–Quiero saber si está vivo o muerto.

–Ya, pues no es fácil decirlo. Clínicamente, creemos que está muerto.

–¡Hatajo de inútiles!

–Espere…

–¡Acabarán todos ante una corte marcial!

Thomas permaneció en silencio un instante, hasta que reunió valor para hablar.

–Recibimos señales –dijo.

–¿Cómo?

El tono de la persona que estaba al otro lado de la línea había cambiado, de modo que Sanders recobró un poco de seguridad en sí mismo.

–Desde hace una hora aproximadamente recibimos extrañas señales del cerebro del prisionero. Proceden de la amígdala cerebral, a intervalos de ocho minutos.

–¿Eso significa que aún está vivo?

–No lo sabemos con seguridad. Estamos realizando algunas pruebas, pero aún no sabemos qué está ocurriendo. No he visto nada parecido en toda mi vida, pero…

Vaciló. Sabía que su futuro pendía del hilo de aquella increíble historia.

–Es como si el prisionero estuviera intentando comunicarse –concluyó.

Le pareció escuchar un suspiro de alivio al otro lado de la línea.

–Estaré ahí con un equipo de cuatro hombres dentro de quince minutos. Estén preparados. A lo largo del día, procederemos a

trasladar al prisionero a la base aeronaval de Cayo Hueso, en Florida.

–Pero no está en condiciones de viajar. Podría…

–¿Morir? Por eso mismo nos acompañará usted. Para evitar que muera por segunda vez.

Dos días más tarde, la cárcel en la que el prisionero número uno había pasado los últimos cuarenta años fue demolida por completo y los escombros arrojados al mar del Norte.

The New York Times, 18 de agosto de 1987

Rudolf Hess, el delfín de Hitler, el hombre que durante la Segunda Guerra Mundial se lanzó sobre Escocia en paracaídas en un intento de concluir un tratado de paz entre Inglaterra y la Alemania nazi, murió ayer en Berlín occidental.

Tenía 93 años. Había nacido en 1894 en Alejandría, Egipto, donde residió con su familia hasta la edad de catorce años.

Desde 1947 permanecía recluido en la cárcel de Spandau, en Berlín occidental. En los últimos años, se había convertido en el único prisionero de la cárcel. Con la muerte de Hess, los oficiales aliados han declarado que la prisión de Spandau quedará clausurada. Algunas fuentes sostienen que será demolida para evitar que se convierta en un lugar de culto para los neonazis.

Varios psiquiatras británicos y estadounidenses sostienen que Hess estaba loco, basándose en su relación con la astrología, en su paranoia y en sus lagunas de memoria. Esa pasión por la astrología se convirtió en una auténtica obsesión durante su reclusión en la cárcel de Spandau. En una fotografía tomada en su celda, se aprecian gigantografías de la Luna y de la Tierra colgadas de las paredes.

Hess no declaró en Núremberg y ni siquiera pareció interesado en el proceso. A ratos leía un libro y a ratos escuchaba algún testimonio, pero la mayor parte del tiempo parecía absorto en sus propios pensamientos.

En su libro *La cara del Tercer Reich*, Joachim C. Fest escribió que mientras Hess permanecía recluido en la torre de Londres escondía trozos de papel por toda la estancia y, de vez en cuando, se tumbaba con los dedos en las orejas, mientras reía y decía: «Estoy pensando».

Fosa de las Marianas, océano Pacífico, 2012

En el Museo Naval de la marina estadounidense, en Washington, se encuentra expuesto el batiscafo *Trieste*, que el 23 de enero de 1960 alcanzó la profundidad récord de 10.898 metros: el punto más profundo del planeta, en el extremo sur de la fosa de las Marianas. El teniente Reeves lo había visto por primera vez a la edad de once años. Había acariciado la superficie lisa de la esfera de trece toneladas y dos metros de diámetro sujeta a la parte inferior del batiscafo, donde habían viajado los dos miembros de la tripulación. Su padre le había contado que las paredes, de 12,7 centímetros de grosor, forjadas y templadas en aceite en las acerías de Terni, Italia, eran capaces de soportar una presión de 1,25 toneladas por centímetro cuadrado.

Reeves recordó aquel día mientras se dirigía hacia el abismo.

Estaba descendiendo más allá de cualquier profundidad alcanzada jamás. Y sabía el riesgo que corría.

En una columna de aire de diez mil metros de altura, el peso por centímetro cuadrado de superficie es de un kilo. Si uno se encuentra sumergido en la oscuridad de una fosa oceánica, a diez mil metros de profundidad, el peso aumenta hasta una tonelada por centímetro cuadrado.

Dicho de otra manera, que un hombre está jugando con su suerte.

O con la muerte.

Porque, de un momento a otro, las toneladas y toneladas de agua podrían reducirlo a papilla con la misma facilidad con que un elefante aplasta un vaso de papel.

Reeves procedió con lentitud, pues la corriente en aquel punto era fuerte. Entrar en contacto con las paredes del abismo no era precisamente aconsejable, a aquella profundidad. Cualquier daño en la estructura exterior podría haber provocado que el casco se colapsara sobre sí mismo debido al peso de la presión. A pocos

metros de él otro batiscafo, el *Nautilus II*, se movía silenciosamente entre abismos.

De la tormenta que arreciaba en la superficie no les llegaba ni el eco, pues allí reinaban el silencio y la oscuridad. Se encontraban en el fondo de la fosa de las Marianas. Pero lo que para el batiscafo *Trieste* había sido el punto de llegada, para ellos era sólo el punto de partida. Estaban allí para sumergirse en el abismo que, tras el terremoto que había devastado Japón en 2012, se había abierto en el fondo de la fosa de las Marianas. La profundidad estimada de la nueva fosa era de 56.000 metros. Una inmensidad. Un desafío imposible para cualquier batiscafo conocido. Pero el *Nautilus I* y el *Nautilus II*, dos modelos del mismo batiscafo construidos con materiales diferentes, habían sido diseñados y probados para inmersiones en hiperprofundidad. Aquélla era la primera prueba en un escenario natural.

–Guardiamarina Blade, ¿listos para descender al infierno?

–Procedamos.

–Te noto de lo más entusiasta –se burló Reeves, para aliviar la tensión.

–Ya sabes lo que pienso.

–Sí, piensas que Cox está loco, pero te equivocas.

–Lo único que le importa a Cox es ver si sus juguetitos funcionan. Tendríamos que haber dedicado más tiempo a probar los materiales.

–La fosa podría cerrarse en cualquier momento.

–Sí, con nosotros dentro.

Una descarga electrostática perturbó la comunicación.

Reeves no replicó. Conocía lo bastante bien al guardiamarina Blade como para saber cuándo tenía ganas de discutir. No era el momento adecuado. Tenían que concentrarse únicamente en su misión.

Reeves llegó al borde del abismo, una hendidura de mil metros de largo y unos seiscientos de ancho, que descendía hasta casi sesenta mil metros de profundidad. Sin embargo, lo verdaderamente

impresionante no era el abismo en sí, sino los ríos de arena y detritus que se precipitaban a su interior. El fondo arenoso de la fosa de las Marianas, barrido por fuertes corrientes, caía de hecho en el abismo como una enorme cascada. Era como encontrarse ante unas cataratas del Niágara bajo el agua.

Reeves respiró hondo, empujó la palanca hacia delante e inició el descenso. Blade, al mando del *Nautilus II*, lo seguía a unos veinte metros. Mientras descendían, la visibilidad se fue reduciendo progresivamente hasta quedar limitada a unos pocos metros. En la fosa que avanzaba hacia los abismos flotaban suspendidos muchísimos sedimentos. El descenso no fue precisamente inspirador, pero en conjunto resultó tranquilo. Tras unos cuantos miles de metros, dejó de notarse el efecto de las corrientes; la arena y los detritus que se hundían en el abismo, iluminados por los faros de los batiscafos, recordaban una lenta nevada en una noche de invierno sin viento. Reeves y Blade avanzaron en silencio, sumergidos en aquel panorama irreal. Tardaron casi tres horas en alcanzar la profundidad de 40.000 metros.

Y allí, de repente, todo cambió.

La oscuridad que hasta hacía un momento los había rodeado, empezó a aclararse poco a poco. Como si estuvieran emergiendo. Bajo ellos, las paredes del abismo se prolongaban hasta desaparecer. La luz, antes tenue, se iba volviendo más intensa. En torno a los batiscafos se materializaron formas de vida subacuática nunca vistas: de repente, un banco de peces ahusados, parecidos a las anguilas pero más regordetes y completamente transparentes, rodearon los dos batiscafos como una nube, atraídos por las luces, y los acompañaron en el descenso. En el interior de su organismo, se distinguía una luminiscencia anaranjada que parpadeaba como la luz de las luciérnagas.

–¿Estás grabando? –le preguntó Reeves a Blade.

El brazo provisto de videocámara submarina del *Nautilus I* había dado algún que otro problema durante el descenso, así que le tocaba a Blade documentar aquella hazaña.

–Tranquilo, tengo tu culo en primerísimo primer plano, rodeado de miles de lucecitas anaranjadas.

Blade había recuperado el buen humor, pues aquel espectáculo era realmente fantástico.

La fosa los había introducido en un amplio espacio subterráneo, parecido a una inmensa caverna cuyas paredes no se veían. En el fondo, a casi 55.000 metros de profundidad, se distinguían en cambio una serie de volcanes que arrojaban lava: eran aquellas coladas las que iluminaban el agua, junto a formaciones similares a enormes esponjas que cubrían el fondo arenoso y emitían una luz azulada. La impresión que producían era la de estar aterrizando en otro planeta.

–¿Y eso qué diablos es? –preguntó Blade.

–No tengo ni la más remota idea.

–Me acerco para grabar mejor.

–Sí, pero ten cuidado.

–Claro, mamá, no te preocupes.

Reeves sonrió mientras contemplaba el *Nautilus II*, que se acercaba lentamente al fondo. La temperatura del agua había aumentado hasta los dieciséis grados y los detectores indicaban que era rica en oxígeno. El único dato singular eran ciertas radiaciones que señalaba el ordenador de Reeves, pero que no conseguía identificar. Ya se ocuparían los de la base de Fais, que seguían la misión paso a paso. Los ordenadores de a bordo de los batiscafos enviaban los datos a unas sondas que habían sido lanzadas a diversas profundidades durante el descenso y éstas, a su vez, los reenviaban a la nave de apoyo que lo transmitía todo a la base.

Mientras controlaba el descenso del *Nautilus II*, Reeves se dio cuenta de que la actividad de uno de los volcanes había aumentado de repente. No quería alarmar inútilmente a Blade, que estaba explorando el fondo, pues se habría burlado de él por los siglos de los siglos. Así pues, lo que hizo fue acercarse para observar mejor la actividad volcánica.

Descendió otro centenar de metros. La temperatura del agua estaba aumentando. Rápido. Demasiado rápido.

El flujo de magma que salía del cráter y de las bocas laterales se volvió más abundante. Y entonces, de repente, empezaron las explosiones: fogonazos de luz de un intenso color naranja, acompañados de estallidos parecidos a los que despedían las bombas de profundidad. Varias columnas de vapor surgieron del fondo.

–Blade, retrocede enseguida, es demasiado peligroso. De un momento a otro podría desencadenarse un terremoto submarino. Tenemos que subir inmediatamente.

–Recibido. Subo.

–Vale, yo voy a comunicar…

Una nueva explosión, más potente que las anteriores, interrumpió las comunicaciones.

–¿Reeves? ¿Reeves, me oyes? ¡Reeves!

Una descarga electrostática. Y, luego, la voz de Reeves.

–Sí, te oigo, Blade. No te estarías preocupando por mí, ¿verdad?

Reeves apenas tuvo tiempo de oír la carcajada de Blade y de cerrar la comunicación, cuando sucedió lo peor.

Fue en cuestión de pocos segundos.

Ni Reeves ni Blade tuvieron tiempo de comprender lo que estaba ocurriendo. Al menos hasta que por la pantalla del *Nautilus II*, que transmitía las imágenes tomadas por la telecámara exterior, pasó un compacto amasijo de chatarra que descendía hacia el fondo como un enorme pedrusco, dejando tras de sí una estela de burbujas.

Blade lo observó posarse sobre el fondo en mitad de una nube de polvo azulado.

El *Nautilus I* había implosionado.

Y el teniente Reeves había muerto aplastado por la presión.

Seis horas más tarde

–Cuatro minutos para la llegada.

La voz del piloto del Seahawk resultaba apenas audible. La amortiguaba el ruido del rotor, al máximo de potencia para contrarrestar la fuerza del viento, que había aumentado a veinticinco nudos.

El capitán Cox asintió, con una expresión impasible que no dejaba traslucir la tensión acumulada durante el día en que el proyecto secreto *Abyss* había estado muy cerca de fracasar. El profesor Jenkins, con los ojos cerrados y las manos desesperadamente aferradas a los brazos del asiento del helicóptero, no pareció oír las palabras del piloto.

Estaba demasiado ocupado rezando.

No porque fuera un hombre religioso; más bien porque estaba aterrorizado.

Su papel de astrofísico no incluía la acción sobre el terreno. Había pedido que ese detalle se especificase muy claramente en su contrato cuando había aceptado dejar el MIT de Boston para colaborar con una agencia secreta vinculada al Pentágono. Aquel día, sin embargo, las cosas no habían salido como estaba previsto y a Jenkins lo habían obligado a la fuerza a subir al Seahawk.

–Siempre nos puede ser útil –le había dicho en tono sarcástico Cox, mientras dos energúmenos sujetaban a Jenkins al asiento del helicóptero.

Habían dejado la base operativa de la isla de Fais una hora antes, poco después del accidente.

Tenían ya a la vista el *USS Abraham Lincoln*, una enorme isla de acero azotada por la lluvia y el mar embravecido.

Mientras viraban para preparar el aterrizaje, Cox lo vio. Mejor dicho, vio lo que quedaba del *Nautilus I* sujeto a la popa del portaaviones mediante una red de cables de acero.

El Seahawk aterrizó sin demasiados problemas en el puente del *USS Abraham Lincoln*.

Cox descendió sin esperar siquiera a que parase el rotor. Ni el viento ni el aire que desplazaban las palas del helicóptero al irse

parando parecían molestarle.

Una recluta se le acercó apresuradamente para llevarle un paraguas.

Cox lo abrió y luego sacó un Partagas Short del estuche de cuero que guardaba en el bolsillo interior de la chaqueta. Utilizó los dientes para cortarle la punta, con la misma precisión que si hubiera usado un cortapuros de guillotina, y luego lo encendió al tiempo que lo hacía girar lentamente.

Permaneció inmóvil, con la vista fija ante sí. Era un gigantón de metro noventa y cinco por ciento diez kilos de músculo. Y no le gustaban, precisamente, los motes relacionados con su corpulencia ni con el color de su piel. El último hombre que había tenido la desafortunada idea de llamarlo «gigante negro», en un bar de Cayo Hueso, había permanecido una semana en coma y había sufrido daños cerebrales irreversibles. Y podía considerarse afortunado, porque aquella noche Cox estaba de buen humor y se había controlado bastante.

Blade había demostrado mucho valor, pensó.

Descender a 50.000 metros de profundidad para enganchar los restos del *Nautilus I* y llevarlos a la superficie no tenía que haber sido precisamente un paseo.

Fue entonces cuando Cox sonrió, al tiempo que hacía girar el puro de un lado a otro de la boca, para después sujetarlo de nuevo con los dientes.

Había sacrificado al teniente Reeves, uno de sus mejores hombres, reclutado el año anterior.

Pero el *Nautilus II* había superado la prueba y el soldado Blade había demostrado tantas aptitudes como valor: y eso era lo único que importaba.

Entretanto, Jenkins había conseguido descender y estaba ya protestando mientras trataba en vano de abrir el paraguas que le habían entregado. Cox le lanzó una mirada gélida.

–Bienvenidos a bordo.

El comandante Wilder los estaba esperando en el puente, bajo la lluvia.

Cox no dijo nada, se limitó a asentir. El comandante Wilder habría preferido no recibir la visita de Cox, lo mismo que habría preferido no participar en aquella misión. Pero al mal tiempo buena cara: Cox estaba al mando de una unidad militar secreta que, en la práctica, era una especie de ejército dentro del ejército. Eran muchos los que conocían su existencia, pero nadie –excepto unos pocos hombres elegidos entre sus propios miembros– sabía exactamente en qué consistía la unidad, ni qué clase de tareas desempeñaba. Como muchas unidades antiterroristas, operaba en secreto, a menudo bajo una tapadera o en la clandestinidad, pero con un nivel de discreción que ni siquiera la más secreta de las fuerzas especiales estadounidenses –el United States Naval Special Warfare Development Group, más conocido como SEAL Team Six– había alcanzado jamás.

También su nombre era secreto o puede que ni siquiera existiera. Los nombres altisonantes y las siglas llaman la atención, generan especulaciones, desbocan la imaginación. Si algo no tiene nombre, sencillamente no existe. El nivel de cobertura con que trabajaba la unidad de Cox hacía que no figurase oficialmente en ninguna parte, que no tuviera sede ni efectivos. Nadie podía elegir formar parte de esa unidad: eran ellos quienes contactaban con militares o civiles, ellos quienes los entrenaban y asignaban misiones acerca de las cuales sólo se les facilitaba la mínima información indispensable para llevarlas a cabo. Y lo mismo había sucedido con Jenkins, Reeves y Blade. Sólo había una cosa cierta: las exigencias de la unidad tenían siempre prioridad absoluta. Y el hecho de que el reglamento militar y las cadenas de mando oficiales no contemplasen la posibilidad de recibir órdenes de una unidad secreta, no cambiaba absolutamente nada. Una parte esencial de la maquinaria de defensa estadounidense se basa en reglas no escritas que prevalecen sobre todo.

El comandante Wilder invitó a sus dos huéspedes a acompañarlo a su camarote para tomar un café calentito. Un gesto de cortesía, además de un intento de comprender mejor qué había sucedido allí abajo. Jenkins sintió alivio: una buena taza de café era justo lo que necesitaba para recuperarse después de un vuelo de pesadilla.

Cox observó fijamente a Wilder.

–¿Quiere saber dónde puede meterse el café, capitán? Llévenos al *Nautilus I*, ahora.

No era una orden, era una amenaza. Wilder obedeció, pues no le quedaba más remedio.

–Síganme.

El comandante cruzó el puente azotado por el viento y luego se dirigió a la popa de la embarcación.

Cuando se encontraron justo delante de lo que quedaba del *Nautilus I*, Cox le indicó por señas al comandante que los dejara solos. Se acercaron al amasijo de chatarra y goma, azotado por la lluvia. Jenkins sacó de su mochila una especie de tableta, secó la pantalla con un pañuelo y tecleó algo. Después rodeó la chatarra en que se había convertido el *Nautilus I*. El comandante Wilder, que los observaba desde lejos, creyó que estaba filmando. En realidad, lo que Jenkins tenía en las manos no era una tableta con videocámara, sino la última versión digital de un contador Geiger, es decir, un instrumento para medir la radiación.

Cox esperó sin decir nada. Al cabo de unos diez minutos, Jenkins guardó de nuevo el contador Geiger en la mochila y se le acercó. Tenía los cristales de las gafas cubiertos de gotitas de lluvia y parecía más inquieto que de costumbre. Movía las manos con nerviosismo, al tiempo que repetía una y otra vez «Increíble, increíble».

–Cálmese usted y deje de gesticular o lo arrojo al agua ahora mismo. Y ahora, dígame qué ha ocurrido.

La voz de Cox, como de costumbre, era grave y tranquila, pero conseguía helar la sangre. Jenkins tragó saliva.

–Daño estructural causado por la radiación –dijo.

Cox siguió observándolo en silencio, al tiempo que entornaba ligeramente los párpados.

–Entre los efectos de los rayos gamma, se incluye un aumento de la fragilidad y un debilitamiento en el esfuerzo de los materiales afectados por las radiaciones. Antes de acabar destruido, el ordenador de a bordo del *Nautilus I* ha registrado una cantidad anómala de rayos gamma, pero pensaba que se trataba de un error. Y resulta que no, que los datos son correctos.

–Vaya al grano, Jenkins.

–Una serie de rayos gamma presentes en la fosa han provocado una variación en el esfuerzo crítico del revestimiento del *Nautilus I*. Dicho de otra manera, han debilitado el revestimiento de material plástico, lo cual ha provocado el colapso de la estructura.

–¿Por qué no le ha ocurrido lo mismo al *Nautilus II*?

–Porque el revestimiento del *Nautilus II* no es sensible a ese tipo de radiaciones.

En el rostro de Cox apareció una mueca.

–Ésa es una excelente noticia.

–Sí, pero resulta que…

Cox volvió a observar fijamente el semblante térreo de Jenkins.

–La presencia de radiaciones gamma avala en realidad mis hipótesis sobre el origen de la anomalía en el Atlántico sur. Después de la fuente H, ésta es la segunda confirmación que encontramos. Para estar del todo seguros, aún tendríamos que…

Jenkins estaba a punto de añadir algo más cuando, tras ellos, oyeron unos cuantos gritos. Se volvieron los dos para ver qué estaba ocurriendo. Se había producido una breve riña entre dos personas que se hallaban en el puente. Una de esas personas estaba en el suelo, mientras la otra, vestida con mono de buzo, avanzaba hacia ellos con paso decidido.

Cox arrojó el puro al suelo y lo aplastó con el tacón del zapato. Después empezó a dar palmas, en un lento aplauso.

Jenkins lo observó y después se concentró de nuevo en la persona que en esos momentos se estaba acercando.

–¿Sabe usted quién es, capitán?

Una ráfaga de viento y lluvia barrió el puente.

–Alguien que en este momento quiere asesinarme.

–Y entonces… ¿por qué aplaude usted, capitán?

–Porque después de lo que acaba usted de decir sobre las radiaciones, profesor Jenkins, el guardiamarina Blade es también la única persona capaz de salvar al mundo.

PRIMERA PARTE
Ágrapha dógmata

No se puede dudar del hecho de que Platón, aparte de las informaciones verbales recibidas de los sacerdotes egipcios, consiguiera también ver con sus propios ojos los libros filosóficos y doctrinales de dichos sacerdotes. Los *ierogrammati* Saconiate y Secnufi, sus fundadores, tuvieron que mostrarle esas valiosas obras. Es cierto que Platón obtuvo de los sacerdotes egipcios mucha más información que la mayor parte de los demás filósofos griegos; conocía bien sus doctrinas cosmogónicas y psicológicas y, puesto que le habían sido comunicadas como secretos que incluso el vulgo de los hombres instruidos era indigno de conocer, Platón las conservó en su ánimo como misterios sagrados, se abstuvo de comunicarlas en forma de doctrina escrita, habló con prudencia de ellas y no las recordó en su obra más que con frases enigmáticas y algunas veces ininteligibles para cualquiera que no fuese él mismo. Deja sin embargo intuir, o incluso lo explica claramente, que en sus escritos predominan las doctrinas egipcias.

Jacques-Joseph Champollion-Figeac, *Egipto Antiguo*

1

Al norte de la Ruta del Pacífico,
California, octubre de 2014

Iba a pedirle que se casara con él: de madrugada, en la playa de Huntington Beach, catorce kilómetros de fina arena entre Seal Beach y Costa Mesa.

No era una cuestión de romanticismo, pues ciertas cosas siempre le habían inspirado un genuino desdén, sino de condiciones atmosféricas.

Viento del noroeste de quince nudos, en aumento. Olas que superaban los dos metros y medio. Y todo debido a un frente borrascoso procedente del Pacífico que no tardaría en llegar a las costas de California.

El tiempo perfecto para surfistas de carácter difícil, pensó Michael, mientras recorría la Ruta del Pacífico en dirección norte.

A aquellas horas, la carretera estaba semidesierta. El océano embravecido, a su izquierda, estallaba en nubes de agua blanquísima al chocar contra la costa.

Alex no podía estar en ningún otro lado, tenía que estar haciendo *surf* entre las olas de la playa más famosa de California.

Una larga tabla de color azul, líneas armoniosas sobre el mar oscuro.

La noche anterior, Michael le había comunicado sus intenciones a Eddie durante la cena de los miércoles en el Marina Tavern de Laguna.

Era el local favorito de ambos, un lugar sencillo y tranquilo situado a orillas del océano. La decoración espartana y la ausencia de aire acondicionado mantenían convenientemente alejados a los acaudalados habitantes de la zona.

Iban por la quinta cerveza.

Y cuando uno va por la quinta cerveza, después de cuatro sándwiches de pollo, queso Monterey Jack y pesto –recién hecho–, las palabras se vuelven más lentas y los diálogos se llenan de pausas largas como tardes de verano.

Eddie tenía la cabeza inclinada hacia el pecho y la vista alzada para observar atentamente el trasero de Samantha, la camarera con la que tarde o temprano –o eso juraba él– conseguiría una cita. Llevaba años diciéndolo, desde que Armando, un italoamericano de segunda generación, había abierto aquel local. Pero Samantha, que tenía veinticinco años y una larga –y todavía incompleta– colección de aventuras con los surfistas más atractivos de la costa, no parecía sensible al encanto de los ciento quince kilos de Eddie, por mucho que éste le hubiera explicado muchísimas veces que aquella corpulencia era el *hardware* mínimo necesario para el *software* más potente que hubiera existido jamás sobre la faz de la tierra: su cerebro.

Efectivamente, Eddie tenía cerebro para dar y vender, aunque para apreciar ese detalle fuera necesario embarcarse en un largo viaje más allá de las apariencias. Eddie era uno de los mejores programadores del circuito, más conocido en el mundo de los piratas informáticos como The Big One. Unos cuantos años antes había creado un grupo de superpiratas llamado Goodfellas, con los cuales luchaba por las causas más disparatadas. Cuando Eddie hablaba de «los chicos» o de «la familia», no hablaba de su familia propiamente dicha, sino de los Goodfellas.

Que en realidad el trabajo de Eddie consistiera en llevar de pesca a grupos de turistas era otra cuestión: lo hacía porque era alérgico, según él, a los despachos, a los jefes y a las multinacionales.

Y porque le encantaba pescar, naturalmente.

Los dos años que después de doctorarse había pasado trabajando en la empresa Symantec de Cupertino, en el complejo de Silicon Valley, habían sido para él una pesadilla de la cual había conseguido despertarse gracias únicamente a la inesperada muerte de su tío Alfred.

Una bendición, con todos los respetos para su tío. Eddie no se cansaría nunca de agradecérselo.

Pocos días después del funeral, oficiado bajo el tórrido sol del mes de julio, un notario del bufete Coleman & Fuller de Las Vegas se había puesto en contacto con Eddie, pero éste no había conseguido de ninguna de las maneras que le comunicara por teléfono la última voluntad de Alfred. Así, no le había quedado más remedio que viajar, y sudar, hasta Las Vegas. Y todo porque siete años atrás, después de una noche de juerga en la ciudad, el tío Alfred había decidido hacer su testamento.

Diez horas de viaje y ochocientos cincuenta kilómetros a través del desierto… Pero había valido la pena.

Mike Fuller, el hombre vestido con camisa de manga corta y corbata Regimental que lo había recibido en su despacho, le había anunciado con voz nasal que era el único heredero de un viejo fueraborda de siete metros de eslora. Un par de firmas, un apretón de manos a Fuller y otras diez horas de coche. Su vida acababa de dar un inesperado giro.

Y así fue como, bajo la luz dorada de un atardecer de julio, Eddie había visto su barco amarrado en el muelle 37 de Newport Harbour.

Tres meses de duro trabajo para ocultar las señales que el mar y el tiempo habían dejado en la embarcación. Una semana para acondicionar el camarote. Dos días para pintar, con letras blancas sobre fondo azul, el nombre, *Bongos II*. Unas cuantas horas para revisar los aparejos de pesca: todo en orden. El 13 de octubre de 2008, Eddie había zarpado al grito de «llamadme Ismael». Y desde aquel momento, el *Bongos II* zarpaba casi todas las mañanas de Newport Harbour hacia los mejores lugares de pesca de la costa: Butterfly Bank, Boomerang Bank, Dumping Ground.

En el local ya no quedaba casi nadie, cosa que Samantha había aprovechado para subir el volumen de la radio. Mientras limpiaba las mesas vacías y barría los restos de arena del viejo suelo de madera descolorida, canturreaba y se contoneaba al ritmo de *Paradise* de Coldplay.

Michael había apurado el último sorbo de cerveza ya caliente. Había dejado la botella sobre la mesa, en posición horizontal, y la había hecho girar. Luego, con los brazos extendidos sobre el respaldo del banco, había anunciando lo siguiente:

–Eddie, creo que quiero casarme con ella.

–¡Eh, amigo, quítate esa idea de la cabeza! Ese culo es mío y él lo sabe. Y, tarde o temprano, Samantha también lo descubrirá.

–No tengo ninguna intención de casarme con el culo de Samantha.

–Pues lo siento, pero me temo que de tanto estudiar a Platón se te ha jodido el cerebro.

–Eddie…

–El disco duro se te ha roto, se te ha quemado, se te ha muerto. Cualquier hombre cuerdo querría casarse con el culo de Samantha.

–Eddie.

–¿Qué pasa?

Michael detuvo la botella que, lentamente, había seguido girando hasta ese momento.

–Mírame: te estoy diciendo que mañana le voy a pedir a Alex que se case conmigo.

Eddie se había quedado boquiabierto. Bebía los vientos por Alex y no dejaba de repetirle a Michael que sin duda estaba predestinado, si había conseguido encontrar a una mujer como ella: no existía ninguna otra explicación. Eddie cogió el borde inferior de su camiseta talla XXL y se limpió la boca. Luego apartó la montaña de restos de comida que se habían acumulado sobre la mesa, delante de él, y tras haber recuperado una última patata frita que había

quedado enterrada bajo una montaña de mayonesa, se había inclinado hacia Michael.

–Si está lo bastante loca como para decirte que sí, considérate un hombre afortunado. Muy afortunado.

Luego, como si una sombra le hubiese cruzado inesperadamente el rostro, Eddie se puso serio.

–¿Y ahora por qué me miras así? –le preguntó Michael.

–Por nada.

–¿Cómo que por nada? ¿Me miras como si un ballenero japonés te acabara de hundir el *Bongos II* y dices «por nada»?

–Por nada, sólo te voy a decir una cosa: ten cuidado.

–Tranquilo, te prometo que no me suicidaré si Alex contesta que no quiere casarse conmigo.

El tono de Michael, sin embargo, ya no era tan distendido como antes, pues intuía a qué se refería Eddie.

–Sabes perfectamente lo que quiero decir –concluyó Eddie.

Michael observó durante unos instantes a su compañero de copas y luego desvió la mirada.

–¿Alguna novedad de nuestro garganta profunda? No tengo noticias de la Agencia de Seguridad Nacional.

–Russell nos dirá algo muy pronto, está siguiendo una pista. De momento, nos ha recomendado simplemente que estemos atentos. Especialmente tú, Michael.

–¿Ahora también nos da consejos?

–Sólo nos pone en guardia.

–Me parece bien, pero yo procuraré no bajar la guardia con él.

–Hasta ahora, sólo nos ha dado información valiosa.

–Sí, muy valiosa. Y a lo mejor es por eso por lo que no me fío. ¿De dónde sale este ángel guardián nuestro que sabe más que la NSA?*

–Es un pirata informático, no un diablillo guardián.

–He dicho ángel.

–Como quieras, pero es un pirata informático. Y un pirata informático no traiciona a otro pirata informático, aunque no sea

miembro de la familia. Russell está de nuestra parte, Michael, métetelo de una vez en esa cabezota tuya. Tiene razón cuando dice que debemos estar atentos. Hay señales que no debemos subestimar. Podría ser cuestión de meses.

Michael se volvió a contemplar la playa, sumergida en la oscuridad al otro lado de las ventanas. Se oía el rumor de las olas al batir contra el rompiente.

–Yo sólo necesito unos cuantos días para casarme con Alex.

2

Born to Run sonaba en la radio desde hacía algunos minutos.

Las 5.48.

Michael subió el volumen y encendió el primer cigarrillo del día.

Masticaba palabras entre dientes, mientras canturreaba *I'll love with all the madness in my soul…*

Quién sabe cómo se tomaría Alex su propuesta de matrimonio.

Mejor no pensarlo.

El móvil emitió un pitido y reclamó su atención. Sin apartar las manos del volante, lanzó una mirada distraída al teléfono, que estaba en el asiento del pasajero.

Un mensaje.

Las 5.50.

El Chevrolet Camaro RS/SS 396 del 68 circulaba a la velocidad límite, 100 km/h, por la carretera casi desierta.

En otros tiempos aquel coche había sido de su padre. Era una maravilla de potencia y elegancia, y también fuente de envidia de algunos colegas de Michael, que creían dárselas de auténticos filósofos al vestir con el mayor descuido y declarar que lo único que les interesaba de un coche era que funcionase, independientemente de la estética.

Acababa de pasar frente a Newport Beach. No tardaría mucho en llegar a Huntington Beach. Una parada breve en el Monkey Coffee y luego derechito hasta el aparcamiento que estaba frente a la playa.

Aminoró un poco la marcha y cogió el móvil. Minúsculas gotas de lluvia empezaron a cubrir el parabrisas.

Leyó el breve mensaje mientras accionaba el limpiaparabrisas.

Reunión de emergencia.
Vuelo a Washington a las 8.00.

Era de Olivia Kaplan, de la NSA.

Sin responder, se guardó el móvil en el bolsillo interior de la chaqueta negra de piel que llevaba. Se obligó a no pensar y a concentrarse en la conducción.

Tenía que dirigirse de inmediato al aeropuerto.

Las 6.00.

Un vistazo al retrovisor lateral: no venía ningún coche por la derecha. Redujo marchas, lo cual hizo rugir el motor, y las ruedas chirriaron sobre el asfalto mojado cuando dio un brusco volantazo. Consiguió por los pelos enfilar Magnolia Avenue.

Tenía que tomar la autopista de San Diego, que le permitiría llegar al aeropuerto al cabo de una hora. Llamaría a Alex antes de coger el vuelo.

Los temores de Eddie estaban fundados, pero no era cuestión de meses. Ni de días.

CR se había activado.

Su propuesta de matrimonio tendría que esperar, pues.

3

Había conocido a Alex seis meses antes, cerca de Long Beach. Se dirigía en coche a una fiesta en Paradise Cove para celebrar la publicación de su último libro. Llegaba tarde, el esmoquin que había alquilado para la ocasión era una talla demasiado grande y la fiesta se presentaba aburridísima.

Cuando vio encenderse tras él las luces parpadeantes de una Kawasaki Z1000 de la policía de tráfico californiana, Michael se dio unos cuantos cabezazos contra el volante y luego detuvo el coche en el arcén.

«Sólo me faltaba un puto poli», pensó.

Tras los ataques terroristas del 11 de septiembre, los agentes de la policía de tráfico californiana se habían convertido en responsables de la seguridad de los objetivos sensibles, por lo que hasta el último agente consideraba terrorista peligroso a cualquiera que se atreviera a superar el límite de velocidad.

Sin dejar de mirar hacia delante, en un intento de controlar su rabia, Michael bajó la ventanilla y luego colocó de nuevo las manos en el volante. Apenas se había acercado el agente con su uniforme verde caqui, cuando Michael, sin molestarse siquiera en volver la cabeza, le entregó el carné de conducir y los papeles del coche.

–Lo sé, lo sé, agente, discúlpeme por ir demasiado deprisa, pero es que…

–Eh, James Bond, ¿adónde iba usted con tantas prisas?

Michael se volvió de golpe. De pie, junto a la ventanilla, vio a una joven que llevaba unas gafas Ray-Ban de espejo y que en ese momento estaba inspeccionando sus documentos. Bajo el casco asomaban unos cuantos mechones rubios.

Se la había quedado mirando unos segundos, mientras la mujer inspeccionaba la documentación, y luego había murmurado algo.

–La culpa la tiene una puñetera fiesta. Es que no soporto las fiestas, ya sabía yo que tenía que haberme quedado en casa.

–Ya. Pues se acaba de ganar una multa por exceso de velocidad y una citación para presentarse ante el tribunal de Los Ángeles el próximo 4 de abril.

–Fantástico.

La mujer le había devuelto a Michael la documentación.

–Considérese afortunado. Podría detenerle sólo por llevar ese esmoquin –le había dicho sonriendo.

Michael le había devuelto la sonrisa. Sí, aquella mujer le acababa de poner una multa de 53 dólares, pero había que reconocer que estaba como un tren.

–¿Tan terrible es?

–Peor, mucho peor de lo que usted cree.

Michael había guardado silencio durante unos segundos. Estaba a punto de saludarla y marcharse, pero luego había cambiado de idea.

–Acláreme una duda, agente: ¿saldría usted a cenar con un hombre vestido así?

La respuesta había sido cortante.

–Usted está loco.

Michael se había llamado idiota a sí mismo por aquella proposición tan torpe.

–Discúlpeme, agente…

–No le disculpo. Preséntese mañana a las 19.30 en la Policía de Tráfico, 777 de West Washington Boulevard.

–¿Por qué?

La mujer le había vuelto a sonreír.

–Porque a las 19.30 termino el turno y usted me llevará a cenar a un restaurante elegante, vestido con un esmoquin de buen corte y talla adecuada.

Y, tras esas palabras, la mujer se había alejado. Michael había bajado del coche.

–Eh, al menos dime cómo te llamas.

La mujer se había vuelto y se había quitado las gafas.

–Agente Cahill, pero a partir de mañana puedes llamarme Alex.

Durante los meses siguientes, Michael se había convertido en un estudioso de los boletines meteorológicos. Zonas de bajas presiones, frentes borrascosos, perturbaciones, marejadas… La forma más segura de localizar a Alex cuando no estaba de servicio.

«No te lo tomes a mal, pero me encanta el *surf*»: era el lacónico mensaje que le había dejado después de la primera noche que habían pasado juntos.

Michael se había despertado solo en la cama. Ni rastro de la ropa de Alex sobre el parqué de madera oscura. Al principio había pensado que la joven lo había plantado sin más. Alguna vez tenía que ser la primera, se había dicho, mientras se contemplaba en el espejo del cuarto de baño y se fijaba en las dos arrugas de expresión que se le habían empezado a marcar en la frente bronceada. Pero era una verdadera lástima… Alex era la mujer más interesante que había conocido desde la época de Susy Fernández, la portorriqueña que en la universidad lo había dejado fuera de combate con un izquierda-derecha digno de Muhammad Ali durante un entrenamiento de *full contact*.

Con Alex las cosas habían ido mejor, ciertamente.

Al menos hasta que se había despertado.

Habían transcurrido diez minutos antes de que encontrara la hoja de papel sujeta a la nevera, junto a la lista de la compra. La nota decía lo siguiente:

No te lo tomes a mal, pero me encanta el *surf*.
Huntington Beach. Alex

Michael había sonreído, divertido por aquel estilo seco y directo. Justo lo que a él le gustaba. Había desayunado huevos con beicon y

dos tazas de café sin azúcar. A eso de las nueve, había encontrado a Alex en Surf City, donde todo el mundo, o casi todo el mundo, llevaba traje de neopreno, mientras que él vestía una enorme camiseta de los Ramones y unos vaqueros que no eran precisamente nuevos.

Se había quedado absorto observándola volar con su larga tabla. Se le hacía un nudo en la garganta cada vez que la veía desaparecer tras los pilares del muelle en busca de una ola. *Shoot the pier*: así era como llamaban los surfistas a aquella peligrosa maniobra.

No estaba muy seguro de que ella lo hubiera visto en mitad de la nube de agua vaporizada que flotaba sobre la playa y le otorgaba al paisaje un aire surrealista. Pero cuando el rincón de mar que se hallaba a la derecha del muelle se había llenado demasiado, Alex había salido del agua y se le había acercado con su tabla azul bajo el brazo, brincando entre los charcos de agua que se formaban en el rompiente.

–Eres maravillosa –había dicho Michael cuando estaba seguro de que ella no podía oírle.

–Veo que no te ha costado encontrarme –había exclamado Alex, en un intento de hacerse oír por encima del rumor de las olas que rompían en la playa con un estruendo infernal.

–No ha sido tan difícil –le había contestado él, después de haberse quedado absorto mirándola durante unos segundos, mientras ella ladeaba la cabeza para escurrirse el pelo y se bajaba la cremallera trasera del traje de neopreno.

En realidad, había mentido descaradamente. De no haber sido por las indicaciones de Fig Fignetti, el propietario del Rocking Fig, no habría sabido cómo encontrarla con tanta tabla serpenteando entre las olas.

–Busca una tabla azul cerca del muelle –le había dicho Fig, sin molestarse siquiera en apartar las gafas de sol de la revista *Surf Today* que estaba leyendo.

Gracias a él, Michael se había evitado tener que recorrer hacia uno y otro lado los catorce kilómetros de la playa de Huntington.

Aquel guión se había repetido a menudo a lo largo de los meses siguientes. Y, con el tiempo, Michael había empezado a cogerle cariño. Se había convertido en un visitante habitual de Huntington Beach.

Llegar a la playa a eso de las nueve, con su café y su donut. Pasar a saludar a Fig. Sentarse en un banco del muelle, concretamente en el que tenía grabadas las letras HB en caracteres cubitales, y leer una buena novela.

Ése era su papel fijo en Huntington Beach, tras unas cuantas apariciones poco memorables como debutante del *surf*.

4

Nueva York, enero de 2014

Se acercó a los labios el vaso de cristal Estelle Rosenthal Classic y paladeó despacio un sorbito de Talisker, su whisky puro de malta preferido, de gusto ligeramente picante y sabor a turba. El televisor LCD colgado de la pared transmitía las imágenes sin sonido de la Super Bowl: los New York Giants ganaban por cuarenta y dos a veintiuno a los Chicago Bears.

Le encantaba el fútbol americano, pero detestaba las crónicas y los comentarios de los periodistas. Se le antojaban vulgares. Prefería escuchar los partidos sin sonido, acompañados de una banda sonora de música clásica. En el amplio estudio, iluminado tan sólo por una lámpara de mesa, resonaba la segunda aria de la Reina de la Noche en *La flauta mágica*, de Mozart. Tras los grandes ventanales blindados, nieve y más nieve. Lanzó una mirada al remolino de copos que se derretían al entrar en contacto con los cristales.

Central Park parece la Selva Negra, pensó Victor.

Esbozó una sonrisa y se acarició la barba, corta y muy cuidada, que disimulaba los rasgos de un rostro que las arrugas y la edad volvían aún más duro.

Se levantó del sillón y se dirigió hacia el centro de la estancia, inmersa en la penumbra.

Encima de una mesa baja lacada descansaba un objeto que parecía una cortinilla enrollada de bambú, de un espesor de varios centímetros. Victor se arrodilló y bajó la cabeza hasta que pudo oler el bambú.

Entrecerró los ojos mientras inspiraba. Después cogió aquel extraño objeto con ambas manos, se puso en pie y se dirigió hacia el ventanal. Lo abrió casi por la mitad, como si fuera un libro, y empezó a leer en voz alta los caracteres chinos escritos en vertical, con tinta negra, sobre las tablillas de color marrón: «La guerra es el Tao del engaño. Mostrad a vuestros enemigos brechas para obligarlos a entrar en acción. Cread el caos entre sus filas para derrotarlos».

Era un ejemplar en bambú de *El arte de la guerra*, de Sun Tzu, transcrito durante el mandato del emperador Qianlong.

Tendría que hallarse en la Universidad de California, pero ya llevaba algún tiempo allí, en un ático de Central Park South. Concretamente, desde que lo habían robado, dos años antes.

Para Victor tenía tanto valor como un texto sagrado.

Alguien llamó a la puerta del estudio y, transcurridos algunos instantes, entró una mujer joven en la habitación.

Vestía un traje de chaqueta negro y una camisa blanca. Llevaba el pelo rubio recogido en una cola, lo cual hacía resaltar aún más sus pómulos altos.

Victor la estaba esperando.

–Bienvenida, Chloe. Siéntate, por favor –le dijo en un tono amable pero decidido, mientras dejaba *El arte de la guerra* sobre la mesa baja y se acercaba de nuevo al escritorio.

–Gracias, prefiero quedarme de pie –respondió la mujer, mirándolo fijamente a los ojos.

Si bien Victor la superaba tanto en estatura como en corpulencia, Chloe no parecía en absoluto atemorizada. Es más, tanto su pose como su cuerpo transmitían fuerza y seguridad. Victor era consciente de ello. Cuando miraba a Chloe, no podía evitar pensar en las *kunoichi*, las mujeres ninja, maestras del asesinato y auténticas expertas a la hora de manipular a los hombres importantes de la jerarquía enemiga.

–Como quieras –dijo Victor–. He convocado a los Doce. La anomalía magnética del Atlántico sur ha empezado a expandirse y las señales que nos llegan de los Grandes Antiguos son inequívocas. He decidido dar luz verde a la última fase del Otro Comienzo.

Chloe se quedó estupefacta al escuchar la noticia. El proyecto se había visto inesperadamente acelerado.

–Pero eso significa…

–Sí. El dispositivo ya está a punto. Muy pronto, el mundo que hemos conocido no será más que un desagradable recuerdo.

Chloe sonrió.

–¿Y cómo vas a proceder ahora? –le preguntó.

–Sin prisas, dejando que sean nuestros enemigos los que hagan la primera jugada. Mañana empezaremos a filtrar en internet algunas noticias sobre CR. Necesitaremos como mucho tres meses de trabajo, no más. Luego la NSA relacionará nuestras informaciones con la historia de los manuscritos recuperados en el búnker y empezará a pensar que no se trata de una simple coincidencia. Llegados a ese punto, ya nos habremos ganado su atención.

–¿Pretendes filtrar informaciones falsas para despistarlos?

–Falsas no, Chloe. Veraces. Noticias veraces, pero incompletas.

–¿Y no crees que es arriesgado? Además, me parece que estás subestimando a los Guardianes. Conocen la Base y la anomalía del Atlántico sur.

–El punto débil de toda organización formada por más de un miembro es, justamente, la imposibilidad de mantener en secreto absoluto las operaciones propias. Por eso no existen, en realidad, ni los planes ni los proyectos realmente secretos. Y CR, como ya hemos visto, no es ninguna excepción.

–Entonces, ¿crees que simplemente debemos confiar en la suerte?

–Sólo a medias. Para todo lo demás, tendremos que recurrir a la sabiduría. El hombre sabio es el que conoce tan bien sus propios límites que es capaz de convertirlos en recursos. Y, del mismo modo, nosotros, como amantes de la sabiduría que somos,

transformaremos nuestro punto débil en un punto fuerte. Esconderemos nuestros secretos bajo sus propios ojos y, de ese modo, los volveremos ciegos. Nunca podrán unir las diferentes piezas del Otro Comienzo, porque cada uno verá sólo aquello que quiere ver, pero nadie tendrá una visión de conjunto. La NSA desperdiciará todo su tiempo intentando averiguar cuál es el proyecto terrorista de CR inspirado en los manuscritos platónicos, mientras que los Guardianes no se interesarán en absoluto por nosotros: están demasiado obsesionados con el descubrimiento de la Base que, desde hace más de setenta años, ocultan al presidente, al Congreso y a los servicios secretos. Para eso han nacido, no para ocuparse de un grupo terrorista.

–¿Y si los Guardianes llegaran a la isla?

El hombre sonrió. Le gustaba que Chloe le pusiera las cosas difíciles.

–Si intentan acercarse a la isla, nos encontrarán allí esperándolos.

–Perfecto, pero queda otra cuestión: los hombres de la NSA empezarán muy pronto a perseguir a CR como si fuese la enésima organización terrorista.

–Inevitable. Es por eso, precisamente, que les daremos lo que quieren.

Victor sonrió y dirigió la mirada hacia el gran ventanal que tenía a su izquierda.

Cincuenta y seis años, calvo, de físico atlético e imponente, Victor era el *Nous*, el jefe supremo de CR.

En el exterior, la nieve seguía cayendo con fuerza en la noche de Nueva York.

5

Cerca del aeropuerto de Los Ángeles
California, octubre de 2014

Si, de improviso y sin aparente motivo, la NSA te empieza a perseguir, es inútil tratar de explicar que es un malentendido, porque no se lo van a creer. Más que nada porque, seguramente, no es un malentendido. Se trata sencillamente de alguien que se propone tenderte una trampa.

Lo mejor que se puede hacer es aplazar las explicaciones y, mientras tanto, huir. O intentarlo, al menos.

Aquella mañana, Michael lo estaba intentando con una motivación cada vez mayor, sobre todo desde que había oído unos cuantos disparos de pistola, al parecer, procedentes del coche de la NSA que lo perseguía. Que fueran dirigidos a él o a las ruedas de su Chevrolet Camaro no tenía la menor importancia en ese momento.

Tras haber recibido el mensaje de Olivia Kaplan, de la NSA, Michael se dirigía al aeropuerto cuando su móvil protegido había empezado a sonar. Aquel chisme ultratecnológico, el Stealth Phone, le había costado una fortuna: mil ochocientos dólares, pagados a una empresa suiza que había encontrado en internet. Cifrado de voz y de mensajes, e intrazabilidad. Un auténtico disparate. Pero no quería hablar por teléfono con Alex cuando sabía que los de la NSA lo estaban escuchando.

Es por el bien de la nación, decían ellos. Pero si uno llega al punto de sacrificar las llamadas a su novia por el bien de la nación, no tardará mucho en irse a vivir a Texas y votar a los republicanos.

Así pues, se había procurado un móvil protegido. Sólo Alex tenía el número, al menos durante los primeros días. Luego, tras una discusión interminable en torno al valor de su amistad y el riesgo de que los agentes de la NSA llegaran a conocer las zonas a las que iba a pescar el *Bongos II*, Michael le había dado el número también a Eddie.

Aquella mañana, cuando Eddie lo había advertido de que la orden de dirigirse al aeropuerto era probablemente una trampa, los mil ochocientos dólares que Michael había pagado por el teléfono suizo se habían convertido en los mejor invertidos de toda su vida.

La procedencia del soplo que acababa de darle Eddie no era ningún misterio: Russell, lógicamente. Y Michael, también lógicamente, no se fiaba. Russell podía ser un miembro de CR. Y, además, ¿por qué la NSA iba a querer tenderle una trampa? Ya hacía casi un año que trabajaba para ellos y habían obtenido de él buenos resultados en distintas ocasiones.

–Procura no hacer ninguna gilipollez –le había dicho Eddie, antes de colgar.

Exactamente, había pensado Michael. Ninguna gilipollez: sólo una pequeña comprobación.

Y se había dirigido al aeropuerto.

A la mierda Russell, el ángel guardián.

Había dejado el coche en el aparcamiento y se había dirigido hacia la terminal de salidas internacionales.

Sorpresa: los agentes de la NSA lo estaban esperando en el mostrador de embarque. Eran dos: pelo corto, físico atlético, chaquetas de tela ligera… No se habían molestado en pasar inadvertidos. No habían fingido leer el periódico, ni ser una pareja gay a punto de irse de vacaciones. Se habían limitado a esperarlo y a contemplar a su alrededor con aire circunspecto. Ni siquiera se les había pasado por la cabeza que Michael pudiera sospechar.

Pero se habían equivocado.

Cuando lo habían visto, se habían dirigido hacia él sin vacilar. Si hubiera echado a correr, lo habría detenido de inmediato cualquier

agente de policía, así que Michael había decidido que era mejor utilizar a la policía para detener a los tipos de la NSA. Se había dirigido hacia una pareja de agentes que charlaban frente a la oficina de alquiler de coches y les había señalado a los dos sospechosos, sin olvidar decir que iban armados. De ese modo había conseguido mantenerlos alejados el tiempo necesario para volver a su coche y alejarse de allí.

Pero, al parecer, los dos agentes de la NSA se habían librado de la policía más rápido de lo esperado.

Nada más salir del aparcamiento del aeropuerto, Michael había visto en el espejo retrovisor un todoterreno negro que se dirigía hacia él.

Iba a toda velocidad por San Sepúlveda Boulevard, en dirección norte.

El coche que lo seguía le había ganado terreno. Ya no había ningún otro vehículo entre ellos. La última bala, disparada desde unos cincuenta metros de distancia, había hecho añicos la luneta trasera. Michael cambiaba constantemente de trayectoria para evitar que lo alcanzaran los disparos. El coche zigzagueaba de izquierda a derecha y, a cada volantazo, las ruedas chirriaban. Pero aquel baile no podría durar mucho más.

Michael decidió jugarse el todo por el todo y dejar que sus perseguidores se acercaran. Aminoró la marcha.

Cuarenta metros, treinta metros, veinte metros…

Vio claramente al hombre que iba junto al conductor asomarse por la ventanilla, empuñar la pistola con ambas manos y apuntar.

No tenía escapatoria: iba a dar en el blanco sin remedio.

Michael redujo a tercera y el motor del Camaro subió de revoluciones. Después, con un inesperado volantazo y un brusco acelerón, viró a la izquierda y enfiló Lincoln Boulevard, esquivando por un pelo el bordillo de cemento de la isleta divisoria.

Cogido por sorpresa, el hombre que conducía el todoterreno no consiguió girar a tempo. Frenó bruscamente y fue embestido por el taxi que iba detrás.

Michael observó la escena a través del espejo retrovisor, mientras se alejaba a toda velocidad por el carril recto de Lincoln Avenue.

Sus perseguidores se encontraban en ese momento a más de doscientos metros. Michael aceleró aún más, haciendo caso omiso de la señal que indicaba el límite de velocidad, y desapareció tras una curva a la derecha. Adelantó a un camión con remolque para esconderse mejor y avanzó unos cuantos kilómetros. Después dobló hacia Manchester Avenue, que a aquellas horas ya empezaba a estar bastante transitada.

Aminoró la marcha y se sumergió en el flujo de vehículos que se dirigían hacia la carretera de San Diego. El camión con remolque al que había adelantado también giró, cubriendo así su fuga.

Al llegar a un semáforo, respiró hondo. Los había despistado.

Sacó el móvil del bolsillo de la chaqueta. Tres llamadas perdidas de Eddie. Tras echar un vistazo por el retrovisor de la derecha, llamó a su amigo.

–Michael, ¿dónde coño te habías metido? –le respondió Eddie.

–Estaba comprobando la autenticidad de los sentimientos de Russell, el ángel guardián.

–No me digas que has ido al aeropuerto.

–Sí, y es verdad que era una trampa, Eddie. Me han seguido, pero creo haberlos despistado.

–Maldita sea. Dime dónde estás ahora mismo.

–En el cruce de Manchester Avenue con Loyola Boulevard.

–Tienes que salir de las calles, y rápido.

–Eddie, ¿qué coño está pasando?

–No tengo ni idea. Por el momento tenemos que pensar sólo en salvarte el pellejo. Desembarco a la chusma y nos vemos en el cine.

–Vale, llegaré dentro de veinte minutos.

El semáforo aún estaba rojo cuando Michael vio por el retrovisor lateral al todoterreno, que se acercaba a gran velocidad. Había

cantado victoria demasiado pronto. Dio gas y se introdujo en el carril de adelantamiento con un chirrido de neumáticos, tras lo cual se abrió paso entre el tráfico del cruce a golpe de claxon.

En esa ocasión, sin embargo, sus perseguidores no se dejaron sorprender. Michael zigzagueaba entre los coches, pero no conseguía despistarlos. De vez en cuando, entre un adelantamiento y otro, los perdía de vista, pero enseguida los veía aparecer de nuevo.

La calle estaba algo más despejada. Michael aceleró, pero no consiguió distanciarse del todoterreno.

Redujo marchas al llegar a un cruce y giró de improviso hacia la calle de la derecha. Los neumáticos chirriaron, el tren trasero perdió adherencia: Michael tuvo que recurrir al contravolante y acelerar en salida para no acabar en el carril contrario.

Maniobra perfecta.

A quienes no les salió tan bien fue a sus perseguidores, que se encontraron de cara con un camión. La colisión fue inevitable. Fin de la persecución.

A pesar de que Michael se estaba alejando de allí a toda velocidad, oyó el fortísimo impacto, seguido inmediatamente del sonido lúgubre e ininterrumpido de un claxon.

Recorrió unos pocos kilómetros más a velocidad constante, para alejarse del lugar del accidente, pero luego aminoró y se desvió hacia una calle secundaria.

Una excelente manera de empezar el día, pensó. De no haber sido por Russell, a estas horas estaría en una celda, presionado por los servicios secretos y sin posibilidad de contactar con un abogado.

Te debo un favor, amigo.

Si sobrevivo.

Michael entró en Marina del Rey y se dirigió hacia los bulevares arbolados de Tahiti Way. Se había levantado un viento que despejaba las nubes. A los lados de la calle, las palmeras ondeaban sobre el fondo azul que era el cielo.

Había llegado.

Aminoró la marcha y giró a la derecha. La suspensión amortiguó el paso sobre el bordillo de cemento y, poco después, vio el centelleo del mar repleto de embarcaciones. Dejó el coche en el aparcamiento que estaba detrás del cine Neorld. En el pasado, solía frecuentar aquel lugar con Eddie. Como cine no era nada del otro mundo, pero tenía una ventaja: la parte posterior daba directamente al puerto turístico, cosa que les permitía ir en barca al cine los sábados por la noche, tras una jornada de pesca.

Eddie ya lo estaba esperando, de pie en la cubierta del *Bongos II*, feliz de verlo sano y salvo.

Michael cogió su bolsa del maletero del coche y se la lanzó a Eddie. Luego, tras contemplar contrariado la luneta posterior del Camaro, hecha añicos, se reunió a bordo con Eddie.

–Prepárate, con el mar así no va a ser una travesía fácil –le dijo Eddie.

–¿Adónde vamos?

–A la isla de Santa Catalina, el único lugar en el que, de momento, nadie irá a buscarte.

Ya hacía más de un año que Michael no subía a bordo del *Bongos II*, desde que había aceptado una extraña invitación para tomar un café, de parte de una mujer que se había declarado admiradora de su libro sobre Platón.

No era tan extraño, de no ser por el lugar en que se había producido el encuentro: Olivia Kaplan había invitado a Michael a tomar un café en Fort Meade, Maryland.

En el cuartel general de la NSA, la Agencia de Seguridad Nacional.

6

Fort Meade, Maryland, julio de 2013

Las copas de los árboles que le quedaban a la derecha, acariciadas por la brisa veraniega, eran de un tono verde esmeralda. Michael las observó fascinado, aunque en realidad hubiera deseado estar en otro sitio, situado en la parte opuesta del país: en la vieja casa que su abuelo había construido en mitad del bosque, cerca de Portland.

El chófer que había ido a recogerlo al aeropuerto, un hombre corpulento de mediana edad, le preguntó si era la primera vez que iba a Fort Meade. Luego, levantando ligeramente la cabeza para observarlo a través del espejo retrovisor, añadió:

–Ya verá, es como en las películas.

Una broma ensayada para tranquilizar a los novatos, pensó Michael. Lástima que a él, aquellas palabras le parecieran cualquier cosa menos tranquilizadoras. Sólo había visto dos películas en las que se hablara de la Agencia de Seguridad Nacional, *Al rojo vivo* y *Enemigo público*. En la primera, la NSA intentaba deshacerse de un niño que había descifrado ciertos códigos secretos. En la segunda, un abogado descubría involuntariamente un vídeo que relacionaba al director de la NSA con un homicidio. A partir de ese momento, su vida se convertía en un infierno. A lado de la NSA, la CIA parecía una organización de defensa de los derechos civiles.

El aire acondicionado lo estaba mareando. Mejor el calor de Maryland. Bajó la ventanilla, al tiempo que se limitaba a responder:

–Sí, igualito que en las películas.

Una bocanada de aire caliente, acompañada del ruido del tráfico, invadió el habitáculo del coche.

Michael se quitó la chaqueta y se arremangó la camisa hasta los codos.

–¿Ha visto *Enemigo público*? –preguntó, dirigiéndose al chófer.

–¿Disculpe?

–Le decía que si ha visto *Enemigo público* –gritó Michael, esforzándose por alzar la voz por encima del estruendo de un Hummer H1 negro que circulaba junto a ellos, sin decidirse a adelantarlos.

–¡Pues claro! Es ésa donde sale Will Smith, ¿no? ¿Por qué?

–Por nada, era por saber si tenemos los mismos gustos cinematográficos.

El Hummer seguía junto a ellos, como si le resultaran especialmente interesantes. Michael tuvo la sensación de que alguien lo estaba observando desde el otro lado de los cristales tintados, pero enseguida descartó aquella idea. Un instante después, el Hummer los adelantó a toda velocidad y se alejó por la Ruta 32 de Maryland.

–Es buena, ¿verdad? –dijo el chófer dirigiéndose a Michael.

–¿El qué?

–¡*Enemigo público*! Me acaba de preguntar usted si he visto esa película, ¿ya no se acuerda?

–Ah, sí.

–¡Pero completamente inverosímil! Cuando la NSA tiene a alguien en el punto de mira, es imposible huir.

Michael sonrió.

–A lo mejor es ése el motivo de que haya aceptado la invitación.

–¿Usted también es uno de esos genios de las matemáticas capaces de resolver mentalmente códigos cifrados?

–No, yo sólo soy un filósofo que tiene graves problemas con las divisiones de tres cifras…

–¡Vaya, eso sí que es una novedad! ¿Y qué hace un filósofo en la NSA?

–Buena pregunta, pero tendrá que hacérsela a ellos, no a mí. No tengo ni la menor idea de por qué estoy aquí.

Un gran letrero en marrón y blanco indicaba lo siguiente: «NSA, entrada reservada a empleados».

El chófer aminoró la marcha y luego tomó la salida de Canine Road, bautizada así en honor al primer director de la NSA, Ralph Canine. Se unió a la larga fila de vehículos que se dirigían al mismo sitio.

De repente, el chófer parecía muy silencioso. Tras dejar atrás un puesto de guardia, se encontraron en un laberinto de alambre de púas y bloques de cemento, vigilado por cámaras y policías armados. En una serie de letreros amarillos se prohibía hacer fotos y tomar notas. Más allá de aquel perímetro de máxima seguridad, Michael atisbó dos grandes edificios rectangulares, revestidos de cristales negros de espejo.

Habían llegado a Fort Meade: allí se encontraba el cuartel general de la NSA, la agencia de inteligencia más poderosa de Estados Unidos, capaz de controlar todas las comunicaciones telefónicas del planeta.

Tras recibir aquella inesperada convocatoria, Michael había realizado escrupulosas investigaciones sobre la NSA.

Había nacido el 24 de octubre de 1952, en el Despacho Oval de la Casa Blanca. A las 3.30 de la madrugada, Robert A. Lovett, secretario de Defensa; David K. Bruce, del Departamento de Estado; y Everett Gleason, del Consejo de Seguridad Nacional, mantuvieron una reunión fuera de agenda con el presidente Truman. Al término de aquella reunión, el presidente Truman promulgó la orden ejecutiva Top Secret 12333, en virtud de la cual clausuraba la Agencia para la Seguridad de las Fuerzas Armadas –que agrupaba los organismos de decodificación del ejército, la marina y la aviación– y daba vida a una nueva agencia, formalmente constituida el 4 de noviembre: la Agencia de Seguridad Nacional.

En 2009, la NSA recibía más fondos que la CIA y se había convertido en la mayor estructura secreta jamás creada sobre la faz

de la tierra. Tan secreta que las siglas NSA habían adquirido un nuevo significado: *No Such Agency*, la agencia que no existe.

En la entrada del edificio, el chófer dejó a Michael en manos de un empleado de seguridad que, tras haberlo registrado a conciencia con un detector de metales, y haber dejado bajo custodia su bolsa, lo invitó a seguirlo. Atravesaron una gran sala repleta de hombres y mujeres, todos con bolsas o maletines bajo el brazo excepto los policías encargados de la seguridad.

Mucho movimiento y ruido de tacones, pero ningún murmullo de fondo.

Todos parecían absortos en sí mismos, ajenos a los demás. Hasta los saludos se reducían a imperceptibles gestos hechos con la cabeza.

Michael contempló durante unos instantes el gran triángulo de granito negro que colgaba de la pared, en cuyo centro destacaba el escudo de la NSA: un águila con una llave criptográfica entre las garras y, sobre ella, la leyenda «Trabajaron en silencio». Bajo el escudo, aparecía una larga lista de nombres con fecha de nacimiento y muerte.

–Es el memorial de los agentes muertos en el campo de batalla –dijo el hombre que lo acompañaba.

–Creía que sólo la CIA y el FBI enviaban a sus agentes al campo de batalla.

–Eso es lo que cree mucha gente –respondió el hombre con frialdad.

Subieron a la planta vigesimoquinta en un pequeño ascensor de servicio y luego se encaminaron al ala derecha del edificio. El agente en cuyas manos lo habían dejado al llegar a la entrada era, decididamente, menos locuaz que el chófer, pero estaba bastante más en forma. Lo invitó a acomodarse en una sala y le dijo que esperara y que no se moviera de allí hasta que alguien fuera a

buscarlo. Los visitantes no estaban autorizados a pasear solos por el interior del cuartel general de la NSA.

El hombre salió y cerró la puerta tras él, sin volverse siquiera. Todo lo que dijo fue:

–Que tenga un buen día, profesor Price.

Una hora después de haber llegado, Michael seguía en la sala de la vigesimoquinta planta de la NSA. Desde fuera no le llegaba ni un solo ruido; lo único que se oía era el discreto zumbido del aire acondicionado.

En un momento determinado, Michael había empezado a sospechar que se proponían interrogarlo y que aquella antesala surrealista formaba parte, en realidad, de las técnicas que los agentes de la NSA utilizaban para agotar psicológicamente a los sujetos. Desde el 11 de septiembre, ya nadie se sentía seguro. Y no por los terroristas, ciertamente, sino a causa de la Ley Patriota.

Mueve el culo y haz algo, pensó.

Se puso en pie y se dirigió hacia la salida de aire situada frente a la puerta de entrada, a unos dos metros del suelo, convencido de que tras ella se ocultaba una cámara. La observó fijamente, sonrió y colocó ante el rostro la mano derecha con el dedo corazón levantado. Luego articuló unas cuantas palabras de manera que se leyesen perfectamente en sus labios: «Iros a tomar por culo».

Se sentía mejor, decididamente.

En aquel preciso instante, oyó la puerta abrirse a sus espaldas y se volvió de inmediato.

Una mujer vestida con traje de color gris, que permanecía con la mano derecha apoyada en el pomo de la puerta entreabierta, le pidió que la acompañara.

Debía de tener unos cuarenta años: alta, pelo castaño corto, sonrisa cordial… Michael observó durante unos instantes los ojos azules de aquella mujer; después cogió su chaqueta, que había

dejado sobre una mesa próxima a la ventana, y la siguió hasta su despacho sin decir ni una palabra.

En el aire flotaba un agradable olor a papel viejo, que le recordó a Michael la atmósfera de las bibliotecas.

Todo era muy distinto a como lo había imaginado: en la pared de la derecha vio una foto del presidente Bush junto a una serie de mapas antiguos de Estados Unidos. Tras el escritorio, una pequeña caja fuerte empotrada en la pared y una estantería abarrotada de volúmenes y portafolios, entre los que se veía algún que otro libro encuadernado en piel. Sin embargo, tenían el lomo tan gastado que Michael no pudo descifrar los títulos.

Curiosamente, sólo había un ordenador en la sala: un *notebook* abierto sobre el escritorio, con el logo de la NSA.

–Siéntese, profesor Price, y disculpe que lo haya hecho esperar. Soy Olivia Kaplan, responsable del departamento de investigación avanzada para la seguridad. Me alegra mucho que haya aceptado mi invitación para venir a Fort Meade –dijo la mujer.

–Ya. ¿Acaso tenía otra opción? –preguntó Michael.

–En teoría, sí –respondió ella sonriendo. Luego añadió–: Pero en vista de que ha aceptado, ¿qué le parece si tomamos un café?

–Claro, para eso he venido.

Decididamente, Michael no estaba preparado para esa clase de bienvenida. Más bien se había imaginado que tendría que vérselas con un agente de mandíbula cuadrada y aspecto de tipo duro, en una sala sin ventanas provista únicamente de una silla y una mesa metálicas. Y, en cambio, estaba de verdad a punto de tomar un café en una habitación repleta de libros, en compañía de una mujer atractiva y de aspecto cordial.

Todo era perfecto. Demasiado.

Michael no estaba dispuesto a bajar la guardia. ¿Cómo sabía que la hermosa Olivia Kaplan no se divertía en su tiempo libre practicando la tortura del agua?

Michael saboreó el último sorbo de café y, a continuación, se lanzó al ataque.

–Tengo curiosidad por saber qué es lo que mueve a la NSA a dedicar su valioso tiempo a un profesor de filosofía californiano. ¿Acaso han interceptado llamadas mías a algún árabe sospechoso? –preguntó, en tono sarcástico.

–Verá, profesor Price –respondió Olivia, al tiempo que se servía otra taza de café–, no nos interesan especialmente las llamadas a su amigo Hussein, el estudioso del Corán que vive en El Cairo. –Olivia hizo una pausa, bebió un sorbo de café y luego, mirando a Michael directamente a los ojos, añadió–: Usted está aquí por Platón.

Se hizo un momentáneo silencio.

–Sí, de acuerdo, no puede decirse que fuera un auténtico demócrata, pero no sabía que el pobre Platón se hubiera convertido en una amenaza para Estados Unidos –respondió Michael, fingiendo que no le había afectado la pulla sobre Hussein.

–Él directamente no, pero sí un grupo de neonazis que se inspiran en Platón –dijo Olivia en un tono de repente más grave.

Michael sonrió, al tiempo que movía la cabeza de un lado a otro.

–Una trama muy interesante para una teleserie.

–Le voy a contar un secreto: nuestros mejores analistas son precisamente los que saben crear tramas, que a los demás no se les ocurren, para interpretar los millones de datos que se acumulan a diario en nuestros superordenadores. Muchos de ellos son escritores y guionistas.

–Los hechos, por sí mismos, no hablan sin una buena historia.

–Exactamente.

–Lo entiendo, pero… ¿no le parece un poco inverosímil la historia de los neonazis platónicos?

–Se equivoca. No es una historia inverosímil, es una historia que tiene precedentes documentados. ¿Ha oído usted hablar del partido Renacimiento Nacional?

–¿El partido neonazi de Estados Unidos?

–Exacto. Se fundó en 1949 y tiene su cuartel general en Manhattan. Lo que a lo mejor no sabe es que su líder, James Madole, muerto en 1979, era un gran lector de Platón y que, tras haber leído a Platón y Blavatsky, ideó un modelo de sociedad basada en una estructura piramidal. Y podría citarle otros ejemplos.

–¿Y qué? En el mundo existen millones de chalados que aman la filosofía. ¿Qué tiene de malo que los neonazis de Nueva York lean a Platón?

–Lo que tiene de malo es que no nos hallamos frente a un grupo de exaltados, nostálgicos de Hitler, que por las noches se dedican a beber cerveza y leer *El banquete*, sino a un fenómeno mucho más complejo y peligroso.

–Explíquese mejor.

–A partir de los años noventa se creó una organización neonazi llamada CR, que significa «Cuarto Reich». CR no es sólo una nueva sigla en el panorama de los grupúsculos neonazis, sino que se trata de una organización internacional surgida de la unión de Die Spinne y Gehlen, dos importantes grupos de ideología nazi que sobrevivieron a la caída del Tercer Reich.

–Y ahora me dirá que Gehlen se inspira en el filósofo Arnold Gehlen.

–Lamento decepcionarlo, pero la organización Gehlen fue creada por Reinhard Gehlen, primo del filósofo y responsable del servicio nazi de inteligencia en el frente oriental durante la Segunda Guerra Mundial. Desgraciadamente, debo admitir que la CIA la financia desde 1956, por su rol anticomunista. Pero nadie, hasta hace muy poco, sospechaba que Gehlen estuviera planeando crear una estructura neonazi internacional.

–¿Por qué me cuenta todo eso? Supongo que es información secreta.

–Se equivoca. Es información que podría usted encontrar en el último número de *Jane's Intelligence Review*, pero como supongo que no es usted suscriptor, le estoy poniendo al día.

Michael asintió sin decir nada.

–Los hombres de CR llevan años trabajando en la sombra –prosiguió Olivia–, tejiendo hilos a nivel internacional y esperando el momento oportuno para reaparecer. Según hemos sabido por algunas fuentes, están trabajando en un proyecto secreto llamado *Der Andere Anfang*, «el Otro Comienzo», pero no sabemos exactamente en qué consiste. Y para intentar descubrirlo, necesitamos su ayuda. Si le dijera que está en juego la seguridad nacional le estaría pintando un panorama optimista.

–¿Me está diciendo entonces que alguien se propone resucitar el Tercer Reich?

–Ésa es una posibilidad que ya descartamos hace algún tiempo. Tenemos motivos para creer que el Otro Comienzo se refiere a un acontecimiento apocalíptico.

–¿Y qué es un acontecimiento apocalíptico?

–Un suceso, natural o provocado por el hombre, capaz de destruir por completo nuestra especie, de extinguir la vida en nuestro planeta. CR está proyectando el primer ataque global de la historia, con el objetivo de provocar el holocausto completo de la raza humana. Hasta no hace mucho, creíamos que la amenaza más peligrosa para el mundo era el terrorismo con armas de destrucción masiva de Al Qaeda. Hoy en día, esa amenaza se ha visto desbancada por CR, que apunta a la destrucción global.

Michael no esperaba escuchar una historia como aquélla: un holocausto global era algo absolutamente impensable. Levantó ambas manos, como si se rindiera.

–Vale, vale, entiendo que después del 11 de septiembre tiendan ustedes a no descartar ninguna hipótesis, pero, sinceramente, no me creo nada de lo que está diciendo. Es un auténtico disparate.

Olivia le concedió a Michael el tiempo necesario para asimilar la información que acababa de proporcionarle y luego prosiguió.

–Ya sé que todo esto puede parecer increíble, profesor Price, pero la historia nos demuestra que un proyecto así es cualquier cosa menos inverosímil. La Guerra Fría y la estrategia de la destrucción mutua asegurada contemplaban un acontecimiento apocalíptico.

Herman Kahan, un experto en estrategia militar de RAND Corporation que realizaba investigaciones y análisis para el Pentágono, propuso en 1950 crear una máquina apocalíptica, un dispositivo de destrucción total consistente en un ordenador conectado a una batería de bombas de hidrógeno y proyectado para lanzar toda esa batería en cuanto se recibieran señales de un ataque nuclear procedente de otra nación. La lluvia radiactiva habría borrado cualquier forma de vida de la faz de la tierra. Los rusos, por su parte, tenían el Systema Perimeter, un mecanismo de lanzamiento automático de misiles como respuesta a un ataque nuclear. Tememos que CR esté preparando una respuesta similar.

–¿Una respuesta a qué?

–Una respuesta a la destrucción del Tercer Reich, es decir, un auténtico apocalipsis estudiado hasta el último detalle hace casi setenta años, en el momento en que Hitler comprendió que había perdido la guerra, puede que antes. La huida de los nazis, incluida la de Hitler, y la creación de una organización neonazi mundial no han tenido jamás una finalidad política: el único objetivo era preparar un acontecimiento apocalíptico.

Michael observó a los ojos a Olivia Kaplan.

–¿Y en qué diantre creen que les puedo resultar útil?

–Ayudándonos a entender algo más acerca de los *ágrapha dógmata* de Platón.

7

A sus treinta y nueve años, Michael era el profesor más joven de la UCLA, la Universidad de California en Los Ángeles.

Daba clases de filosofía antigua. Y, a pesar de su juventud, ya había conseguido llamar bastante la atención.

No de forma positiva, precisamente.

Desde que se había publicado su libro *Las doctrinas secretas de Platón*, la comunidad académica había arremetido violentamente contra él y había dicho que la suya no era una obra filosófica, sino pura ciencia ficción.

En una reseña anónima publicada en *Classical Quarterly*, se afirmaba que en el «excéntrico volumen con título de vulgar novela complotista» se apreciaban «algunas ideas inquietantemente cercanas al hermetismo antiguo» y que, en realidad, el libro constituía «un caso epatante de interpretación paranoica que sobrestima los indicios, una semiosis hermética que abusa de las prácticas de la sobreinterpretación». Traducido a términos menos sofisticados, venía a decir que Michael había correteado demasiado alegremente, y sin pedir permiso a sus guardianes académicos, por el jardín de la filosofía antigua.

Vista a través de la mirada del historiador acostumbrado a repetir hasta la saciedad la teoría platónica de las ideas, la tesis de Michael resultaba, efectivamente, un disparate visionario. Además, el hecho de que Michael hubiese estudiado a Irvine con Stephen Falken, un polémico historiador del antiguo Egipto, y que citara abiertamente las tesis de Martin Bernal, quien lo había supervisado durante su doctorado en Nueva York, no decía mucho a su favor, la verdad.

En 1987, el profesor Bernal había enviado a la imprenta el primer volumen de *Atenea negra*, en el que sostenía que la cultura griega clásica tenía orígenes egipcios.

Pero si la idea de una Atenea negra inquietaba a los académicos, la idea de un Platón cuyas doctrinas secretas fueran en realidad egipcias los hacía montar en cólera.

Sobre todo porque la introducción de una tradición egipcia y, por tanto, africana, en el corazón del padre del mundo clásico y de la historia de Occidente, se realizaba precisamente en uno de los puntos más controvertidos y oscuros del pensamiento platónico: justo el punto en que los intérpretes clásicos tenían muy poco o nada que decir, pero que se había convertido en un terreno fértil para los enfoques más revolucionarios.

Michael había intentado someter a la prueba de la filosofía las revolucionarias tesis de Martin Bernal, centrándose para ello en las misteriosas y controvertidas «doctrinas secretas» de Platón: las *ágrapha dógmata*.

Desde la antigüedad eran varios los filósofos que había utilizado el nombre de *ágrapha dógmata* («doctrinas no escritas») para referirse a ciertas enseñanzas secretas que Platón habría reservado a un reducido círculo de personas, pero que jamás había llegado a escribir.

Si bien eran pocos los que se habían dado cuenta, el título del libro de Michael, *Las doctrinas secretas de Platón*, no era otra cosa que la traducción del título de un libro, desaparecido casi en su totalidad, del filósofo neopitagórico Numenio de Apamea (*Perì ton parà Plátoni aporréton*), que vivió en la segunda mitad del siglo II y que, como otros muchos en la antigüedad, se había interesado por las doctrinas secretas de Platón.

En su libro, Michael afirmaba que Platón habría escrito las *ágrapha dógmata* durante una estancia de trece años en Egipto, con los sacerdotes del templo de Heliópolis. Con el paso de los siglos, el

manuscrito original se habría perdido, o tal vez hubiera desaparecido en el incendio de la biblioteca de Alejandría. La tesis era arriesgada, pero expuesta de ese modo no lo bastante como para despertar las iras del mundo académico.

La obra habría sido sencillamente ignorada de no haber sostenido Michael una tesis que revolucionaba toda la historia de la filosofía y de la civilización occidental. Según Michael, las *ágrapha dógmata*, corazón secreto de la filosofía platónica, eran la traducción griega de un texto sagrado que se remontaba al periodo arcaico de Egipto y cuyos autores se desconocían.

En el epígrafe de su libro, Michael citaba una frase de Plutarco que decía: «Demostraré la concordancia del sistema filosófico platónico con la teología de los egipcios».

Por muy extravagante que pareciera la hipótesis, Michael no había sido el primero en afirmar el origen egipcio de la filosofía platónica.

El egiptólogo Émile Amélineau ya había afirmado en 1908, en su obra *Prolegómenos al estudio de la religión egipcia, ensayo sobre la mitología de Egipto*, que entre la doctrina platónica y la de los sacerdotes egipcios de Heliópolis sólo existían diferencias en el plano de la expresión, pero no en el conceptual. Pero Michael aún había ido más allá: había afirmado que el corazón secreto de la filosofía platónica –es decir, las doctrinas no escritas– era en realidad la traducción de un antiquísimo texto sagrado egipcio, custodiado por los sacerdotes de Heliópolis.

Ni uno solo de los principales intérpretes de Platón, sin embargo, lo había apoyado. Y el libro de Michael había sido considerado poco más que una ocurrencia sensacionalista sin la menor base científica.

Ni siquiera los que le habían confesado, en privado al menos, que admiraban la originalidad de su interpretación, habían tenido el valor de defenderlo públicamente. «Porque una cosa –le había explicado un profesor emérito de Berkeley en el transcurso de una cena– es la exactitud de las tesis, mi querido y joven amigo, y otra la forma en que éstas se exponen. Y el modo tan poco diplomático en que ha

expuesto usted su tesis –había añadido, al tiempo que arqueaba las cejas– sumado a las chaquetas de cuero, los vaqueros y los coches deportivos, le ha creado más enemigos de los que puede imaginar.»

Que era lo mismo que decir: su carrera, mi querido amigo, está acabada.

Durante los meses que había pasado escribiendo en el aislamiento de la vieja casa de Oregón, Michael se había preguntado más de una vez cómo acogería la comunidad científica su interpretación de Platón. Teniendo en cuenta el precedente de Bernal, sabía que se iba a encontrar con no poca resistencia, pero tampoco esperaba aquella especie de alzamiento.

El ataque más duro le había llegado, precisamente, de un colega apenas mayor que él: John H. Prichard, ilustre historiador y filósofo.

En una entrevista publicada en el *Los Angeles Times*, significativamente titulada «La filosofía no es una novela», el profesor Prichard –tras haber ironizado sobre el libro de Michael definiéndolo como «una pésima novela, repleta de extravagantes teorías de filosofía ficción»– había afirmado, a modo de conclusión, que el hecho de que a los escritores de *thriller* arqueológico se les permitiera ocupar una cátedra de filosofía antigua no era más que un símbolo de la decadencia de los tiempos. La entrevista venía acompañada de una fotografía de John H. Prichard, vestido con traje y corbata ante la librería de su estudio, y de otra de Michael, vestido con vaqueros y camiseta y apoyado en el capó de su Chevrolet Camaro.

Después de aquel vendaval de críticas, Michael había conseguido a duras penas conservar su puesto en la universidad, pero había dejado de ocuparse de Platón.

Y, justo entonces, la NSA había contactado con él.

A qué venía ese interés por él, era un misterio que Michael aún no había conseguido desentrañar. Si había aceptado el encuentro era más por curiosidad que por auténtico interés.

Pero jamás hubiera imaginado que en Fort Meade pudiera encontrar la respuesta a las preguntas que, durante años, lo habían guiado en su investigación sobre las doctrinas secretas de Platón.

8

Fort Meade, Maryland

Olivia Kaplan abrió la caja fuerte que tenía a su espalda, extrajo un expediente en el que podía leerse la leyenda TOP SECRET y lo depositó en el escritorio, bajo la mirada de Michael.

–En los datos que hemos recogido, aparecen algunas alusiones directas, por parte de CR, a las *ágrapha dógmata*. Creemos poder afirmar con certeza que en las doctrinas secretas de Platón se encuentra información importante sobre el acontecimiento apocalíptico.

–¿Los neonazis, estudiosos de las *ágrapha dógmata*? ¡Ésa sí que es la historia más increíble que he escuchado en mi vida! –exclamó Michael.

Sus palabras, sin embargo, no consiguieron ocultar la expresión que acababa de aparecer en su rostro: una mezcla de curiosidad y temor.

–Haga el favor de escucharme, profesor Price –dijo Olivia, al tiempo que adelantaba ligeramente el busto hacia su interlocutor–. Comprendo su incredulidad, pero tendría usted que saber mejor que yo hasta qué punto están interesados los nazis de siempre en la filosofía, la teosofía, el ocultismo… Y no me refiero únicamente a la teoría del superhombre de Nietzsche…

–Nietzsche no tuvo nada que ver con el nazismo –la interrumpió Michael, que aún no había conseguido apartar la mirada de la carpeta depositada sobre el escritorio.

–Es cierto, pero el nazismo sí tuvo que ver con Nietzsche, cosa que no deja de ser importante. Pero, de todas maneras, nuestro problema no es Nietzsche sino la relación entre CR y las doctrinas secretas de Platón. Y usted es el único que puede ayudarnos a entender lo que está ocurriendo.

–Supongo que habrá leído mi libro.

–Desde luego, y precisamente por eso le he pedido que venga a tomar un café.

–¿Ha sido una decisión suya?

–Sí, ha sido una decisión mía –respondió Olivia, mirándolo directamente a los ojos.

–Siempre es un placer conocer a mis lectores. Pero me gustaría dejar claro que me limito a plantear unas cuantas hipótesis que, por otro lado, la comunidad académica ha tildado de visionarias.

–Pero en las cuales usted sigue creyendo. A pesar de todo.

Michael vaciló. Aquella mujer parecía tener la capacidad de leerle el pensamiento.

–Siempre puedo equivocarme –replicó–. Nadie puede saber con total certeza qué contenían las doctrinas secretas de Platón, ni siquiera si llegaron a existir de verdad. Y menos aún, un grupo de chalados neonazis.

–¿Y si yo le dijera que, en realidad, no se equivoca?

Olivia hizo una pausa para observar el efecto que sus palabras habían producido en Michael. Luego prosiguió, convencida de haber despertado su interés.

–¿Y si le dijera que las doctrinas secretas existieron y que todo lo que usted ha escrito en su libro, aunque incompleto, concuerda con la verdad?

Michael se puso tenso. Había jurado que jamás volvería a ocuparse de las *ágrapha dógmata*.

Sintió deseos de ponerse en pie y marcharse. Al diablo la NSA y los putos nazis. Pero algo lo mantenía anclado a aquella silla.

Su pasado. Y el deseo de conocer la verdad.

–Demuéstreme que lo que dice es verdad, doctora Kaplan, y les ayudaré con mucho gusto –respondió, con una voz ligeramente gutural que dejaba traslucir su inquietud.

–Desde luego. Pero antes tengo que pedirle que firme esto. Es un acuerdo de máximo secreto, por el cual se compromete usted a no divulgar las informaciones que reciba. Sin esa firma, no puedo decirle nada más y nuestra reunión termina aquí.

Michael guardó silencio, con las manos aferradas a los brazos del sillón.

–Le aconsejo que lo piense bien –prosiguió Olivia–: si firma estos papeles, no podrá revelar a nadie nada de lo que se le diga aquí. Ni siquiera a la comunidad científica. Y si algún día decide usted romper el acuerdo, será imputado.

Michael sabía perfectamente que lo que perseguía Olivia Kaplan con aquella puesta en escena y con la historia que le había contado era, sencillamente, obligarlo a firmar. Pero tenía que reconocer que lo había hecho muy bien, pues lo que más deseaba Michael en aquellos momentos era saber qué contenía aquella carpeta.

Leyó rápidamente el documento y lo firmó.

Olivia abrió la carpeta que descansaba sobre el escritorio y la empujó hacia Michael. Dentro se hallaban unas cuantas fotos de fragmentos de un papiro escrito en griego antiguo. Michael leyó unas cuantas líneas. Y no pudo creer lo que veían sus ojos.

Siguió descifrando velozmente aquellos antiguos signos y después pasó a las siguientes fotos.

–Supongo que no es ninguna broma –dijo finalmente.

–No es ninguna broma. Se trata de fragmentos de papiros encontrados en 1945.

–¿Dónde?

–En Berlín. En el búnker de Hitler, antes de que entraran los rusos.

Michael guardó silencio durante algunos instantes. Incrédulo. Aquella carpeta contenía las fotos del hallazgo. Las observó y, por último, cogió una imagen en blanco y negro que no parecía tener

nada que ver con las otras fotografías. En ella aparecía un hombre a lomos de un camello. En el fondo, desenfocado, se distinguía el perfil de una pirámide.

–¿Y éste quién es?

–Es Rudolf Georgiadis, en Egipto. En 1941.

–No he oído nunca ese nombre.

–En realidad, Georgiadis es el segundo apellido: el de la madre, hija de una de las familias griegas más antiguas de Alejandría. El primer apellido es Hess.

–¿Me está diciendo que…?

–Sí, es Rudolf Hess.

–El delfín del Führer.

–Y miembro de la sociedad esotérica Thule.

–Pero… ¿qué tiene que ver todo eso con Platón?

–Rudolf Hess vivió en Egipto hasta los catorce años, con su familia. Y fue precisamente la familia Hess la que llevó los papiros de Egipto a Alemania, a principios del siglo XX, aunque no sabemos muy bien cómo los encontraron.

Michael se había quedado sin palabras.

¿Era posible que aquel texto formara parte de las *ágrapha dógmata*? Había dedicado años enteros de su vida a intentar reconstruir las doctrinas secretas. Las había imaginado, había soñado con ellas, las había plasmado mentalmente… Casi hasta ser incapaz de distinguir entre lo real y lo imaginado. Eran su obsesión.

Pero tenía que hacer un esfuerzo por mantener la calma.

Sin duda, la persona que tenía delante lo sabía todo acerca de él. Los papiros y la historia de su reaparición en Berlín podían ser, sencillamente, un arma para manipularlo.

–Estos papiros son asombrosos –dijo, volviéndose hacia Olivia–. Pero no pueden demostrar que sean auténticos.

–En eso se equivoca.

Olivia se puso en pie e invitó a Michael a acompañarla.

–¿Adónde vamos? –le preguntó él.

–A la biblioteca de la NSA. Hay algo que quiero enseñarle.

Michael decidió no hacer más preguntas, pues tampoco le hubiera servido de nada. Estaban a punto de salir del edificio cuando Olivia se volvió hacia él.

–Se me olvidaba algo –dijo.

–Soy todo oídos.

–En la NSA somos un poco chapados a la antigua. Evite, si puede, saludar levantando el dedo corazón.

9

Fort Meade

Pulgar sobre el lector de huellas dactilares, introducción del código y reconocimiento de voz: la pesada puerta de acero se abrió con un discreto soplo de aire.

Michael siguió a Olivia Kaplan y se quedó inmóvil junto al umbral de la biblioteca de la NSA, totalmente distinta a cualquier otra biblioteca que hubiese visto hasta entonces.

Uno junto al otro, en mitad de aquella sala vacía iluminada por una luz violeta, se veían varios cilindros de cristal que, como enormes columnas, surgían del suelo y llegaban hasta el techo.

Eran cinco, como los fragmentos de papiro de cincuenta y dos centímetros por cuarenta que contenían. Fragmentos amarillos, escritos en tinta negra, repletos de *scriptio continua* en griego antiguo.

Todos idénticos, como si los hubieran cortado deliberadamente.

Todos, menos uno, que no presentaba escritura sino una especie de dibujo que ocupaba toda su superficie. Era un círculo grande con una estrella inscrita dentro en cuyo interior, a su vez, se veía otro círculo con una mancha negra y esférica en el centro.

Estos cinco fragmentos, expuestos de aquella forma, podrían haber constituido la obra de algún artista contemporáneo. Una obra bellísima.

Sin embargo, se trataba de la obra perdida de Platón, resurgida de los abismos de la historia en todo su esplendor.

Michael esperó unos instantes, incrédulo ante aquel espectáculo. Luego se acercó y apoyó una mano en el cristal de la primera columna de la derecha, como si quisiera tocar aquello que veía y que aún no conseguía creer.

La escritura continua que caracterizaba los documentos antiguos, sin separación entre una palabra y otra, era de una nitidez increíble. El papiro parecía casi intacto.

Olivia guardaba silencio, tras él, y disfrutaba del impacto que había conseguido con aquel golpe de efecto.

Casi sin darse cuenta, Michael empezó a leer las primeras palabras del texto griego en voz alta, como solía hacerse en la antigüedad:

ΜΑΛΑΤΟΙΔΥΣΒΑΤΟΣΟΡΦΝΗΚΑΙΣΚΟΤΟΣΕΣΤΙΝΑΛ
ΑΜΠΕΤΟΝΟΔΟΣΑΝΩΚΑΤΩΜΙΑΚΑΙΩΥΤΗΕΝΑΒΥΣΣΩ

–«Verdaderamente inaccesible. Densas tinieblas y noche sin luz. La vía hacia arriba y la vía hacia abajo, una sola y la misma en el abismo.»

Era la voz de Olivia Kaplan.

Michael se volvió, sorprendido tras haberla oído traducir aquellas palabras.

–¿Conoce el griego antiguo? –le preguntó.

–Digamos que me defiendo. Pero el texto no lo he traducido yo, me he limitado a supervisar la traducción que han realizado nuestros expertos. ¿Qué le parece, cree que es correcta?

Michael se dio cuenta entonces de que aún tenía la mano apoyada en la columna. La retiró y retrocedió un paso.

–No está mal –dijo, aturdido aún ante aquel espectáculo–. Aunque tendría que trabajar en ella, claro. Pero la verdad es que ahora sí que no lo entiendo.

–¿Qué es lo que no entiende? –preguntó Olivia.

–Si han restaurado el texto y tienen un grupo de expertos que han trabajado en la traducción… ¿para qué me necesitan a mí?

–Creemos que usted es el único capaz de proporcionarnos una interpretación que nos permita relacionar el texto de Platón con el acontecimiento apocalíptico proyectado por CR, que el mismo Platón denomina en su texto *ekpyrosis*.

–La conflagración del mundo que preludia su renacimiento.

–Exactamente. Sabemos que CR, inspirándose en las doctrinas secretas de Platón, está organizando un ataque global que podría destruir el mundo. El problema es que no sabemos cuándo se producirá, ni dónde ni de qué forma. Para poder responder a esas preguntas es necesario comprender el significado del texto platónico, pero hasta ahora no lo hemos conseguido. Tenemos en nuestras manos el texto de las doctrinas secretas, aunque es probable que falte la parte inicial. Pero no le encontramos sentido. ¿Qué es el cosmos de los dos soles? ¿Es un lugar real o un mito? ¿Qué significa el dibujo? ¿A qué hace referencia el abismo? ¿Quiénes son esos Grandes Antiguos que, según los papiros, habitaban la tierra en la época del origen? –A cada pregunta, Olivia se desplazaba hacia una de las columnas de cristal, señalando un pasaje del papiro que contenía–. No tenemos respuesta para ninguna de esas preguntas.

Michael siguió observando los papiros durante algunos instantes y después se volvió hacia Olivia.

–Entiendo. Me han elegido a mí para que les proporcione una sobreinterpretación.

–Explíquese mejor.

–Una sobreinterpretación es una interpretación en apariencia poco verosímil, que va más allá de los límites de la interpretación. No goza del favor de los académicos, pero muchas veces abre inéditas posibilidades de lectura de un texto, al sacar a la luz cosas que no parecían ni remotamente imaginables.

–Eso es exactamente lo que queremos, profesor Price.

–¿Por qué precisamente yo?

–Porque usted ha sido el único capaz de reconstruir parte de las doctrinas secretas partiendo de la hipótesis de que en realidad eran

la transcripción de un antiguo texto egipcio. La comunidad académica se le echó encima, pero usted tenía razón.

–¿Cómo puede afirmarlo con certeza?

Olivia se acercó a la última de las columnas y le indicó a Michael que la siguiera. Señaló la última línea del papiro expuesto y le pidió a Michael que la tradujera.

Michael guardó silencio mientras contemplaba aquellas palabras. Eran la confirmación del trabajo de años enteros. Cogió aire y luego tradujo.

> Yo, Platón, he trasladado a la lengua griega lo que dicen las sagradas escrituras egipcias conservadas sin excepción aquí, en estos templos, desde las épocas más antiguas. En ellas se recoge la sabiduría primigenia de los Grandes Antiguos, el pueblo que habitó la tierra en la época del origen.

Michael observó a Olivia.

–Había contemplado la hipótesis de que las doctrinas sagradas fueran en realidad la transcripción de un antiguo texto egipcio cuyos autores se desconocían. Pero jamás se me había ocurrido imaginar que, a su vez, el texto egipcio remitiese a un saber mucho más antiguo.

–No sea tan duro consigo mismo. A nadie se le habría ocurrido elaborar una hipótesis similar. Pero hay más cosas en el cielo y en la tierra de las que alcanza a entender su filosofía, profesor Price.

Michael sonrió al reconocer la cita del *Hamlet* de Shakespeare. Después se acercó a la columna que contenía el papiro con el gran dibujo.

–Nuestros expertos no han sabido clasificarlo.

Michael observó con atención aquel extraño dibujo, del que no había ni rastro en las obras de Platón.

–Parece un jeroglífico –dijo– y, sin embargo, es cierto, yo tampoco he visto ningún otro dibujo parecido. Presenta algunos elementos en común con el jeroglífico que indica el más allá, pero en

conjunto es distinto. Podría tratarse de un protojeroglífico, aunque es difícil decir con exactitud qué significa. Tendría que consultarlo con Stephen Falken, mi antiguo profesor de egiptología, que ha estudiado los protojeroglíficos.

–No es posible. El acuerdo de máximo secreto que ha firmado no le permite contactar con nadie de fuera de la NSA. Tendrá un equipo de expertos a su disposición que podrán ayudarlo en sus investigaciones, también sobre el terreno si es necesario.

Michael no dijo nada. Estaba claro que aquel jeroglífico era una manera de comunicar de forma aún más cifrada la verdad. Una especie de cerradura que había que forzar para poder acceder al significado del texto. Se aproximó al cristal de la vitrina para observar más de cerca el misterioso dibujo. Fue entonces cuando se dio cuenta de que los papiros no estaban conservados al vacío, como había pensado.

–¿Los papiros están sumergidos en un líquido? –preguntó, dirigiéndose a Olivia.

–Exactamente. A estas vitrinas solemos llamarlas «acuarios». El líquido en el que están sumergidos los papiros es una fórmula especial que los protege del deterioro.

Michael siguió contemplando los papiros, absorto en sus pensamientos. Después se volvió hacia Olivia.

–Hay algo que no me convence.

–Adelante, hable sin miedo.

–Desde luego, no seré yo quien niegue que el hallazgo de las doctrinas secretas es un hecho extraordinario, pero… no entiendo por qué tratan ustedes estos papiros como si constituyeran un texto sagrado que contiene una revelación acerca del fin del mundo.

Michael apenas había terminado de hablar cuando tuvo la sensación de que, en realidad, Olivia llevaba un rato esperando aquella objeción.

–Pruebe a rodear la vitrina.

Michael obedeció, con pasos lentos. Y lo que vio en el reverso de los papiros lo dejó estupefacto.

10

–¿Es una broma? –preguntó, casi en un balbuceo.

–No. Son dibujos de Ooparts, *Out of Place Artifacts*, es decir, objetos anacrónicos respecto a su colocación histórica. Es un término acuñado por el zoólogo Ivan Sanderson y se refiere a restos arqueológicos o paleontológicos que, basándonos en nuestros conocimientos actuales, no habrían podido existir en el periodo histórico al cual se atribuyen. Dichos objetos confirmarían la existencia de civilizaciones evolucionadas anteriores a la nuestra.

–Yo creía que era tan sólo pseudociencia.

–Lo era, antes de este hallazgo. Los objetos representados en los papiros proceden de épocas remotas, Michael, y cuando hablamos de miles de millones de años, la frontera entre ciencia y pseudociencia es muy frágil, créame. Las reconstrucciones de los científicos para relatar la historia de la vida en la tierra son invenciones que únicamente apoyan nuestros prejuicios.

–¿Y tienen alguna idea de lo que representan esos dibujos?

–Creemos que sí, aunque todavía se nos escapan algunos detalles. La tecnología representada es más avanzada, si la comparamos con nuestros conocimientos actuales. Estos dibujos parecen una detallada descripción de un curioso imán superconductor, capaz de generar un potente campo magnético. Pero eso no es todo. ¿Ve esto de aquí?

Michael ya se había fijado: eran esferas con tres líneas paralelas alrededor de la circunferencia, situadas en el centro de los superimanes.

–Estas esferas –prosiguió Olivia– son la representación exacta de las que se encontraron durante unas excavaciones en Sudáfrica,

cerca de la ciudad de Ottosdal, en el Transvaal occidental. Se conservaban en el museo de Klerksdorp. Hemos contactado con Roelf Marx, el conservador del museo, y le hemos enviado una reproducción del diseño platónico. Marx ha confirmado que se trata de las esferas que, hasta el año 2001, se custodiaban en su museo. Son esferas huecas, pero extremadamente resistentes, rellenas de un material blanco y esponjoso del cual no sabemos nada. Y, muy probablemente, son obra de una forma de vida inteligente.

–¿Y eso nos aclara algo?

–Al menos dos cosas. En el año 2001, el museo de Klerksdorp sufrió un extraño robo: desparecieron todas las esferas de la colección y también los análisis químicos realizados a las propias esferas. Eso significa que alguien tiene interés en dichos objetos y dudo que se trate de amantes de los restos arqueológicos. Y luego está el tema de la datación.

–¿Han conseguido determinar la época a la que pertenecen esos restos?

–Roelf Marx afirma que ni el examen radiográfico ni el estrato en que se descubrieron las esferas dejan lugar a dudas. Pero el resultado es tan inverosímil que los datos no se han publicado jamás en ninguna revista científica. Las esferas representadas en el papiro fueron creadas por una forma de vida inteligente en una época en que la tierra estaba habitada únicamente por bacterias, o eso creíamos hasta ayer. Las esferas se remontan al supereón geológico del Precámbrico, cuando en la tierra sólo existía un supercontinente llamado Rodinia.

–¡Pero eso es imposible! ¡Estamos hablando de tiempos muy remotos!

–Casi tres mil millones de años.

11

Isla de Santa Catalina,
California, octubre de 2014

Nada más salir de Newport Harbour, Eddie había puesto rumbo hacia Santa Catalina, una isla del archipiélago de Channel Islands, a unas veintidós millas de distancia de las costas del condado de Los Ángeles.

No había sido una travesía fácil.

El mar fuerza cuatro y la fuerte corriente procedente del noroeste habían obligado al *Bongos II* a dirigirse primero hacia el norte, dirección Cabrillo Beach, navegando cerca de la costa, para después bajar hacia Santa Catalina siguiendo la misma ruta que los trasbordadores procedentes de Long Beach, que aquel día ya se habían cuidado bien de no salir del puerto.

–Será nuestro refugio, al menos hasta que se hayan calmado las aguas –le había comunicado Eddie cuando, a última hora de aquella tarde, habían llegado a las inmediaciones de Santa Catalina.

Después había reducido la velocidad a tres nudos, la proa del *Bongos II* había descendido hacia el agua y habían entrado en la bahía de Avalon, la ciudad más poblada de toda la isla.

–¿Por qué hemos venido precisamente aquí, Eddie?

–Para encontrarnos con la única persona que puede ayudarnos a entender qué está pasando.

–¿Es un amigo tuyo?

–Yo no diría exactamente «un amigo», más bien una especie de amigo.

–¿Y qué significa «una especie de amigo»?

Eddie sonrió.

–Pronto lo verás con tus propios ojos.

* * *

Apoyado en la borda del *Bongos II*, Michael contemplaba la bahía. El balanceo de la embarcación se notaba, por mucho que ya hubieran atracado en el muelle, pero era una sensación agradable, comparada con la travesía de pocas horas antes con mar fuerza cuatro. Casi como dejarse mecer por la mismísima madre naturaleza, tras un vendaval memorable.

Eran cosas que lo hacían a uno sentirse en paz con la vida.

Por mucho que aquel mismo día alguien que se disponía a matarlo le hubiera hecho añicos la luneta posterior del Camaro y hubiera mandado al garete sus planes de matrimonio.

Tenía que tomarse las cosas con filosofía.

Y esa fórmula no era tan absurda como parecía.

Era como decir: encuentra la perspectiva adecuada de las cosas y sigue adelante.

Claro, como si fuera tan fácil.

Eran pocas las embarcaciones amarradas junto al *Bongos II* en aquel lado de la bahía, entre el Green Pleasure Pier, el muelle de casetas color verde esmeralda que prácticamente dividía la bahía en dos, y un promontorio rocoso cortado a pico sobre el mar.

En la oscuridad se distinguían unos cuantos pesqueros, alguna que otra zodiac vieja y dos veleros cuyas drizas chocaban contra los palos de aluminio y emitían una especie de rítmico campanilleo. Debido a la marejada, los trasbordadores que cubrían el trayecto entre Avalon y el condado de Los Ángeles no habían llegado a salir de Newport Beach, Dana Point o San Pedro. El muelle de atraque estaba vacío. La mayor parte de las embarcaciones, básicamente lanchas y carísimos yates, amarraba tradicionalmente en el lado

norte, cerca del Casino, un gran edificio estilo *art déco* de planta circular, construido en 1929 a orillas del océano.

A Michael no le desagradaba aquella inmensa construcción blanca con su tejado de tejas rojas y su pináculo iluminado, tipo punta de árbol navideño. Allí habían grabado algunas escenas de una película protagonizada por Jack Nicholson. ¿Cómo se llamaba?

Ah, sí, *Chinatown* de Polanski, recordó Michael.

Echó un vistazo al móvil. Alex no había vuelto a encender el suyo. Había intentado contactar con ella varias veces, pero sin éxito.

No era propio de Alex.

* * *

El reloj del Green Pleasure Point marcaba las diez.

Era hora de moverse.

Michael se caló bien la gorra descolorida de los Yankees, que olía a sardinas podridas. Cruzó la pasarela tambaleante del *Bongos II* y bajó al embarcadero repleto de charcos de agua, cuidando de no mojarse el único par de zapatos que tenía.

El aire era decididamente fresco: se trataba de una de esas noches que anuncian claramente que la bonanza veraniega toca a su fin.

Michael se encaminó a la playa.

Tras las nubes, la luna proyectaba una tenue luz blanquecina. Dos pescadores, arrebujados en sus chubasqueros de color verde militar, se volvieron brevemente a mirarlo cuando pasó junto a ellos, apartando apenas un segundo la mirada de los flotadores de luz fosforescente que bailoteaban entre las olas oscuras.

Durante un segundo, Michael pensó en el nombre de aquellas luces que se usaban para pescar: *starlights*. Siempre le había gustado.

En ese momento, sin embargo, tenía varias *starlights* encendidas en la mente, que resplandecían en un mar de impenetrable

oscuridad: ideas esparcidas a la deriva, que no lo ayudaban a entender nada de lo que estaba ocurriendo.

La verdad nadaba en aguas profundas, pero él la intuía y, de vez en cuando, incluso le parecía percibirla físicamente. Era una presencia amenazadora, un gran depredador que sólo aguardaba el momento perfecto para lanzarse al ataque.

Sensaciones todas ellas que no tenían ninguna explicación racional, pero Michael sabía bien que el sueño de la razón es la única forma válida de llevar los pensamientos a lo más profundo, a riesgo de encontrar monstruos que la razón prefiere, con mucho, evitar. «Quien con monstruos lucha cuide de no convertirse a su vez en monstruo. Cuando miras largo tiempo a un abismo, el abismo también mira dentro de ti.» Era un aforismo de Nietzsche con el que a Michael le gustaba empezar sus cursos, para a continuación añadir –tras haber despertado la atención de sus alumnos– que el filósofo no es el que se eleva, no es el que conquista cumbres conceptuales con la ayuda del saber: el filósofo es aquel que desciende a los abismos y deja que el abismo mire en su interior.

El abismo.

Había un fragmento de las *ágrapha dógmata* que no conseguía quitarse de la cabeza, pero el sentido era un auténtico enigma rodeado de misterio: «Y para encontrar el verdadero Sol, es necesario conocer el arte del buzo y saber llegar a la profundidad abismal». Era exactamente lo contrario de la idea platónica del filósofo que debe salir de la caverna para ver el sol, si bien la expresión «el arte del buzo» aparecía de hecho en otro famoso texto de Platón, *El sofista*. Es en ese diálogo donde Platón define el arte del pescador que usa sedal como una forma de caza y evoca el arte del buzo, o arte de sumergirse, como una forma de caza de seres inanimados. Sin añadir nada más.

Olivia Kaplan, de la NSA, se había quedado perpleja al escuchar aquella expresión, «el arte del buzo», pues le parecía anacrónica. Se equivocaba: Michael le había citado, en ese sentido, un tratado atribuido a un tal Crotone titulado, precisamente, *El buzo*.

Y sin embargo, a Michael le seguía pareciendo que la expresión griega *he kolumbetikos techne*, «el arte del buzo», resultaba enigmática en el contexto de las *ágrapha dógmata*.

Perdido en sus propios pensamientos, Michael se quedó contemplando el centelleo de las *starlights* durante unos minutos, tras lo cual echó a andar de nuevo con paso decidido.

Era un hombre que huía, aunque todavía no se hubiera acostumbrado. La NSA lo perseguía, su compañera había desaparecido como por arte de magia y un grupo de neonazis se dedicaban a preparar un ataque terrorista a escala mundial. La isla de Santa Catalina, a la cual se había dirigido con Eddie después de que un equipo de la NSA hubiera intentado capturarlo, podía convertirse en un refugio temporal, pero desde luego no era la solución a todos sus problemas.

Será mejor que me ocupe de una cosa a la vez si no quiero volverme loco, pensó.

Tenía que conseguir comida y ropa de recambio mientras Eddie y su amigo, que no tardaría mucho en llegar, intentaban descubrir qué diantre estaba ocurriendo en la NSA. Cuando Michael le había preguntado a Eddie quién era ese misterioso amigo y si podían confiar en él, Eddie le había contestado que era un pirata informático de la familia, alguien que los tenía bien puestos, que podía ayudarlo con las puertas traseras de la NSA.

Michael aún no había entendido muy bien qué era una puerta trasera, pero en aquel momento tampoco era demasiado importante. Ahora que su nivel de adrenalina había descendido, empezaba a inquietarse.

¿Qué debía hacer?

Lo había discutido con Eddie durante la travesía de Newport Harbour a Santa Catalina: antes de dar cualquier paso, tenían que averiguar por qué la NSA, organización con la que había colaborado durante los meses previos para descifrar las doctrinas secretas de Platón, había decidido de repente empezar a perseguirlo.

Al llegar al final del muelle, Michael enfiló la calle principal, Crescent Street, que discurría paralela a la playa de la bahía de Avalon.

En el aire se mezclaba el olor a pescado frito con el hedor de las algas que se habían acumulado en la playa a causa de la marejada.

Crescent Street, tan iluminada que parecía de día, era una sucesión de locales, todos ellos de nombre imposible: Catalina Cantina, Antonio Cabaret Pizza, Original Antonio's Pizza… A la altura del muelle, Michael dobló hacia una calle que se dirigía hacia el interior y siguió las indicaciones del Metropol Market Place, un centro comercial que estaba abierto hasta medianoche. Un enorme letrero, en la entrada de lo que parecía una versión estilo parque infantil de una ciudad del Lejano Oeste, ofrecía información sobre los distintos tipos de artículos en venta: desde arte étnico hasta gafas de sol, pasando por productos de la gastronomía local y ropa de niños.

Michael descartó las tiendas más elegantes y entró en un pequeño supermercado de aspecto humilde, de cuya puerta colgaba una bandera de Estados Unidos.

El hombre que estaba tras la caja, absorto en la lectura de un periódico deportivo, no se dignó siquiera a mirar a Michael. Vestía una camisa a cuadros, abierta sobre una camiseta decididamente sucia que a duras penas lograba contener su vientre en forma de sandía.

Michael cogió de la nevera cuatro cervezas y dos bocadillos ya preparados, y los dejó junto a la caja. Después se dirigió a los estantes próximos a la puerta trasera: buscaba unos vaqueros de su talla y una sudadera que no tuviera inscripciones demasiado absurdas en la parte delantera. Tuvo suerte con los vaqueros, pero lo de la sudadera resultó más complicado. Finalmente, se decidió por una de color gris con el logo del Centro de Oceanografía de Catalina, Universidad del Sur de California.

Se disponía a ir a la caja para pagar cuando, de repente, algo le llamó la atención: una chica que estaba absorta ojeando una revista de armas. Se la quedó mirando durante unos segundos.

La joven vestía pantalones negros de bolsillos amplios, botas y una chaqueta sin mangas. Sobre el pelo, negro y muy corto, llevaba unas gafas Ray-Ban de espejo. Unos veinticinco años, más o menos. Los rasgos somáticos revelaban una ascendencia india.

Unas cuantas horas antes, Eddie le había contado que, antes de la llegada de los europeos, en Santa Catalina vivían los indios tonga, de los cuales aún quedaban en la isla algunos descendientes de cuarta generación.

–Y también hay bisontes –había añadido Eddie, para dar más cuerpo a su historia–, pero no son nativos.

Fue cuestión de un segundo: la joven se abrió la chaqueta y se guardó dentro la revista. Volvió a cerrarla, pero luego pareció pensárselo mejor y se escondió también una botella de cerveza que llevaba en la mano. Cuando se dio cuenta de que Michael la estaba mirando, le sonrió y se dirigió hacia él.

–Será mejor que te metas en tus asuntos, cariño –le susurró al pasar junto a él.

Michael, cogido por sorpresa, miró hacia el mostrador: el gordito seguía leyendo y comiendo patatas de bolsa, sin inmutarse. Le hubiera gustado darle una lección a aquella ladronzuela insolente, pero el gordito le despertaba una antipatía instintiva. Así pues, se limitó a tragarse el orgullo.

Una ligera vibración en el bolsillo de la chaqueta lo advirtió de la llegada de un sms. Confiaba en que fuera el aviso de que Alex había vuelto a encender el teléfono, pero se llevó una decepción al leer el mensaje: era Eddie, que le pedía que comprara también mantequilla de cacahuete.

En mitad de una catástrofe, Eddie habría sido capaz de buscar un lugar donde poder comerse una buena hamburguesa con queso. Su lema era el siguiente: si no tiene remedio, ¿para qué preocuparse? Si tiene remedio, ¿para qué preocuparse?

Cuando Michael volvió a guardarse el móvil en el bolsillo, la chica ya había desaparecido.

Se acercó a la caja para pagar. Dejó sobre el mostrador la sudadera y los vaqueros. Se alejó de nuevo para coger la mantequilla de cacahuete y lo añadió al resto. Deslizó un billete de cincuenta dólares sobre el mostrador. Sin decir ni una palabra, el tipo cogió el billete y lo guardó en la caja registradora, ya abierta. Lanzó una rápida ojeada a lo que Michael había comprado, cogió el cambio, lo dejó sobre el mostrador y retomó la lectura.

Ni tique, ni adiós muy buenas.

Michael sintió una repentina simpatía por la joven amante de las armas. Se disponía a salir cuando le llamó la atención el televisor, encendido sobre el distribuidor automático de bebidas.

Estaba sin volumen, pero la imagen y el texto que aparecían sobreimpresionados no dejaban lugar a dudas: una joven agente de la policía de tráfico de California había desaparecido. Su moto de patrulla había aparecido abandonada en el arcén de la carretera, muy cerca de Huntington Beach.

Aquella mañana, Alex no había llegado a la playa.

12

Miró a Eddie: no era necesario explicar nada. En el portátil, abierto sobre la mesa que ocupaba el centro de la cocinita del *Bongos II*, se veía la página web del *Los Angeles Times*, que publicaba la noticia de la desaparición de Alex.

–Esto se está convirtiendo en un juego muy peligroso, tengo que ir a la policía –dijo Michael, aún jadeante.

Casi sin darse cuenta, había regresado corriendo a la embarcación de su amigo.

–Claro, y a lo mejor podrías contarles que estás metido en un complot internacional organizado por un grupo de nazis platónicos y por la NSA. Así, con un poco de suerte, pasarás el resto de tus días en un manicomio y no en una cárcel federal.

A Michael le pareció reconocer la voz que acababa de oír a su espalda. Se volvió de golpe y se encontró con dos ojos negros que lo observaban fijamente.

Era la chica que había encontrado en el supermercado.

Estaba de pie, apoyada en la pared junto a la puerta de la cocinita. Al entrar, Michael no la había visto. Esta vez, sin embargo, no se dejó coger por sorpresa.

–¿Y tú qué leches haces aquí? –le preguntó, en tono inquisitivo.

–¿Conoces a Trix? –dijo Michael, sorprendido.

–Lo bastante bien como para saber que es alguien de quien no podemos fiarnos –replicó con sequedad Michael.

Observó fijamente los ojos negros de Trix, que le sostuvo la mirada.

–Pobre profesor, no sabe lo que dice, Eddie –intervino la joven.

Ya no llevaba la chaqueta sin mangas que lucía en el supermercado, sólo una ceñida camiseta negra en la que podía leerse ARKHAM ASYLUM.

–¿Qué leches hace ésta aquí, Eddie?

Michael aún estaba conmocionado por la noticia de la desaparición de Alex. Y no le gustaba precisamente la idea de que el único as que tenían en la manga para entender qué estaba pasando fuese la chica del supermercado.

–Ya te lo he dicho: ha venido para ayudarnos con las puertas traseras –respondió Eddie.

–Me habías hablado de un amigo que los tenía bien puestos, no de una ladronzuela de cerveza aficionada a las armas –replicó Michael, dispuesto a zanjar aquella discusión.

–Es de la familia, Michael. Y en cuanto a tenerlos bien puestos, podría competir con Clint Eastwood.

–Eddie, perdona, pero… ¿el pobre profesor hace lo mismo cada vez que ve a una mujer? –dijo la joven, en tono sarcástico, mientras encendía un cigarrillo.

–Cierra la puta boca, Trix –le espetó Eddie.

–Vale, como quieras. Creo que será mejor dar por terminada esta fantástica velada. No quiero perder el tiempo –dijo la chica, al tiempo que cerraba su portátil, que seguía abierto sobre la mesa.

–Claro, a estas horas seguro que encuentras alguna viejecita a la que atracar –intervino Michael.

–Cuidado con lo que dices –replicó la chica, acercando su rostro al de Michael hasta casi rozarlo.

–Eh, vosotros dos, ya vale, dejadlo ya. ¿Me queréis decir qué leches pasa aquí? –aulló Eddie.

Se hizo un momentáneo silencio. Lo único que se oía era el chapoteo de las olas junto al casco del *Bongos II*.

–He conocido a tu simpática amiguita mientras robaba cerveza y una revista de armas en un supermercado –dijo Michael.

–Jimmy el Sandía –se limitó a decir la joven, mirando a Eddie.

Al escuchar aquel nombre, Eddie sonrió.

–¿No habrás pagado lo que has comprado en el supermercado, verdad? –dijo Eddie, al tiempo que se volvía hacia Michael.

–¡Pues claro que he pagado! ¿Por quién leches me tomas?

–Joder –dijo Eddie.

–Pues sí, joder –dijo la chica.

Michael miró primero a Eddie y luego a la joven.

–¿Os habéis vuelto locos o qué?

En aquel momento, Eddie le contó que el propietario del supermercado, Jimmy apodado el *Sandía* debido a su prominente barriga, era un puto maniaco explotador. En verano solía contratar a jóvenes dependientas, las acosaba sexualmente y después las despedía sin pagarles si no accedían a sus deseos. Era una historia que se repetía año tras año, sin consecuencias legales para Jimmy porque su padre era el jefe de la policía local. La hermana de Trix también se había visto afectada, así que los Goodfellas habían puesto en marcha la operación «joder al Sandía». Habían trabajado durante mucho tiempo y el resultado era que el negocio de Jimmy había sido vendido por tan sólo 243 dólares, y sin que él lo supiera, a una sociedad *off-shore* –que ellos mismos habían creado– de la República de Vanuatu. De hecho, el negocio ya no era suyo, aunque Jimmy no se enteraría hasta final de año. Por esa razón, Trix se había servido sin molestarse en pagar.

–Bien –concluyó Eddie–. Y ahora, antes de ponernos manos a la obra, vayamos con las presentaciones. Michael, ésta es Trix. Trix, éste es Michael. Michael, Trix es medio india. Trix, Michael es medio irlandés. No os entenderéis nunca. Pero no sufráis, ya se ocupará vuestro Eddie pura sangre californiana de mantener la paz. Ahora podéis chocar la mano y daros un abrazo como buenos hermanos.

Michael, no sin cierto esfuerzo, le tendió una mano Trix. Ella se limitó a mirarlo directamente a los ojos.

–Beatrix. Para los amigos, Trix.

Ya se habían terminado las cervezas, los bocadillos y la mantequilla de cacahuete. Las botellas, vacías y abandonadas en el suelo, rodaban a derecha e izquierda, marcando como péndulos las horas de la noche.

Sentados a la mesa uno frente al otro, ajenos al balanceo que, lo mismo que el viento, había ido en aumento a medida que avanzaba la noche, Eddie y Beatrix llevaban horas trabajando con sus portátiles, intercambiando las palabras imprescindibles y alguna que otra exhortación en el momento oportuno.

En vista de que no podía hacer nada, Michael se había limitado a observarlos y a adormecerse de vez en cuando.

Pero Eddie y Beatrix no habían emprendido en solitario el asalto al ordenador de la NSA: para la ocasión, se había convocado en la red a toda la familia.

Toxic, Alfalfa, Lifobic, Motherfuck, Jojox, .44Mag… Ninguno de aquellos valientes jóvenes que aquella noche permanecían en vela delante de una pantalla, tratando de colarse en el sistema informático mejor protegido del mundo, lo hacían simplemente para ayudar a Michael. Sí, era un amigo de Eddie que tenía problemas. Y los muchachos valientes siempre se ayudan entre ellos. Pero su verdadera motivación, la que los obligaba a permanecer en una habitación oscura frente a una pantalla, con el peligro de acabar en la cárcel para siempre, era otra: se les había presentado la ocasión de lanzar un ataque al corazón mismo del Gran Hermano estadounidense, al organismo gubernamental que lo espiaba todo y a todos, que había obligado a introducir en cada copia de Windows una puerta trasera a través de la cual podría entrar en el ordenador de cualquiera que utilizara aquel sistema operativo.

A ninguno de los miembros de la familia se le habría ocurrido jamás echarse atrás: estaba en juego su honor como piratas informáticos.

–A tus órdenes, Trix.

Habían empezado con un escaneo de puertos, es decir, un análisis de los puertos, imprescindible para después idear un sistema

que les permitiera entrar en los ordenadores de la NSA. Más o menos, como hacer un reconocimiento de los muros de una ciudadela con el objetivo de verificar si existe algún paso no vigilado por el que poder entrar, o descubrir cuál es el santo y seña de cada una de las puertas de entrada.

Para el reconocimiento que iban a llevar a cabo los Goodfellas, Trix había elegido el programa Nmap, el mismo que utilizaba el personaje de Trinity en *Matrix Reloaded* para entrar en el sistema de la central eléctrica. Las puertas de la NSA, lógicamente, estaban bloqueadas gracias a un *firewall* de protección perimetral dotado de IDS, Sistema de Detección de Intrusos, es decir, un sistema capaz de detectar los ataques a la seguridad y hacer saltar las alarmas.

Era necesario proceder con la máxima cautela: no dejarse encontrar y, sobre todo, no dejar rastro. Y Trix habría configurado el programa Nmap para que evitara los IDS.

Una vez obtenida la información necesaria, Trix había ordenado a los Goodfellas que lanzaran un ataque con un golpeo de puertos.

–Cuando os dé la señal, desatad el infierno –había anunciado Trix, en voz alta.

El golpeo de puertos es un sistema de apertura de los puertos de un *firewall* que funciona mediante el envío de intentos de conexión a una secuencia preestablecida de puertos cerrados. El problema, lógicamente, es identificar la secuencia adecuada de llamadas que el programa residente, es decir, el programa que se ejecuta en segundo plano en el ordenador, puede identificar.

Los Goodfellas eran ocho en total y podían elaborar cien mil combinaciones por segundo. Pero, al parecer, existían miles de millones de combinaciones posibles: demasiadas para un ataque con fuerza bruta, es decir, con el objetivo de verificar todas las soluciones posibles.

Hubieran necesitado días enteros… y sólo disponían de unas pocas horas. El asalto a la fortaleza de la NSA había sido rechazado sistemáticamente, combinación tras combinación. Las medidas de

seguridad para proteger los ordenadores de la NSA estaban a la altura de la fama de la organización.

Los Goodfellas tenían problemas.

–¡No existen los sistemas impenetrables! –había exclamado Eddie, varias veces, a lo largo de la noche.

Pero cualquier intento de traspasar aquellos muros había sido inútil.

Ya casi estaba amaneciendo.

Michael, que no entendía el lenguaje de los ordenadores, pero sí veía las caras de Eddie y Beatrix, apagó el enésimo cigarrillo en el cenicero. Se puso en pie, desperezándose, y contempló a través de un ojo de buey el amanecer que empezaba a teñir el horizonte.

Game over.

Eddie y Beatrix estaban claramente desanimados.

Sobre todo, Beatrix: ella era la experta en intrusiones, la *cracker* de la familia. Y se sentía responsable de aquel fracaso.

Ella sola había conseguido, sin demasiados problemas, descargar de la página del Pentágono los datos del superbombardero F-35 *Lightning II*. Y ahora, trabajando con la familia al completo, no conseguía siquiera acercarse al ordenador de la NSA para obtener información sobre un profesor de filosofía perseguido.

Nadie quería admitirlo, pero se hallaban en un callejón sin salida. Eddie había aventurado un «aún podemos conseguirlo», pero lo había dicho con tan poco convencimiento que se había visto obligado a añadir «¿no?», mirando a Beatrix.

Cuando el sol ya había salido, Michael les dio las gracias por lo que habían hecho y trató de animar a sus amigos con una broma:

–Bueno, así me podréis ayudar a conseguir que mi portátil vaya más rápido. Desde hace algún tiempo, es más lento que un perezoso.

Al escuchar aquellas palabras, Beatrix se puso en pie de un salto, se acercó a Michael y le dijo:

–El portátil, rápido.

–Eh, que lo decía en broma.

–Yo no. Creo que he encontrado la manera de entrar.

–Vale, está en mi bolsa. La contraseña es…

–Da igual.

Sin añadir nada más, Beatrix cogió el portátil de Michael, lo encendió, se conectó a internet y empezó a teclear frenéticamente.

Eddie se puso en pie y se acercó a ella. Por su sonrisa, parecía haber intuido algo.

–¿Qué pasa? –preguntó Michael.

–Pasa que la NSA controla tu ordenador y Beatrix lo está utilizando para intentar entrar en el de la NSA.

–¡Bingo! –exclamaron al unísono Beatrix y Eddie, transcurridos unos minutos.

Estaban dentro.

Pasaron unos cuantos minutos sin que ninguno de los tres pronunciara palabra.

–He encontrado algo –dijo Beatrix.

En realidad, casi lo dijo en voz baja, como si temiera que la escucharan. Michael esperó unos segundos. Luego se le acercó y, tras ella, susurró:

–¿Qué ves, Beatrix?

Era la primera vez que se dirigía a ella por su nombre completo. Trix vaciló durante un instante.

–El informe número 43667.

–¿Y qué dice?

Beatrix tecleó algo rápidamente en el portátil. Luego se volvió hacia Michael y lo observó fijamente: los ojos le brillaban como dos perlas negras.

–Que eres la mente operativa de CR.

13

El aire empezaba a calentarse. Unas cuantas gaviotas sobrevolaban la bahía siguiendo las corrientes ascensionales.

Beatrix apoyada sobre la amurada izquierda del *Bongos II*, tenía la cabeza inclinada hacia atrás, los ojos cerrados y las manos hundidas en los bolsillos de su chaqueta negra. Michael, de pie en cubierta con barba de un día, estaba absorto en la tarea de liar un cigarrillo.

De nuevo, aquella imagen inesperada, como un fogonazo. Un anciano que, sentado a su lado en un banco, le leía un libro y fumaba.

Apenas recordaba nada de su abuelo, Robert Price, excepto esa imagen que quizá sólo regresaba a su mente cuando olía el aroma del tabaco fresco. Pero la escena, que durante un instante resurgía de la niebla del pasado, desaparecía enseguida, inaprensible. Por mucho que se esforzara, no conseguía recuperar más detalles. Y, en su familia, ya no quedaba nadie a quien preguntar. Aquél era tal vez el último fragmento que le quedaba de la vida de Robert Price, junto a la historia clínica olvidada en alguna parte del hospital psiquiátrico de Salem, en Oregón, donde Robert había pasado casi cuarenta años.

Michael ni siquiera estaba seguro de haber asistido jamás a aquella escena. Como le había dicho un amigo psicólogo, era probable que se tratase de un falso recuerdo. Pero, cuando ese falso recuerdo afloraba, parecía más auténtico que la realidad externa.

Obsesionado por aquel presunto recuerdo, Michael había investigado un poco y había descubierto la existencia de un desorden psíquico llamado «confabulación»: la presencia, en un

sujeto, de recuerdos de sucesos o experiencias que jamás se habían producido, como si fuera una especie de invención de la memoria. Michael se había preguntado si, en el fondo, no sería que toda memoria, incluida la histórica, era en realidad una confabulación. Recordaba perfectamente la reacción indignada de algunos colegas filósofos cuando, tras la presentación de su libro *Las doctrinas secretas de Platón*, Michael había afirmado: «No existen los hechos históricos, sólo las confabulaciones».

La increíble historia que estaba viviendo en aquellos momentos hubiera podido transformarse, cualquier día, en una confabulación.

A condición de que alguien sobreviviera a la destrucción para poder contarla.

Michael volvió a cerrar el sobre de tabaco. Se refugió del viento y encendió el cigarrillo. El amanecer ventoso anunciaba un día de sol y cielo límpido.

Dejó escapar los recuerdos para concentrarse en el presente.

Hasta aquel momento, se había fiado de Eddie. La isla de Santa Catalina, la implicación directa de Beatrix, la intrusión en el ordenador de la NSA… Pero ahora le tocaba a él decidir lo que debía hacer a continuación.

Ésta es mi mano, pensó. Y es una mano condenadamente difícil.

Sabía que Eddie estaba esperando su decisión. Y sabía lo que Eddie quería que hiciera. Pero también sabía que la situación era demasiado delicada como para ponerse a jugar a los héroes. Esta vez debía elegir el camino más lógico.

Porque en esta ocasión todo era distinto. En esta ocasión estaba Alex de por medio.

Eddie salió de la cocinita con dos tazas de café humeante. Michael dejó a un lado las formalidades, pues el tiempo apremiaba.

–Bien, Eddie, ahora que sabemos por qué me persigue la NSA, dame un buen motivo para no acudir a la policía.

–Michael, cálmate. Entiendo que estés preocupado por Alex, pero podemos…

–No, Eddie, no podemos hacer nada. Esto no es una película en la que, con un poco de suerte y algún que otro amigo aficionado a los ordenadores, se puede poner en jaque a todo un país. Me persiguen la NSA, la policía y puede que hasta el FBI. Alex ha desaparecido. Y, si son ciertas las sospechas de la NSA, hay un grupo de neonazis que podrían desencadenar un devastador ataque global. Dadas las circunstancias, lo único que puedo hacer es intentar aclarar qué lugar ocupo yo en todo esto, antes de que la cosa empeore. Hoy mismo acudiré a la policía. Diré que he llegado aquí con el trasbordador. Con vosotros no he mantenido ningún contacto.

Eddie guardó silencio. No era fácil hacer cambiar de idea a Michael una vez que tomaba una resolución. Y esa vez parecía decidido.

Tal vez tuviera razón, pensó Eddie. Aquella historia les venía demasiado grande.

Beatrix, que había permanecido en silencio hasta aquel momento, abrió los ojos y se puso las gafas de sol. Le cogió a Eddie una taza de café de las manos y bebió un sorbo. Luego se volvió hacia Michael y, con voz decidida, dijo:

–Tres.

–¿Qué? –le preguntó Michael.

La expresión de Beatrix era seria, casi dura.

–Has pedido una buena razón para no ir a la policía. Yo te ofrezco tres.

Michael dejó la taza de café sobre la amurada y cruzó los brazos. No esperaba que Beatrix participase en aquella conversación.

–Primera –prosiguió Beatrix–, la desaparición de Alex es una trampa para hacerte salir y entregarte a la NSA. Segunda: una vez que hayas caído en la trampa, no podrás hacer nada por Alex. Tercera: si tú caes en la trampa, se esfuma la única posibilidad de desmantelar los planes de CR.

–¿Y tú cómo sabes que yo soy «la única posibilidad»?

–Nuestras informaciones son incompletas. Y dado lo que está en juego, supongo que habrá más jugadores de los que podemos ver en este momento. Pero, basándonos en los datos que tenemos, es la hipótesis más verosímil.

–Me parece que estás exagerando mi papel en esta historia. En situaciones tan complejas, una sola persona no marca la diferencia.

–Te equivocas al evaluar la situación en la que te encuentras. La NSA ha contactado contigo porque, sin ti, no podía comprender los movimientos de CR. Si ahora te persigue la NSA, es porque te has convertido en una amenaza para los planes de CR y alguien, ya sea de dentro o de fuera de la NSA, quiere dejarte fuera de juego. Lo cual significa que tú eres el único, en estos momentos, que puede impedir de verdad que CR lleve a cabo sus planes. Siempre y cuando no caigas en la trampa, claro. Te guste o no, eres la variable estratégica de este sistema, Michael. Tú decides: o juegas o abandonas el juego. Pero tu decisión, sea cual sea, sí marcará la diferencia.

A Michael le había sorprendido la seguridad con que hablaba Beatrix. No sólo había aportado su punto de vista sobre la situación, sino que su análisis le había recordado a Michael una asignatura de teoría de los juegos que había cursado cuando aún estaba en primer año de carrera. No conseguía entender a quién tenía delante: una chica que robaba en un supermercado, una pirata informática capaz de entrar en el ordenador de la NSA, una brillante estratega… «¿Quién eres, Beatrix?», pensó.

Intentó provocarla.

–Has excluido la posibilidad de que yo sea de verdad el líder de CR y que la NSA lo haya descubierto.

–No hay que ser muy inteligente para saber que un nazi que está preparando un acontecimiento apocalíptico no se enfada porque una chica robe una cerveza en un supermercado.

–¿Y, en tu opinión, que debería hacer?

Beatrix se quitó las gafas de sol y se acercó a Michael. Lo observó fijamente a los ojos.

–Jugar tu partida en compañía de quienes están dispuestos a echarte una mano. Los Goodfellas no dudarán en ponerse de tu parte, Michael. Si en la era de la informática una bomba nuclear tiene menos poder que la acción de un pirata informático, dispones de una considerable potencia de fuego. Y, además, Russell está de nuestra parte.

–En cualquier caso, las fuerzas sobre el terreno son desiguales, Trix. No lo conseguiremos nunca.

–En esta batalla, la fuerza es cuestión de saber e inteligencia. Si no, la NSA no se hubiese puesto en contacto con un profesor de filosofía. Tú eres quien posee el saber, nosotros seremos tu inteligencia.

Michael cruzó una mirada con Eddie, que asintió en silencio.

No hagas una gilipollez, se dijo. Era una advertencia que, en momentos críticos, solía dirigirse a sí mismo. Y que no seguía nunca. Sin embargo, le servía para encontrar el punto medio entre una gilipollez monumental y una gilipollez acertada. En ese sentido, Michael se definía como un hombre absolutamente equilibrado.

Una última calada y luego arrojó la colilla al mar. El primer trasbordador procedente de la costa estaba a punto de entrar en la bahía.

–De acuerdo, Trix, me has convencido –dijo.

–¿Cómo? –exclamó Eddie, incrédulo pero feliz.

–Que me ha convencido. Juguemos.

–Eh, amigo, eres un puñetero feminista, si me permites que te lo diga. Ha sido suficiente con que una mujer te haya llamado «variable estratégica» para que perdieras la cabeza.

Trix sonrió.

–Eres un tipo reflexivo, Michael, podrías caerme bien y todo.

–El momento de la decisión es una locura, como decía alguien.

–¿Un asesino en serie?

–No, un filósofo danés.

–Peor aún.

Eddie, satisfecho, se volvió hacia Michael.

–¿Qué te propones hacer ahora?

–Lo único que hasta ahora me ha prohibido hacer la NSA.

–No me digas que estás pensando en lo que yo pienso que estás pensando…

–Exacto. Stephen Falken es el único que puede ayudarme a comprender el significado de las doctrinas secretas.

–Pero la NSA ya debe de tener controlados su teléfono y su correo electrónico desde hace meses –protestó Eddie.

–Precisamente por eso quiero ir a verlo en persona.

–Eso me temía.

–En el fondo, siempre he querido visitar Alaska.

–Vale, vale, salimos mañana. Atracaremos en San Francisco y allí cogeremos un avión hasta Anchorage.

–Salgo mañana, Eddie. Yo solo.

–Ya te puedes quitar esa idea de la cabeza: yo estoy contigo.

–Lo sé, pero me haces falta aquí. Necesito a alguien que tenga constantemente bajo control la situación y que se ocupe de Alex. Serás mis ojos y mis oídos.

–Vale, ¿y quién te salvará el pellejo, amigo?

–De eso me ocupo yo –intervino Beatrix.

–Gracias, Trix, pero no hace falta, sé cuidar de mí mismo.

–No lo hago por ti, así que no me des las gracias. Eres la única posibilidad que tenemos. No podemos dejar que tu pellejo caiga en sus manos.

Michael esbozó su mejor sonrisa y extendió una mano hacia el hombro de Trix, preparándose para soltar un discurso de eficacia garantizada. Pero ni siquiera tuvo tiempo de rozar a la joven: casi sin darse cuenta, se encontró en el suelo del *Bongos II* con un brazo retorcido a la espalda y el cañón de una pistola en la nuca.

–¿Ésta… es tu manera… de salvarme el pellejo… cariño? –dijo Michael, apretando los dientes.

–No, ésta es mi manera de joder a los malos.

–Michael –dijo Eddie, en tono jovial–, se me había olvidado comentarte que Trix ha estado en las fuerzas especiales.

–En los Navy SEAL, los comandos de la marina. Expulsada con deshonor por haber pegado a un comandante.

Trix soltó a Michael, que se puso en pie.

–¿Y no podías limitarte a explicármelo de palabra?

–Es a ti a quien se le dan bien las palabras. Yo soy más de acción –dijo Beatrix, mientras volvía a guardarse en el bolsillo interior de la chaqueta su Glock 26 Gen4 Subcompact.

–Muy bien, soldado Jane, ¿cuál es el programa?

–Mi Piper Cherokee Warrior II nos espera en la pista de Airport in the Sky. Pero antes hay algo que quiero saber.

–¿El qué?

–El contenido de los papiros de Platón.

Michael observó a Trix directamente a los ojos. Estaba indeciso, pues había algo que aquella mujer le escondía. Pero tenía la sensación de que debía confiar en ella.

14

Estación aeronaval de Cayo Hueso,
Florida, 10 de junio de 1947

El Twin Beach Navigator de la marina estadounidense pasó de largo la pista en el primer intento. La lluvia y el fuerte viento complicaban el aterrizaje. El piloto volvió a dar potencia a los dos motores Pratt & Whitney R-985 de nueve cilindros: retomar altura, virar durante el ascenso y volver a intentar la maniobra de aterrizaje.

Esta vez sin fallar.

El general Alexander Cox, impasible, seguía mirando hacia fuera por una ventanilla empapada de lluvia. Allá abajo sólo veía agua y manglares. Luego, otra vez la franja gris de cemento que atravesaba, como si de una antigua cicatriz se tratase, la isla Cayo Boca Chica, a unos cinco kilómetros al este de Cayo Hueso.

El segundo intento salió mejor, aunque el impacto contra el asfalto resultó algo brusco. El fuselaje semimonocasco fabricado en aluminio del Twin Beach se vio sacudido por fuertes vibraciones. El general Cox había sido muy claro: tenían que aterrizar directamente en la base aeronaval de Cayo Hueso, Florida, por pésimas que fueran las condiciones meteorológicas. Antes de subir a bordo, le había dicho al piloto:

–Tenemos que estar en el destino dentro de dos horas. En caso contrario, acabarás limpiando letrinas en alguna base de Arizona.

El avión había despegado dos horas y media antes de Washington. Oficialmente, el general Cox iba a Cayo Hueso para recibir a la flota de la misión Highjump, que acababa de regresar:

trece naves más el portaaviones *Philippine Sea*. Cuatro mil setecientos hombres en total.

La realidad, sin embargo, era que debía ocuparse personalmente de una tarea mucho más delicada.

El presidente Truman había sido informado del resultado positivo de la misión: se habían descubierto yacimientos de uranio en la Antártida. Dentro de unos cuantos años –el tiempo necesario para construir una base y trasladar hombres y material–, podría empezar la extracción. Pero al presidente se le había ocultado un dato esencial, por expreso deseo del general y del grupo de hombres que habían preparado la misión.

Y por eso estaba Cox en Cayo Hueso.

A través de la ventanilla vio el hangar de cubierta de bóveda de cañón en que el almirante Richard E. Byrd se encontraba custodiado por las Fuerzas de Seguridad de Élite.

Había leído durante el vuelo la transcripción del interrogatorio y aún no sabía si debía sentirse eufórico o aterrorizado por lo que había sucedido. Era la primera vez en su vida que probaba el sabor de la incertidumbre… y acababa de descubrir que no le gustaba. Había algo, sin embargo, de lo que sí estaba seguro: quería ser él, personalmente, quien gestionara hasta el más mínimo detalle.

Como siempre, por otro lado.

La entrevista que Byrd había concedido por radio a Lee van Atta, de International News Service, era un error que no debía repetirse. Byrd había declarado que era importantísimo que Estados Unidos pusiera en marcha medidas defensivas contra la posible invasión del país por parte de aviones procedentes del Polo Sur. Por suerte, la noticia sólo se había publicado en un periódico chileno, *El Mercurio*. No había resultado muy difícil hacer desaparecer los ejemplares que aún quedaban en circulación.

El general Cox recogió su gorra, que durante el aterrizaje había caído al suelo, la sacudió con cuidado y se la volvió a poner.

Después se encaminó hacia la puerta, que ya había empezado a abrirse. Las hélices de los motores acababan de detenerse. El viento

y la lluvia penetraron en el avión. El piloto, en posición de firmes, lo saludó y se disculpó por los problemas durante el aterrizaje. Cox lo miró a los ojos con expresión gélida, sin decir nada, mientras en su rostro aparecía un gesto desdeñoso.

Dos hombres lo estaban esperando al pie de la escalerilla, pero Cox hizo caso omiso del paraguas con que intentaron protegerlo de la lluvia. Se dirigió hacia el hangar con paso decidido, sin preguntar nada.

Quería hablar directamente, y enseguida, con el almirante Byrd.

Durante la misión Highjump se había descubierto más de lo previsto. Y el descubrimiento era tan increíble que debía gestionarse con el máximo cuidado.

La decisión se había tomado unas cuantas semanas atrás, en el transcurso de una reunión secreta en el Pentágono. Todos se habían mostrado de acuerdo: no debía trascender nada.

Hasta aquel momento, la gestión de la misión Highjump no se había presentado especialmente difícil. El presidente tenía otros asuntos de que ocuparse y la tapadera de los yacimientos de uranio en la Antártida había funcionado a la perfección.

Tras el descubrimiento, sin embargo, las cosas habían cambiado radicalmente. Por tanto, se necesitaba una estructura secreta eficaz, segura y poderosa, capaz de gestionar lo mejor posible lo que se había descubierto durante la misión. Así, el 11 de mayo de 1947 nació el grupo denominado los Guardianes: un reducido círculo de militares, hombres de los servicios secretos y científicos nazis, protegidos por la CIA, todos los cuales habían desempeñado un importante papel en la organización de la misión Highjump. Un gobierno en la sombra, cuyas funciones estaban muy definidas: estudiar el descubrimiento, controlar la situación desde el punto de vista militar y actuar con el fin de que nadie tuviera acceso a esas informaciones.

Cayo Hueso era la base operativa del gobierno de los Guardianes.

A unos cuantos kilómetros de allí, el presidente Truman tenía su residencia de invierno, Little White House. Pero eso no iba a ser ningún problema: cuando no estaba trabajando, al presidente le encantaba jugar a póquer o llevar a sus invitados a pescar sábalos.

Sólo existía un verdadero problema al cual debían enfrentarse los Guardianes: el almirante Byrd, uno de los artífices de aquel increíble hallazgo.

Richard E. Byrd no era sólo un militar repetidamente condecorado por sus hazañas, sino también un explorador conocido por el gran público, una especie de héroe internacional. En 1929 había recibido la medalla de honor tras haber sobrevolado por primera vez el Polo Norte. Su libro autobiográfico *Alone*, que narraba la expedición a la Antártida de 1934, se había convertido en un éxito de ventas. Su fama de explorador era tal que en 1938, mientras se encontraba en Hamburgo, el gobierno nazi lo había invitado a participar en la expedición antártica Neuschwabenland, organizada por Alfred Ritscher, capitán de la marina alemana. Byrd, que había declinado la invitación, había participado posteriormente en la expedición a la Antártida organizada en 1940 por Estados Unidos, gracias a la cual había obtenido la primera Medalla por la Expedición Antártica Estadounidense.

Dados sus conocimientos del terreno, la participación del almirante Byrd en la misión Highjump había sido indispensable. Sin embargo, estaba a punto de transformarse en una variable descontrolada, por lo que había que pararle los pies de inmediato.

«Tenemos que convencerlo de que calle, por las buenas o por las malas», pensó el general Cox mientras se dirigía hacia el hangar.

Entró por una puerta pequeña, situada a la izquierda del enorme portón, y se dirigió hacia el comandante Berger, responsable de las Fuerzas de Seguridad de Élite. Era un hombre no muy alto, de complexión delgada. Al fondo del hangar, un equipo estaba trabajando ya con el avión del almirante.

–Bienvenido, señor.

–Gracias, comandante. ¿Cuántas horas lleva Byrd sin dormir?

–Veintidós horas, señor.

–Bien. Manténgalo despierto otras cinco horas. La idea es que no pueda reordenar sus recuerdos. ¿Dónde está ahora mismo?

–Acompáñeme.

Subieron por una escalera metálica que conducía a una plataforma elevada, que ocupaba el ala izquierda del hangar. Varios contenedores viejos habían sido transformados en despachos. El aire olía a gasolina. Dos soldados, que montaban guardia delante de uno de los contenedores, recibieron a Cox con un saludo militar y abrieron la puerta, cerrada con llave.

Sentado en una silla metálica en mitad de aquel espacio, el almirante Byrd estaba a punto de quedarse dormido cuando se abrió la puerta y entró el general Cox, seguido del comandante Berger. El olor a gasolina se mezcló con el aire viciado de aquella estancia.

Byrd no había vuelto a ver al general desde que, seis meses antes, se habían reunido en Washington para tratar los últimos detalles de la misión. Y no se podía decir que echara de menos sus modales duros y expeditivos. Por muy militar que fuera, Byrd no había llegado nunca a aceptar del todo la idea de tener que obedecer las órdenes sin rechistar, pues en primer lugar se consideraba explorador. Se levantó trabajosamente para saludar al general Cox.

–Descanse, almirante.

–General, me gustaría proporcionarle mi versión de los hechos. Nos hallamos frente a un descubrimiento asombroso.

–Ya tendrá ocasión de hacerlo con todo detalle ante un comité que se ha creado expresamente para ocuparse del descubrimiento con las mayores garantías.

–De acuerdo, pero quisiera por lo menos…

–Almirante Byrd, se trata de un tema de seguridad nacional, no hay tiempo que perder. No he venido para hablar de lo que cree usted haber visto, sino para informarle sobre algunas cuestiones de máxima importancia.

–Sí, señor.

–Mañana lo trasladarán al Pentágono para que relate ante el comité los pormenores de su vuelo. Hasta entonces, no podrá mantener ningún contacto con el mundo exterior.

–¿Me está diciendo que tengo que quedarme aquí encerrado hasta mañana?

–Es una medida de seguridad, almirante. De cara al futuro, es fundamental que tenga muy clara una cosa: no podrá usted hablar con nadie sobre el hallazgo, a excepción del comité especial, que ya ha procedido a informar al presidente. Si revela usted algún detalle, será procesado por alta traición. ¿Ha quedado claro, almirante?

–¿Significa eso que no tienen intención de hacer público el descubrimiento?

–Está clasificado como máximo secreto.

–Pero, señor… ¡el mundo tiene derecho a saberlo!

–No le corresponde a usted decidir qué es lo que el mundo tiene o no derecho a saber. Usted ha jurado lealtad a su país y a su presidente. Su deber es obedecer.

–Sí, señor.

–Y ahora, firme esto.

–¿Qué es?

–Es la versión oficial de la misión, que se hará pública dentro de dos semanas. Como puede ver, los demás ya han firmado.

–¿Puedo leerla, por lo menos?

–Almirante, confíe en mí. Lo digo por su bien y por el de su familia.

SEGUNDA PARTE
Hieroglyphica

Los jeroglíficos son un tipo de escritura, sí, pero no una escritura formada por las letras, palabras y partes del discurso que nosotros utilizamos normalmente. Constituyen una escritura mucho mejor, más sublime y cercana a la abstracción. Gracias a una suerte de composición de los símbolos, los jeroglíficos proponen a la inteligencia del sabio, en un único momento intuitivo, razonamientos complejos, conceptos elevados o misterios insignes ocultos en el seno de la naturaleza o en las cosas divinas.

Athanasius Kircher, *Prodromus Coptus sive Aegyptiacus*

15

Bahía de Bristol, Alaska, octubre de 2014

Había miles de cuerpos, amontonados unos sobre otros. Ocupaban todo el espacio que separaba el rompiente de la base de las rocas cubiertas de liquen, que caían a pico sobre la playa de arena negra. Tenían un color entre el rosa y el anaranjado. Color carne. Algunos se movían, otros parecían inmóviles.

–Morsas –dijo el piloto del Cessna que los llevaba a su destino.

Habían salido dos horas antes de Anchorage y sobrevolaban en ese momento la bahía de Bristol, obligados por la niebla a dar un rodeo. La niebla, impalpable e impenetrable, podía aparecer de improviso en mitad de un día soleado y cubrirlo todo en pocos minutos.

–¿Morsas? Yo creía que vivían en el hielo –observó Michael.

–La media de días en que el mar permanece helado se reduce año tras año y las morsas ya no disponen de témpanos, es decir, fragmentos de hielo a la deriva desde los que pueden cazar. Hace veinte años, en esta época del año podríamos haber contabilizado cientos de témpanos, pero ahora el mar parece un desierto. Y por eso las morsas llegan hasta las playas. Pero no están acostumbradas a vivir en estas condiciones. Su vida corre peligro. Y las que sobreviven se convierten en presas fáciles de los cazadores furtivos.

–¿No hay forma de salvarlas? –preguntó Michael.

–Claro que la hay. Bastaría con hacer desaparecer al ser humano de la faz de la tierra. Así salvaríamos a las morsas y, de paso, al planeta entero.

No había rastro de sarcasmo en aquellas palabras, sólo amargura. Como si la desaparición de la humanidad fuera un sueño destinado a no cumplirse jamás.

Michael, con la frente apoyada en la ventanilla helada, seguía contemplando aquel amasijo de cuerpos que tenía a sus pies. Beatrix dormía a su lado, abrazada a su mochila negra de supervivencia.

Pensó en el acontecimiento apocalíptico y en cómo sería el mundo sin el ser humano. Y descubrió algo que no imaginaba: que aquel pensamiento no le daba miedo, sino que más bien le producía una especie de alivio.

El mundo más ligero y silencioso, de repente.

La naturaleza que vuelve a adueñarse lentamente del planeta.

La tierra que vuelve a vivir, según un tiempo que la mente humana no es capaz de concebir. Lo que los geólogos llaman tiempo profundo, medido no en días, meses y años, sino en miles de millones de años. De la raza humana no quedarían más que unas pocas huellas que tal vez una nueva especie, en un futuro remoto, estudiaría como si fueran los restos arqueológicos de una antigua civilización perdida. Recordó las palabras de Nietzsche: «En algún apartado rincón del universo centelleante, desparramado en innumerables sistemas solares, hubo una vez un astro en el cual unos animales inteligentes inventaron el conocimiento. Fue el minuto más altanero y falaz de la historia universal: pero, a fin de cuentas, duró sólo un minuto. Después de respirar la naturaleza unas cuantas veces, el astro se heló y los animales inteligentes hubieron de perecer. Cuando de nuevo se acabe todo, no habrá sucedido nada importante».

Michael entendía por qué Stephen Falken se había retirado a aquel lugar remoto.

No se había alejado del mundo: se había sumergido en él para alejarse de los seres humanos.

La lluvia le daba al paisaje un aire melancólico.

Densos bosques de abetos verde oscuro, casi negros. En algunos rincones parecían surgir directamente del lago, cuyas aguas grises habitadas por truchas y salmones reales –que habían llegado allí remontando la impetuosa corriente del río Wood– estaban sin duda gélidas. Igual que el viento que en ese momento las barría.

Más al norte, en la frontera con el Parque Nacional Wood-Tikchik, reino indiscutido del oso gris, las montañas ya estaban cubiertas de nieve. No tardaría mucho en llegar hasta allí, lo mismo que el hielo, y en convertir el lago en una única extensión blanca.

Stephen no habría podido retirarse a un rincón más perdido. Para poner aún más distancia entre él y el resto de los seres humanos, había comprado una vieja cabaña en un islote del lago, frente a una ciudad de doscientos habitantes llamada Aleknagik, que en idioma *yupik* significaba «el camino equivocado a casa».

«Un lugar muy tranquilizador, eso está claro», pensó Michael.

Consultó su móvil: ninguna novedad por parte de Eddie. Tenía que hacer un esfuerzo por no pensar en Alex. Por mantenerse lúcido. Era la única forma de poder salvarla.

Aterrizaron directamente sobre el lago y atracaron en un muelle de madera, justo delante de la oficina de correos de Aleknagik.

Las parcas acolchadas que Michael y Beatrix habían comprado el día antes en Anchorage resultaron ser muy útiles. El aire era gélido y la lluvia se había transformado en bolitas de hielo que rebotaban contra el suelo. Nada más desembarcar en el muelle, el Cessna se adentró de nuevo en el lago y despegó, para desaparecer de inmediato entre las nubes bajas. Michael y Trix se cargaron las mochilas a la espalda y enfilaron la calle que conducía al centro de Aleknagik, que no era más que un grupo de casas bajas, parecidas a contenedores, que se extendían hasta la desembocadura del río Wood.

Beatrix precedía a Michael con paso decidido, como si conociera perfectamente el lugar y tuviese muy claro hacia dónde debía dirigirse.

–Estoy de acuerdo, es mejor que vayamos hacia allí –le dijo, en tono irónico.

Beatrix apenas se volvió, pero Michael hubiera jurado que estaba sonriendo.

En el momento de emprender el viaje, a Michael no le convencía en absoluto la idea de que Beatrix lo acompañara. Pero, para sorpresa suya, aquella chica increíblemente testaruda había resultado ser una agradable compañía: irónica, capaz de desdramatizar y dispuesta, a su manera, a llegar hasta el fondo de aquel asunto. Aunque también era cierto que votaba a los republicanos, creía en el mito de los Navy SEAL y era una fanática de las armas.

Pero también Clint Eastwood tenía ideas parecidas y no por ello era mala persona.

La pequeña ciudad de Aleknagik, que en verano albergaba a turistas aficionados a la caza y la pesca del salmón real, se estaba preparando ya para el largo invierno. Las calles estaban desiertas.

Consiguieron encontrar a alguien dispuesto a acompañarlos a la isla sólo después de haber esperado una hora en el único bar de la ciudad. Al principio, los pocos clientes del local los confundieron con *cheechako*, término utilizado para designar a los novatos que se aventuran a vivir en Alaska. Pero en cuanto pronunciaron el nombre de Stephen, a todos se les quitaron las ganas de reír.

El trayecto en barca, que en total no duró más de diez minutos, bastó para dejarlos empapados de lluvia helada y salpicaduras de agua de lago.

Ted, el hombre que los acompañaba, se mostró parco en palabras. Se limitó a señalar algún que otro cachorro de oso que pescaba salmones en la orilla del lago, y a aconsejar a Michael y a Beatrix que en el caso de encontrar osos no se acercaran a ellos, pues los osos grises pueden resultar muy peligrosos cuando están con sus cachorros. Los ataques de osos no eran muy frecuentes en

aquella zona, pero la mayor parte de ellos se debían a la imprudencia de turistas en busca de una foto de recuerdo.

Mientras se aproximaban a la oscura playa, en el lado de la isla más protegido del viento, vislumbraron la cabaña de Stephen, que Michael ya había visto en una foto que su amigo le había enviado años atrás.

Era una construcción de madera con un pequeño porche, levantada entre la orilla del lago y el bosque de pinos que cubría la isla. No muy lejos, a la izquierda, se hallaba un *cache*, una cabaña más pequeña elevada sobre el terreno en la que se almacenaban las provisiones para protegerlas de los animales. Un hidroavión rojo permanecía atracado en un muelle de madera que se adentraba algunos metros en el agua. En la orilla del lago, cerca del *cache*, se veía una lancha motora.

Cuando estuvieron más cerca, Michael reconoció a Stephen en el hombre que se dirigía hacia ellos por el muelle.

Y sintió alivio.

Los años también había pasado para él. A sus sesenta y siete, ya tenía completamente blanca la cabellera en otros tiempos negro azabache. Pero, a pesar del grueso chaquetón marrón de piel y las recias botas negras, aquel hombre no se parecía en nada a un viejo leñador a quien la soledad hubiese vuelto huraño. Más bien conservaba intactos el atractivo y la elegancia de cuando, varios años atrás, encandilaba a los estudiantes del curso de egiptología en la Universidad de Irvine. Sin duda, había escuchado el ruido de la barca y se disponía a recibir a los inesperados visitantes. Cualquiera que se aproximase a aquella playa iba a verlo a él. En ese sentido, era imposible equivocarse, pues Stephen era el único habitante de la isla.

Michael no había podido avisar de su llegada, pero sabía bien que la visita haría feliz a su amigo. Habían hablado a menudo de esa posibilidad a lo largo de los años, por correo electrónico, pero las obligaciones académicas de Michael primero, y luego su trabajo para la NSA, habían impedido el viaje.

La amistad entre ambos había nacido años atrás, cuando Michael era aún un joven estudiante de primer año de filosofía en la Universidad de Irvine. Igual que otros coetáneos suyos, lo habían seducido las brillantes clases de egiptología de aquel profesor que aplicaba a la historia la controvertida teoría de la deconstrucción del filósofo Jacques Derrida. En el transcurso de sus clases, había ido cobrando vida aquel universo de signos bellísimos e indescifrables llamado civilización egipcia: fue entonces cuando, por primera vez, Michael había oído hablar de la cultura egipcia como fuente de la cultura griega.

Durante aquellos semestres, Michael había empezado a frecuentar el despacho siempre abierto del profesor Falken.

Y, con el tiempo, había nacido una amistad auténtica y sincera entre aquellos dos hombres tan distintos en edad y carácter, pero tan capaces de dedicarse en cuerpo y alma a sus investigaciones. Habían empezado a verse fuera de la universidad. Y al iniciar Michael su doctorado, había solicitado que lo supervisara precisamente Stephen.

Pero no habían tenido tiempo de trabajar juntos.

La víspera de la Navidad del año 2000, Stephen había sufrido un grave accidente mientras viajaba con su familia para ir a ver a sus padres a San Diego. Había permanecido en coma durante dos semanas y, al despertar, le habían comunicado que su esposa y su hija habían muerto en el accidente. Nada más recibir el alta médica, Stephen había desaparecido como por arte de magia. Sus amigos se habían temido lo peor. Afortunadamente, al cabo de unos cuantos meses se supo que se había ido a vivir a Alaska.

Michael había intentado contactar con él sin éxito. Y entonces, un buen día, había recibido un correo electrónico de Stephen mediante el cual el profesor, sin dar más explicaciones, retomaba las reflexiones sobre Platón que habían quedado interrumpidas.

Había sido Stephen quien le había propuesto a Michael que se matriculara en los cursos que impartía Martin Bernal en Nueva York. Y cuando Michael había publicado su libro, *Las doctrinas secretas de*

Platón, se lo había dedicado precisamente a Stephen, como muestra de amistad y reconocimiento.

En realidad, la primera vez que Michael había oído la historia de la estancia de Platón con los sacerdotes de Heliópolis, había sido precisamente de labios de Stephen.

Habían transcurrido muchos años desde entonces, pero Michael recordaba perfectamente, como si se tratase de la escena de una película antigua, las circunstancias de aquel momento.

Por aquella época, él era un joven estudiante de primer año que asistía al curso de egiptología. Para llamar la atención de Ellen Miller, la chica de la que estaba colgado en aquella época, se había dedicado a interrumpir una y otra vez la clase del profesor Falken con una serie de preguntas en las que hacía alarde de citas extraídas de los clásicos de la historia de la filosofía antigua.

Cuando se disponía a salir del aula, Falken le había pedido que se acercara. No había pronunciado ni una palabra, simplemente le había hecho un gesto con el dedo y le había dedicado una mirada severa. Michael se había acercado a la tarima un tanto temeroso de lo que el profesor tuviera que decirle. Efectivamente, se había pasado. Pero, para sorpresa suya, Falken había sacado de su gastado maletín de piel repleto de libros un pequeño volumen de aspecto antiguo y se lo había entregado a Michael.

–Esto es suyo, señor Price –le había dicho–. Es una forma de darle las gracias por su contribución a la clase. –Después, con una sonrisa, había añadido–: Y ahora, márchese, antes de que la señorita Miller se canse de esperarlo.

Michael había balbucido una especie de gracias y había salido del aula, en cuya puerta, efectivamente, lo estaba esperando Ellen Miller.

Aquel lejano día de octubre de 1995, Michael no sabía hasta qué punto iba a marcar sus vidas el libro de Roger Godel, *Platón en Heliópolis de Egipto*, que le había regalado Stephen Falken.

16

Aleknagik, Alaska

Falken encendió su pipa de espuma de mar y añadió un tronco al fuego que ardía en la chimenea.

En el aire flotaba aún el olor de la carne de caribú asada que había preparado para cenar, mezclado con el de su tabaco preferido: Torben Dansk Black Velvet con aroma de cerveza Guinness y champán, que ya hacía años impregnaba toda la casa. Cada dos meses, Stephen viajaba a Anchorage para proveerse de tabaco, pues se ponía muy nervioso sólo de pensar que podía acabársele. Le había ocurrido en una ocasión, poco después de instalarse en la isla, y había acabado fumando musgo y hierbas desecadas. Aromas muy distintos, desde luego, a los de la cerveza Guinness y el champán.

Stephen vestía unos pantalones de pana marrón y un jersey negro de cuello alto, que ponía de relieve su complexión enjuta y su cabellera argéntea.

Un hombre indudablemente atractivo, pensó Beatrix, aunque de entrada detestaba la idea de que los hombres maduros resultaran fascinantes.

Mientras aguardaban a que Michael regresase con las tazas de café, Beatrix se acercó al armero de fusiles que colgaba de la pared, junto a la puerta.

–Los uso para cazar –dijo Stephen.

–Una carabina Winchester modelo 70 Shadow y una Weatherby Vanguard Deluxe… Excelente elección.

–¿Te gusta la caza?

–No, me gustan las armas.

Stephen sonrió y se acercó. Cogió uno de los fusiles y se lo puso a Beatrix en las manos.

–La luna está satisfecha.

Beatrix lo observó con aire interrogante.

–En el antiguo Egipto existían muchas mujeres guerreras –prosiguió Stephen–. Y entre ellas, la más famosa fue quizá Ahhotep, una reina guerrera que vivió en el 1500 a. de C. En egipcio antiguo, Ahhotep significa «la luna está satisfecha».

A Beatrix le hubiera gustado responder con alguno de sus comentarios cáusticos, pero algo se lo impidió. Tuvo la sensación de que tras aquellas palabras se escondía una sincera admiración hacia ella.

En aquel momento, llegó Michael con tres tazas de café humeante.

Se acercaron a los sillones situados frente a la chimenea. Eran viejos y estaban gastados; tal vez los hubiera comprado en algún mercadillo de muebles usados, o lo hubiera heredado del anterior propietario de la casa, pero tenían aspecto de ser cómodos.

Michael estaba a punto de sentarse cuando Stephen se lo impidió.

–¡Espera!

–¿Qué ocurre?

–No estoy acostumbrado a tener invitados, casi se me olvidaba. Aparta el sillón, no es recomendable sentarse encima de la trampilla.

–¿Qué trampilla?

–La que tienes debajo de los pies, Michael. Es una antigua trampilla que lleva directamente al *cache* sin necesidad de salir al exterior. Es útil durante el invierno, para poder coger provisiones sin correr el riesgo de morir de frío cada vez.

Michael apartó su sillón y lo acercó al de Beatrix. Luego dejó sobre la mesa baja que estaba frente a la chimenea su portátil y una carpeta con las reproducciones fotográficas de los papiros, que

Beatrix había conseguido tomar prestadas de los ordenadores de la NSA.

Por último, inició su relato.

Stephen escuchó en silencio, sin hacer preguntas.

Se limitó a asentir ante las explicaciones de Michael, a seguir fumando tranquilamente su pipa y a avivar de vez en cuando el fuego. Ni siquiera los dibujos del superimán parecieron sorprenderlo: los observó atentamente, con la misma curiosidad natural de un niño que contempla un juguete nuevo. Su rostro, surcado por profundas arrugas de expresión, no dejó traslucir ni incredulidad ni estupor.

Era propio de él: posponer su opinión durante la investigación y aceptar todas las hipótesis, por inverosímiles que resultasen, para después someterlas a un minucioso examen. Como había dicho en una ocasión a sus alumnos: «Lo importante es no tener ni la más remota idea de lo que se está buscando. De esa forma, podremos encontrar de verdad algo nuevo».

Sólo el dibujo del protojeroglífico pareció penetrar su coraza de imperturbabilidad, pero aun así no dijo nada.

Cuando Michael terminó de hablar, Stephen se inclinó hacia delante, apoyó los codos en las rodillas y dijo:

–Bien, nos encontramos frente al hallazgo más importante de la historia de la humanidad. Pero, para entender lo que significa, tenemos que proceder gradualmente y tratar de poner en común nuestros conocimientos.

Stephen dio unas cuantas caladas a su pipa y luego prosiguió:

–Intentemos, por un instante, olvidarnos de los dibujos del superimán y del protojeroglífico y concentrémonos en el texto. ¿Qué tenemos?

Michael sintió una punzada de nostalgia al escuchar las palabras de Stephen. Le parecía haber regresado a los tiempos en que pasaba horas y horas debatiendo con él las más diversas hipótesis sobre el origen de la filosofía.

–Un cuento que ha cautivado a un grupo de nazis chalados –respondió Beatrix.

–Perfecto –dijo Stephen–. Y ése es nuestro problema: tenemos que entender no sólo la historia que cuentan las *ágrapha dógmata*, sino también qué significa todo eso para los nazis chalados de CR.

17

Estación aeronaval de Cayo Hueso

La esfera de hierro que se encontraba tras la gran cristalera empezó a girar lentamente.

Tenía un diámetro de tres metros y un peso de veintidós toneladas. En su interior albergaba doce toneladas de sodio líquido y un tipo especial de electroimanes en cuya construcción había trabajado durante meses un equipo de físicos e ingenieros.

No había resultado sencillo construir algo capaz de reproducir un campo electromagnético parecido al del objeto representado en las complicadas fórmulas de la fuente H, pero finalmente lo habían conseguido.

El capitán Cox había expresado su deseo de asistir en persona al experimento. Desde que había sustituido a su padre, Alexander Cox, al frente de los Guardianes, había consagrado su vida a aquella causa. No tenía esposa ni hijos. Nadie había oído decir jamás que se hubiera puesto enfermo alguna vez, o que se hubiera tomado unas vacaciones. La suya era una batalla contra el tiempo. Y sabía que no podía permitirse el lujo de perder un solo minuto.

Había sido él quien, después del accidente del *Nautilus I*, y basándose en las indicaciones de la fuente H, había decidido dar crédito a las indicaciones del astrofísico que lideraba el equipo, el profesor Harvey Jenkins, quien había desarrollado una asombrosa hipótesis para explicar las anomalías del campo magnético terrestre.

Había llegado el momento de la verdad.

El doctor Jenkins pulsó una serie de números en el teclado del ordenador que controlaba el experimento y, a continuación, se dirigió a los presentes en tono confiado.

–Señores, lo que están viendo es una reproducción a escala de la tierra. Cuando la velocidad de rotación haya alcanzado los 140 kilómetros por hora, tendremos un campo gravitacional similar al terrestre. En ese momento, accionaremos el electroimán que se encuentra en el interior de nuestra esfera. Como saben ustedes, en la zona comprendida entre el sur de América y el sur de África se descubrió, hacia finales de los años cincuenta, un fuerte debilitamiento del campo magnético, llamado anomalía del Atlántico sur. Los científicos han formulado distintas hipótesis para intentar explicar el fenómeno, todas ellas relacionadas con la idea de que esté sucediendo algo en el núcleo de la tierra, a cuya rotación se debe el campo magnético terrestre. Pero ninguna de esas hipótesis ha conseguido desvelar el enigma de la anomalía. –El doctor Jenkins hizo una pausa en busca de efecto y se volvió a observar la esfera, que iba aumentando la velocidad de rotación. Luego añadió–: Hasta ahora.

Casi sin darse cuenta, Cox inspiró profundamente.

Habían pasado veintisiete años desde que, por orden suya, se había trasladado a Rudolf Hess desde Berlín a la base de Cayo Hueso, no muy lejos de la sala en la que se estaba desarrollando el experimento en esos momentos. Durante todos esos años, gracias a la creación de un neurocasco conectado a un superordenador capaz de descifrar las señales procedentes de la amígdala cerebral de Hess, el exdirigente nazi había seguido siendo la fuente principal de información para los Guardianes.

De dónde procedían aquellas informaciones seguía siendo un misterio, pero cada vez que se había intentado verificarlas, habían resultado ser exactas. A pesar de que a Hess se le había interrogado repetidamente durante sus años de encarcelamiento, nunca había

sabido explicar de dónde sacaba toda aquella información con la que había llenado cientos de cuadernos. Se limitaba a hablar de la voz de los «Grandes Antiguos» o del «Rey», que le dictaba lo que escribía. Aquella voz había seguido hablando incluso después de que Hess entrara en coma, y había hecho posibles asombrosos hallazgos. Cox aún recordaba con toda claridad el momento en que el robot-sumergible *Nereus* había confirmado todos los datos que Hess había proporcionado acerca del lago subantártico Vostok.

Las investigaciones emprendidas por los Guardianes habían demostrado que, ya desde la antigüedad, habían existido personas con un conocimiento preciso de lo que había revelado Hess. A esas personas se las había rebautizado como «los profetas». Hess era el último de los profetas que permanecía con vida. Y, desde el año 1946, se había convertido en la fuente H.

–Hoy –retomó Jenkins su discurso– nos encontramos aquí para tratar de responder a esta pregunta: ¿cuál es la causa de la anomalía del Atlántico sur? Si después de haber accionado el imán detectamos en nuestra esfera la aparición de una anomalía análoga, por posición, intensidad y extensión, a la del Atlántico sur, sabremos con certeza que la hipótesis que he elaborado basándome en las informaciones de la fuente H, corroborada tras el incidente sufrido por el *Nautilus I* en el transcurso de la misión Abyss, es correcta por increíble que parezca.

La esfera aceleraba progresivamente su rotación. Transcurridos unos cuantos minutos, alcanzaría la velocidad de ciento cuarenta kilómetros por hora.

El equipo controlaba los datos que llegaban al ordenador, en cuya pantalla se veía una reproducción del globo terráqueo en rotación.

A medida que aumentaba la velocidad, se empezaba a formar un campo magnético y, por ese motivo, la sala en la que se estaba realizando el experimento se encontraba aislada del resto de la base gracias a gruesas paredes de cemento y plomo.

La velocidad ya había alcanzado los ciento cuarenta kilómetros por hora y el campo magnético ya se había formado.

No presentaba ninguna anomalía.

–Accionen el imán –dijo el doctor Jenkins.

De repente, se oyó una fuerte vibración. A pesar de que la sala de la esfera estaba aislada e insonorizada, la potencia del imán dejó sentir sus efectos.

Durante algunos segundos no pasó nada; después, el globo terráqueo representado en la pantalla del ordenador se detuvo y una amplia zona, comprendida entre el sur de América y el sur de África, se tiñó de rojo.

Era la confirmación que todos estaban esperando.

Algo, en el interior del globo, contrarrestaba la potencia del campo magnético terrestre. No se trataba del núcleo, sino de un objeto mucho más pequeño pero infinitamente más potente.

El doctor Jenkins sonrió, satisfecho.

–Ahora les corresponde a ustedes, señores, decidir cómo salvar al mundo.

En el exterior de la base soplaba un viento cálido.

Cox contemplaba el mar, salpicado de crestas blancas.

No había tiempo que perder.

Pero todos los pilotos que, durante aquellos años, se habían enfrentado a aquel reto habían fracasado estrepitosamente.

Hatajo de inútiles.

Siempre lo había sabido.

Sonrió.

«Es hora de volver a la acción, soldado Blade».

18

Aleknagik, Alaska

Para Michael era como retroceder en el tiempo.

Stephen cogió las fotografías de los papiros y las dispuso en orden sobre la mesa de madera que estaba delante de la chimenea. Las observó atentamente, como un jugador de póquer que se concentra en su siguiente jugada.

–Michael, ¿te apetece contarnos tus hipótesis sobre las doctrinas secretas?

–Pero intenta hablar de manera comprensible –añadió Beatrix–. Sólo he entendido la mitad de todo lo que me has contado durante el viaje.

–Lo intentaré.

Michael lió un cigarrillo, lo encendió y empezó a hablar.

–Las doctrinas secretas son, en su mayor parte, una cosmogonía.

Michael se dio cuenta de que había empleado un término técnico y se apresuró a explicarse, al tiempo que se volvía hacia Beatrix.

–Es decir, un relato del origen del cosmos. La cosmogonía se describe en los papiros que he numerado como 2 y 3 –dijo, al tiempo que señalaba las fotografías dispuestas sobre la mesa–. El papiro 4 contiene el dibujo de un protojeroglífico, mientras que el papiro 1 parece describir una especie de viaje iniciático por mar que conduce al cosmos de los dos soles. Pero se trata sólo de una suposición, porque como falta el papiro que representa el inicio de las doctrinas secretas, es decir, el papiro 0, es difícil comprender a qué se refiere exactamente el papiro 1.

–Dicho de otra manera, que tenemos el relato, pero nos falta el prólogo –observó Stephen.

–Exacto. Pero tenemos la conclusión. El papiro número 5, con el que se concluía el rollo, describe el fin y el nuevo comienzo del cosmos mediante una *kosmou ekpyrosis*, es decir, una «conflagración del mundo», y una *kosmou palingenesis*, es decir, un renacimiento del mundo o *hetera arche*, «el Otro Comienzo».

–Vamos, que estamos hablando de la destrucción de nuestro planeta… Un jueguecito de nada –dijo Trix.

–Sí y no. El cosmos cuyo origen y fin se relata es «el cosmos de los dos soles». Que ese cosmos es especial o distinto de los otros se desprende del hecho de que el papiro dice «cosmos o, si se encuentra otro nombre adecuado, llámesele por él». Después, en el texto se especifica que ese cosmos tiene dos soles, uno rojo y otro negro, llamados también sol de luz y sol oscuro, o el Uno y la Díada.

–Como Tatooine –dijo Beatrix.

–¿Disculpa? –le preguntó Michael.

–Tatooine, el planeta con dos soles de *La guerra de las galaxias* –concretó Beatrix.

–Ah, vale. Sí, exactamente así –dijo Michael.

–O sea, que nuestro cuento es una especie de relato de ciencia ficción, ¿no? –preguntó Beatrix.

–No exactamente. De hecho, en otras cosmogonías no hay ni rastro de un universo con dos soles. Y, hasta hace poco tiempo, los sistemas solares binarios existían sólo en la teoría o, sí, en la ciencia ficción. Recientemente, sin embargo, el telescopio espacial Kepler ha descubierto la existencia de dos sistemas solares binarios, es decir, con dos soles –dijo Michael.

En el exterior, ya había oscurecido.

Stephen se puso en pie y se dirigió a la ventana que tenía detrás, cuyos batientes no había cerrado. Estaba empezando a nevar.

–Así pues, no podemos excluir la hipótesis de que el relato del origen del cosmos del cual se habla en los papiros platónicos

describa un sistema solar binario que exista de verdad y que sólo recientemente ha descubierto nuestra especie –intervino Stephen.

–En circunstancias normales, sería una hipótesis posible, pero altamente improbable. La cosmogonía relatada en el texto es antiquísima. Por tanto, ¿cómo podrían haber tenido acceso sus autores a una tecnología tan avanzada como la del telescopio Kepler?

Michael hizo una pausa y apagó el cigarrillo en el cenicero que tenía apoyado en el brazo del sillón. La mirada de Stephen lo animó a proseguir.

–Pero… luego tenemos ese dibujo de la parte posterior de los papiros. El superimán.

–Si tenían un superimán, también tenían un supertelescopio –dijo Beatrix.

–Sí. Debemos contemplar la hipótesis de que los depositarios del saber contenido en las doctrinas secretas tuvieran conocimientos que nosotros sólo poseemos hoy día…, o que tal vez ni siquiera poseemos aún.

–No me acaba de cuadrar que estemos hablando de gente que vivió en la tierra hace millones de años –observó Beatrix.

–Para ser más exactos, dos mil quinientos millones de años. O ésa es, al menos, la hipótesis de la NSA.

–Vale, Michael, *dos mil quinientos millones*, ¡pero eso no hace que me resulte más creíble!

–Bueno, a decir verdad, cuanto más se retrocede en el tiempo más creíble resulta la hipótesis, teniendo en cuenta que la enorme distancia temporal vuelve verosímil la escasa presencia de pruebas. Una vez superado el umbral de los miles de millones de años, nuestros conocimientos acerca del planeta son prácticamente nulos. El Precámbrico abarca el noventa por ciento de la historia de la tierra y de ese periodo no sabemos absolutamente nada.

Stephen asintió, pensativo.

–Lo cual –añadió después– lo vuelve todo aún más complicado, pues nos obliga a aventurar hipótesis que van más allá de nuestros

conocimientos actuales.

–Ya, y ése es el verdadero problema que presenta la interpretación de este texto. Parece improbable que el cosmos cuyo origen se narra sea el nuestro.

–¿Por qué dices «improbable»? ¿Hay algo en el texto que haga pensar en una descripción de nuestro cosmos? –preguntó Stephen.

–En un primer momento, había descartado esa hipótesis. Luego he descubierto que, por extraño que parezca, la idea de los dos soles no es del todo incompatible con el mundo en el que vivimos.

–Será una broma, ¿no? –dijo Beatrix, que mientras tanto había cogido su iPhone y había empezado a teclear algo.

Michael habría jurado que se estaba comunicando con Eddie, pero no le preguntó nada. El iPhone era una especie de apéndice natural de Beatrix: para ella, era absolutamente normal hablar, comer e incluso conducir mientras toqueteaba su tableta hipertecnológica.

–No, Beatrix. Tenemos que contemplar todas las hipótesis posibles, por improbables que parezcan.

–«Si eliminas lo imposible, lo que te queda, por improbable que parezca, tiene que ser la verdad» –dijo ella.

–Me alegra comprobar que Sherlock Holmes aún está de moda –comentó Stephen.

–¿Sherlock Holmes? –dijo Beatrix, al tiempo que apartaba la mirada del iPhone–. No lo he leído en mi vida. Esa frase la he sacado de Spock en *Star Trek VI: aquel país desconocido*.

Tras esas palabras, Stephen dio muestras, por primera vez, de perplejidad.

–Bien, ¿qué os parece si, antes de proseguir, preparo más café?

–¡Por fin una idea sensata! –exclamó Beatrix, arrancando una carcajada a sus dos compañeros.

Poco después, Stephen volvió con una cafetera y tres tazas que dejó sobre la mesa. Luego se alejó de nuevo y regresó enseguida con el azúcar.

–Bueno, listos para proseguir. Michael, estabas diciendo que los dos soles no serían incompatibles con nuestro mundo.

Michael bebió unos sorbitos de café y empezó a hablar de nuevo.

–Sí. Entre las hipótesis que no podemos dejar de lado se encuentra la que afirma que los dos soles podrían referirse al fenómeno de los dos soles registrado ya desde la antigüedad en nuestro planeta. Aquí lo tengo –dijo Michael, al tiempo que extraía una hoja de la carpeta que estaba sobre la mesa y empezaba a leer–: «¿Quieres que veamos ahora, Africano, antes de que vengan los otros, qué es eso del segundo sol de que se ha dado noticia en el Senado? Porque no son pocas, ni personas despreciables, las que dicen haber visto dos soles, y no es cosa de desconfiar tanto como de buscar una explicación». Es un fragmento del *De República* de Cicerón. Pero también podría leeros otras citas que he ido recogiendo. Se trata de un fenómeno óptico atmosférico llamado «parhelio», que se debe a la refracción de la luz solar en los cristales de hielo suspendidos en la atmósfera. En determinadas circunstancias, se puede llegar a tener la sensación de estar viendo dos soles en el cielo.

–Vale, pero… ¿qué pinta en todo eso el sol negro? –preguntó Beatrix.

–Efectivamente. El sol negro, que tiene un papel central en las doctrinas secretas de Platón, no parece compatible con ninguna de las dos hipótesis que acabo de exponer, al menos tal y como se describe. El nacimiento del cosmos de los dos soles presenta los rasgos de una *creatio ex nihilo*, es decir, de una creación a partir de la nada, pero no se menciona ningún Dios ni demiurgo. El origen del cual procede todo es el abismo del sol negro, representado no ya como un sol sin luz, sino unas veces como un abismo, otras como un vacío y otras como un vórtice. Todo, en este universo, conduce a ese sol oscuro: el inicio, el fin y lo que se ha dado en llamar el Otro Comienzo.

–Michael, eso que dices me hace pensar en algunas cosas. ¿Podrías traducirnos el fragmento en cuestión? –le pidió Stephen.

–Desde luego. –Michael cogió una de las hojas dispuestas sobre la mesa y empezó a traducir:

> Para narrar el origen del cosmos o, si se encuentra otro nombre adecuado, llámesele por él, es necesario pues que volvamos atrás y empecemos desde otro principio, desde el principio infinito más antiguo que el Uno del cual procede el Uno: la Díada o sol negro que todo lo recoge y destruye, y que todo lo genera. Reinaba una oscuridad aterradora y tétrica, de un negro más negro que el negro, enredada en una tortuosa espiral. Después la oscuridad se transformó en algo parecido a un abismo que producía una especie de sonido, un gemido indescriptible. De aquel abismo arrancó luego una llamada en forma de grito inarticulado, similar a una voz de fuego que todo lo atraía hacia sí. Del abismo del Sol negro emanó una luz y se constituyeron los elementos. Apareció la bóveda oscura y se hicieron visibles los dos astros, el Uno y la Díada indefinida, el sol rojo y el sol negro, y bajo ellos apareció la estirpe de los Grandes Antiguos y el Rey del mundo.

Michael dejó de leer. En la habitación no se oía más que el crepitar del fuego y el rumor del viento entre los árboles.

–¡El *Corpus Hermeticum*! –exclamó Stephen.

–Son muchas las analogías, en efecto. En algunos casos, hay expresiones que coinciden palabra por palabra. Lo cual confirma lo que los códices de Nag Hammadi ya habían desvelado: que Casaubon y sus seguidores están equivocados. En los tratados más antiguos de los *Hermetica* se aprecian huellas de la antigua sabiduría egipcia. La misma similitud entre las doctrinas secretas y algunos fragmentos del *Timeo* en que Platón narra el origen del cosmos confirma esa hipótesis, teniendo en cuenta que hoy en día se acepta que las ideas que Platón expresa en el *Timeo* las maduró durante su estancia en Heliópolis. Así que…

–… ¡ las doctrinas secretas son la fuente de los *Hermetica* y de la filosofía de Platón! –exclamó Stephen.

–¡Eh, vosotros dos, esperad un momento! ¿Qué es el *Corpus Hermeticum* y quiénes son Nag Hammadi y Casaubon?

En aquel preciso instante se oyó un ruido procedente del exterior.

–No os preocupéis –dijo Stephen–, es una familia de mapaches que me hacen compañía y que, según parece, están interesados por el hermetismo.

Michael y Beatrix sonrieron. Stephen se volvió hacia Beatrix y prosiguió.

–El *Corpus Hermeticum* es una colección de diecisiete tratados que nos han llegado en griego, más uno, el *Asclepio*, que nos ha llegado en latín. Hasta el siglo XVII, el *Corpus* se atribuía a Hermes Trismegisto, que significa «tres veces grande», nombre griego del dios egipcio Thot, el dios Luna, dios de la escritura y de la enseñanza, mensajero de los dioses y guía de las almas en el más allá. Hasta entonces, se consideraba que era Hermes Trismegisto quien había conservado y transmitido el saber divino. En 1614, el calvinista Isaac Casaubon desmintió esa tesis: según sostenía Casaubon, el *Corpus Hermeticum* era en realidad una colección de textos de los siglos II y III, que no guardaban ninguna relación con la antigua sabiduría egipcia. Fue el fin de una época que había considerado los *Hermetica* como un conjunto de textos sagrados, depositarios de una sabiduría muy antigua.

–¿Y el tal Casaubon había acertado? –preguntó Trix.

–Durante mucho tiempo, se creyó que Casaubon tenía razón. Pero en 1945, cerca de Nag Hammadi, en Egipto, se descubrieron diversos códices, entre ellos las versiones en lengua copta de algunas partes del *Asclepio* y otros textos atribuidos a Hermes Trismegisto. Ese hallazgo sirvió para demostrar que una parte del *Corpus* era en realidad egipcia. El descubrimiento de las *ágrapha dógmata* confirma a posteriori dicha tesis y nos demuestra una vez más que las arenas de Egipto pueden revelarnos cosas consideradas hasta hace poco imposibles o producto de falsas creencias.

–¡Caray! –se limitó a comentar Beatrix.

–Sí, cuando Stephen habla suele producir ese efecto –dijo Michael sonriendo.

–¡Eh, vosotros dos, no os burléis de un anciano profesor! –exclamó Stephen, antes de proseguir–: Sin embargo, aún hay más. La sabiduría de Thot y Hermes se considera sabiduría divina porque ahonda en tiempos remotísimos y es más antigua aún que la propia mitología egipcia. Exactamente como la sabiduría contenida en las doctrinas secretas.

–Así pues, ¿tú también crees que las *ágrapha dógmata* son realmente la traducción griega de un texto egipcio… que a su vez retoma un saber aún más antiguo?

–Sí, Michael. Creo que los papiros transmiten de verdad el saber de los Grandes Antiguos.

19

Dos sombras emergieron de las gélidas aguas de lago. Se desprendieron de los respiradores autónomos de circuito cerrado, marca Dräger, que llevaban sujetos al pecho y desaparecieron de inmediato en la espesura del bosque.

Gracias a las gafas de visión nocturna, no tuvieron problemas para atravesar el bosque y llegar a la casa de Stephen.

La calidez de la estancia y la nieve que caía en el exterior invitaban poderosamente al sueño, pero ninguno de los presentes parecía dispuesto a abandonar la conversación. Stephen se puso en pie para introducir más leña en la chimenea.

–A ver si lo he entendido bien. ¿Estáis los dos seguros de que nuestro cuentecito no es egipcio, sino más bien obra de esos misteriosos Grandes Antiguos? –preguntó Beatrix.

–Exacto –dijo Stephen.

Michael asintió y, a continuación, añadió:

–Lo cual tampoco debería sorprender a nadie. Piensa, por ejemplo, que según algunos estudiosos, la *Ilíada* y la *Odisea* no relatarían sucesos que tuvieron lugar en las aguas del Mediterráneo, sino historias más antiguas cuyo escenario habrían sido los mares del norte y cuyo recuerdo se habría perdido en el tiempo. La historia de las doctrinas secretas podría ser similar: se trata de un antiquísimo saber que se ha ido transmitiendo a lo largo de los siglos. Estamos hablando de la fuente más antigua de nuestra civilización.

–En efecto, por increíble que pueda parecer, no es una hipótesis precisamente revolucionaria –intervino Stephen–. Un personaje por el cual siempre he sentido un cariño especial, ya sostenía en el siglo XVII una tesis parecida en relación, precisamente, con el *Corpus Hermeticum*.

–¡Dom Pernety! ¿Cómo no se me ha ocurrido antes? –exclamó Michael.

–Sí, exactamente: el abad Antoine-Joseph Pernety, fundador de los Illuminati de Berlín y de Aviñón. Según Pernety, tanto la sabiduría griega como la egipcia eran la expresión de antiguas ideas herméticas que, a través de Hermes, se remontaban a los dioses.

Stephen se puso en pie y se dirigió hacia la librería que ocupaba casi por completo una pared de la sala. Fue pasando el índice por el lomo de los volúmenes del estante que le quedaba a la altura de la cara y, finalmente, cogió uno. Eran *Las fábulas egipcias y griegas, desveladas y reducidas al mismo principio, con una explicación de los jeroglíficos y de la guerra de Troya*, de Dom Pernety. Volvió a sentarse, fue pasando páginas durante unos instantes y por último empezó a leer:

–«En los tiempos de Abraham vivía en Egipto Hermes o Idris segundo, que en paz descanse; y lo llamaron Trismegisto porque era profeta, rey y filósofo. Enseñaba el arte de los metales, la alquimia, la astrología, la magia y la ciencia de los espíritus […] Pitágoras; Bentocles (Empédocles); Arquelao el sacerdote; Sócrates, orador y filósofo; Platón, autor político, y Aristóteles, el lógico, obtuvieron su ciencia de los escritos de Hermes.»

–Vale, vale, pero yo aún no he oído hablar en todo esto del sol negro –dijo Beatrix, que a aquellas alturas parecía haberse olvidado de su iPhone.

–Creo que no voy a decir nada nuevo para Michael al afirmar que, llegados a este punto, si queremos desvelar al menos una parte del misterio de las *ágrapha dógmata* y comprender lo que significan para CR, tenemos que concentrarnos en el color de los dos soles y en lo que en la antigüedad se conocía como *opus alchemicum*.

Michael asintió, satisfecho. Stephen acababa de llegar a la misma conclusión que él. El profesor se disponía a proseguir cuando Beatrix, que acababa de teclear algo en su iPhone, se volvió hacia Michael con expresión seria.

–Era un mensaje de Eddie. Tiene novedades.

–¿Alex? –preguntó Michael con el corazón en vilo.

–No, Russell. Quiere que nos veamos en persona. Dice que la situación podría precipitarse en cualquier momento.

–¿Russell quiere vernos?

–Eso parece, pero aún no ha dicho dónde ni cuándo.

–Bien, pues iré. Pero solo, esta vez.

–Tiene toda la pinta de ser una trampa.

–Por eso iré solo.

–Eso ya lo veremos –afirmó Beatrix en un tono de repente duro.

Stephen contempló a su amigo sin decir nada.

–Bien, eso lo hablaremos cuando tengamos más información. Ahora concentrémonos en las *ágrapha dógmata* –dijo Michael.

Pero la atmósfera casi eufórica que se había ido creando a lo largo de la noche, ya había desaparecido. El espectro de la tragedia que planeaba sobre todos ellos se estaba dejando sentir de nuevo.

Una vez llegados a las inmediaciones de la casa, los dos hombres se separaron.

Mientras uno de ellos tomaba posición en el lado norte, entre los árboles, el otro se apostó junto a una pila de leña cortada, no muy lejos de la entrada de la casa.

Las órdenes de los Guardianes eran muy claras: matar a Stephen y capturar vivos a los otros dos.

–El color de los dos soles –dijo Beatrix para retomar el hilo del discurso interrumpido.

–El rojo y el negro no son dos colores cualesquiera: representan los dos extremos del *opus alchemicum*, es decir, la operación de alquimia que intentaba descubrir la piedra filosofal, capaz de garantizar la inmortalidad y la omnisciencia, y de transformar el metal en oro. Aunque debido al incendio de la biblioteca de Alejandría no nos han llegado documentos en egipcio sobre alquimia, en la antigüedad los conocimientos de alquimia se remontaban a Egipto y, más concretamente, a nuestro Hermes Trismegisto. Por ese motivo, entre las diversas etimologías de alquimia existe una que relaciona el término con *Al Kemi*, que significa «el arte egipcio». Bien: para obtener la piedra filosofal, el *opus alchemicum* pasa por tres etapas fundamentales que son las siguientes: *nigredo*, u obra al negro, durante la cual la materia se disuelve; *albedo*, u obra al blanco, durante la cual la sustancia se purifica; y *rubedo*, u obra al rojo, durante la cual la materia se recompone. Nuestro amigo Dom Pernety describe así la *nigredo*: «el negro más negro que el negro», *nigrum nigro nigrius* –dijo Stephen.

–¡Las mismas palabras utilizadas para el sol negro! –exclamó Beatrix.

–Y aún hay más –dijo Michael–. En el ámbito de la alquimia, la *nigredo* recibe también el nombre de *sol niger*, es decir, sol negro. Así, la cosmogonía de las *ágrapha dógmata* tiene su equivalente en el *opus alchemicum*.

–Lo cual significa que nuestros amigos los nazis chalados se comportan como alquimistas que quieren hacer experimentos a gran escala para obtener la piedra filosofal –apuntó Stephen.

–Que, en su caso, es un nuevo comienzo, la palingenesia del mundo a partir de su *ekpyrosis*, la conflagración –dijo Michael.

–Justo como ocurre con el ave fénix de la que habla Dom Pernety y que, según él, se corresponde con la piedra filosofal –dijo Stephen, mientras pasaba algunas páginas del libro que tenía entre las manos–. «El ave fénix que, según se decía, era un pájaro de color púrpura que resucitaba de sus propias cenizas. Pero ese pájaro

fabuloso no es, en realidad, más que la piedra filosofal que se vuelve de color púrpura después de su putrefacción.»

–Exacto, Stephen. El Otro Comienzo o palingenesia del cual hablan las *ágrapha dógmata* es un nuevo origen del mundo «después de que el sol negro haya engullido al mundo en su abismo». Son prácticamente las mismas palabras que encontramos en Giordano Bruno: «Un sol negro engullirá en el espacio al sol, la luna y todos los planetas que giran en torno al sol». No es casual que el sol negro, *die schwarze Sonne*, se convirtiera en el símbolo y el nombre del componente místico-esotérico de las SS.

–Y aquí es donde podemos intentar introducir en nuestra hipótesis la parte posterior de los papiros: el dibujo del superimán. Que yo me atrevería a rebautizar con un término alquímico…

Stephen observó a Michael como si quisiera invitarlo a concluir su razonamiento.

–¡Atanor! –exclamó Michael.

–Sí.

–Es una hipótesis arriesgada, pero yo también creo –dijo Michael– que para CR ese imán representa lo que para los alquimistas era el Atanor, el instrumento a través del cual se puede conseguir la operación alquímica, la máquina apocalíptica capaz de hacer deflagrar el mundo y, según las ideas de los nazis, producir un nuevo comienzo.

–Bueno, ¿entonces ya está todo claro? –dijo Beatrix.

Era un tirador de primera categoría.

Con aquella visión y desde aquella distancia, no existía posibilidad de error.

Los proyectiles calibre trescientos Winchester Magnum y el fusil XM2010 ESR se encargarían del resto.

En el recuadro de la ventana iluminada tenía a tiro a los tres sujetos.

Sólo estaba esperando a que su compañero confirmase la posición.

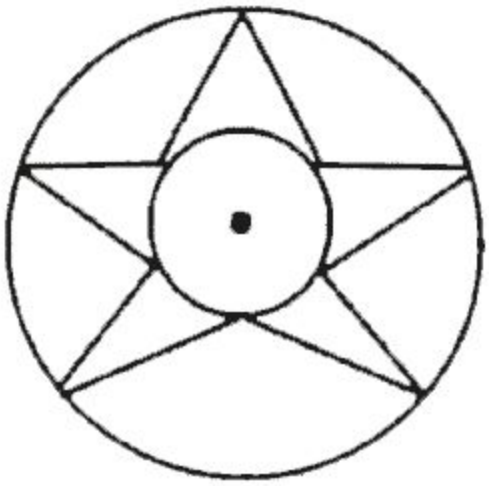
–No exactamente –respondió Michael–. Lo que no acabo de entender es a qué se refiere ese cosmos de los dos soles que, al parecer, también es muy importante para CR. La parte del viaje descrita en el primer papiro parece hablar de una vía de agua como forma de llegar a ese mundo. Pero sin el papiro inicial no es posible entender a qué se está refiriendo.

–Yo no sería tan pesimista, Michael. La clave para entender qué es el cosmos de los dos soles es el protojeroglífico –dijo Stephen.

Michael observó al profesor y sonrió.

–Eso es justo lo que quería oír, Stephen. Por eso he venido.

Stephen cogió la reproducción del dibujo.



–Es un protojeroglífico que se remonta al periodo predinástico de Egipto. Hasta hoy sólo se había encontrado una representación, en una tabilla de arcilla encontrada en la tumba U-j en Abidos. Es parecido al jeroglífico utilizado para indicar el más allá. En ambos casos tenemos una circunferencia en cuyo interior se encuentra una estrella, con la diferencia de que en el protojeroglífico la estrella, a

su vez, encierra una circunferencia con un punto en el centro, que no es otra cosa que el jeroglífico que indica el sol.

Stephen dejó la hoja sobre la mesa y se recostó en el respaldo de su silla, al tiempo que daba largas caladas a su pipa.

Michael no dijo nada. Conocía bien a Stephen y sabía que si hacía pausas al hablar, no era en busca de un efecto dramático: estaba sopesando mentalmente las palabras adecuadas para elaborar su hipótesis.

–Según Jean-François Champollion, padre de la egiptología científica, este protojeroglífico no sería más que una forma arcaica del jeroglífico que indica el más allá. Y casi toda la comunidad científica comparte esa opinión.

–¿Casi toda? –dijo Beatrix, que no consiguió reprimir su curiosidad.

Stephen sonrió.

–Toda excepto yo.

El profesor dejó la pipa y recolocó el dibujo en el centro de la mesa.

–Este protojeroglífico, que parece combinar el jeroglífico que representa el más allá y el que representa el sol, podría en realidad indicar algo completamente distinto. Es una idea que cultivo desde hace mucho tiempo. Alguien, antes que yo, ya había descifrado de un modo en mi opinión genial el protojeroglífico, pero a partir de Champollion, su interpretación de los jeroglíficos se consideró fantástica y poco científica, con lo cual nadie ha concedido nunca valor a su hipótesis. Hipótesis, por otro lado, desconocida para la mayoría de los estudiosos, a excepción del padre Laurent De Abreu, con quien he conversado mucho en los últimos años y que ha dedicado su vida a estudiar a Atan…

Cuando escucharon el ruido del cristal al hacerse añicos, ya era demasiado tarde.

El cuerpo sin vida de Stephen yacía en el suelo, en mitad de un charco de sangre.

20

Nuestro cerebro es una máquina poderosísima a la hora de interpretar los datos sensoriales, cosa que nos permite sobrevivir en el mundo. No registramos la realidad como una videocámara. La interpretamos. Es una operación que realizamos continuamente. Se llama «integración sensorial» y procede por clasificación, exclusión y simplificación.

Hubo una época en que era el lóbulo olfativo el que recibía los estímulos y los clasificaba: enemigo o presa potencial, sexualmente apetecible o no, comestible o tóxico…

Nutrición, lucha, huida, reproducción.

No existía más.

Por una parte, hemos evolucionado. Pero, por otra, seguimos siendo reptiles.

Y eso lo sabían muy bien los dos hombres que se desplazaban furtivamente por los márgenes del bosque. Rápidos, precisos, coordinados y silenciosos: Tango y Charlie entraron en la vivienda a la caza de sus presas.

El olor de la sangre de Stephen ya había invadido la planta baja. Los dos hombres procedieron de una habitación a otra, muy atentos y meticulosos. Debían mantenerse alerta: una de las dos presas no era un simple civil. Y la otra había conseguido acabar con un escuadrón de la NSA durante una persecución. Iban a la caza de un enemigo probablemente armado en el interior de un edificio. Y, por ese motivo, adoptaron la táctica Close Quarters Combat, el combate a muy poca distancia característico de la guerra urbana.

Registraron toda la casa, sin resultado.

No había ni rastro de Michael y Beatrix.

Y entonces descubrieron la trampilla, junto a un sillón.

Demasiado tarde: las dos presas habían conseguido huir.

Así, cuando oyeron el ruido de la hélice de un hidroavión procedente del exterior de la casa, el cerebro de ambos tardó pocos segundos en procesar la información: Michael y Beatrix estaban intentando despegar en el hidroavión de Stephen, amarrado en el muelle.

El plan de los fugitivos no era precisamente sencillo: volar en un hidroavión, en plena noche y en mitad de una nevada, era una aventura muy arriesgada incluso para un piloto experimentado.

Oyeron el rugido del motor al aumentar de revoluciones y luego estabilizarse. El hidroavión empezó a alejarse del embarcadero.

Tango salió de la casa de Stephen y se dirigió hacia el muelle, cubierto por una fina capa de nieve en la que se advertían algunas huellas.

Mientras tanto, Charlie inspeccionaba el pasadizo que unía la cabaña con el *cache*, para cerciorarse de que las dos presas no siguieran allí escondidas y hubieran utilizado el avión para distraerlos. Luego se reunió con Tango en el muelle.

Estaban los dos tranquilos y no cruzaron ni una sola palabra, como si tuvieran la situación bajo control.

Tango llegó hasta el final del muelle, se apoyó en el hombro la culata telescópica de su fusil de asalto M4A1, situó el selector de fuego en el modo ráfaga de tres disparos, apuntó y apretó el gatillo.

El arma estaba silenciada: primero se escucharon tres disparos amortiguados, como los estallidos de las palomitas en una sartén tapada. Luego, algo más fuerte, el ruido metálico de la carlinga al recibir los impactos. Tango había dado en el blanco, pero no había conseguido detener la huida del hidroavión.

No tardaría mucho en despegar y, de ese modo, alejarse de la línea de fuego.

Estaba a unos 300 metros de distancia.

En realidad, la ráfaga del M4A1 no tenía como objetivo detener el hidroavión, sino preparar el terreno para el disparo único del

lanzagranadas M203 acoplado al cañón del fusil de asalto.

Tango apuntó de nuevo, pero esta vez colocó el dedo en el gatillo del lanzagranadas M203. Alcance máximo: casi 400 metros.

No hacía viento.

Los copos de nieve descendían en una trayectoria casi perpendicular entre el cielo y la tierra. La única imperfección, sus fluctuaciones.

Tango inspiró el aire gélido, como si quisiera olisquear su presa. Se llenó los pulmones, hinchando la caja torácica, y luego lo expulsó lentamente.

Apretó el gatillo hasta encontrar resistencia, apuntó cuidadosamente y luego, inmóvil, contuvo el aire.

Disparó.

El retroceso del M4A1 hacia el hombro derecho obligó a Tango a girar ligeramente el tronco en el sentido de las agujas del reloj, cosa que compensó de inmediato con los músculos dorsales.

Un disparo perfecto.

Pero el hidroavión se desvió bruscamente a la derecha, como si el piloto hubiese perdido el control: uno de los flotadores se elevó del agua y el ala derecha estuvo a punto de tocar la superficie del lago. Fue sólo un segundo, luego el avión se estabilizó y retomó su trayectoria.

Sin embargo, ya fuera deliberado o no, aquel desvío salvó al hidroavión, que esquivó la granada por pocos metros. Se produjo un impacto contra el agua, tras el cual un géiser perturbó la calma del lago y proyectó un chorro de agua y vapor hasta unos diez metros de altura.

Tango contrajo los músculos de la mandíbula, que temblaron bajo la barba de varios días. Era uno de los privilegios de los cuerpos especiales: poder llevar barba y pelo largo.

El hidroavión estaba a punto de despegar.

Charlie observaba con atención a Tango, que no parecía haber perdido la esperanza. Recargó el lanzagranadas y volvió a apuntar

en dirección al hidroavión, que ya había llegado al límite de los 400 metros.

Bajó ligeramente el hombro derecho y levantó el fusil hacia arriba, un poco por encima del objetivo. Luego disparó.

No era un tiro fácil a aquella distancia, de noche y en plena nevada.

La granada explosiva de 40 mm trazó una larga parábola, llegó al punto de máxima altura y luego empezó a descender hacia el hidroavión, que de nuevo se escoraba a izquierda y derecha. Oscilaba, como una especie de péndulo.

Tango apartó lentamente el fusil del hombro y entornó los párpados para ver mejor el avión. Estaba cubierto por una ligera capa de nieve.

Esperó.

Las alas y la cola salieron disparadas a cientos de metros de distancia, arrancadas de cuajo como ramas del tronco de un árbol. El ala izquierda rebotó como una piedra en la superficie lisa del lago, se elevó, trazó una serie de volteretas y, finalmente, se hundió en el agua.

El cuerpo del hidroavión, envuelto en una bola de fuego, se elevó sobre la superficie del lago como un coche bomba, para después volver a caer hecho pedazos, en llamas, y hundirse en las aguas oscuras. La granada no había impactado directamente contra el hidroplano, sino que lo había adelantado en su parábola, había caído al agua y había explotado justo cuando el hidroavión pasaba por encima.

Charlie esbozó una sonrisa.

No quedaba ningún superviviente a bordo, de eso estaba seguro.

La superficie del lago recobró lentamente la calma. Quedaban todavía unas cuantas burbujas allí donde se había hundido la carlinga, pero no tardarían mucho en desaparecer.

La nieve caía con más fuerza.

Las presas estaban muertas.

21

Tampoco había sido tan difícil.

Si se dibuja una mosca o un punto negro en un inodoro, ningún hombre podrá evitar apuntar directamente con su cañón de corto alcance. Es una regla universal, una cuestión de cerebro.

Y si funciona con una mosca dibujada en un váter y cañones de corto alcance, pensó Beatrix, también funcionará con un hidroavión en un lago y un lanzagranadas.

No se equivocó.

Después de que Stephen recibiera un tiro, Beatrix empujó al suelo a Michael y le indicó que bajase por la trampilla. Michael, todavía en estado de shock, parecía incapaz de moverse y lo único que hacía era zarandear el cuerpo sin vida de Stephen y llamarlo por su nombre.

Beatrix lo agarró por el jersey y le propinó una bofetada.

–¡Baja, maldita sea!

Sabía que hubiera sido buena idea coger las chaquetas antes de huir, pero no tenían tiempo: se habían quedado en la entrada de la cabaña.

Esperaba más disparos, o tal vez una granada explosiva.

Pero sólo llegaron dos granadas de gases lacrimógenos.

Por suerte.

Beatrix contuvo la respiración y entornó los ojos hasta casi no ver nada. Cogió el portátil de Michael, lo metió en la mochila y, por último, entró en la trampilla.

Finalmente, consiguió respirar; el aire olía a tierra y moho. Aquella galería de ladrillos y vigas de madera no debía airearse mucho. Michael parecía haberse recuperado. Llegaron al *cache*.

Beatrix sacó de su mochila una pistolera de nailon negro y se la colocó. Preparó su Glock y luego la volvió a guardar en la pistolera.

–Ahora escúchame bien. Apenas entren en la casa, nosotros saldremos de aquí y nos dirigiremos al muelle. Intenta no correr demasiado deprisa, pero no te pares y mantén la espalda baja. La oscuridad nos protegerá. En cuanto lleguemos allí, sube a la barca de Stephen y dirígete remando hasta la pequeña ensenada oculta entre los árboles que está a la izquierda del muelle. Yo me reuniré allí contigo.

Beatrix sacó de la mochila una especie de tosco destornillador provisto de llave y se lo guardó en el bolsillo de los pantalones. Después cogió una cuerda de nailon muy resistente y dos pasamontañas negros. Se puso uno, sin bajárselo del todo, y el otro se lo dio a Michael, quien de inmediato la imitó.

–Tendrás que llevar tú la mochila.

Michael asintió.

–¿Por qué nos separamos? –le preguntó.

–Porque antes tengo que hacer algo con el hidroavión.

–Es peligroso.

–Estoy aquí para salvarte el culo.

–Pues tendrías que pensar también en el tuyo.

–¿Te preocupa mi culo? –le preguntó Beatrix en un tono irónico que hizo sonreír a Michael.

–¿Quieren matarnos? –preguntó Michael.

–No, quieren capturarnos. Si no, se habrían limitado a lanzar una granada cuando aún estábamos dentro de la casa. Pero si huimos, harán todo lo que puedan por matarnos.

Michael guardó silencio. Estaba impresionado por la forma en que Beatrix había encajado el trauma del ataque y se había preparado mentalmente para organizar una fuga. Si antes del ataque consideraba a Beatrix una chica de carácter difícil que iba de dura, en ese momento le parecía otra persona. Destilaba seguridad y, al mismo tiempo, peligro.

Esperaron hasta escuchar el ruido de la puerta derribada para asegurarse de que los dos militares habían entrado en la casa de Stephen. Luego se cubrieron el rostro con los pasamontañas y pusieron en práctica el plan de Beatrix.

Mientras Michael subía a la barca de Stephen, Beatrix se dirigió hacia el hidroavión, un Piper PA-18. Conocía bien aquel aparato, pues había hecho sus prácticas de vuelo con la versión militar, el L18, durante las tres últimas semanas de instrucción base para los Navy SEAL en Kodiak, Alaska. Forzó la puerta sin problemas, gracias a un dispositivo eléctrico simple pero eficaz que podía abrir cualquier cerradura que no tuviera protección especial. Una vez dentro del hidroavión, sujetó con una cuerda de nailon la palanca de cambio y luego puso en marcha el motor. Después salió de la cabina, descendió hasta uno de los flotadores del aparato y, antes de que el hidroavión empezara a moverse, se sumergió en el agua y empezó a nadar hacia la ensenada resguardada donde la esperaba Michael.

El agua estaba helada. Beatrix sonrió bajo su pasamontañas, pues aquella sensación acababa de evocarle recuerdos de otra vida.

Enero de 2009. En el Basic Underwater Demolition/SEAL (BUD/s), el curso para poder entrar en el cuerpo de los Navy SEAL que se realiza en la base naval de Coronado, California. Beatrix había superado la prueba de admisión de un modo brillante y se había ganado el respeto de los instructores que, al verla por primera vez, habían arrugado la nariz.

Pero la prueba en cuestión había sido un simple paseo comparada con la quinta semana de instrucción: la Hell Week, o Semana Infernal.

Durante esa semana, Beatrix había conocido de verdad el dolor, el miedo y el desánimo.

Y el frío.

Durante cinco días y medio, los habían sometido a un entrenamiento continuo, que no les había permitido dormir más de

tres horas en total. Todos los días eran varios los reclutas que renunciaban, ya fuera por algún accidente o porque habían llegado al límite de su resistencia física y psicológica. Beatrix había apretado los dientes. Se concentraba únicamente en lo que estaba haciendo, para reducir así toda distancia mental entre ella y su propio cuerpo. Cada ejercicio era un escalón. Y los había ido subiendo de uno en uno, sin levantar jamás la mirada hacia lo alto de la escalera.

La última noche había sido la más difícil.

Era el momento de la llamada «tortura de las olas»: una terrible prueba de resistencia al frío en el agua.

Los aspirantes a Navy SEAL debían permanecer en el agua poco profunda, junto a la orilla, durante más de una hora. Debían tenderse de espaldas, cogerse del brazo y disponerse a aguantar el embate de las olas.

Corría el mes de enero. Llevaban pantalones de camuflaje, botas y camiseta blanca.

Al cabo de un rato, se había empezado a escuchar la campana.

Para abandonar la instrucción, bastaba con decir «abandono» y luego hacer sonar tres veces una campanilla situada allí cerca.

En un determinado momento, hasta Beatrix había pensado en rendirse. Estaba agotada y temía perder el conocimiento. Cada vez que intentaba respirar, el agua gélida se le metía por las fosas nasales. Ya no sentía ni los brazos ni las piernas debido al frío. El poco calor corporal que le quedaba se había concentrado en el tronco para preservar los órganos vitales. Los dientes le castañeteaban sin control. Se había acabado.

Además, había escuchado al compañero que estaba a su derecha decir que quería abandonar: un tiarrón de Arizona, de casi dos metros de estatura. Se llamaba Phil Bailey y era capaz de levantar, él solo, un poste eléctrico de madera que pesaba ciento cincuenta kilos. Y, por primera vez en su vida, tenía miedo de verdad.

Algo se había disparado dentro de Beatrix.

Tal vez sabía que, si Phil abandonaba, ella no resistiría ni un solo minuto más.

Tal vez el hecho de que un hombre como Phil estuviese dispuesto a abandonar antes que ella le había dado fuerzas.

O tal vez fuera que, en momentos así, más que uno mismo importan las personas que están al lado.

Y ése es el verdadero secreto de la supervivencia.

Fuera lo que fuera, Beatrix había hecho acopio de las pocas fuerzas que aún le quedaban en el cuerpo y luego, castañeteando, había empezado a gritar.

–Eh, Phil, ¿te vas a dejar ganar por una tía de mierda?

No le había llegado ninguna respuesta, sólo el chapoteo de las olas y los lamentos de los compañeros, que estaban ya al límite de sus fuerzas.

–¡Eres un marica, Phil, eres un puto marica! –le había gritado Beatrix, con el poco aliento que le quedaba.

Silencio, de nuevo.

Y luego:

–Vete a la mierda, Trix.

La voz era temblorosa, casi ni se oía. Pero Phil había encontrado fuerzas para responder. Y seguía allí, sujeto con el brazo izquierdo al brazo derecho de Trix.

–¡Eh, chicos, Phil nos está confesando que es marica!

Y en aquel momento, casi por milagro, los gemidos y los lamentos que acompañaban al ruido de las olas se habían transformado en carcajadas primero y, después, en gritos de ánimo dirigidos a Phil.

–¡Demuéstrale quién eres, Phil!

Y, justo entonces, Phil había lanzado un grito que más bien parecía un barrito. Después había empezado a cantar Kiss a pleno pulmón, con voz ronca y muy desentonada, pegado a Trix.

You got to not talk dirty, baby,
If you wanna impress me
You can’t be to flirty, mama,
I know how to undress me

Carcajadas, silbidos y aullidos habían acompañado sus palabras. Luego otro recluta había empezado a cantar, y luego otro más.

Ya casi amanecía.

No se había vuelto a escuchar el sonido de la campana.

Habían superado la prueba.

Habían sobrevivido.

Beatrix nadó casi todo el rato bajo el agua, emergiendo sólo de vez en cuando para coger aire y controlar la posición. Michael no la vio hasta que ya prácticamente estaba subiendo a la barca.

Beatrix temblaba, pues fuera del agua la temperatura estaba por debajo de cero. Seguía nevando. No eran, desde luego, las mejores condiciones meteorológicas tras un baño nocturno en un lago de Alaska. Pero no habían tenido tiempo de cambiarse.

–Vámonos de aquí –se limitó a decir Trix, bajo el pasamontañas.

Se alejaron en la oscuridad, mientras a su espalda se desarrollaba la caza del hidroavión. Cuando llegaron al lado sur del islote, escucharon un poderoso estruendo, pero no volvieron a mirar, pues estaban demasiado ocupados combatiendo el frío y remando en dirección a la misma orilla de la que habían partido unas cuantas horas antes.

Michael estaba preocupado sobre todo por Beatrix, pues tenía los labios lívidos y temblaba visiblemente. Intentó ponerle su jersey, pero sin éxito. Luego intentó hacerla hablar, para comprobar en qué estado se encontraba.

–¿Crees que se lo han tragado? –preguntó.

–Sólo hasta que se den cuenta de que la barca ha desaparecido.

–Puede que no la hayan visto.

–Son profesionales. Han reconocido el terreno y las posibles vías de huida. Y, aunque no lo hubiesen hecho, las probabilidades de que un hombre que vive solo en una isla en mitad de un lago no tenga

barca son nulas. Es posible, sin embargo, que nuestros amigos no dispongan de una embarcación, lo cual nos concede un buen margen de ventaja.

–¿Y entonces por qué no ponemos en marcha el motor?

–Porque seguramente hay otro escuadrón en alguna parte, dispuesto a intervenir en caso de dificultades, y no conviene que nos encuentren.

Cuando se hallaban a unos doscientos metros de la orilla, Beatrix dejó de remar.

–Michael, prepárate para darte un baño.

–Lo dirás en broma… Moriremos congelados los dos.

–No, moriremos si atracamos como un par de turistas. Seguramente ya nos están siguiendo. Tenemos que despistarlos un poco más. Voy a poner en marcha el motor y dirigiré la barca hacia la orilla oeste. Cuando te dé la señal, métete en el agua lo más despacio que puedas. Déjame a mí la mochila. El verdadero problema no es el tiempo de supervivencia en el agua, sino el impacto térmico inicial. Controla la respiración: si hiperventilas, puedes sufrir una parada cardiaca.

–Muy reconfortante, Trix.

–Sólo tienes que controlar la respiración. Cuando estés en el agua, dirígete hacia la orilla. Pero no nades demasiado deprisa: no te ayudará a combatir el frío, sólo te hará perder más calor. Y ahora, vete y disfruta del baño.

Michael se metió en el agua. Beatrix puso en marcha el motor de la barca y lo imitó.

El contacto con el agua gélida le resultó traumático a Michael y notó cómo se le aceleraban los latidos del corazón. Empezó a respirar deprisa. Demasiado deprisa. Beatrix se le acercó por detrás, le pasó un brazo por el pecho y empezó a nadar.

El contacto lo tranquilizó y, al poco, Michael controló de nuevo la respiración.

No le resultó fácil alcanzar la orilla. Trix nadaba a su lado.

–Ya hemos llegado, un último esfuerzo, ya está, estamos a salvo –le repetía una y otra vez.

Pero en el último trecho, el frío le ganó la partida. Michael apenas conseguía moverse y Trix tuvo que arrastrarlo hasta la orilla.

Mientras salían del agua, oyeron el ruido de una potente lancha que se había lanzado en persecución de la barca.

22

A los dos les costaba caminar por el hielo que los rodeaba. Beatrix estaba al límite de sus fuerzas. Tenían que entrar en calor de inmediato, si no querían morir por hipotermia.

La calle principal de Aleknagik estaba desierta.

Beatrix le indicó por señas a Michael que la esperara entre las barcas, en la rampa que descendía hacia la orilla del lago. Comprobó que no llegase ningún coche y se dirigió hacia un todoterreno que estaba aparcado allí cerca. Se sacó del bolsillo de los pantalones la herramienta para forzar cerraduras y empezó a manipular la puerta del todoterreno.

Le resultó menos fácil de lo que imaginaba. La cerradura no cedía. Mientras Beatrix intentaba forzarla como fuera, apareció un coche tras la curva. La joven no tenía modo de esconderse, así que echó a andar con la esperanza de que el coche no se detuviese. Se encontraba ya a pocos metros. Mientras se acercaba a Beatrix, el conductor aminoró la marcha. Beatrix contuvo el aliento, el coche pasó junto a ella y la adelantó, pero sólo para detenerse y arrimarse a un lado unos cuantos metros más allá. Se abrió la portezuela y descendió un hombre bajo y fornido. Llevaba una linterna en la mano y echó a andar hacia Beatrix.

–Eh, ¿va todo bien? –le preguntó.

No debían de ser muchas las personas que salían a pasear de noche, bajo una nevada, en aquel pueblecito de Alaska.

–Sí, todo bien, gracias. Voy hacia mi casa.

La adrenalina volvía a circular y Beatrix se estaba recuperando. El hombre pareció reflexionar sobre la respuesta, mientras seguía

acercándose. En aquel momento se dio cuenta de que Beatrix estaba completamente empapada.

–¿Qué diantre le ha pasado?

Beatrix no respondió. Sacó la pistola y apuntó al hombre.

–Las manos detrás de la cabeza y de rodillas. ¡Vamos, o te reviento la cabeza!

El hombre vaciló, incrédulo.

–¿Qué te pasa, quieres morir?

Beatrix se acercó al hombre y le apuntó justo entre ambos ojos. Luego llamó a Michael.

–Rápido, entra en el coche.

–¿Qué leches estás haciendo?

–¡Sube al coche, rápido! –exclamó Beatrix.

Michael obedeció. Antes de seguirlo, Beatrix apoyó el cañón de la pistola en la frente del hombre, que se había echado a llorar. Michael siguió la escena desde el coche: Beatrix le estaba mostrando un rostro duro y cruel, el de una mujer entrenada para matar.

–¿Cómo te llamas? –le preguntó Beatrix al hombre.

–John, John Parkman –respondió sollozando.

–¿Estás casado, John?

–Sí, estoy casado.

–¿Y cómo se llama tu mujer, John?

–Elisabeth –dijo el hombre tras un breve titubeo.

–Excelente. ¿Tienes hijos, John?

–Una niña… tiene seis años… Se llama Emily –respondió John sollozando de nuevo.

–Bueno, ahora escúchame bien, John. Te corresponde a ti decidir si tú, Elisabeth y Emily vais a seguir llevando una vida tranquila y aburrida a orillas de vuestro lago o si queréis acabar descuartizados por un grupo de asesinos sin escrúpulos en vuestra acogedora casa. Dime, John, ¿quieres sobrevivir?

–Sí, por favor, ¡no me hagan daño!

–Nadie os va a hacer daño, pero tienes que escucharme y hacer lo que yo te diga. Si no, se acabó todo. ¿Me estás escuchando,

John?

–Sí, claro que sí, ¡lo estoy escuchando todo!

–Bien. Ahora nosotros nos vamos a marchar con tu todoterreno, que dentro de unos días aparecerá sin un solo rasguño.

Beatrix hizo una pausa para ver si al hombre aún le quedaban fuerzas para replicar.

Silencio.

–Si intentas seguirnos –prosiguió entonces– o llamas a la policía, yo misma daré orden a mis hombres de que vayan a tu casa. Y entonces tu familia pasará unos momentos muy malos, John, tan malos que te arrepentirás de no haber muerto aquí mismo. Si, en cambio, te vas a tu casa, le das un beso a tu hijita mientras duerme, te metes en tu cama calentita con tu mujer, duermes como un tronco y mañana, después de un buen desayuno, te das cuentas de que te han robado el coche y te vas tranquilamente a informar al *sheriff*, entonces no pasará nada. Nada de nada. Todo será como antes y esto se quedará en una simple pesadilla. Y ahora, dime: ¿prefieres arriesgar tu vida, la de Elisabeth y la de la pequeña Emily para perseguir una mierda de coche que mañana mismo habrás recuperado, John?

–No, no, me voy a casa, me voy a casa.

–Muy bien, John, muy bien. Pero, para evitar tentaciones, dame tu móvil, John.

John, temblando, sacó el móvil del bolsillo de su chaqueta y se lo entregó a Beatrix.

–¿Sabes, John? Elisabeth y Emily son muy afortunadas de tener un esposo y padre como tú.

Beatrix se alejó sin dejar de apuntarlo. El hombre, aún aturdido, ni siquiera se movió. Se quedó allí, contemplando cómo su coche se alejaba bajo la nieve.

–Gracias –murmuró entonces.

Y era tan raro…

Increíble.

Aquel «gracias» le había salido del corazón. Resumiendo, que le estaba agradecido a aquella mujer que lo había amenazado a él y a su familia, y además le había robado el coche.

Agradecido de verdad.

Porque le había mostrado el horror, casi le había hecho creer que el horror ya se había producido, para después ofrecerle la posibilidad de volver atrás y borrarlo todo.

Su verduga era también la persona que lo había salvado.

–Tú estás loca, pero loca de remate –dijo Michael mientras conducía.

La calefacción estaba al máximo, por lo que el aire del habitáculo resultaba casi irrespirable.

–Quítate la ropa, tenemos que secarla –dijo Beatrix, que se había quedado en bragas y sujetador y estaba colocando la ropa sobre el salpicadero.

–Loca.

–Dilo otra vez y te mato.

Michael se volvió. Se disponía a decir algo, pero se distrajo al ver aquel cuerpo perfecto que tenía al lado. Beatrix se dio cuenta, pero no dijo nada. Michael consiguió desvestirse, no sin dificultad.

Permanecieron en silencio durante varios kilómetros. El cansancio, ahora que el nivel de adrenalina comenzaba a descender, empezaba a hacer notar sus efectos.

–Aquel hombre no te había hecho nada –dijo Michael retomando el tema que ocupaba sus pensamientos.

–Sólo he evitado que llamase a la policía. Si no hubiera sido tan dura con él, a estas horas ya nos estarían pisando los talones él, sus amigos y la policía.

–¡Pero lo has aterrorizado, le has puesto una pistola en la frente!

–Sí, y he amenazado a su hija de seis años, Emily. Y he amenazado a su mujer, Elisabeth. He amenazado con descuartizarlas. He sido cruel e inhumana con él en grado máximo. Me han entrenado para hacer y pensar cosas que las personas

normales, Michael, se avergonzarían de soñar siquiera. Nos obligan a tocar nuestro propio fondo y luego nos devuelven a la superficie. ¿Y sabes por qué? Porque una vez que conoces el camino hacia tu abismo interior, sabes cómo volver desde allí. Yo puedo matar, torturar o destruir psicológicamente a una persona si las circunstancias lo requieren. Sin la más mínima vacilación o duda. ¿Sabes cuál es la diferencia entre las personas como yo y los peores criminales de la historia?

Michael guardó silencio.

–Las circunstancias y un poco de suerte.

–También existen diferencias morales –replicó Michael.

–Desde luego, como las que nos han permitido arrojar bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki.

–No, como las que nos permiten reconocer que nos hemos equivocado.

Michael la miró. Observó sus ojos, empañados por algo que bien podría ser tristeza o melancolía.

–Ésta es la diferencia –prosiguió–: Tú aún sabes reconocer el mal, incluso cuando eres tú quien lo lleva a cabo. Tú sabes volver a la superficie después de haber descendido al abismo.

Beatrix permaneció en silencio.

Viajaron toda la noche sin encontrar ni un alma. Sólo bosques y nieve.

Beatrix se quedó dormida. Michael siguió conduciendo y, de vez en cuando, observaba a la joven moverse en sueños.

Al amanecer llegaron a Dillingham, una pequeña ciudad a orillas de la bahía de Bristol. Había dejado de nevar, pero se había levantado un viento gélido procedente del norte. Posado sobre un poste eléctrico de madera, un pigargo cabeciblanco les dio la bienvenida.

Mientras entraban en la ciudad, formada por casas bajas y cuadradas que parecían contenedores, Beatrix empezó a leer

fragmentos de una guía turística de *National Geographic* que había encontrado en internet.

–«Si le gusta pescar, Dillingham es el sitio perfecto. Como principal puerto de la bahía de Bristol para la pesca comercial del *sockeye*, el salmón rojo, Dillingham ofrece excelentes oportunidades para la pesca deportiva, así como guías y alquiler de embarcaciones.»

–Gracias por la información, Trix, tal vez otro día. Tenemos que buscar la manera de salir de aquí.

–Te acabo de explicar cómo vamos a salir de aquí.

–¿Yendo de pesca?

–Exacto.

Dejaron el coche en un aparcamiento subterráneo abierto las 24 horas y se encaminaron al puerto de Dillingham.

23

Después de haber recorrido casi un kilómetro a pie, eran casi las ocho cuando llegaron al puerto, que en realidad no era más que un charco de agua fangosa repleto de viejas embarcaciones. Algunas de ellas acababan de regresar de la pesca nocturna y estaban descargando sus capturas, mientras que otras se preparaban para zarpar. Las gaviotas, famélicas, revoloteaban a la espera de su desayuno. Dillingham, cuya tonalidad predominante era el gris, parecía la versión deprimida de los risueños pueblecitos pesqueros de Noruega.

Entraron en un viejo café literalmente pegado a los muelles, cuya insignia era un salmón real de madera, bastante descolorido. Daba la sensación de que todos los pescadores de la zona se habían reunido allí. El aroma del café y de los panqueques calientes no conseguía disimular el del pescado.

Trix y Michael decidieron acomodarse directamente en la barra. Pidieron el desayuno a la persona que parecía estar a cargo del local, una mujer de unos sesenta años cuyo pelo cano, recogido con una goma de pollo, no parecía haber visto el agua en mucho tiempo. Y lo mismo podía decirse del forro polar talla XL, salpicado de manchas de grasa. La mujer gritaba órdenes a la única camarera, que se repartía como podía entra una mesa y otra. Y cuando no le estaba gritando órdenes a la pobre muchacha, se dedicaba a lanzarle insultos.

Trix felicitó a la jefa por la calidad del desayuno, explayándose en el delicioso sabor y la ligereza de los panqueques. Llegó incluso a pedirle la receta a la pobre mujer, que dio muestras de sentirse adulada por todas aquellas atenciones. Así, dejó de acosar a la

pobre camarera y se concentró en los nuevos parroquianos. A aquellas alturas, Trix ya se había metido a la mujer en el bolsillo, así que le preguntó si había alguna barca que aquella mañana hiciera una excursión de pesca hasta Anchorage.

–¿Por qué hasta Anchorage? –preguntó la mujer.

–Porque dentro de unos días tengo que volver al trabajo y me gustaría disfrutar del viaje de vuelta pescando salmones reales y fletanes –respondió Michael.

–Bueno, en ese caso están los hermanos Morris –dijo, dando a entender que no era precisamente la tripulación ideal–. ¡Siempre que acepten, claro, porque son tan huraños! Si no, tendréis que esperar hasta pasado mañana. Yo os puedo ofrecer una habitación a buen precio, con vistas al puerto. Es muy romántica, ¿sabéis? Mi Frank y yo la utilizamos a menudo cuando queremos… ¿Me entendéis lo que quiero decir?

–Gracias, sería estupendo, pero es que nos quedan pocos días de vacaciones, queremos salir enseguida. Los Morris nos irán de perlas. ¿Sabría usted decirnos dónde podemos encontrarlos? –dijo Trix, interpretando el papel de mujercita recatada.

La dueña del bar pareció ofenderse por aquel rechazo, así que la amistad entre ella y Trix murió nada más nacer.

–Los encontraréis ahí fuera, en el muelle. Son gordos y van muy sucios. Imposible equivocarse.

Y, acto seguido, empezó de nuevo a gritarle órdenes a la camarera.

Al fondo del muelle vieron a dos hombres que, sentados sobre las cajas que contenían las redes, estaban muy ocupados devorando dos bocadillos enormes y bebiendo cerveza. Eran altos y corpulentos, de pelo largo y cerrada barba negra. Parecían dos osos repartiéndose una presa. Tenían que ser los hermanos Morris, sin duda.

–Ya voy yo, Trix –dijo Michael en voz baja.

–No, quieto ahí, ya me ocupo yo. Para ciertas cosas, se necesita el tacto femenino.

–¿Qué diantre te propones hacer?

–Conseguir que se enamoren de mí, naturalmente.

Trix se encaminó hacia los dos hombres. Se detuvo justo delante de ellos y les contó que buscaba una embarcación para una excursión de pesca hasta Anchorage. No obtuvo respuesta, así que repitió la pregunta. En aquel momento, uno de los dos hermanos, Tyler, respondió sin molestarse siquiera en dejar de masticar:

–No queremos titis en nuestro barco.

–¡A menos que vengan a divertirse con nosotros! –respondió Kyle, que tenía restos de comida pegados a la barba.

Los dos soltaron una ruidosa carcajada y luego siguieron engullendo sus bocadillos.

Beatrix no se movió, se quedó allí observándolos y ladeó la cabeza hacia el hombro derecho en un gesto infantil.

Y entonces se echó a reír. Los dos hombres dejaron de comer y se la quedaron mirando.

–¿Qué te pasa, estás sorda? –dijo Tyler.

–No, cariño, ¡que acepto! –respondió Beatrix en un tono risueño.

El hombre la observó fijamente, tratando de descubrir si se estaba burlando de él. Era algo que lo cabreaba aún más que los insultos: no ser capaz de entender si la persona que se dirigía a él hablaba en serio o le estaba tomando el pelo. Y Tyler, cuyo cociente intelectual no era mucho más alto que el de los salmones que llevaba toda la vida pescando, casi siempre estaba cabreado.

–¿Has entendido lo que hemos dicho?

Beatrix sonrió, se acercó a los dos hombres y, en tono serio, dijo:

–Sí, que queréis divertiros. Y a mí me interesa el plan, me interesa mucho. Tengo curiosidad por saber como se divierten conmigo dos pichaflojas como vosotros.

Tyler bebió un largo trago de cerveza y se puso en pie.

Ahora sí que estaba cabreado: nadie podía decirle, ni en serio ni en broma, que era un pichafloja. Dejó el bocadillo encima de la caja

y se limpió la boca con la manga del grueso y agujereado jersey de lana que llevaba. Se acercó a Beatrix casi hasta rozarla con su enorme barriga, que asomaba bajo el jersey azul. Inclinó la cabeza para acercarla a la de la joven, y en el momento menos pensado soltó un largo y ruidoso eructo. Kyle se echó a reír de buena gana. Beatrix se volvió hacia Michael, que se había quedado a una distancia prudencial, y fingiéndose atemorizada le dijo:

–Cariño, ¿no vas a decir nada? ¿Has visto lo que le han hecho a tu pobre mujercita?

Michael se encogió de hombros y extendió los brazos en un gesto que quería decir: ¿Y yo qué quieres que haga?

Beatrix empezó a olisquear repetidamente el aire. Luego, volviéndose hacia Tyler, dijo:

–Eh, amigo, ¿sabes lo que pienso? Creo que no has digerido bien. En mi opinión, aún lo tienes todo en el estómago: una mezcla de pan, arenques rancios y huevos podridos, que te hace oler como un saco de mierda de alce.

Tyler no tuvo ni tiempo de levantar la mano para propinarle una bofetada a Beatrix, pues ésta le plantó dos puñetazos en rápida sucesión justo en la boca del estómago. El hombre abrió unos ojos como platos y boqueó en busca de aire. Después cayó de rodillas, dobló el cuerpo por la mitad y empezó a vomitar.

–Ya te decía yo que no habías digerido bien… –dijo Beatrix, al tiempo que se volvía hacia el otro hermano.

Kyle, cuya mole era en todos los sentidos parecida a la de su hermano, se puso en pie de un salto, dejó caer el bocadillo y se abalanzó sobre Beatrix con un gancho de derecha. Trix dobló las rodillas y le lanzó un gancho a los testículos, que hizo caer al tipo al suelo como si fuera un árbol derribado tras un único hachazo en la base del tronco.

Beatrix se quedó acuclillada junto a los dos hombres. Sacó un pañuelo del bolsillo y se lo ofreció a Tyler.

–Y ahora escuchadme bien, chicos. A mí me gustan mucho los tipos como vosotros, en serio. ¿Y sabéis por qué?

Los dos hombres, aún doloridos, la observaron mudos por la sorpresa.

–Porque a diferencia de la mayoría, no sois personas banales. Sois dos osos salvajes, pero tenéis que aprender a ser más amables con las damas. ¿Verdad que a partir de ahora seréis más amables? ¿O lo tengo que volver a explicar?

Los dos asintieron, muy convencidos.

–Vale, pues ahora preparémonos, que quiero ir de pesca.

20

Una hora más tarde, ya estaban navegando por la bahía de Bristol. Y entre Beatrix y los hermanos Morris había nacido una amistad. Tyler y Kyle habían resultado ser, en el fondo, dos bonachones, pero no muy acostumbrados a los buenos modales. Ni el reformatorio primero, ni luego, a partir de los catorce años, una vida transcurrida entre barcas, bares y cárceles, habían contribuido precisamente a su educación sentimental.

Durante el día pescaron cinco fletanes y una decena de salmones rosados. Michael se fingió muy enfadado por no haber cogido ni un triste salmón real, pero los hermanos Morris le aseguraron que al día siguiente, a la altura de Cold Bay, encontrarían también salmones reales.

Tenían que seguir el juego, cosa que no les resultó demasiado difícil. Beatrix se avino incluso a comer trozos de fletán crudo recién pescado: era una antigua tradición de los pescadores, le contaron Tyler y Kyle, y traía suerte.

Tras una cena a base de salmón, Trix y Michael se retiraron al espartano camarote situado bajo cubierta, mientras los hermanos Morris dormían a ratos y se turnaban en el timón.

–Te toca a ti decidir el próximo movimiento.

–Necesito tu iPhone.

Beatrix lo sacó de la mochila y se lo pasó a Michael. Luego esperó, mientras él buscaba algo. Al cabo de unos minutos, Michael pareció haber encontrado lo que estaba buscando.

–¿Recuerdas lo que dijo Stephen antes de morir?

–Estaba a punto de pronunciar el nombre de la persona que, antes que él, había propuesto una interpretación del jeroglífico que,

según parece, podría ayudarnos a comprender el texto de Platón.

–Exacto. Y creo saber a quién se estaba refiriendo: Athanasius Kircher.

–No lo he oído en mi vida.

–Ven, necesito tomar el aire –dijo Michael.

Subieron a cubierta.

Hacía mucho viento y, a lo lejos, se veían sólo las luces que indicaban los escollos que sobresalían del agua. Kyle, desde el timón, los saludó y Tyler les llevó una botella de whisky.

–Es lo que usamos Kyle y yo para combatir el frío. Lo siento, es la última que nos queda.

–Gracias, Kyle, muy amable, nos servirá.

Beatrix cogió la botella y bebió un largo trago. Después se la pasó a Michael, mientras Kyle se alejaba y los dejaba solos.

El cielo estaba despejado y, en el espacio del horizonte en que sólo se veía mar, la idea de la bóveda estrellada adquiría un significado literal: estaban rodeados de estrellas, por encima y por los lados, hasta donde el cielo se fundía con el océano.

Ninguno de los dos hablaba.

A lo lejos, se oían las zambullidas de las ballenas, que proyectaban sus enormes cuerpos fuera del agua para después dejarse caer de nuevo en el océano.

–Están haciendo *breaching* –gritó Tyler, que estaba al timón.

–¿Y eso qué es? –preguntó Michael.

–Se lanzan de cabeza fuera del agua y luego vuelven a zambullirse. ¡Esperemos que no se nos acerquen mucho!

–¿Por qué lo hacen? –preguntó Beatrix.

–En realidad, nadie lo sabe, pero yo creo que vienen a ver nuestro mundo. Echan un vistazo y luego vuelven allá abajo. Y la verdad es que es lo mejor que pueden hacer. A veces dan saltos, otras sólo asoman la cabeza para mirar. Sobre todo las ballenas grises. Suben muy despacio en vertical, hasta sacar los ojos del agua, y luego giran un poco y desaparecen.

Michael pensó en Stephen.

Había muerto la noche anterior, pero era como si hubiera desaparecido de nuevo en la distancia que había caracterizado la amistad entre ambos durante aquellos años.

–*Et quod difficilius dictu est* –murmuró, como si estuviera rezando–, *mortui vivunt; tantus eos honos, memoria, desiderium prosequitur amicorum. Ex quo illorum beata mors videtur, horum vita laudabilis*.

Beatrix lo observó.

–Es de Cicerón, un gran escritor y filósofo romano. Habla de la amistad: «Y, lo que es más difícil de decir, los muertos viven: tan gran honor, recuerdo, añoranza de los amigos los sigue. Por esto la muerte de aquellos parece dichosa, la vida de éstos laudable».

–Unas palabras muy hermosas, pero los muertos no pueden seguir viviendo. En algún momento tenemos que dejarlos marchar. Renunciar a la añoranza y el recuerdo. Es lo más justo. Para ellos y para nosotros.

–También puede ser cruel.

–Las cosas justas suelen serlo.

Michael no sabía a qué se estaba refiriendo Beatrix, pero vislumbró un destello de tristeza en sus ojos. Sin embargo, no le preguntó nada.

Beatrix ahuyentó los recuerdos que habían aflorado y cambió de tema.

–No irás a beberte toda la botella, ¿verdad, Michael? Pásamela y, mientras, me cuentas quién es ese Athanasius Kircher.

Michael bebió otro trago de whisky y luego empezó a hablar.

–Athanasius Kircher fue un padre jesuita, una especie de Leonardo da Vinci del siglo XVII: filósofo, teólogo, historiador, matemático, musicólogo, estudioso de la historia natural, la física y la astronomía, inventor y experto en alquimia. Pero, sobre todo, fue un gran e infatigable estudioso de los jeroglíficos, hasta el punto de que se le considera el fundador de la egiptología. Sí, de acuerdo, se le considera el padre excéntrico de la egiptología, no el padre científico, pero en cualquier caso, sin las imágenes de sus libros,

Champollion, el verdadero padre de la egiptología científica, no habría podido estudiar a fondo los jeroglíficos ni descifrarlos correctamente. En 1631, tras la muerte de Kepler, a Kircher lo convocaron como matemático a la corte del emperador Fernando II de Habsburgo. Pero su peligroso viaje desde Aviñón hasta Viena quedó definitivamente interrumpido, tras una serie de naufragios, en Roma, donde Kircher obtuvo permiso para poder quedarse y proseguir así los estudios sobre los jeroglíficos, que había iniciado en Aviñón con Nicolas-Claude Fabri de Peiresc. Así, el papa Urbano VIII lo nombró profesor de matemáticas, física y lenguas orientales en el Colegio Romano. Recuerdo que, cuando yo aún estaba en la universidad, me fascinaba su *Oedipus Aegyptiacus*, que contiene dibujos de todos los obeliscos de Roma.

–¿Y con todo eso qué quieres decir?

–Que tenemos que hablar lo antes posible con el padre Laurent De Abreu.

–¿Lo conoces?

–No. Pero, si como nos dijo Stephen, es la única persona que está al corriente de la hipótesis de Kircher sobre el significado del protojeroglífico, es imprescindible que vayamos a verlo. El protojeroglífico es la clave para entender qué es el cosmos de los dos soles. Ahora sabemos que la máquina apocalíptica está relacionada con los dibujos del superimán. Si conseguimos entender qué es el cosmos de los dos soles, estaremos más cerca de comprender los planes de CR y, entonces, podremos convencer a la NSA de que yo no tengo nada que ver con esa historia y, juntos, podremos impedir los planes de CR.

–Pues tenemos que escribir al padre De Abreu.

–Ya lo he hecho –dijo Michael, satisfecho–. Tengo cita con él. Le he dicho que somos una pareja que quiere casarse. Nos recibirá el lunes a última hora de la tarde, después de los cursos prematrimoniales, en la abadía de Saint-Germain-des-Prés.

–Vale, pues jugaremos a ser novios. ¿Dónde está esa abadía?

–En París.

25

A bordo del Bongos II, puerto de Seattle

El viaje en solitario, el mar revuelto, la ausencia de noticias por parte de Trix y Michael, pero sobre todo el hecho de que se estropeara el congelador de a bordo con veinte hamburguesas de trescientos gramos en su interior… Todo eso, y desde luego no el posible fin del mundo, era lo que había hecho mella en el buen humor de Eddie.

Quien, por otra parte, no se había dejado vencer y, de hecho, se estaba ya recuperando claramente.

Tumbado en la redonda cama de agua del *Bongos II* y vestido con el albornoz dorado de *Rocky II*, que había comprado por 459 dólares en una subasta de eBay, Eddie disfrutaba de la compañía de Jessica Bada Bing, una joven profesional del sexo que por veinte dólares más permitía a sus clientes que la llamaran «amor mío».

Justo entonces, la «Cabalgata de las valquirias» –que, en el móvil de Eddie, había sustituido como tono de llamada a una versión de «Every Breath You Take» interpretada por Robert Downey Jr.– empezó a sonar a todo volumen a bordo del *Bongos II*.

Eddie vio el número de Trix.

Mierda.

–Jessica, perdona.

–Oye, ¡que te dejo que me llames «amor mío», tesoro!

–Vale, amor mío-tesoro, perdona pero se trata de una emergencia. Tenemos que dejarlo.

–Oh, ¡qué lástima! Se te veía tan feliz…

–Estoy en el séptimo cielo, amor mío-tesoro, pero la vida es un asunto terriblemente complicado. Coge el dinero que te he dejado sobre el mueble y vete.

–Espero volver a tener noticias tuyas.

–Y yo. Y ahora vete, no me hagas sufrir más.

Finalmente, Eddie respondió al teléfono.

–¿Sí? ¿Sí? ¿Diga?

–Hola, Eddie, ¿estás o no estás?

–Sí, sí, hola, Trix. Perdona, pero es que estaba haciendo flexiones.

–¿Y desde cuándo haces flexiones?

–¡Desde que estamos en guerra con los nazis, Trix!

–Vale. Pues hablando de nazis: Stephen está muerto, le han pegado un tiro de fusil en la cabeza. A nosotros también han intentado matarnos y ahora estamos huyendo hacia Anchorage.

–¿Han sido los nazis?

–No, los estadounidenses. De los nazis no hemos visto ni la sombra por aquí.

–¿Cómo lo sabes?

–Por las armas que han utilizado y por la técnica. Eran de los nuestros, Eddie.

–Cabrones de mierda.

–¿Quiénes?

–Los estadounidenses.

–No seas derrotista, Eddie, es culpa de los nazis.

–Tienes razón, siempre es culpa de los nazis. ¿Y vosotros cómo estáis?

–Todo bien, no te preocupes. Ahora estamos a bordo de un pesquero con Kyle y Tyler Morris.

–¿Y ésos quiénes son?

–No te preocupes, Eddie, son amigos.

–¿Qué? ¿Estás de broma? ¿Me dejáis solo en el *Bongos II* y ahora os vais a dar una vueltecita en el pesquero de Tyler y Kyle sin ni siquiera decirme nada?

–Eddie…

–¡Eddie una mierda! ¡Tendríais que haberme llamado y hubiera ido yo a recogeros! ¡Yo soy vuestro único amigo!

–¿Hubieras venido hasta Dillingham a buscarnos, Eddie?

–¿Y dónde coño está Dillingham?

–En el puto culo de Alaska, adonde habrías llegado al cabo de dos meses, siempre y cuando el *Bongos II* no hubiese naufragado antes.

–Bueno, vale, sólo tenías que decírmelo, tampoco es que me vaya a enfadar.

–Te lo acabo de decir.

–Vale.

–Escucha, tenemos un problema. Necesitamos dos pasaportes estadounidenses Global Entry, o sea, que nos permitan ir a Francia y volver saltándonos la cola normal del control de pasaportes.

–¿Francia? ¿Y qué diantre vais a hacer a Francia?

–Es una larga historia. ¿Quieres llevarnos tú con el *Bongos II*?

–Vete a la mierda, Trix.

–¿Crees que podrás conseguirnos los pasaportes o no?

–No será fácil con el programa Global Entry. Tendré que robar los datos de identidad de dos ciudadanos estadounidenses. Sabes lo que eso significa, ¿no?

–Sí, que podemos meter en un buen lío a dos inocentes.

–Exacto.

–No nos queda otra solución. Necesitamos los pasaportes.

–¿Para cuándo?

–Para dentro de dos días, en Anchorage. Pero tienes que buscar a alguien que nos los traiga, no puedes hacerlo tú.

–Yo me encargo, no te preocupes. Enviaré a alguien de la familia.

–Perfecto. Esto… ¿te encuentras bien, Eddie?

–Sí, ¿por qué?

–Tenías una voz rara antes, cuando has contestado.

–Estaba con una amiga.

–Pero… ¿no era yo tu única amiga?

–Es una amiga nueva, Trix. Se siente, se siente. Pero si tú tienes amigos nuevos en un pesquero, yo también puedo tener una amiga nueva en mi pesquero.

–¿Cómo se llama?

–Jessica.

–¿Es una puta, Eddie?

–Eh, ¡cuidado con lo que dices, Trix!

–Vale, es una puta.

–Sí, pero no como las otras. Por veinte dólares más, me deja llamarla «amor mío».

–¿Lo ves como yo tenía razón? No es una amiga de verdad, Eddie.

26

Llegaron a París desde Anchorage, vía Mónaco, en dos vuelos distintos.

Beatrix había salido antes y su vuelo había aterrizado en el Charles de Gaulle de París a eso de las nueve de la mañana. Ella era quien había decidido coger el avión que salía antes, pues tenía algunos asuntos que resolver.

Michael no le había preguntado nada. Ya se había dado cuenta de que era inútil pedirle explicaciones a Trix cuando ella había decidido no darlas. Significaba, sencillamente, que había entrado en lo que Michael había bautizado como «modo soldado». Y, cuando ése era el caso, no escuchaba ni perdía el tiempo con explicaciones, sino que actuaba del modo que ella consideraba más eficaz.

En algunos momentos resultaba frustrante; en otros, tranquilizador. Bastaba hacerle caso y no interponerse en su camino.

Michael sabía que a Trix le preocupaba el hecho de no poder llevar armas, pero era imposible viajar con una pistola. Y más difícil aún conseguirla en poco tiempo en París. Entonces… ¿qué asuntos debía resolver Trix en la capital francesa?

Michael se quedó dormido en el vuelo Anchorage-Mónaco mientras pensaba en esa cuestión.

Soñó con Alex.

Era la primera vez que le sucedía desde que había empezado todo. En su sueño, la encontraba sana y salva en París, vestida de novia. Estaba sentada en un banco, en el paseo que bordea el Sena. Él la abrazaba y le preguntaba por qué había desaparecido, pero ella contestaba que no había desaparecido, que había llegado a París antes que él para organizar la boda en Saint-Germain-des-Prés.

Lo despertó una azafata para pedirle que pusiera recto el respaldo de su asiento, pues estaban a punto de aterrizar.

El recuerdo de aquel sueño era tan intenso que, por un momento, Michael se preguntó si iba a reunirse con Alex o con Trix.

Llegó a París a primera hora de la tarde.

Él y Beatrix se alojaban en hoteles distintos, ambos cercanos a Saint-Germain-des-Prés, donde esa noche a las diez tenían que encontrarse con el padre Laurent De Abreu.

Los pasaportes y las identidades que les servían de tapadera habían funcionado a la perfección.

Michael era Logan Crowford, un ejecutivo que trabajaba para Procter & Gamble, la multinacional de productos cosméticos y alimentarios. El toque de gracia para meterse en su papel: un traje gris oscuro de rayas comprado en la tienda Armani de Anchorage.

Beatrix era Melanie Keller, doctoranda de la Universidad de Alaska que realizaba un viaje de estudios a París. Características destacadas: botas negras y trinchera negra.

Eddie se lo había advertido: tenían que darse prisa. Llegar a París, reunirse con el padre Laurent De Abreu y regresar al día siguiente.

Si una de las dos personas cuya identidad habían suplantado utilizaba el pasaporte, se quedarían sin tapadera y tal vez les resultara imposible volver a Estados Unidos. Ni la auténtica Melanie ni el auténtico Logan habían comprado billetes de avión, de momento, pero era algo que podía suceder en cualquier momento. Eddie y los Goodfellas ya habían entrado en el ordenador de Logan y en el de Melanie y controlaban sus cuentas bancarias. A la primera señal de peligro, se pondría en marcha la operación «Regreso a Estados Unidos»: Eddie compraría de inmediato dos billetes para el primer vuelo a Estados Unidos y Trix y Michael tendrían que salir corriendo hacia el aeropuerto.

Michael había pasado un año en París cuando aún estudiaba en la universidad, aunque no podía decirse que conservara un bonito recuerdo de aquella experiencia: había vivido en la ciudad como si estuviera en una especie de trance y había pasado los días completamente solo, entre bibliotecas y librerías.

París no había cambiado casi nada.

Y tampoco su clima, que Michael detestaba: al salir del metro, en Saint Michel, se encontró con un cielo gris y una fina lluvia.

Los parisienses siempre tenían prisa y se mostraban intolerantes con toda obstaculización creada por otros peatones que no compartían su visión del mundo. Vivían con un miedo permanente al retraso, cosa que los volvía huraños y francamente antipáticos. Seguían creyendo que ocupaban el centro del mundo y que debían esforzarse por no perder ese lugar, cuando lo cierto era que París cada vez contaba menos, incluso en la vieja Europa. Su *grandeur* ya no era más que un recuerdo marchito de épocas pasadas y todo aquel frenesí no era más que una forma de llenar el vacío.

Pero, aun así, una parte de Michael seguía amando aquella ciudad tan extraña y altiva.

Podría haber ido en metro directamente hasta Saint-Germain-des-Prés, pero le apetecía pasear por París. Recorrió el Boulevard Saint-Michel y subió hasta la Place de la Sorbonne, donde se paró a tomar un café y a visitar la librería Vrin, la mejor librería filosófica de todo París.

Le compró una rosa a un vendedor ambulante, sin saber muy bien a quién debía regalársela. Después bajó de nuevo hasta el cruce con el Boulevard Saint-Germain, se adentró en él y se encaminó hacia el hotel.

Se alojaba en el espléndido Hotel Madison. Michael alias Logan Crowford era un acaudalado hombre de negocios que no se privaba de nada. Y eso, en parte, gracias a las tarjetas recargables que Eddie le había facilitado. Mejor no saber de dónde procedía el dinero, pensó Michael.

Se dio una ducha: el último baño lo había tomado de noche, en el lago de Aleknagik. Luego salió y cenó en el Café de Flore, justo delante de la puerta de la abadía.

Mientras bebía lentamente su café, la vio salir del metro y comprar una *crêpe* en un chiringuito cercano a la abadía de Saint-Germain-des-Prés.

Trix se sentó a comer en un banco, sonriéndole. Michael le devolvió la sonrisa y, de repente, sintió una inesperada punzada de felicidad. Beatrix iba de negro de pies a cabeza y cargaba con un bolso enorme que no llevaba antes del viaje.

Michael pagó la cuenta. Se dirigió hacia la puerta de la abadía y entró. Beatrix lo siguió poco después.

Michael se sentó en una silla, al fondo de la nave central, y Beatrix se quedó de pie junto a una columna.

–¿Todo bien? –le preguntó él.

–Sí, ¿y tú?

–Tendrías que ver mi hotel.

–Estamos en una iglesia, no puedo mandarte a la mierda.

–¿Qué llevas en esa bolsa?

–Recuerdos.

–Espero que no sean fusiles.

–No.

–Ni ametralladoras.

–No.

–¿No son armas de fuego?

–No son armas, y punto. Equipo deportivo.

–Eso me alivia.

–Pues te equivocas.

La iglesia estaba vacía, inmersa en el silencio más absoluto. Michael consultó la hora.

–Son las diez, vamos allá: el abad nos espera.

Se encaminaron hacia la sacristía, pero la puerta estaba cerrada.

Después de llamar, oyeron unos pasos que se acercaban lentamente. Michael había visto en la página de la abadía que el abad tenía setenta y cinco años, pero el hombre que les abrió la puerta no era, a pesar de la edad, el viejecito de aspecto simpático que Michael esperaba encontrar. El padre Laurent De Abreu tenía un rostro de rasgos afilados y unos ojos azules que desprendían una considerable fuerza. Incluso su cuerpo tenía que haber sido, en otra época, imponente.

–Buenas noches, supongo que son los jóvenes que me han escrito por lo del matrimonio –dijo, observando primero a Michael y luego a Beatrix, que permanecía en la penumbra.

–Buenas noches –dijo Michael, tratando de disimular su acento.

–Entren y pónganse cómodos, enseguida estoy con ustedes.

En el centro de la habitación se hallaba una gran mesa de madera, sobre la cual descansaban unas cuantas biblias y libros de catecismo. Sin duda, allí tenía lugar el curso prematrimonial, que debía de haber terminado hacía poco. La pared que estaba frente a la puerta la ocupaba por completo una enorme librería de nogal, mientras que la pared de la derecha tenía una ventana que daba al patio. Justo enfrente se veía una puerta.

El padre De Abreu volvió al poco rato y los invitó a sentarse. Se acomodaron los tres en torno a la enorme mesa que ocupaba el centro de la sala. De Abreu observó con mirada suspicaz la bolsa de Beatrix, pero no dijo nada.

–Bien, hijos míos, ahora hablemos del matrimonio.

–En realidad, no estamos aquí para hablar de matrimonio. Necesitamos su ayuda.

El rostro del padre De Abreu se oscureció y su voz adquirió un tono severo.

–Me han mentido, ni siquiera son franceses. ¿Qué quieren de mí?

–Sólo queremos hacerle unas cuantas preguntas sobre Athanasius Kircher. Es importante –dijo Michael.

Sacó del bolsillo de la chaqueta una copia del protojeroglífico y se la entregó al padre De Abreu.

–Queremos saber qué pensaba Kircher de este protojeroglífico.

El padre De Abreu permaneció inmóvil mientras contemplaba el dibujo. Y luego se persignó.

–¿De dónde ha sacado ese dibujo? –pregunto el anciano, cuyo tono de voz había cambiado. Ahora parecía preocupado–. Lo siento, son cosas de las que me ocupé hace muchísimo tiempo, no recuerdo casi nada –añadió, al tiempo que se frotaba el ojo derecho con un dedo.

–Dígame sólo si ya había visto antes este dibujo y si Kircher escribió algo al respecto –dijo Michael en tono casi suplicante.

El padre De Abreu observó a Michael y a Beatrix, como si estuviera intentando adivinar cuáles eran sus verdaderas intenciones. Michael intuyó que, para animarlo a hablar, tendría que contarle lo de Stephen.

–Stephen nos habló de usted y del protojeroglífico antes de morir.

–Stephen, mi amigo Stephen… ¿ha muerto? –preguntó De Abreu, consternado.

–Sí, lo lamento. También era un gran amigo mío.

Michael se fijó en que Beatrix estaba extrañamente silenciosa, pero que observaba con mucha atención al padre De Abreu, quien en ese momento apoyaba la cabeza en ambas manos. Michael aguardó unos instantes y luego, cuando el padre De Abreu volvió a mirarlo, prosiguió.

–Stephen me contó que su hipótesis sobre este jeroglífico coincidía con la de Athanasius Kircher y que lo había hablado con usted.

–De acuerdo, de acuerdo, le contaré lo que sé. Pero si quiere que confíe en usted, debe decirme quién es en realidad.

–Me llamo Michael Price.

–¿Price? ¿El autor de *Las doctrinas secretas de Platón*?

–El mismo.

–Ahora entiendo muchas cosas.

–¿Qué cosas?

–Usted cree que va a encontrar en Kircher y en sus especulaciones sobre el significado del protojeroglífico la clave definitiva para descifrar las doctrinas secretas de Platón.

El abad se puso en pie y empezó a caminar por la sala, con las manos unidas a la espalda.

–Desgraciadamente, voy a tener que decepcionarle, mi querido amigo, y sólo Dios sabe cuánto me gustaría poder ayudarle. Durante muchos años he tratado de encontrar una carta de Kircher en la que, según algunas fuentes, el padre jesuita descifraba el protojeroglífico como «fuego eterno de la tierra».

–¿Y eso qué significa?

–Bueno, según mis hipótesis de la época, el fuego eterno indicaba para Kircher el fuego presente en el interior de la tierra, que alimenta los volcanes.

Michael asintió.

–¡Era una idea magnífica! De haber sido cierta, habría explicado la pasión de Kircher por el mundo subterráneo, además de arrojar nueva luz sobre la idea de un viaje a las entrañas del planeta al que Kircher había dedicado un libro cientos de años antes de que Julio Verne escribiera su *Viaje al centro de la Tierra*. Estaba tan obsesionado por aquella carta que incluso me convencí a mí mismo de que Kircher tal vez hubiera tenido acceso a algún texto antiguo en el que se transmitía la sabiduría secreta oculta en el protojeroglífico. Y, así, me dediqué a elaborar hipótesis en las que acababa creyendo como si fueran verdades diamantinas que, a su vez, me conformaban otras hipótesis nacidas de la fantasía. Me hallaba prisionero en un magnífico castillo que había surgido de mi propia mente. Le hablé a Stephen de mis hipótesis, con lo cual contribuí a reforzar su teoría sobre el significado del protojeroglífico. Le hablé de la carta de Kircher como si la hubiera visto, cuando en realidad sólo tenía fantasías basadas en unos pocos y nada relevantes indicios; fantasías que, una vez sometidas a la prueba de los hechos, se revelaron equivocadas. Después de muchos años de investigación, conseguí finalmente ver con mis propios ojos la carta

de Kircher, y ese día, cuya llegada había esperado durante tantos años, el mundo, mi mundo de estudioso, se vino abajo. –El padre De Abreu estaba sudando y se tocaba la frente con una mano–. La carta no contenía más que una vaga referencia al jeroglífico que representaba el sol, pero no decía nada sobre el protojeroglífico. Por lo demás, Kircher hacía algunas consideraciones más, que posteriormente aparecieron en sus obras, pero no revelaba secreto alguno. Al principio, me negué a aceptarlo: pensé que se trataba de una broma de mal gusto. Pero luego comprendí los errores que yo había cometido: orgullo, presunción, obsesión. Y me resigné a aceptar la cruda verdad. Sin embargo, no le dije nada a Stephen: por cobardía, supongo. Sabía lo entusiasmado que estaba con lo que él consideraba un gran hallazgo. Y yo había contribuido a reforzar su teoría, que había resultado ser una simple fantasía vacía. Pero no quería que mi amigo se llevase la misma desilusión. Fue entonces cuando decidí abandonar mis estudios. Athanasius Kircher había sido mi gran pasión, pero también mi gran sufrimiento y, precisamente por eso, eché tierra sobre el asunto.

Michael guardó silencio, aturdido tras aquel relato y profundamente desilusionado. La supuesta interpretación que sobre el protojeroglífico había hecho Kircher no era más que una invención del padre De Abreu. Y, aunque hubiera sido cierta, no parecía especialmente relevante como clave de lectura de los manuscritos platónicos.

A Michael le pareció percibir en aquellas palabras la amargura que él mismo había experimentado cuando todo el mundo había arremetido contra su libro sobre Platón, hasta el punto de que él también había empezado a considerar la posibilidad de que sus hipótesis no fueran más que fantasías.

En aquel momento sintió la imperiosa necesidad de hablar con Stephen. Pero Stephen ya no estaba y la realidad, por dura que resultara de aceptar, era que se encontraban en un callejón sin salida.

El protojeroglífico seguía siendo un enigma encerrado dentro de un enigma. Y nadie parecía tener la clave para descifrarlo.

Lo mejor era volver a empezar de cero, pero… ¿desde dónde?

Empezaba a sentirse agotado.

Y Russell había dicho que las cosas se estaban precipitando.

Michael le dio las gracias al padre Laurent De Abreu y se disculpó por las molestias. De Abreu les estrechó la mano a él y a Beatrix y los acompañó hasta la entrada de la abadía.

–Me alegra mucho haber hablado con usted, profesor Price –le dijo a Michael sonriendo–. Puede que no sea tan malo evocar los recuerdos dolorosos de nuestra vida.

Luego se retiró hacia la sacristía.

27

Había empezado a llover con más fuerza.

Michael echó a andar con paso decidido por la rue Bonaparte, en dirección al hotel, pero Beatrix lo agarró del brazo y lo obligó a detenerse.

–Nos ha mentido.

Michael, todavía presa de la profunda desilusión que le había causado la conversación con el padre De Abreu, la miró sin comprender.

–¿Qué has dicho?

–Que el padre De Abreu nos ha estado mintiendo todo el rato.

–¿Y tú cómo lo sabes?

–Lo sé y punto.

–Te equivocas, Trix. Conozco esa clase de amargura. Ha sido sincero, me atrevería a poner la mano en el fuego.

–Pues te la quemarías.

Trix tenía el pelo mojado y peinado hacia atrás y, en ese momento, Michael no pudo dejar de pensar en lo guapa que estaba.

–Vale –prosiguió la joven–, ese hombre está amargado de verdad, pero sólo estaba utilizando lo que de verdad siente para dar credibilidad a una historia falsa.

–¿Instinto femenino?

–Formación en técnicas avanzadas de interrogatorio. Existen una serie de señales no verbales que indican cuándo está mintiendo una persona, y el padre De Abreu las ha representado prácticamente todas. Respiración agitada, aumento del parpadeo, sudoración, tendencia a tocarse continuamente la barbilla y los ojos, manos unidas a la espalda… Y luego, la traca final: cuando te ha dicho que

se alegraba de haber hablado contigo, sonreía y apretaba los puños al mismo tiempo.

–Estaba tenso, Trix, le acababa de decir que Stephen había muerto.

–Si uno está tenso, es normal que sude, que se toque la cara o que parpadee más. Pero cuando ese alguien se convierte en un caso de manual en lo que se refiere a señales no verbales, significa que ese alguien está contando una sarta de mentiras. Y, por otro lado, ¿cómo es que no te ha preguntado nada acerca de la muerte de Stephen? Ha preferido interpretar lo antes posible su papel y luego despedirnos.

–Vale, pues si lo que dices es cierto, entonces tenemos que volver y obligarle a contarnos la verdad sobre el protojeroglífico.

–Ahora no. Ahora tenemos que marcharnos. Y rápido.

–¿Por qué?

–Porque nos están siguiendo y sólo esperan el momento justo para eliminarnos.

Beatrix se precipitó al centro de la calle y paró el primer taxi que vio. Subieron enseguida.

–A los jardines de Luxemburgo –dijo, con un marcado acento estadounidense.

El hombre que estaba al volante los contempló por el retrovisor con expresión perpleja: los jardines estaban apenas a unos centenares de metros de allí, al final de la rue Bonaparte, pero es que además estaban cerrados. Sin embargo, no dijo nada y lo mismo hizo Michael, tan perplejo como el taxista.

Minutos más tarde, al filo ya de la medianoche, le dieron diez euros al taxista y descendieron delante de la verja negra de puntas doradas que rodeaba los famosos jardines parisienses, construidos en 1612 por orden de María de Médici: 224.500 metros cuadrados de huertos, prados de estilo inglés y fuentes, todo ello en pleno centro del Barrio Latino.

–Hay que moverse. Tenemos que saltar la verja y entrar.

–Yo no voy a ninguna parte si no me dices antes qué es lo que te propones.

–Entremos y luego te lo cuento.

–Nos han visto, Trix. ¡Acabaremos cayendo en una trampa!

–En una cosa tienes razón: es una trampa. Pero para ellos.

Beatrix lanzó su bolsa al otro lado de la reja y luego, con unos pocos y ágiles movimientos, la saltó. Michael no quiso ser menos, así que no tardaron en encontrarse los dos sobre la hierba mojada del jardín.

Una vez dentro, Beatrix le reveló a Michael su plan y le entregó su iPhone. Se dirigieron rápidamente hacia el Senado, en el lado norte de los jardines. Llovía a cántaros.

–¿Estás segura de que no llevas armas? –preguntó Michael.

–Ni una.

Poco después, ocho hombres saltaron la reja e iniciaron una persecución sin cuartel. Se habían dividido en cuatro equipos de dos.

Cada equipo debía peinar un cuadrante: nordeste, noroeste, sudeste y suroeste. Los hombres se abrieron la chaqueta negra que vestían, empuñaron la Mini Uzi con silenciador y culata plegable que llevaban colgada al cuello con una correa y se adentraron en el jardín.

–Están en la trampa –dijo el que estaba al mando, por un micrófono conectado a un auricular.

28

La superficie de un líquido es como una membrana elástica en tensión. Al salir del agua, la cabeza de un nadador se encuentra con la tensión superficial y permanece rodeada, durante una fracción de segundo, por una película tras la cual el rostro del nadador aparece deformado. Si, por ejemplo, el nadador llevara el rostro pintado de negro, se asemejaría al de un monstruo que emerge del agua.

Exactamente así apareció Beatrix cuando emergió inesperadamente de la fuente de los Médici, una larga pila de agua estancada situada en la parte noreste del jardín, donde la joven se había apostado, lista para disparar –con su ballesta Barnett Commando Crossbow de 250 libras– un dado de carbono con punta de titanio provista de tres filos.

Le había dicho la verdad a Michael: no llevaba armas.

La ballesta se considera material deportivo y es de venta libre. Pero el uso inadecuado puede convertirla en un arma más letal, precisa y silenciosa que un fusil de asalto. A cincuenta metros de distancia, una ballesta de 250 libras tiene la misma potencia devastadora que un fusil con acción de bombeo: dos toneladas por centímetro cuadrado.

Esa noche, Beatrix tenía intención de hacer un uso inconveniente de su Barnett Commando Crossbow, provista de mira telescópica con intensificador de luz nocturna LN-ERS40M.

Cuando el dependiente de la tienda parisiense en que Beatrix había comprado todo el equipo le había preguntado para qué lo necesitaba, la joven había pensado «Métete en tus asuntos», pero había dicho «Caza nocturna de jabalíes».

Y la caza acababa de empezar.

Los dos hombres del equipo que en ese momento avanzaba cerca de la pila de los Médici ni siquiera tuvieron tiempo de entender qué estaba ocurriendo: ninguno de los dos se esperaba un ataque desde el agua. De ser los cazadores, habían pasado a ser las presas perfectas.

El dardo que Beatrix acababa de disparar le atravesó el hígado al primer hombre y acabó alojándose en el costado del segundo. La punta de titanio de cien gramos había cumplido su sucia tarea y los gritos de dolor de ambos hombres quedaron amortiguados bajo aquella lluvia que se había vuelto torrencial.

Fue un segundo: Beatrix saltó fuera de la pila y, antes que los dos hombres tuvieran tiempo de echar mano de sus Mini Uzi, puso fin a su larga agonía partiéndoles el cuello.

Por la forma en que se movían, no eran auténticos profesionales: ni hombres de la NSA, ni de la CIA ni de los cuerpos especiales. Sólo podían ser neonazis contratados a sueldo por CR. Y la técnica de abordar a los enemigos-terroristas en que se inspiraba Beatrix era la que había puesto en práctica el premio Nobel de la paz Barack Hussein Obama: el asesinato selectivo.

Simple, eficaz y democrático.

Cierto, la paranoia excesiva siempre podía inducirla a error: pero, incluso en el caso de que aquellos ocho hombres que los estaban siguiendo fuesen simples violadores, no hubiera cambiado nada. La técnica para abordar a los violadores en que se inspiraba Beatrix era la que había puesto en práctica Harry *El Sucio*: matarlos.

Simple, eficaz y republicano.

Michael presenció la escena escondido tras la vegetación, protegido por una lona de camuflaje que le había dado Beatrix.

Poco antes, Beatrix le había explicado el plan que había elaborado a su llegada a París. En el caso de un enfrentamiento, los jardines de Luxemburgo eran el único lugar próximo a Saint-Germain-des-Prés en el que ella podía beneficiarse de una superioridad táctica incluso sin armas de fuego.

El primer equipo ya estaba eliminado.

El patrón de caza del enemigo estaba muy claro: se habían dividido en cuatro grupos de dos, cada uno de los cuales tenía que peinar un sector de los jardines.

Beatrix, que acababa de eliminar al equipo del cuadrante noreste, se dirigió hacia el cuadrante sureste para sorprender por la espalda a otros dos hombres.

Caminó durante varios minutos y luego los vio, a lo lejos.

Uno de ellos llevaba una linterna en la mano.

No, decididamente, no eran profesionales.

Se hallaban demasiado lejos uno del otro como para poderlos abatir con un solo dardo, pero no lo bastante como para no poder dar la alarma cuando uno de los dos recibiera el impacto.

Beatrix optó por seguir un recorrido paralelo al de los dos hombres, hasta adelantarlos por la derecha. Después se apostó y esperó a que uno de los dos se situase a la distancia adecuada como para poder eliminarlo sin hacer demasiado ruido.

El equipo entró en el huerto.

Los árboles desnudos no ofrecían ningún tipo de protección. Tampoco había setos ni construcciones tras las que poder ocultarse. La única opción era la de camuflarse en un terreno cubierto de barro y charcos de agua. Beatrix dejó la ballesta en el suelo, se desprendió del carcaj y de un tubo de plástico que llevaba sujeto a la espalda con una correa, y luego rodó en el lodo hasta quedar totalmente cubierta de una pátina marrón. Después se embadurnó el rostro de barro, sin olvidarse de orejas, cuello y párpados. A continuación procedió a arrastrarse por el huerto, en diagonal, hacia el hombre sin linterna que en ese momento avanzaba en su dirección. En la mano derecha llevaba un cuchillo SOG Seal Team S37 con una hoja de acero AUS 8 de dieciocho centímetros.

Se movía muy despacio, apoyándose en codos y rodillas.

Cuando se halló en la trayectoria del hombre que avanzaba en su dirección, se detuvo y lo esperó, inmóvil, con la cara prácticamente hundida en el barro.

Se dio cuenta, sorprendida, de que estaba pensando en Michael: ¿y si lo habían capturado?

Ahuyentó aquella idea. No podía perder la concentración.

Sabía que estaba tan cerca del hombre que los estaba buscando que éste ni siquiera la veía. Vemos sólo lo que buscamos o lo que esperamos ver. Y aquel hombre iba en busca de escondrijos o movimientos imprevistos delante de él o a su alrededor, de modo que no le preocupaba en absoluto lo que pudiera haber a sus pies en un huerto desnudo que aparentemente no podía esconder nada.

Por eso no se dio cuenta de nada cuando Beatrix se levantó de entre el barro, justo después de que él hubiera pasado, le sujetó la barbilla por detrás y lo degolló.

Una muerte rápida, silenciosa y casi indolora.

Beatrix acompañó hasta el suelo el cuerpo del hombre y le quitó la Mini Uzi con silenciador que llevaba.

No muy lejos de allí, se veía la luz de la linterna del otro hombre, que zigzagueaba en los límites del huerto. Beatrix guardó el cuchillo en su funda, empuñó la Mini Uzi y se dirigió hacia el hombre con pasos regulares. Cuando estuvo lo bastante cerca como para que él pudiera oírla, el hombre se volvió hacia ella y la apuntó con la linterna. Tenía que averiguar si aquella presencia era amiga o enemiga. Beatrix, sin embargo, no tenía ese problema: enemigo localizado. Se lanzó al suelo para apartarse de la línea de fuego y, con una silenciosa ráfaga, lo abatió.

A esas alturas, tenía que empezar a pensar en la posibilidad de que los otros dos equipos ya estuvieran sobre alerta, en vista de que los otros cuatro hombres no daban señales de vida.

Tenía que moverse con máximo cuidado.

La superioridad táctica iba estrechamente ligada al efecto sorpresa.

Regresó al huerto para recuperar el arco, el carcaj y el tubo de plástico. Luego, bajo la lluvia, se encaminó hacia el sector suroeste, en el que la vegetación era más abundante. Cuando llegó a un bosquecillo rodeado de setos, eligió una buena posición y aguardó.

Lo único que deseaba era que Michael no hubiera tenido problemas.

El movimiento había sido muy leve, pero los dos hombres lo percibieron.

Avanzaron muy despacio hacia el seto que tenían justo delante.

Cuando se hallaron a una distancia de no más de veinte metros, abrieron fuego. Hasta que no quedó prácticamente nada del seto.

–Hemos pillado algo, jefe –comunicó por radio uno de los dos hombres.

Se acercaron con cautela para cerciorarse. Y, efectivamente, dentro del seto había algo: un dardo clavado en el suelo, que Beatrix había dejado allí para despistarlos.

Los dos hombres cruzaron una mirada y luego empezaron a escudriñar el bosque, a su alrededor.

El dardo le entró por el ojo al hombre que había hablado poco antes y acabó sobresaliendo unos diez centímetros por la nuca.

Cayó como cae un cuerpo sin vida.

El otro hombre se volvió al oír el golpe sordo y se quedó inmóvil, con los ojos desorbitados, la boca abierta y una flecha clavada en la frente.

Ya sólo quedaban dos.

Beatrix estaba bajando del árbol en el cual se había apostado cuando oyó el grito de una voz lejana en plena oscuridad.

–¡Lo hemos cogido! ¡Sal de tu escondite si no quieres que acabemos con él!

–¡Huye, Trix!

El gritó de Michael le desbocó el corazón. Era la adrenalina que, como le habían explicado durante el periodo de instrucción, activa en nuestro organismo los sistemas de ataque y defensa, dando así paso a la reacción conocida como «lucha o huye».

Pero Trix se planteaba las cosas de otra manera. Su reacción era «lucha o lucha».

Procedió con cautela hacia la dirección de donde le había llegado la voz. Era una trampa, pero no tenía más remedio que correr el riesgo.

El hombre que había capturado a Michael se había apostado delante de la gran pila octogonal que ocupaba el centro de los jardines. Un espacio amplio y totalmente descubierto. Beatrix no podía acercarse sin que la vieran.

Lo único que podía hacer era disparar desde lejos.

Su adversario se hallaba a un centenar de metros. La distancia límite para dar en el blanco se situaba en torno a los setenta y cinco metros. Si erraba el tiro, podía matar a Michael o hacer que lo mataran. Sólo disponía de una oportunidad, así que tenía que apuntar con absoluta precisión.

El hombre utilizaba el cuerpo de Michael como escudo y le apuntaba a la sien con la Mini Uzi.

Beatrix se tendió en el suelo, en el margen del bosquecillo que daba al amplio espacio por el lado oeste de la pila.

Seguía lloviendo a cántaros, tanto que las gotas salpicaban barro al caer. Transcurridos unos minutos, Trix estaba de nuevo cubierta por una capa de cieno marrón.

Sólo estaba esperando el momento oportuno, con el ojo derecho pegado a la mira telescópica del arma.

Situó el retículo rojo de la mira telescópica sobre la única parte descubierta del hombre que apuntaba a Michael. Un gesto espectacular, lo de apuntarle a la sien con la pistola, pero claramente estúpido.

Trix apretó el gatillo.

El impacto del dardo fue tan fuerte que prácticamente le arrancó media mano al hombre. La pistola cayó al suelo, mientras un grito agudo resonaba en la noche.

Beatrix salió disparada del bosque para reunirse con Michael.

Sabía que aún quedaba un hombre al acecho, pero contaba con el efecto sorpresa. Avanzó rápidamente en zigzag, agazapada. Pero no fue suficiente.

La primera ráfaga le pasó rozando un hombro, pero el impacto la hizo caer al suelo.

Beatrix se volvió. El hombre salió de la espesura, apuntándola con la Mini Uzi.

Y entonces se produjo una segunda ráfaga, tan precisa como letal.

29

La ráfaga subió desde las ingles hasta la cabeza, que estalló literalmente. El último de los atacantes cayó al suelo.

Era Michael quien había disparado.

Le había quitado del hombro la ametralladora al hombre que Trix había herido, el cual se había esfumado de inmediato, y no había dudado ni un instante en eliminar al último enemigo.

Se apresuró a socorrer a Trix.

–¿Cómo estás?

–No te preocupes, no es nada. Me has salvado la vida, Michael.

–Entiendo que te resulte difícil de aceptar, pero intenta resignarte.

Aquellas palabras le arrancaron una sonrisa a Trix.

–El otro hombre ha huido –añadió Michael.

–Bien. Pues marchémonos también nosotros, antes de que lleguen refuerzos.

Salieron de los jardines por el lado oeste y se encontraron en el Boulevard Saint-Michel.

Tenían que hacerle otra visita al padre De Abreu.

Michael se plantó en mitad de la calle, dispuesto a parar el taxi que llegaba en ese momento, pero estaba ocupado.

Justo entonces, un coche aparcado cerca del lado norte de los jardines encendió los faros y salió disparado hacia Michael, entre el chirriar de los neumáticos.

Beatrix vio la escena como si se produjera a cámara lenta.

Desabrochó la correa del tubo de plástico que llevaba colgado a la espalda y extrajo una flecha que ella misma había modificado aquella tarde, en el hotel.

Sujeta con cinta adhesiva al astil, justo por debajo de la punta, se encontraba una botella de cerveza de 33 cl repleta de gasolina y fragmentos de poliestireno, muy útiles para provocar un efecto napalm. La botella tenía sujetas, gracias a otra vuelta de cinta adhesiva, cinco cerillas antiviento.

Un híbrido, pues, entre un cóctel molotov y una flecha explosiva.

Colocó la flecha en la ballesta, la cargó y se situó justo en el centro de la calle, con las piernas ligeramente separadas.

La calle estaba desierta. El coche se acercaba a gran velocidad.

Beatrix se sacó del bolsillo del pantalón un mechero electrónico impermeable, de la marca Essential Gear, encendió las cerillas y apuntó.

Situó el retículo rojo de la mira telescópica un metro por encima del vehículo. No buscaba un disparo a altura cero, sino una trayectoria parabólica para compensar el exceso de peso que tenía la punta de la flecha.

–Sal de ahí, Trix, ¡por el amor de Dios! –gritó Michael.

El hombre que estaba junto al conductor se asomó por la ventanilla y disparó una ráfaga a ciegas con su Mini Uzi.

Los disparos rebotaron en el asfalto, muy cerca de Trix, pero ella no se movió.

El coche se hallaba en ese momento a unos cincuenta metros.

Beatrix apretó el gatillo de la ballesta. Un segundo más tarde, el dardo impactó contra el cristal del Mercedes, que se hizo añicos. Un ola de fuego envolvió el coche, que derrapó hacia la izquierda y chocó contra un bordillo de cemento.

Beatrix observó durante unos segundos el espectáculo, antes de apartarse de la calzada.

La fuerza del impacto levantó el automóvil por los aires: primero se separaron del suelo las dos ruedas de la izquierda y, mientras el coche giraba sobre su propio eje con una inclinación vertical de casi

treinta grados, las ruedas del lado derecho también perdieron contacto con el suelo. Pero el intento de despegue del coche en llamas no duró más que unos segundos, hasta que el techo del Mercedes tocó el suelo. Se produjo un ensordecedor estrépito de chapa. El coche siguió patinando sobre el asfalto a lo largo de unos cien metros y luego se detuvo, convertido en una bola de fuego que giraba lentamente sobre sí misma.

–Vamos, que nos espera el padre De Abreu –dijo Beatrix.

Michael asintió, incapaz de pronunciar palabra. Beatrix se quitó la ropa cubierta de barro y se quedó en camiseta y pantalones cortos de licra negra, como si acabara de salir de casa para correr en plena noche.

Arrojó la ropa, la ballesta y el carcaj en el primer contenedor de basura que encontraron.

Mientras subían de nuevo por el Boulevard Saint-Michel, oyeron el estruendo del coche al explotar.

30

Se abrió el gran panel de cristal y entraron en un bosque de pinos, encinas y abedules, iluminado gracias a unas cuantas luces situadas en el suelo. El viento que se había levantado empujaba las nubes y hacía vibrar, como cuerdas de violín, los cables de acero que estabilizaban varios pinos de más de veinte metros de altura, llevados allí desde los bosques de Normandía.

Beatrix estaba boquiabierta.

Nunca había visto nada parecido.

Se encontraban en el bosque interior de la Biblioteca Nacional de Francia François Miterrand, capricho de Dominique Perrault, el arquitecto de la majestuosa biblioteca parisiense. Las cuatro torres de casi ochenta metros de altura, que surgían de los cuatro ángulos del bosque, le daban al edificio el aire de un castillo situado en la orilla izquierda del Sena.

El padre De Abreu y la mujer que los había acompañado abrían la marcha, adentrándose en el corazón del bosque.

Michael contemplaba a su alrededor, incrédulo.

Había observado muchas veces aquel bosque desde el otro lado de los ventanales de las salas de lectura, cuando estudiaba en la Biblioteca Nacional. Y, como otras muchas personas, se había preguntado qué sentido tenía crear un bosque tan grande en el centro de la biblioteca, y no un simple jardín, si después permanecía cerrado al público.

¿Qué escondía?

Cuando habían regresado a la abadía de Saint-Germain-des-Prés para hablar con el padre De Abreu, lo habían encontrado aún despierto.

–¿Y ahora qué quieren de mí? Ya les he contado todo lo que sé. ¡Márchense de aquí!

Trix había abierto de una patada la puerta de la sacristía, que el padre De Abreu ya estaba empezando a cerrar, y el anciano había caído al suelo. Michael y Trix habían entrado rápidamente y habían cerrado la puerta tras ellos. El padre De Abreu había intentado ponerse en pie, pero Trix había conseguido inmovilizarlo apoyándole una rodilla en el esternón.

–Ya basta de tonterías, padre. Nos ha mentido y, minutos después, alguien ha intentado asesinarnos. Yo no soy de esas personas que creen en las coincidencias, así que… o nos explica usted qué está pasando aquí o me veré obligada a hacerle mucho daño.

El padre De Abreu jadeaba.

–Sus amenazas no me dan miedo.

Trix había aumentado la presión, arrancándole así un quejido al religioso.

–Basta, Trix.

Trix se había vuelto hacia Michael con expresión interrogante, pero enseguida se había hecho a un lado para que el padre De Abreu pudiese respirar.

–Padre, Stephen no ha muerto, lo han asesinado.

–Stephen… ¿asesinado? –había dicho el padre De Abreu, claramente conmocionado.

–Sí, lo asesinaron delante de nuestras narices, mientras nos estaba hablando del protojeroglífico. Si no nos ayuda, padre, habrá más muertos.

El padre De Abreu había sacudido la cabeza y se había apoyado en la mesa que ocupaba el centro de la sala.

–Discúlpenme. No podía hacer nada más. Tenía que proteger a mis hermanos. He colaborado durante muchos años con los hombres

de Cuarto Reich, como custodio de ciertos manuscritos y textos raros llegados a Francia durante la ocupación alemana y también durante los años posteriores. Entre dichos textos, se encontraban también algunos de Kircher. Yo era un joven hambriento de conocimientos, así que hice un pacto con el diablo: tener acceso a un saber del cual estaba excluido el mundo entero, a cambio de colaboración total…

–¿Es usted miembro de CR, padre De Abreu? –le había preguntado Michael.

–No, soy un simple colaborador. Me ocupo de su biblioteca secreta, reunida con el paso de los años gracias a misiones y búsquedas en todos los rincones del mundo. Escuche, Michael: desde que se publicó su libro sobre Platón, los hombres de CR están en alerta. Fue Stephen quien me dijo que leyera su libro porque planteaba, según él, una hipótesis revolucionaria. Y era cierto. Desde aquel momento, yo mismo me he encargado de controlar sus investigaciones. Hace pocos días, interceptaron el correo electrónico que me envió usted desde Estados Unidos y empezaron a sospechar.

–Es decir, que usted conoce el secreto de las doctrinas no escritas.

–No, yo ni siquiera he tenido la oportunidad de consultarlas, si bien me he pasado media vida esperando verlas. Comprendí, demasiado tarde, que no me las mostrarían jamás e incluso sospecho que en realidad no son más que un mito, como el Santo Grial.

–No son un mito, padre, yo las he visto.

Michael le había contado entonces lo que había descubierto y su intento, junto con Stephen, de interpretar el manuscrito platónico.

–¿Entiende ahora por qué es tan importante Kircher? Descifrar el protojeroglífico es una pieza fundamental para comprender el significado del texto. Ayúdenos, padre.

El padre De Abreu se había acercado a la ventana que daba al patio interior. Las nubes se habían aclarado y la luz de la luna iluminaba un banco de piedra pegado al muro exterior, sobre el cual colgaban las ramas desnudas de un viejo manzano. Un verano de

muchos años atrás, él y Stephen habían pasado una tarde entera sentados en aquel banco, hablando de libros raros. Los libros: la pasión y la maldición de su vida. Durante muchos años, el padre De Abreu había creído con ilusión que su papel como guardián del saber tenía un sentido, que tal vez formaba parte de un inescrutable plan divino. Pero sólo se había mentido a sí mismo. Y las consecuencias de su mentira, directa o indirectamente, le habían costado la vida a personas a las que amaba.

–Les ayudaré –le dijo el padre De Abreu a Michael, sin volverse siquiera–. Haré todo lo que aún esté en mis manos para evitar que ocurra lo peor.

–¿Y por qué ahora, de repente, se muestra tan dispuesto a ayudarnos? –le había preguntado Trix a Michael, en inglés.

El padre De Abreu había unido ambas manos en el gesto de una plegaria y había inclinado la cabeza hasta casi tocarlas. Luego se había dirigido a los dos visitantes.

–Les ayudaré porque, esta noche, los hombres de CR han asesinado a todos los hermanos que trabajaban conmigo en la biblioteca, por miedo a que alguno de ellos pudiese hablar –había dicho el padre De Abreu, mirando a Beatrix a los ojos.

Luego les había dado una cuantas prendas limpias a Michael y a Beatrix, recogidas de entre las que los fieles dejaban para las misiones. Un pecado venial que no cambiaba gran cosa la situación del alma del sacerdote.

–Tendrán que acompañarme –les había dicho.

Bajo la mirada recelosa de Trix, el anciano había realizado una llamada telefónica. Pocos minutos más tarde, un coche conducido por una mujer de unos sesenta años que se había presentado únicamente como Claire, los había conducido a la Biblioteca Nacional.

En el corazón del bosque se abría un claro rodeado de pinos. En el centro del claro se encontraba una pequeña colina, en uno de cuyos

lados se veía una puerta metálica vieja y oxidada, de dos hojas, señalizada con el símbolo de peligro por la presencia de corriente de alta tensión.

–¿Una caseta de la electricidad? Es una trampa, larguémonos enseguida –le dijo Beatrix a Michael en voz baja.

–No, ahora se trata de libros y haremos las cosas a mi manera.

La mujer se acercó, introdujo una llave en el voluminoso candado que mantenía la puerta cerrada y abrió las dos hojas de par en par. En el interior se veía una minúscula habitación rectangular, totalmente a oscuras, que contenía paneles eléctricos.

–Vengan. Claire se quedará aquí para avisarnos en caso de problemas –dijo el padre De Abreu.

–No pretenderá que entremos en ese trastero, ¿verdad? –dijo Beatrix, al tiempo que se volvía hacia el padre De Abreu.

Pero Michael ya estaba dentro y le hizo una seña a Beatrix para que lo siguiera. La joven entró a regañadientes y la mujer que se había quedado fuera volvió a cerrar la puerta con el candado.

–Fantástico, ahora estamos encerrados en un trastero, en medio de un bosque, dentro de la Biblioteca Nacional, mientras nos persiguen los nazis –exclamó Beatrix.

El padre De Abreu accionó algo en uno de los paneles. Y la sala empezó a bajar.

–¿Adónde nos lleva? –preguntó Michael.

–Al Infierno.

31

A pesar del nombre, el Infierno no tenía nada de infernal. Era una especie de enorme hangar profusamente iluminado, con un largo pasillo central al cual daban diversas salas, todas ellas amplias y atestadas de libros. Varias paredes transparentes, altas hasta el techo, las separaban del pasillo y también unas de otras. Se trataba de una estructura de varias plantas, todas con la misma distribución: cinco salas a la izquierda, cinco a la derecha y el pasillo en el centro.

En un extremo del pasillo se encontraba el ascensor y, en el otro, una escalera.

–La estructura está totalmente realizada en plexiglás –dijo el padre De Abreu–, que permite una excelente conservación de libros y manuscritos.

–¿Por qué la llaman Infierno? –preguntó Trix, ya menos recelosa, mientras recorrían el pasillo central.

–Es una larga historia. A mediados del siglo XIX, por decisión de la Biblioteca Real de Francia, se creó un espacio separado del resto de la biblioteca, cerrado al público, en el cual se guardaban los textos contrarios a la moral o considerados peligrosos. En 1844, en el *Carnet des inventaires des fonds anciens* se recoge por primera vez la expresión «Infierno» referida a este lugar misterioso. Hacia finales del XIX, el Infierno de la Biblioteca Nacional contenía ya más de seiscientas obras. Casi todas de carácter erótico y pornográfico.

–No me diga que hemos venido hasta aquí para ver revistas porno, padre –lo interrumpió Trix.

–Tranquilícese, no tenemos casi nada estrictamente pornográfico. Con el tiempo, los libros clasificados como peligrosos han ido saliendo lentamente del Infierno para integrarse de nuevo en la

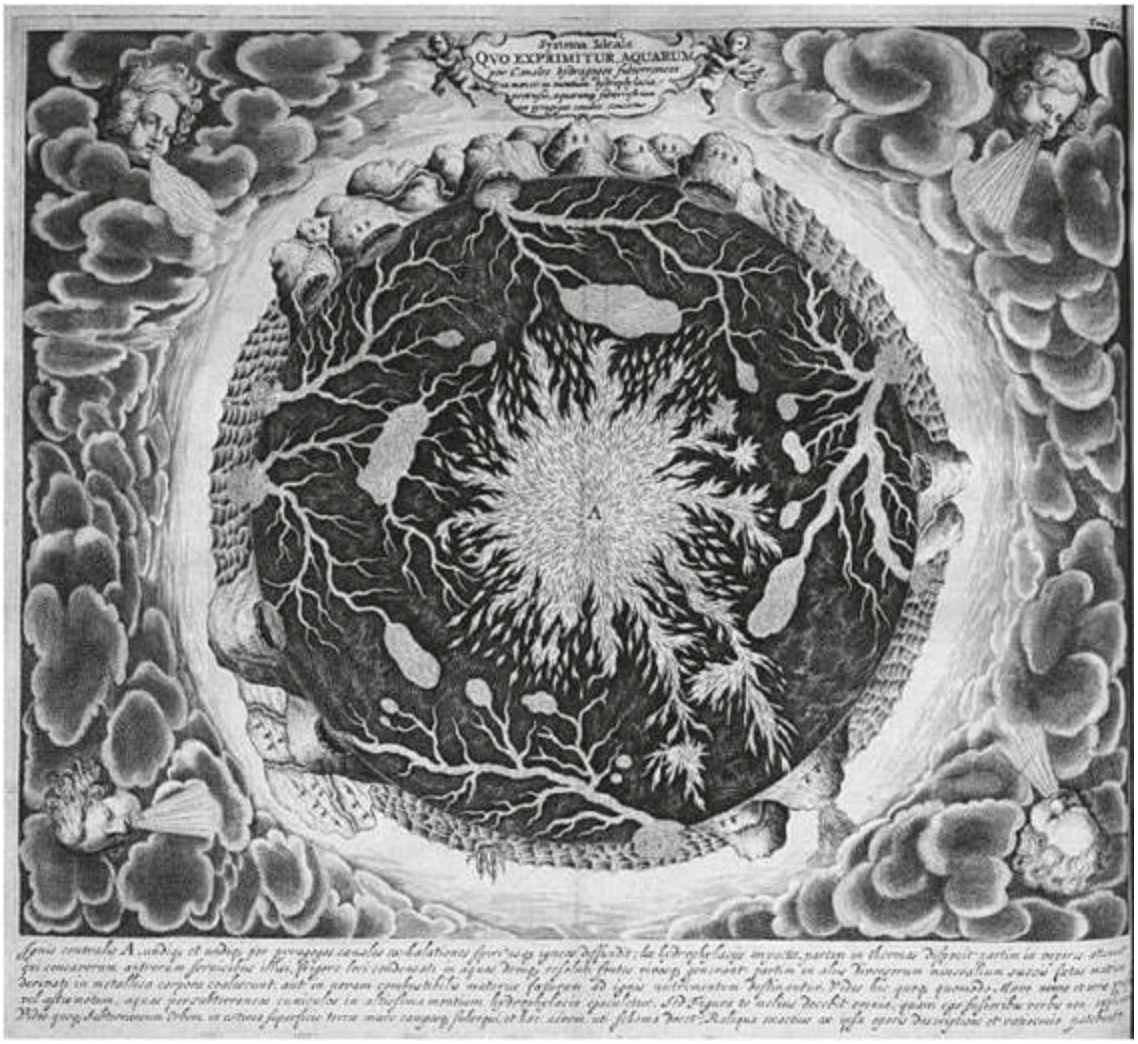
biblioteca pública. En 1969 se cerró oficialmente el Infierno, que se reabrió en 1983. Pero cuando se creó la nueva Biblioteca Nacional de Francia, nació un nuevo Infierno, el que tienen ustedes ante los ojos, reservado a los libros raros y esotéricos.

–Pero se trata de un espacio público, ¿no? ¿Cómo puede ser entonces la biblioteca secreta de CR? –preguntó Michael, mientras contemplaba maravillado aquella biblioteca subterránea.

–Mire, profesor Price: aquí, lo mismo que en el Infierno del pasado, el poder político se ha dejado fuera. El nuevo Infierno se ha presentado como un almacén subterráneo para custodiar y restaurar libros raros y manuscritos, y soy yo quien lo gestiona directamente, en calidad de experto internacional en Athanasius Kircher. He elegido personalmente a mis colaboradores. Así pues, no ha sido difícil mantener el secreto sobre los libros que realmente se conservan aquí. Bueno, ya hemos llegado.

Entraron en la última sala, al final del pasillo a la izquierda. El padre De Abreu se acercó a uno de los estantes metálicos de la sala, extrajo un grueso volumen de letras doradas, encuadernado en tafilete rojo, y una caja transparente que contenía unas cuantas hojas escritas a mano. Lo dejó todo sobre la mesa de metal que ocupaba el centro de la sala, tras lo cual hizo una seña a Beatrix y a Michael para que se acercaran.

–Éste es el único ejemplar que existe de la edición de 1664 del *Mundus subterraneus, quo universae denique naturae divitiae*, de Kircher. Miren esto. El padre De Abreu se puso unos guantes de látex y, con unas pinzas pequeñas, fue pasando unas cuantas páginas. Se detuvo al llegar a una ilustración a doble página, que consistía en un gran círculo en cuyo interior se hallaba una especie de bola candente que asemejaba un sol.



–Lo que están viendo es la representación del mundo subterráneo. En el centro se halla una gran bola de fuego que Kircher denomina *ignis centralis*. O, mejor dicho, la llama así en todas las otras ediciones del *Mundus subterraneus*, mientras que aquí introduce una variante: Kircher se refiere al dibujo de la ilustración con el nombre de *Hyeroglyphicus ignis centralis*. Por lo que sabemos, la ilustración se inspira en un dibujo original de Kircher. Mark Fletcher, un colega ya desaparecido que daba clases en Oxford y había estudiado la correspondencia de Kircher, me habló de una carta de Kircher a Leopoldo de Médici en 1657, en la que el filósofo relacionaba el dibujo del mundo subterráneo con un misterioso jeroglífico. En 1999 conseguí finalmente encontrarla en el

Instituto y Museo de Historia de la Ciencia de Florencia. Aquí está la carta.

El padre De Abreu extrajo uno de los papeles que contenía la caja transparente y lo depositó con cuidado en una tela desplegada sobre la mesa.

Michael y Trix se quedaron de piedra: en la carta, Athanasius Kircher había dibujado el protojeroglífico que aparecía en los papiros de Platón.

–La carta acompañaba un ejemplar de una obra de Kircher anterior al *Mundus subterraneus* que, según parece, contenía tanto el diseño como el jeroglífico, aunque por desgracia la edición que contenía esas ilustraciones, que durante muchos años estuvo en manos de un famoso bibliófilo y escritor italiano, ha desaparecido. La obra en cuestión era el *Iter extaticum secundum, mundi subterranei prodromus*, un diálogo en el que Kircher, bajo el seudónimo de Teodidacto, realiza un viaje imaginario al centro de la Tierra, guiado por Hydriel. Según algunas fuentes, la ilustración del jeroglífico aparecía en la tercera parte del diálogo, en la cual se habla de un sol y de una luna subterráneos.

Michael intentó descifrar la carta, pero sin éxito. Sabía algo de italiano, pero no lo suficiente como para poder leer una carta del siglo XVII, de modo que le pidió al padre De Abreu que le revelase el contenido.

–En la carta, Kircher le cuenta a Leopoldo de Médici que el dibujo del mundo subterráneo, realizado por él mismo, no es más que la reproducción de un antiquísimo jeroglífico que había descubierto en un manuscrito del filólogo bizantino Juan Tzetzes, quien a su vez lo había encontrado en la obra de Queremón de Alejandría, filósofo estoico, sacerdote egipcio y director del Museo de Alejandría, que vivió a principio del primer siglo y escribió importantes obras sobre Egipto y los jeroglíficos. Kircher afirmaba haber encontrado el manuscrito de Tzetzes en la biblioteca del convento de San Salvatore en Mesina, Sicilia, biblioteca que posteriormente fue destruida en un incendio. Bien: en la carta, Kircher dice en latín que Queremón

traducía el protojeroglífico como *mundus subterraneus templum solis*. El protojeroglífico, pues, no parece representar el más allá, sino el «mundo subterráneo como templo del sol».

–Entonces, el dibujo de Kircher sobre el mundo subterráneo, ¿sería una especie de interpretación del protojeroglífico?

–Exactamente. Debemos tener en cuenta que, para Kircher, las ilustraciones de su libro eran tan importantes como el texto escrito, tal vez más. Kircher pensaba en imágenes y sus dibujos deben, a su vez, entenderse como jeroglíficos que hablan de jeroglíficos. Por eso, en la edición de 1664 llama *Hyeroglyphicus ignis centralis* a la ilustración que se inspira en un dibujo suyo inspirado a su vez en el protojeroglífico.

–Eso explicaría muchas cosas. No hay que olvidar, sin embargo, que Kircher era muy imaginativo a la hora de descifrar jeroglíficos –observó Michael.

–Imaginativo sí, pero no mentiroso. Cuando dice que su fuente es Queremón, no miente. Y ésa es la cuestión, Michael.

–Aquí ya no lo sigo, padre. De Queremón de Alejandría sólo sé que fue preceptor de Nerón.

–En la carta, Athanasius Kircher relata, basándose en un texto que él mismo había encontrado, que Queremón recibió de su padre el papiro en el que figuraba el jeroglífico, quien a su vez lo había recibido de su padre, quien lo había encontrado durante un viaje para acompañar a Elio Galo desde el alto Egipto hasta Etiopía. Queremón fue uno de los sacerdotes más importantes de Alejandría: un *ierogrammateus* de Isis, es decir, un intérprete de las cosas sagradas que se estudiaban tanto para conocer el pasado como para predecir el futuro. La familia de Queremón era una familia egipcia helenizada, cuyos miembros hablaban perfectamente las lenguas egipcia y griega. Y, por ese motivo, Queremón tenía un conocimiento profundo de los jeroglíficos, especialmente de los que procedían de Etiopía, cuyo secreto se traspasaba de padre a hijo.

–Por tanto, conocía el secreto del protojeroglífico.

–Es muy probable.

–Gracias, padre, ahora entiendo por fin qué significan estas palabras: «Las cosas que llamamos vacías hay que definirlas como huecas y no vacías; sólo por el hecho mismo de existir, están repletas de aire y de espíritu».

–¿Es un pasaje de las doctrinas secretas? –preguntó el padre De Abreu, conteniendo a duras penas la emoción.

–Sí. El texto griego distingue entre vacío, *kenos*, y hueco, *koilos*. Y luego añade: «y en el espacio hueco se concibió el mundo». El verbo que se utiliza para hablar de la creación del mundo es *kueo*, que significa «concebir», «llevar en el seno». Y precisamente de ese verbo deriva el adjetivo «hueco» –prosiguió Michael.

–Entonces… ¡los papiros hablan del vientre de la tierra como un vientre materno! –exclamó Beatrix.

–Exacto, Trix. Y también podemos decir que los papiros proponen, por primera vez, una teoría que se reformulará muchas veces con el paso de los siglos.

–La teoría de la tierra hueca –concluyó el padre De Abreu.

Beatrix estaba a punto de preguntar qué era la teoría de la tierra hueca, pero el iPhone que llevaba en la chaqueta empezó a vibrar. Lo sacó y leyó muy despacio el mensaje que le había enviado Eddie.

–Tenemos un problema, Michael.

TERCERA PARTE
Mundus subterraneus

Con razón los antiguos consagraban los antros y cavernas al mundo tomado tanto en su totalidad como en sus partes. Para ellos, era una creencia tradicional el que la tierra simbolizara la materia de la que está hecho el mundo. Por medio de los antros, los antiguos simbolizaban el mundo compuesto de materia. En efecto: las más de las veces los antros aparecen de forma espontánea, forman un cuerpo con la tierra y están dentro de una roca uniforme, cuyo interior es hueco.

Porfirio, *El antro de las ninfas*

32

Cawdor, Escocia, noviembre de 2014

Las nubes que durante todo el día habían descargado lluvia se habían dispersado y la luz dorada del atardecer escocés bañaba el prado que estaba frente a la casa.

–Quiero que esto te lo quedes tú –dijo Russell.

Kate contempló fijamente sus ojos grises.

Había aprendido a reconocer el lenguaje: la frialdad glacial, el dolor, la ausencia, los raros momentos de felicidad…

Y, en ese momento, no había nada que añadir. Había llegado el momento de decirse adiós.

Kate sonrió.

Cogió con ambas manos la escopeta Royal Holland & Holland, que tenía grabadas las letras RL junto a la empuñadura. Pasó el dedo índice por encima de aquellas letras, que ella misma había grabado.

Aquél era el primer regalo que Kate le había hecho a Russell, la Navidad después de su llegada a Cawdor, en 2003. Kate se lo había dado bajo la nieve, después de beber una cerveza para felicitarse las fiestas al ritmo del *Fairytale of New York* de los Pogues. Luego un beso en la mejilla, furtivo, antes de despedirse, beso que había sorprendido a Russell más que el regalo en sí. Los separaban diecinueve años de edad: Russell tenía entonces sesenta y tres y Kate, cuarenta y cuatro. Pero esa diferencia de edad no había sido nunca un problema.

Russell esbozó una sonrisa. También él estaba recordando aquella noche, ahora que se les había acabado el tiempo.

Once años.

Russell tenía la misma expresión dura que la mañana de otoño en que había llegado a Cawdor con una voluminosa mochila, una chaqueta demasiado ligera y el aire de quien huye de su propio pasado.

Era un hombre alto, de cuerpo enjuto, con un rostro de rasgos afilados y labios delgados. Llevaba el pelo, de color gris acero, muy corto. Los ojos azules, de mirada penetrante, iluminaban su rostro adusto.

En Cawdor necesitaban un guardabosques. Y ése era el motivo por el que Russell, tras haber leído el anuncio en internet, se hubiera trasladado hasta allí desde Londres. El sitio le había gustado de inmediato, nada más descender del viejo autobús de correos que lo había llevado hasta aquel pueblecito escocés de las Tierras Altas.

En la nueva vida que había empezado poco después de haber abandonado Estados Unidos, los nombres de las localidades habían desempeñado un papel importante en sus traslados: «Tierras Altas» le gustaba, tenía un aire sobrio, arcaico, fuerte; y «Cawdor» respiraba el espíritu de la tragedia shakespeariana. En el siglo XIX, la localidad había cambiado el nombre de Caddel a Cawdor, porque Macbeth, en la tragedia homónima, era barón de Cawdor.

Tampoco es que Russell fuera un gran conocedor de la obra de Shakespeare: en su vida anterior, trabajaba como agente de la CIA y se había licenciado en historia de América, no en literatura. Pero de niño había visto en el cine, con su padre, el *Macbeth* de Orson Welles. Sólo recordaba una escena. Un cielo con nubes, que se movían despacio, y la voz de Orson Welles que decía, con un extraño acento: «Mañana, y mañana y mañana, avanza a ese corto paso, de día a día, hasta la última sílaba del tiempo prescrito».

Para quien creyera en el destino, o en el psicoanálisis, no tenía nada de casual el hecho de que Russell hubiera terminado precisamente allí, en Cawdor.

Había una bolera, un *pub*, una iglesia, una oficina de correos, una tienda de alimentación y otra de artículos de caza. Todo lo demás eran casitas de piedra salpicadas por el rojo carmín de las rosas trepadoras y el verde de la hiedra. Reinaba el silencio y olía a hierba. Las calles estaban flanqueadas por muros bajos de piedra. Una única cabina telefónica, roja, destacaba en mitad de una valla de madera, cerca del viejo cementerio. A las afueras del pueblo se encontraba el antiguo castillo, además de una destilería, la Royal Brackla Distillery.

La luz cambiaba de repente en Cawdor, según el viento.

Cuando Russell había bajado del autobús, el cielo estaba despejado y la luz tallaba el paisaje con nitidez. No se veía a nadie en la calle. El conductor había reemprendido la marcha, tras descargar un saco de arpillera delante de la oficina de correos. Mientras Russell contemplaba lo que había a su alrededor, se le había acercado un perro que meneaba la cola, y Russell le había dado los restos de su almuerzo: medio bocadillo de jamón que tampoco era nada del otro mundo. El perro lo había devorado de un solo bocado y luego se había dirigido hacia una casa que no estaba muy lejos, volviéndose de vez en cuando para ver si Russell lo seguía. Y así fue como de repente se encontró en la tienda de caza de Kate.

–Buenos días. Vengo por lo del puesto de guardabosques. Me llamo Lee, Russell Lee.

–¿Lo ha traído *Rob* hasta aquí? –le había preguntado la mujer.

–Sí, a cambio de medio bocadillo de jamón.

Kate había sonreído. Llevaba la melena rubia suelta sobre los hombros, con la raya en medio y, cuando sonreía, se le iluminaba el rostro. Había regresado a Cawdor desde Glasgow poco después de su divorcio para encargarse del negocio de su padre, que había muerto a los pocos años de casarse ella.

–Bien, Russell Lee, veamos si se merece el puesto. Yo me llamo Kate Geadais.

Kate había cogido dos fusiles y lo había invitado a seguirla. Habían cruzado el bosque de Tomnaghuail y el bosque de Cawdor, hasta llegar a la reserva de Clunas.

Russell había demostrado un buen conocimiento de las armas. Sabía orientarse en el bosque y era un excelente cazador. Por la forma en que se movía, Kate había adivinado enseguida que Russell había recibido formación militar, pues también su padre tenía aquellos andares, aquel modo de mirar a su alrededor y de empuñar el fusil cuando disparaba. Pero no había hecho ningún comentario. Habían terminado el recorrido de prueba en el Cawdor Tavern, el *pub* del primo de Kate. La última etapa y también la más difícil, que Russell había superado con éxito al beberse cuatro cervezas y un Lagavulin.

Russell había terminado por convencer a todos los habitantes de Cawdor de que era el hombre ideal para el puesto. Y, aunque no los hubiera convencido, lo habrían contratado de todas formas –necesitaban a alguien urgentemente– y, de no haber estado a la altura de las circunstancias, les habría faltado tiempo para obligarlo a poner pies en polvorosa a golpe de escopeta.

Gente de lo más cordial, los escoceses de las Tierra Altas.

Cuando uno se lo merecía de verdad.

Russell no demostró únicamente estar a la altura de las circunstancias, sino que se convirtió en uno de los mejores guardabosques que había tenido jamás Cawdor. Hasta los cazadores furtivos lo aprendieron muy pronto, en sus propias carnes.

Luego había surgido algo entre él y Kate.

Sin que ninguno de los dos lo hubiera buscado, previsto y menos aún deseado, algo había nacido entre los silencios de las partidas de caza por bosques de encinas y abedules, páramos y brezales, en los que había que moverse despacio y vigilar dónde ponía uno los pies porque, a veces, bajo el brezo se abría un barranco.

Al principio, Russell se había mentido a sí mismo y había fingido no darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. En el fondo, no eran más que extrañas sensaciones que no vivía desde hacía mucho tiempo. O eso se decía a sí mismo.

Ser capaz, después de tantos años, de resurgir del propio pasado. Retomar el contacto con el mundo. Era maravilloso pero, al mismo tiempo, dolía, como enfrentarse a la luz del sol después de pasar años encerrado en una habitación a oscuras.

Y era Kate quien lo había sacado de allí. Bastaba una sonrisa suya, la seguridad con que recorría aquel territorio azotado por el viento o el gesto voluptuoso con que se bebía una cerveza.

Cuando los embustes ya no resultaron creíbles, Russell intentó dejar de verla. Pasaba fuera el día entero y, a veces, varios días completamente solo.

Pero todo había resultado inútil.

Cuando no se veían, esperaba encontrarla casualmente por el bosque que rodeaba Cawdor. Y si por casualidad se la encontraba, se aturullaba, invadido por una sensación de felicidad que lo hacía sentir culpable.

Y así se había ido acercando, mucho más de lo que jamás hubiera creído posible: a reconstruir su vida después de tantos años huyendo por todo el mundo. Pero se había detenido antes de que aquello que en otra vida podría haberse llamado amor lo apartase definitivamente de un pasado que no quería olvidar y con el cual quería seguir conviviendo. Día tras día.

Russell era un superviviente. En su vida no había futuro. Ni personas reales. Sólo los espectros de un pasado del cual no llegaría a despedirse nunca. Podía aceptar salir de vez en cuando de su celda para ver el sol. Podía aceptar –en realidad, era incapaz de evitarlo– la idea de tener a Kate a su lado.

Pero no la de empezar una nueva vida.

En su vida anterior, siempre se había visto a sí mismo como a un lobo: dispuesto a todo para defender a los suyos. Pero no había tenido en cuenta lo más difícil: la posibilidad de tener que abandonar a su familia para salvarla.

No le había quedado más remedio que escoger. Fingirse muerto para salvar a su familia. Desaparecer.

Y sobrevivir en un limbo infestado de recuerdos, de espectros que torturan el alma noche y día. Había seguido desde lejos la vida de su esposa y de su hijo, como si la contemplara a través de un cristal, sin poder interferir en lo más mínimo ni dejarse ver.

Durante los primeros años, después de haberse trasladado a Estambul, había intentado trazar un plan para regresar. Documentos falsos, proyectos para eliminar a todos aquellos que suponían una amenaza para él, planes de fuga para él y su familia, nuevas identidades y una vida que recomenzar en la otra punta del mundo.

Se lo había creído y, durante un tiempo, había vivido sólo para llevar a cabo ese proyecto.

Pero un día, mientras revisaba por enésima vez los detalles de su plan, se había dado cuenta de algo: no era más que el delirio de un hombre solitario, acosado por el dolor, que había intentado sobreponerse a su desesperación aferrándose a un sueño inconsistente.

Había estado a punto de quitarse la vida.

No le habría resultado difícil, pero la idea de abandonar definitivamente a su familia le había impedido dar el paso. Así, había seguido investigando y recogiendo material que le permitiese entender mejor por qué había sucedido todo aquello: el internamiento de su padre, fallecido más tarde en un hospital psiquiátrico, y el intento de hacerlo desaparecer también a él. Noah Ratcliffe, el hombre que lo había ayudado a fingir su muerte y a huir después, le había prestado su ayuda.

Con el tiempo, Russell había conseguido entender muchas cosas, pero aún le faltaban diversas piezas para poder completar el rompecabezas.

Y así había seguido sobreviviendo: procurándose trabajos que le permitieran mantener el menor contacto posible con los demás. En los últimos tiempos, antes de trasladarse a Escocia, había trabajado como vigilante nocturno en Londres.

Había ido a Londres para consultar en los archivos del Museo Británico un documento titulado *Testimonio del oficial James Barrett / La campaña de Neuschwabenland*. Aunque buena parte del dossier seguiría considerándose confidencial hasta el año 2040, lo que Russell pudo leer le confirmó una serie de informaciones que había obtenido de otras fuentes.

Mientras estaba en Londres, había leído que en Cawdor buscaban un guardabosques, por lo que había emprendido el viaje de inmediato.

En Escocia, sin embargo, había encontrado algo que ni siquiera se había atrevido a desear. Pero de lo que debía protegerse a sí mismo y a Kate.

Ella tuvo la fuerza de aceptarlo y de quedarse a su lado para compartir los silencios y aprovechar los raros momentos en los que Russell se permitía resurgir. No le pedía más. Y aquella también era una manera de estar juntos.

Lo más difícil de aceptar, para Kate, no era aquella condición –«el fondo de su paraíso», la llamaba medio en broma–, sino la certeza de que algún día se acabaría todo.

Y ese día había llegado.

–Tengo que volver, Kate. Mi hijo me necesita.

Kate lo besó por última vez. Sabía que no volvería a verlo jamás.

Mientras se alejaba en autobús de Cawdor, Russell aferraba con ambas manos una vieja pelota de béisbol. Tenía las costuras medio rotas y un nombre, apenas legible, escrito con rotulador negro.

El nombre de su hijo.

Michael.

33

Virginia, primavera de 1982

Antes de ser un fugitivo, Russell Lee se llamaba John Price. Era un analista de la CIA que llevaba la vida tranquila y monótona que él mismo se había esmerado en construir: despacho en Langley con foto de familia sobre la mesa y taza de café con el logo de los Seattle Seahawks; casa unifamiliar de dos plantas en Alexandria, con vistas al río Potomac y jardín con barbacoa en la parte de atrás.

Única nota discordante: un Chevrolet Camaro del 68.

John era un amante de la velocidad y de los coches deportivos. En su época universitaria, había participado en alguna que otra carrera clandestina en las calles. En el momento de entrar en la CIA, se lo habían preguntado todo sobre aquellas carreras.

John estaba felizmente casado con Natalie, profesora de literatura inglesa en el instituto T.C. Williams. Tenían un hijo de siete años al que adoraban: Michael. Natalie tenía treinta y cinco años y aún llevaba la melena rubia hasta media espalda, como en su época universitaria. John los quería con locura a los dos. A sus treinta y siete años, alto y con un cuerpo atlético, John era un marido atento y un padre cariñoso.

Él y Natalie se habían conocido en la universidad del este de Oregón. John estudiaba Historia, siguiendo la pasión por Theodore Roosevelt que le había inculcado su padre, y aspiraba a ser profesor universitario algún día. Natalie cursaba estudios de literatura inglesa y soñaba con trabajar como periodista, pero se conformó con la enseñanza superior para seguir a su marido, quien había

abandonado la carrera académica y la costa oeste para trasladarse a Virginia y trabajar en la CIA.

Si alguien le hubiese dicho, mientras aún estudiaba en la universidad, que un día abandonaría su carrera académica por la CIA, lo hubiera tratado de loco. ¿Qué había sucedido? Nada. Incluso para él había sido pura casualidad. Mejor dicho, la casualidad le había hecho descubrir lo que de verdad quería en la vida.

Estaba cursando el primer año de doctorado cuando, una mañana, su compañero de habitación, Colton West, había irrumpido en la biblioteca agitando una página de periódico en la que se decía que la CIA estaba reclutando agentes. John no le había dado mucha importancia al tema, pero para Colton se había convertido en una auténtica obsesión. Durante dos semanas, John había ayudado a su amigo con las pruebas y los ejercicios de selección. Y entonces, justo tres días antes de tener que salir hacia Washington, Colton había ingresado en un hospital aquejado de apendicitis. Cuando John, después de haber pasado la noche en el hospital con su amigo, había encontrado los billetes para Washington en la habitación, se había parado un momento a pensar, luego los había cogido y se había marchado a Langley. Algo se había despertado en su interior, relacionado tal vez con la sensación de vacío que le transmitía el estudio de la historia. Adoraba sumergirse en el pasado pero, al mismo tiempo, esa pasión suya le producía una extraña melancolía, ligada al hecho de sentirse excluido de la historia que se desarrollaba a su alrededor. Así pues, se había presentado a las pruebas de selección y, para sorpresa suya, las había pasado. Lo había hablado con Natalie, que lo había apoyado. Había dejado los estudios universitarios para seguir la formación. Y allí era donde había descubierto que se trataba del trabajo ideal para él, gracias a uno de los instructores que lo habían supervisado y que, con el tiempo, había llegado a convertirse en su mejor amigo: Noah Ratcliffe.

Después de entrar en la CIA como analista, John le había propuesto matrimonio a Natalie: ella había aceptado y lo había

seguido hasta la otra punta de Estados Unidos. Antes, sin embargo, John había tenido que tranquilizarla respecto al tipo de trabajo que iba a desempeñar. En el imaginario cinematográfico, trabajar para la CIA significaba acción, intrigas, espías y misiones encubiertas en cualquier parte del mundo. Y en parte era así, pero no para los analistas. El análisis de inteligencia no tiene nada que ver con la acción sobre el terreno ni con los agentes secretos, por mucho que sea igual de importante. Es un trabajo de mesa, que consiste en organizar y valorar la información bruta. Se trata de leer y crear mosaicos de datos.

–Es casi como los pasatiempos –le contaba John al pequeño Michael–. Como unir los puntos para crear un dibujo.

Y, en eso, John era un auténtico maestro.

John y Natalie habían decidido, de común acuerdo, no vivir en Langley, cerca del cuartel general de la CIA, a pesar de que el instituto de Langley le había ofrecido a Natalie un puesto y un buen sueldo.

Para John, hubiera sido mucho más fácil, pues el trayecto en coche desde Alexandria hasta Langley duraba casi una hora por culpa del tráfico. Pero el mayor riesgo para cualquier empleado de la CIA era que el trabajo le absorbiese por completo la vida. Aunque John no era un agente operativo, sus superiores podían tenerlo atado a la silla leyendo cartas y escribiendo informes sin preocuparse mucho de horarios, días de fiesta y vacaciones. John y Natalie querían proteger a toda costa sus vidas y la de Michael del abrazo de la CIA, y la mejor forma de conseguirlo era poner tierra de por medio entre ellos y Langley.

Además, John era muy trabajador, pero sabía decir que no. Y eso, precisamente, le hubiera impedido llegar a lo más alto de la agencia. John, sin embargo, había decidido que no era una prioridad en su vida. No porque fuese un hombre sin grandes aspiraciones, o

una persona débil, sino porque había tomado decisiones muy concretas.

Noah, que había depositado muchas esperanzas en él ya desde la formación, se sintió decepcionado al principio.

Una tarde, mientras tomaban una cerveza en el jardín de John tras haber organizado una barbacoa, Noah sacó el tema.

–Eras el mejor de tu promoción, John. Podrías llegar muy alto. ¿Por qué, en cambio, haces todo lo que puedes para pasar inadvertido?

John sonrió y, con el cuello de la botella, señaló a su alrededor.

–Para proteger todo esto. Mira, Noah, perdí a mi padre de la noche a la mañana cuando sólo tenía seis años. Si hubiera muerto, todo hubiese resultado mucho más sencillo: pero mi padre se volvió loco, así que lo internaron en el hospital psiquiátrico de Salem y le practicaron una lobotomía.

John bebió un trago de cerveza. Nunca había contado la historia al completo, ni siquiera a Natalie. Con la esperanza de poder olvidarla algún día. Pero no había sido así.

–Todos los domingos, mi madre y yo íbamos a visitar a aquel hombre con sonrisa de idiota que a duras penas nos reconocía y que se lo hacía todo encima cuando lo llevábamos a pasear por el parque. En casa, mi madre no hablaba casi nunca. Cuando no bebía, se quedaba en la cama. Cenábamos a menudo en su habitación, a oscuras, delante de una tele que permanecía encendida casi todo el día. No pasó mucho tiempo antes de que yo tuviera que ocuparme de todo en casa. Luego mi madre se puso enferma, cuando yo ya estaba en la universidad, y murió al cabo de pocos meses. Para mí fue un alivio. Por desgracia, mi padre vivió hasta hace apenas un año.

Bebió el último trago de cerveza, con la mirada perdida en los recuerdos. Después observó a Noah:

–Una casa, una familia feliz, la barbacoa de los viernes por la noche y las excursiones de los domingos… Ésa es la felicidad a la que no estoy dispuesto a renunciar por nada del mundo.

Noah levantó su botella, para brindar.

–Por tu felicidad, amigo mío.

La vida de la familia Price parecía destinada a fluir con la misma tranquilidad que las aguas del Potomac.

Hasta que un día, un colega y amigo de John, Declan Green, le pidió a éste que se vieran a solas en Piscataway Park.

Era un domingo por la mañana, en diciembre de 1982.

34

Virginia, diciembre de 1982

–¿Qué haces, John? –le preguntó Natalie, con voz aún adormilada.

John se estaba atando los zapatos, sentado al borde de la cama.

–Perdona, cariño, ha surgido una urgencia en el trabajo y no quería despertarte.

Natalie, que hasta entonces había mantenido los ojos cerrados para no perder el sueño, se sentó en la cama, encendió la lámpara de la mesilla de noche y se restregó la cara. Echó un vistazo al despertador. Sólo eran las siete de la mañana. En la calle aún era de noche.

–¿Y cuándo pensabas decírmelo? –preguntó, en un tono claramente irritado.

–Lo acabo de saber. Me han llamado mientras dormías.

Era raro que a John lo llamaran a casa para que fuera al despacho cuando surgía alguna urgencia. La última vez había sido dos años atrás, cuando los planes de Carter para liberar a los rehenes en Irán habían fracasado estrepitosamente. John no había podido regresar a casa en varios días.

–¿Ha pasado algo grave?

–No, tranquila. No creo que Andropov, recién elegido, tenga intenciones de desencadenar un conflicto nuclear antes de Navidad –le sonrió John.

No quería que su mujer se preocupara, pero tampoco podía decirle nada.

–¿A qué viene tanta urgencia, entonces? Es domingo y le habías prometido a Michael que lo llevarías a ver *E.T.* Se va a enfadar.

–Se va a enfadar si no lo llevo a ver *Conan el Bárbaro*.

–¿Y eso qué es?

–La película que Michael quiere ver porque la ha visto el hijo de Loren.

–¿Y de qué va?

–De un antiguo guerrero que lucha para vengar la muerte de sus padres.

–Qué bruta es Loren. No me parece una película adecuada para un niño de siete años. Mejor *E.T.*

–Vale, pues lo llevaré a ver *E.T.*, no te preocupes, a la hora de comer ya estaré de vuelta.

Natalie parecía haberse relajado.

–¿Hay algo que pueda hacer yo para convencerte de que te quedes? –dijo sonriendo, mientras dejaba resbalar uno de los tirantes de su camisón.

–Oh, desde luego que sí, pero no debes hacerlo a menos que quieras que pierda el trabajo –dijo John.

Se acercó a ella y le dio un largo beso. Luego cogió su abrigo, las llaves de casa y salió.

La temperatura había bajado aún más. Se anunciaba nieve aquella tarde. Alexandria se estaba preparando para celebrar la Navidad.

Los padres de Natalie iban a venir a pasar las fiestas con ellos y a John no le desagradaba la idea. Natalie estaba muy unida a su padre y a Michael le alegraría mucho pasar algún tiempo con sus abuelos.

John se sentía feliz.

Pensó que, al volver, se pararía en los grandes almacenes para comprarle a Michael el nuevo modelo de ordenador personal que tanto se anunciaba, el Commodore 64. Sería un buen regalo de Navidad.

Diez minutos más tarde, estaba atravesando el puente Woodrow Wilson Memorial, en dirección Maine. Aquel domingo por la mañana no había mucho tráfico.

John tuvo buen cuidado de no superar el límite de velocidad. Dejó el puente atrás y enfiló la carretera Indian Head que, en menos de media hora, lo llevó hasta Piscataway Park, un gran parque situado a orillas del Potomac, a treinta y dos kilómetros al sur de Washington D.C.

El parque era demasiado grande como para llegar a pie hasta el lugar en que lo había citado Declan, de modo que John tomó una calle de tierra que conducía hacia el río. Dejó el coche en una plazoleta y prosiguió a pie, atento a no ensuciarse de barro los pantalones. En verano habían ido un día a ese parque, con la familia de Declan, y habían comido al aire libre. Declan tenía dos hijos gemelos, de la misma edad que Michael: Steven y Laura. La mujer de Declan, Elisabeth, se llevaba muy bien con Natalie, por lo que a menudo salían juntas con los niños.

Era la primera vez que John utilizaba la excusa del trabajo para mentir a Natalie. O, mejor dicho, era la primera vez que le mentía a Natalie en algo tan importante. Y no podía evitar sentirse culpable. Pero Declan había sido tajante: no podía decir ni una sola palabra a nadie, ni siquiera a su esposa.

Había ocurrido algo grave.

Declan le había dicho unos días antes, en la fiesta escolar de los niños, que había encontrado un documento sobre el cual tenían que hablar urgentemente. Pero estaba nervioso y no había querido contarle nada más.

Declan era bibliotecario en la CIA. Su trabajo consistía en leer documentos, cablegramas, libros, publicaciones, mapas, periódicos y cartas, que después debía catalogar.

Desde hacía algunos meses, sin embargo, se ocupaba de clasificar material antiguo de la OSS, la Oficina de Servicios Estratégicos. Creada en 1942, la OSS era el servicio de inteligencia que había operado durante la Segunda Guerra Mundial, antes del

nacimiento de la CIA. John suponía que Declan había descubierto algún documento candente, pues podía haber de todo entre aquellas cartas. La OSS, bajo el mando de William *Wild Bill* Donovan, no estaba tan organizada como la CIA, por lo que no todo el material recogido durante aquellos años se encontraba catalogado y clasificado. John, sin embargo, no acababa de comprender a qué venía aquel encuentro. Por muy asombrosa que fuera la noticia, ¿para qué revelársela precisamente a él? ¿Por qué no hablarlo directamente con la agencia?

Se fiaba de Declan y, en el fondo, había aceptado aquel encuentro simplemente para hablar de algo que inquietaba a su amigo. Pero en el caso de que las cosas tomaran un derrotero incómodo, se lo diría claramente a Declan. No quería arriesgar su trabajo o, peor aún, verse involucrado en un proceso.

Había empezado a llover.

El parque estaba desierto. John abrió el paraguas, se alzó el cuello del abrigo para protegerse del viento y echó a andar en dirección al embarcadero pintado de rojo, hacia el templete de madera donde alguien lo esperaba sentado.

Las aguas del Potomac, oscuras, parecían inmóviles.

Declan lo vio, pero no se puso en pie.

Cuando John llegó, su amigo le indicó por señas, sin saludarlo siquiera, que se sentara. John observó a Declan sin pronunciar palabra.

–Se trata de un documento de la OSS que he robado de la agencia. Si esto se llega a saber, acabaremos los dos metidos en un buen lío. Pero soy tu amigo y es justo que lo sepas.

John lo interrumpió.

–No quiero tener conocimiento de cosas que puedan traernos problemas a mí o a mi familia. No sé por qué me has involucrado en esta historia, pero no quiero tener nada que ver. Que pases un buen domingo.

John se dispuso a ponerse en pie, pero Declan le apoyó una mano en el brazo.

–Espera, John, esta historia tiene que ver contigo.

–¿Y qué relación puedo tener yo con los documentos de la OSS?

Declan dejó escapar un suspiro.

–Tiene que ver con tu padre, John.

John pareció aturdido tras escuchar aquellas palabras, pero no cogió el sobre que Declan le estaba entregando.

–Yo no tengo padre desde los seis años. Es un capítulo cerrado de mi vida y no tengo intención alguna de reabrirlo.

John se puso en pie con gesto decidido y se alejó por el embarcadero. La lluvia había arreciado y una cortina gris cubría el parque.

Declan siguió con la mirada a su amigo y luego se puso en pie.

–Tu padre no estaba loco. Te lo arrebataron ellos –dijo.

Su voz quedó amortiguada entre el ruido de la lluvia.

John se detuvo en mitad del embarcadero. Declan lo alcanzó. Sacó un sobre que llevaba bajo el abrigo, se lo entregó a John y luego se alejó sin añadir nada más.

John permaneció inmóvil, con el corazón desbocado como si acabara de terminar de correr.

Durante el camino de regreso, John se paró en los grandes almacenes para comprarle el Commodore 64 a Michael. La dependienta a la que había pedido información le dijo que aquel ordenador personal servía tanto para jugar como para estudiar. John le preguntó si su hijo, que tenía siete años, no sería demasiado pequeño para usarlo.

–Es importante que las nuevas generaciones aprendan a usar ya desde muy jóvenes el ordenador. Dentro de poco, nadie podrá pasar sin ordenador, ni en casa ni en el trabajo –le respondió la dependienta.

John no consiguió entender si aquella mujer se creía de verdad lo que acababa de decir o si, sencillamente, estaba recitando fórmulas memorizadas para vender ordenadores personales. En realidad,

aquellas palabras parecían una exageración, pero John quería lo mejor para Michael. Y un ordenador personal podía ser un instrumento útil para ejercitar aquella mente joven que se había revelado atenta y curiosa.

Pagó 595 dólares y se llevó el Commodore 64, que pensaba poner bajo el árbol de Navidad.

Llegó a casa a la hora de comer, tal y como había prometido. Había limpiado escrupulosamente todo rastro de barro de los zapatos, para no levantar sospechas. Por la tarde, llevó a Michael al cine. En el último momento, cedió a la insistencia del niño y fueron a ver *Conan el Bárbaro* en lugar de *E.T.* La película les gustó a los dos, aunque John le hizo prometer a Michael que aquél era un secreto entre hombres y que a mamá le dirían que habían ido a ver *E.T.*

Sellaron la promesa ante un batido y luego volvieron a casa.

John aún no había abierto el sobre con el documento de la OSS que le había dado Declan.

Aquella tarde, se esforzó infatigablemente por defender la normalidad de su vida y expulsar el espectro de un pasado que volvía para acosarlo.

Pero todo fue inútil. El pasado había vencido y John ya no era el mismo.

La que antes había sido una vida tranquila, ahora se parecía más bien a una representación que, de vez en cuando, John observaba desde fuera, mientras su mente se afanaba en ocuparse del pasado.

Esperó a que Natalie se quedara dormida y, luego, se fue a su estudio y abrió el sobre.

Dentro encontró dos antiguos documentos en los que figuraban las siglas OSS.

Se trataba de comunicados internos reservados, cuyo objeto era Robert Price, el padre de John. A Robert Price lo habían internado en el hospital estatal de Oregón, en Salem, a causa de un trastorno psiquiátrico, cuando John tenía tan sólo seis años. Poco después del ingreso, le habían practicado una lobotomía.

Robert Price era profesor de griego en la Universidad de Oxford. Era un estudioso poco amante de las frivolidades, siempre metido en sus libros e investigaciones. Había publicado varios estudios académicos dedicados sobre todo al análisis literario de los diálogos platónicos. Cuando estaba trabajando en algún libro, se retiraba a la casa que se había construido en el bosque, al norte de Portland. Era un gran amante de la naturaleza y de la caza y su ideal de hombre era Theodore Roosevelt, a quien le había copiado el bigote.

Había sido un buen padre, aunque hubiera estado poco presente. En los últimos meses antes de que lo ingresaran, mientras trabajaba en un nuevo libro, había empezado a presentar síntomas de desequilibrio psíquico. El ingreso en el hospital psiquiátrico de Salem y la lobotomía habían sido un trauma terrible para John y para su madre, quien pocos años después había muerto a causa de un tumor.

Nadie había sabido explicar jamás las causas de aquella repentina enfermedad mental que había destruido la vida de la familia Price.

Pero ahora ya estaba todo claro.

No se había tratado de una enfermedad, sino de un plan orquestado por la OSS para silenciar a un colaborador incómodo.

A Robert Price le habían suministrado fármacos que le habían provocado los síntomas de un grave desorden psíquico. Lo habían internado y luego lobotomizado sencillamente porque se proponía escribir un libro sobre ciertos fragmentos de un papiro platónico recuperado en el búnker de Hitler, que Price había traducido para la OSS. En los documentos de la OSS se aludía a dicho trabajo como «el libro de la tierra hueca».

35

John partió al día siguiente en el primer vuelo con destino Portland. No llevaba equipaje. En el aeropuerto vio a varias familias que se iban de vacaciones.

Estaba a punto de iniciar un viaje en el tiempo.

El pasado que había intentado exorcizar construyéndose una vida normal, había regresado para acosarlo. Ni la casa, ni la familia ni la barbacoa de los viernes habían conseguido frenarlo. John sabía que sólo podría cerrar definitivamente aquella triste página de su vida cuando descubriera la verdad. Tenía que averiguar qué le había ocurrido a su padre, quién se ocultaba tras aquella historia.

¿Quería justicia? No estaba muy seguro de que fuera ése el sentimiento que lo impulsaba.

Era analista de la CIA: quería entender.

Sin embargo, también lo torturaba un poderoso sentimiento de culpa: no negaba que la verdad podía acabar destruyendo también la vida que tanto amaba. Pero era lo que debía hacer, no tenía otra elección.

John sabía actuar con frialdad y determinación. Formaba parte de su carácter: en los momentos de máxima dificultad, mostraba una calma y una frialdad totales. Y, en caso de necesidad, también podía ser despiadado.

Su imagen de hombre cariñoso y atento no era una máscara, tan sólo un aspecto más de su personalidad.

En las circunstancias difíciles, las que llevan al límite a las personas normales, John sabía adaptarse y responder de modo eficaz. Como un diferencial que salta al detectar un riesgo de sobrecarga.

John se distanciaba emocionalmente de la realidad y la observaba con una mirada fría y analítica.

Y, en aquel momento, había saltado el diferencial.

No le había contado nada a Natalie. Se había limitado a decirle que tenía que ausentarse unos días. Ante las protestas de su esposa, John le había contestado que se trataba de una cuestión de trabajo.

Y que volvería antes de Navidad.

Rememoró con mucha atención los últimos años que había pasado con su padre. No recordaba nada extraño, ningún cambio en el carácter o en la personalidad, ni tampoco visitas extrañas en casa. La enfermedad se había desencadenado de forma repentina, pocos meses antes de que lo ingresaran. Elisabeth, su madre, no había mencionado jamás los papiros platónicos ni la colaboración de Robert con la OSS. Era probable que no supiera nada.

Sin embargo, John conservaba una escena grabada en la memoria: la imagen de su madre que, llorando, le contaba a un médico del hospital que en el último periodo, antes de la enfermedad, Robert había estado trabajando mucho. Se reprochaba no habérselo impedido y no haber estado lo bastante cerca de él.

John había heredado toda la biblioteca de su padre, además de sus papeles. Después de haber leído los documentos que le había pasado Declan, había pasado una noche entera hojeando con atención los libros de Robert y revisando libretas y cuadernos, en busca de cualquier indicio. Sin embargo, no había encontrado nada que pudiese estar relacionado con la historia de los papiros. Pero había algo sospechoso: Robert tenía la costumbre de fechar sus apuntes y proyectos de trabajo, pero según los papeles de que disponía John, no constaba que hubiese escrito ni una sola línea en el año anterior a su ingreso en el hospital psiquiátrico. Cosa difícil de creer tratándose de un hombre como Robert, cuyo lema era *nulla*

dies sine linea, ni un sólo día sin escribir. Por otro lado, y según decía Elisabeth, Robert había trabajado muchísimo aquel año.

De algo, sin embargo, no cabía duda: tras el ingreso, la OSS había conseguido recuperar el material de su padre relacionado con los papiros platónicos.

Pero John estaba convencido de que algo tenía que haber quedado. Un experto en inteligencia lo sabe: es imposible borrar por completo todo rastro. Sólo hay que buscar en el lugar adecuado. Del mismo modo que habían salido a la luz los comunicados internos de la OSS, también podían aparecer indicios del trabajo de Robert sobre los papiros platónicos.

El hospital psiquiátrico se podía excluir, pues seguramente la OSS lo había mantenido bajo una estrecha vigilancia. Era muy poco probable que Robert hubiese llevado algo consigo en el momento del ingreso. La casa de sus padres, donde había transcurrido la infancia de John y los primeros años de la universidad, se había vendido muchos años atrás. El propio John se había ocupado de vaciarla, tras la muerte de su madre, de modo que allí ya no podía quedar nada. Si existía alguna posibilidad de encontrar indicios de aquella historia, el único sitio donde éstos podían hallarse era la casa que su padre había construido en los bosques de Oregón.

Se encontraba aproximadamente a una hora y media en coche desde Portland. Tras haber dejado atrás la pequeña localidad de Timber, era necesario abandonar la carretera estatal y tomar un camino de tierra que se adentraba en los bosques de Tillamook durante unos dos kilómetros. El último tramo, en el corazón del bosque, sólo podía recorrerse a pie.

Allí era donde Robert se retiraba a trabajar.

John conservaba vagos recuerdos de la infancia en los que su padre se retiraba, durante varios meses, a la casa del bosque. Su madre siempre se había negado a poner los pies en aquella «alquería

ruinosa». John, en cambio, había pasado varias semanas allí con su padre en la primavera de 1946, aprendiendo a cazar.

Tenía seis años.

Algunos recuerdos seguían vivos en su memoria, mientras que el resto se perdía en una neblina indefinida compuesta de olores: tierra removida, musgo y leña quemada.

Recordaba muy bien el día en que su padre había matado un ciervo.

John había sido el primero en echar a correr, alegremente, hacia el animal derribado. Cuando se había acercado, el ciervo había lanzado un último estertor y había escupido sangre oscura por la boca. John se había puesto a vomitar y su padre se había acercado sin decir nada.

Luego, después de que John terminara de vomitar el desayuno, le había dicho:

–La muerte no es ningún juego. La muerte es algo terrible, pero no por eso hay que evitarla. Todo hombre de verdad ha de ser capaz de afrontarla –había sentenciado.

Muy probablemente, se tratara de alguna cita de su amado Theodore Roosevelt, pero había funcionado. John había ayudado a su padre a destripar al animal y, terminada esa tarea, Robert se había cargado al hombro la canal y habían regresado a la cabaña en silencio, con el olor de la sangre metido en las fosas nasales.

Aquella noche, sentados delante del fuego después de haber comido asado de ciervo, su padre le había leído algunas notas para un libro que estaba escribiendo sobre la muerte heroica en la antigua Grecia. Era la primera vez que pasaba algo así.

Fue entonces cuando John descubrió el escondrijo que Robert había buscado para sus manuscritos. Temía que, mientras salía de caza o bajaba al pueblo en busca de provisiones, alguien pudiese robarle el fruto de su trabajo. Así, había excavado un hueco en el muro, detrás de la cabeza disecada de ciervo que presidía la sala de la chimenea. Antes de salir de casa, depositaba allí, en una caja de madera, lo que había escrito. Y lo mismo hacía por la noche.

Si había sobrevivido algo del trabajo de su padre, sólo podía estar allí.

Llegó a Portland a última hora de la mañana y telefoneó a Natalie para decirle que todo iba bien. Luego alquiló un coche y se dirigió al centro, donde hizo algunas compras: saco de dormir, mochila, quinqué de gas, botas de montaña y provisiones. Sabía que no le daría tiempo de llegar antes de que oscureciese. Tenía que quedarse a dormir en la vieja cabaña, con la esperanza de que la nieve no hubiese hundido el tejado con el paso de los años. Así pues, tomó la carretera Sunset y se dirigió hacia el bosque de abetos de Tillamook.

Dejó atrás Rock Creek, North Plains y Maning. Se cruzó con muy pocos coches, todos los cuales se dirigían hacia Portland. Después de haber dejado atrás también la localidad de Buxton, el panorama cambió: la carretera, antes flanqueada por árboles que se alternaban con casas, centros habitados y áridas llanuras, parecía ahora literalmente excavada en un muro de árboles dispuestos a engullirla. Eran abetos de Douglas, más conocidos como pinos de Oregón, majestuosos árboles que llegaban a alcanzar los ochenta metros de altura. La abundante nieve caída en los días anteriores y el cielo gris le daban al paisaje un aire inquietante.

John siguió hasta el cruce con Timber Road, que se adentraba en el bosque de Tillamook. Un fino manto de nieve cubría la carretera, pero se podía transitar. John se fijó en que en el margen izquierdo de la carretera se alzaban aún viejos postes eléctricos de madera. Al llegar a la pequeña localidad de Timber, de aspecto desierto, tomó Cochran Road. Tras adentrarse aún más en el bosque, llegó a Rice Road, donde no le quedó más remedio que dejar el coche: la nieve cubría por completo el estrecho sendero, de tierra según recordaba John, que conducía hasta el pie de la loma en que Robert había construido su refugio.

No le fue fácil llegar a su destino. Tuvo que caminar durante casi dos horas y media sobre la nieve que, en algunos tramos, le llegaba

hasta las rodillas. Siguió el curso del torrente Nehalem hasta un pequeño lago con su cascada. Allí giró a la izquierda, subió zigzagueando una escarpada pendiente y, finalmente, llegó a la casa.

Se encontraba en un pequeño claro, rodeada de abetos. Desde la linde del claro, se divisaba un espléndido panorama del bosque y del valle nevado.

John se detuvo a recuperar el aliento. Estaba casi atardeciendo.

Cogió un puñado de nieve y se lo llevó a la boca.

Un águila sobrevolaba el valle, a la espera de que alguna liebre se moviese sobre el manto blanco.

La casa estaba construida por completo con madera de pícea, a excepción de la chimenea, que era de piedra. Constaba de una única estancia con chimenea, más un pequeño baño.

John sintió alivio nada más ver la cabaña: el tejado, por suerte, había resistido. El minúsculo porche estaba cubierto de nieve y la madera pedía a gritos una buena capa de barniz, pero por lo demás la casa se hallaba en condiciones aceptables.

En el interior se había acumulado una espesa capa de polvo. Y una o más de una colonia de arañas habían convertido la casa en su morada. Tal vez por eso, pero también por la distancia que John había establecido entre él y su propia infancia, el regreso a aquella casa en la que había vivido con su padre no le suscitó emoción alguna.

Dejó la mochila cerca de la chimenea. El ruido debió de asustar a algún ratoncillo, que huyó humero arriba. Olía a humedad y excrementos de roedor. John abrió la ventana y dejó entrar el aire gélido. Luego se dirigió hacia la cabeza de ciervo, comida por la carcoma, que colgaba de la pared situada frente a la chimenea.

Cogió una silla y se subió. Mientras intentaba arrancar de la pared la cabeza de ciervo, cubierta de polvo, una de las patas de la silla cedió. John se agarró a los cuernos y, de repente, se encontró

tendido en el suelo, bajo la atenta mirada de los ojos falsos del animal. Se quitó de encima la cabeza del ciervo y se puso en pie, con el cuerpo dolorido. Fue entonces cuando descubrió, en el suelo, una caja de madera, que había caído con la cabeza disecada.

No le cupo duda: aquélla era la caja en la que su padre depositaba sus escritos.

La abrió. Contenía un cuaderno de tapa negra, atado con una cinta de cuero. La mayor parte de las páginas estaba arrancadas. Las pocas que quedaban, unas diez, contenían una serie de notas y citas para un libro que Robert tenía pensado escribir. Las referencias a los papiros platónicos eran más bien escasas. Buena parte de las notas consistía, en realidad, en citas y referencias bibliográficas. El resto, cuatro páginas, consistía en un esbozo de reconstrucción histórica de las diversas teorías sobre la tierra hueca.

En la primera página podía leerse un título, señalado como provisional entre paréntesis: *Platón y la doctrina de la tierra hueca*. Y debajo, escrita con una caligrafía diminuta y casi ilegible, figuraba una cita:

> Existe un mundo oculto, el mundo del cual el nuestro sólo es la apariencia, ésa es la intuición griega: allá moran los dioses.

36

En el exterior ya había oscurecido.

Y, a pesar de que John llevaba puesta la chaqueta, tenía frío. Cerró las ventanas. Por lo menos, el aire de la casa ya era respirable. Encendió el quinqué de gas y preparó un fuego, utilizando para ello algunos muebles viejos y carcomidos. Por suerte, la chimenea no estaba obturada. Al principio expulsó un poco de humo, pero luego empezó a tirar bien. Un agradable olor a madera de pino llenó la casa.

Sólo en ese momento se dio cuenta de que en el suelo, junto a la chimenea, había un marco de fotos. Lo cogió. El cristal estaba resquebrajado, pero aun así John reconoció de inmediato aquella antigua fotografía en blanco y negro: se la había hecho su padre en su primer día de caza. John, que aferraba con ambas manos un fusil demasiado grande para él, tenía una mirada feroz. Por un momento, pensó en sacar la foto del marco, pero luego cambió de idea. Le quitó el polvo al cristal y dejó la foto sobre una repisa.

Se preparó una taza de té caliente y procedió a descifrar la caligrafía de su padre.

Estaba sentado junto al fuego, en el viejo sillón en el que Robert había escrito probablemente aquellas palabras:

> Las doctrinas secretas de Platón, que transmiten la sabiduría de los Grandes Antiguos, se presentan como una cosmogonía que formula, por primera vez, la doctrina de la tierra hueca. Según dicha doctrina, en el interior de la tierra existe otro mundo en el cual habitan los Grandes Antiguos y el Rey del mundo. Si bien los actuales conocimientos científicos sobre la profundidad de la

tierra son muy limitados, son muchos los estudiosos que, hoy en día, consideran inverosímil la teoría de la tierra hueca. En el transcurso de la historia, sin embargo, muchos científicos han apoyado, de distintas formas, esa teoría.

Una de las primeras formulaciones modernas de la teoría de la tierra hueca es la que presentó en 1692 Edmund Halley, descubridor del cometa del mismo nombre. Según Halley, la tierra estaría formada por cuatro esferas concéntricas, cada una en el centro de la anterior. Según parece, Halley desarrolló dicha hipótesis para explicar las variaciones en el campo magnético terrestre, las cuales no conseguía justificar la física newtoniana. Halley expuso la teoría de la tierra hueca en la Royal Society de Londres y sostuvo que en el interior de la tierra habitaban seres vivos. Cotton Mather, famoso pastor protestante de Boston y una de las autoridades religiosas más influyentes de los Estados Unidos del siglo XVII, se declaró partidario de la teoría de Halley.

Durante el siglo siguiente, el matemático suizo Leonhard Euler retomó la teoría de Halley, pero descartó la idea de las múltiples esferas. En su opinión, la tierra era una esfera hueca que contenía un sol, el cual proporcionaba luz y calor a una civilización avanzadísima, que él denominaba «el inframundo», establecida en la superficie cóncava. Esta nueva formulación se acerca más a la que exponen los papiros platónicos, aunque no se corresponde del todo. De hecho, Platón habla en los papiros del «cosmos de los dos soles».

John apartó la mirada del cuaderno. Estaba perplejo.

Jamás había oído hablar de esas teorías. Creía que no eran más que fantasías novelescas o mitos antiguos, pero ahora descubría que eran eminentes científicos quienes las habían formulado.

Lo que no alcanzaba a entender era por qué su padre y la OSS habían dedicado tanta atención al tema.

Avivó el fuego de la chimenea y retomó la lectura.

Tenemos que esperar hasta principios del siglo XIX para hallar una confirmación de la teoría platónica. El matemático escocés John Leslie revisó la teoría de la tierra hueca y añadió que la tierra estaba formada por una corteza exterior de cientos de kilómetros

de espesor, en cuyo interior se hallaba un espacio vacío en el que giraban dos soles: Plutón, del dios griego del inframundo, y Proserpina, su compañera.

Fue, sin embargo, un compatriota nuestro, el capitán John Cleves Symmes, de Nueva Jersey, quien recuperó y difundió la teoría durante el siglo XIX. El joven Symmes descubrió la teoría de la tierra hueca en el volumen *El filósofo cristiano*, de Cotton Mather, que su familia tenía en casa. A los treinta años, ya había presentado una reformulación propia, según la cual en los polos existían aberturas que conducían al interior de la tierra. Symmes desarrolló esa idea mientras estudiaba la obra del astrónomo y matemático francés Laplace, quien había formulado la hipótesis de que el movimiento de rotación de la tierra podría haber creado cavidades en los polos.

El 10 de abril de 1818, Symmes divulgó sus ideas en una carta publicada y enviada a los miembros del Congreso de los Estados Unidos, además de a distintos eruditos europeos: «A todo el mundo: declaro que la tierra es hueca por dentro y habitable; que contiene un determinado número de esferas sólidas y concéntricas, es decir, colocadas cada una dentro de otra, y que presenta en ambos polos aberturas por una extensión de doce o dieciséis grados».

Una ráfaga de viento abrió de golpe la puerta y John, absorto en la lectura, se sobresaltó. Se levantó apresuradamente a cerrarla. En el exterior, los altos abetos oscilaban en la oscuridad que envolvía la cabaña.

Pensó en su familia, que lo esperaba en casa. Y se preguntó si de verdad valía la pena remover aquella vieja historia.

Añadió unos cuantos trozos de madera al fuego y siguió leyendo.

Fueron muchos los que empezaron a pensar que Symmes estaba loco, por mucho que hubiera adjuntado a su carta un certificado de buena salud mental. Consiguió, sin embargo, convencer al senador Richard M. Johnson para que presentara una petición al Congreso de Estados Unidos, el 7 de marzo de 1822, y solicitara fondos para financiar una misión de descubrimiento de la tierra

hueca. No fue fácil convencer al Congreso. Pero, finalmente, el presidente John Quincy Adams dio su visto bueno al proyecto y el Congreso aprobó la expedición, a la que asignó un presupuesto de 300.000 dólares. El dinero, sin embargo, no llegó hasta 1831, dos años después de la muerte de Symmes. En la Academia de Ciencias Naturales de Filadelfia se conserva, aún hoy, una maqueta en madera de su universo.

John volvió a leer el fragmento con más atención, creyendo que había entendido mal la letra de su padre.

Pero no cabía la menor duda: por increíble que pareciese, el Congreso de Estados Unidos y el presidente Adams habían creído, a mediados del siglo XIX, en la teoría de la tierra hueca.

Posteriormente, fue Cyrus Reed, que se hacía llamar «profeta de Koresh», quien revolucionó la teoría: según él, somos nosotros los habitantes de la tierra hueca y lo que creemos el cielo no es más que una masa de gas en el interior de la tierra hueca. A finales de la Primera Guerra Mundial, Peter Bender introdujo la teoría de Cyrus Reed en Alemania y fundó el movimiento de la *Hohltweltlehre*, la teoría de la tierra vacía.

Hasta el día de hoy, se ha contemplado, sobre la base de distintas fuentes, la hipótesis de que la jerarquía nazi se hubiera adherido a dicha teoría.

Tras el descubrimiento de los papiros platónicos en el búnker de Hitler, es necesario revisar dicha hipótesis. Podemos afirmar con seguridad que el proyecto político nazi abrazó en su día la teoría de la tierra hueca expuesta en los papiros platónicos. Y que, en ese sentido, los nazis siguen constituyendo hoy en día una amenaza para el mundo entero.

¿Acababa de leer las insensatas especulaciones de un loco o las deducciones filosóficas de un genio? Y de todo lo que había leído… ¿qué era verdad y qué error, ficción o mito?

John no supo qué pensar.

Si hubiese leído aquellas páginas sin conocer los documentos de la OSS, habría encontrado en ellos la confirmación de que su padre había enloquecido debido al exceso de trabajo.

Pero, en ese momento, todo había cambiado radicalmente.

A la OSS no le habría supuesto problema alguno hacer desaparecer a Robert. Pero si, en lugar de eso, había decidido que lo mejor era ingresarlo en un psiquiátrico y lobotomizarlo, era solo con el objetivo de que su teoría –si en algún momento y por algún motivo llegaba a divulgarse– se descartara por ser únicamente la fantasía descabellada de un loco a quien no podía tomarse en serio. Exactamente como le había ocurrido, en otros tiempos, a Symmes.

Eso no significaba automáticamente que la teoría de la tierra hueca fuese cierta.

John sabía que sin los papiros platónicos y sin el resto del libro que su padre había proyectado escribir, era imposible decir qué significaban exactamente aquellas páginas.

Pero de algo sí estaba seguro: si había algo que pudiera hacer saltar la alarma entre los hombre de la OSS, era la posible relación entre la teoría de Platón y una amenaza aún vigente de los nazis tras el fin de la guerra.

37

Sus investigaciones no habían pasado inadvertidas.

Por muchas precauciones que John hubiera tomado, el viaje aéreo a Portland, sumado a la solicitud para consultar ciertos libros, hizo sonar la campana de alarma entre los Guardianes, que con los años habían creado una vasta red de vigilancia lista para activarse en caso de filtración.

La única forma de conservar un secreto es no intentar impedir de ningún modo que circule. Proteger de verdad un secreto significa controlar su circulación: supervisarla, dirigirla, dejar que se filtren algunas informaciones para esconder otras, dejar que se filtre toda la información a través de una fuente poco creíble, interceptar y –en algunos casos– eliminar al agente en posesión de informaciones críticas antes de se produzca una filtración…

John había cometido dos errores.

Había comprado un billete de avión a Portland y había ido a la biblioteca de Washington para consultar diversos libros dedicados a la teoría de la tierra hueca. Los Guardianes tenían esos libros marcados, lo cual significaba que cualquiera que los consultase en cualquier biblioteca de Estados Unidos quedaba sometido a vigilancia de inmediato. En ese aspecto, los Guardianes se habían adelantado a la Ley Patriota de Bush.

Y a John lo sometieron a vigilancia.

Cometió el tercer error.

Examinó, en la biblioteca de la CIA, el informe número EW-Pa 128 de la inteligencia militar estadounidense, también conocido como Red House Report. Era la relación de un encuentro secreto en el hotel Maison Rouge de Estrasburgo, celebrado el 10 de agosto de

1944, durante el cual un grupo elegido de nazis proyectaron el nacimiento, tras el final de la guerra, de un nuevo Reich.

Ya no cabía ninguna duda: John no sólo había encontrado, en la casa de Portland, ciertas notas de Robert que los Guardianes habían pasado por alto, sino que como buen agente de inteligencia que era, estaba intentando buscar las piezas restantes para completar el rompecabezas. Aún no había descubierto la relación entre los papiros y el proyecto de Cuarto Reich. Pero había estado cerca. Demasiado cerca.

Era necesario eliminarlo.

Había sido Robert Price quien, en 1946, había teorizado acerca de un estrecho vínculo entre los manuscritos platónicos y el surgimiento de un nuevo Reich, que habría sido en realidad la evolución y el perfeccionamiento del Tercero.

La OSS había hecho traducir los papiros porque, al haberse encontrado éstos en el búnker de Hitler, existía la posibilidad de que contuviesen información importante. En concreto, lo que había despertado el interés de la OSS eran los dibujos del mecanismo en el reverso de los papiros. Tal vez la traducción de los mismos arrojara información importante con respecto a aquel misterioso objeto. Pero cuando los hombres de la OSS se toparon con un relato sobre el origen, el fin y el renacimiento del cosmos, temieron haber perdido el tiempo con otro más de los muchos textos esotéricos por los que se habían interesado los nazis, y decidieron conservarlo en la sala de libros raros de la biblioteca del Congreso de Washington, junto a otros libros y papeles de la así llamada biblioteca de Hitler.

Había sido Robert quien había dicho que, en su opinión, se trataba de un documento de enorme relevancia política, que obligaba a Estados Unidos y al mundo entero a mantenerse en guardia, porque era posible que el nazismo no hubiera sido derrotado aún y porque en los manuscritos platónicos se ocultaba la clave para comprender qué estaban planeando los nazis.

Era una hipótesis aventurada, elaborada por un profesor de literatura griega.

Pero, teniendo en cuenta el hecho de que varios dirigentes nazis habían eludido la captura y que probablemente el mismo Hitler se había salvado huyendo de Alemania a bordo de un U-Boot, la OSS había decidido tomar en consideración la teoría de Price.

En la presentación de su traducción de los papiros, ante un grupo reducido de militares del ejército estadounidense, agentes y hombres políticos, Robert había sostenido que los manuscritos platónicos no eran uno más de los muchos textos esotéricos que habían influenciado la cultura del Tercer Reich. Se trataba más bien del texto fundamental, es decir, de la base de la estrategia política del nazismo. Dicho de otro modo, las *ágrapha dógmata* eran la «doctrina oculta del nazismo». Ateniéndose al texto, que cumplía más o menos la misma función que un texto sagrado en una teocracia, el fin del Tercer Reich no debía entenderse como una derrota del nazismo, sino como una fase de transición hacia el advenimiento de un Nuevo Reich que coincidía con el Otro Comienzo –o palingenesia– del cual hablaba Platón en sus textos. El Otro Comienzo indicaba un renacimiento del mundo tras la conflagración total.

–¿Qué debemos hacer, en su opinión? –le había preguntado un general.

Robert había vacilado. Le hubiera gustado responder que no era tarea suya decir qué debía hacer la política, pero finalmente había respondido.

–Deben dejar a un lado su incredulidad, que por otra parte es comprensible. Deben olvidar que el autor de esas páginas es un filósofo griego y su traductor un profesor de literatura. Deben considerar los manuscritos secretos de Platón como el programa político secreto del Tercer Reich. Y actuar en consecuencia. Es decir, revelar al mundo que el nazismo aún no ha sido derrotado, sino que se está preparando para escenificar la última fase de su plan. Deben hacer público que la guerra no ha terminado y que ahora entra en su

fase más difícil, en la cual está en juego el futuro de la humanidad. Y que, tal vez, los nazis están en posesión de un arma capaz de destruir el mundo.

–¿Y esa arma la habrían construido a partir de los dibujos de la parte posterior del texto platónico? –había observado con mal disimulada ironía un agente de la OSS.

–Es posible.

–¿En qué hechos se basa para formular tal hipótesis? –le había preguntado el general.

–En un texto. No hay hechos en esta historia, sólo textos. Los textos de Platón. Lo que les estoy pidiendo es que crean en el hecho de que el Tercer Reich vive en la realidad que esos textos han creado. Pueden considerar todo esto un simple delirio filosófico-literario e irse tranquilamente a dormir pensando que la guerra ha terminado de verdad. O pueden creer en mi hipótesis, pero entonces tendrán que considerar que este texto es un dato crucial y actuar en consecuencia. Y verán que la guerra que en la realidad parece terminada sigue adelante, que los enemigos que parecían derrotados aún están ahí y que el mundo, que parecía salvado, debe hacer frente al peligro de la destrucción total.

38

Lo seguía desde hacía varios kilómetros, desde que había salido del aparcamiento en el aeropuerto de Washington. Entre su coche y el de John circulaba siempre otro vehículo. John no se dio cuenta de nada: era un buen agente, pero la persona que lo estaba siguiendo era el hombre que le había enseñado todo lo que sabía.

Luego, en un tramo donde el tráfico era menos intenso, el hombre se puso a su lado y le indicó por señas que detuviera el coche.

John se sorprendió al ver a Noah.

Entendió enseguida que algo no iba bien.

Se detuvo en una plazoleta desierta, algo más adelante.

Bajó del coche sin ponerse siquiera el abrigo.

Hacía un frío espantoso.

Noah se le acercó, con expresión tensa. Llevaba en la mano una maleta pequeña.

Se miraron a los ojos, sin saludarse.

Noah se mostró parco en palabras y fue directo al grano.

–Te has convertido en un enemigo al que hay que eliminar, en una amenaza para la seguridad nacional. Es una directriz que viene de lo más alto. No tendrán escrúpulos a la hora de eliminar también a tu familia, si es necesario.

El tráfico seguía circulando por la calle. Al pasar un camión con remolque, los embistió el desplazamiento del aire.

John sabía que había llegado el final, pero quería pensar que aún le quedaba una oportunidad.

–¿De qué estás hablando, Noah? ¿Crees que me vas a meter miedo diciéndome que la CIA quiere eliminarme? A lo mejor es que

se te ha olvidado que, a pesar de todo, vivimos en una democracia, y que si mañana cuento a la prensa lo que le pasó a mi padre, será la CIA la que esté hasta el cuello de mierda.

Noah sintió lástima por su amigo. Pensó que estaba desesperado y que sólo trataba de engañarse a sí mismo. Le lanzó un puñetazo y John cayó al suelo. Ni siquiera había visto venir el golpe.

–Veinticuatro horas para desaparecer, John. Luego será demasiado tarde. Y tienes que decidirlo ahora.

John jadeaba y le caía un hilillo de sangre de la nariz.

–Si han decidido eliminarme, que lo hagan. De todas formas, no podré evitarlo.

Noah le tendió una mano a John para ayudarlo a levantarse. Luego le ofreció la maleta que llevaba en la mano izquierda.

–Aquí está tu nueva vida. Si no quieres poner en peligro a tu familia, tienes que abandonar Estados Unidos antes de mañana.

–¿Cómo?

–Tienes una nueva identidad. A partir de hoy eres Russell Lee. He reservado un vuelo a tu nombre para mañana por la tarde, de Nueva York a Sri Lanka. Y dispones de cincuenta mil dólares en una cuenta suiza. Mientras tú estés volando, John Price tendrá un accidente. El cadáver no aparecerá jamás, se lo llevará la corriente del Potomac.

–No se lo creerán.

–No sospechan que puedas estar enterado de los planes. Y si haces lo que te digo, la cosa terminará ahí. Pero no deberás, bajo ningún concepto, ponerte en contacto con Natalie ni con Michael, porque pondrías su vida en peligro. El único modo de protegerlos es hacerles creer que estás muerto.

John asintió.

Si existía el infierno, tenía que ser así. Pero estaba dispuesto a soportarlo, por el bien de su familia.

–Dispones de una línea protegida a través de la cual podrás contactar conmigo. Yo intentaré averiguar qué está pasando y te mantendré informado. Antes de irte, debes dejar en una caja de seguridad de Nueva York los documentos de tu padre que hayas

encontrado. Yo me ocuparé de devolverlos a la CIA. Nadie debe sospechar que tu familia pueda tener información considerada de alto secreto.

John cogió la maleta de las manos de Noah.

–¿Por qué haces todo esto?

–¿Por qué te has puesto a buscar información sobre tu padre?

–Tenía que hacerlo.

Noah sonrió.

–Exacto. Hay cosas que, simplemente, tenemos que hacer. Buena suerte, amigo.

Aquella noche se convirtió en uno de los momentos más felices y a la vez más terribles de su vida. John decidió hacer que transcurriera como cualquier otra noche.

Michael y Natalie le habían preparado su postre favorito, tarta de cerezas. Pasaron una velada tranquila. Antes de cenar, John y Michael hicieron unos cuantos lanzamientos, pues Michael se había empeñado en probar su nuevo guante de béisbol. Luego jugaron juntos a Defender, un videojuego del Commodore 64 en el cual había que defender la tierra de una amenaza extraterrestre de destrucción. Natalie se quedó dormida en el sofá, delante de la tele.

Mientras acostaba a Michael, John recordó algo de repente.

Desde que había leído las notas de su padre, no había dejado de pensar en que se le escapaba algún detalle. Y ya sabía de qué se trataba.

Buscó entre los libros de cuentos de su hijo hasta que lo encontró.

Tenía la tapa medio arrancada y sólo se leía una parte del título, que destacaba sobre el dibujo de una enorme gruta. Era un viejo ejemplar de la biblioteca del hospital, que su padre siempre llevaba encima y que había regalado a Michael el día en que John había decidido que abuelo y nieto se conocieran. Existían muchas y muy buenas razones para evitar aquel encuentro, como había intentado

explicarle Natalie. Y era cierto. Pero John quería que su padre conociese a Michael. Fue un encuentro entre dos niños, al final del cual Robert le regaló a Michael su ejemplar de *Viaje al centro de la Tierra*, de Julio Verne.

Lo habían dejado allí, entre los otros cuentos, sin prestarle demasiada atención. Pero, en ese momento, el título había hecho sonar una campana de alarma en la mente de analista de John.

Cogió el libro, se sentó a los pies de la cama de su hijo y empezó a hojearlo a la luz de la lámpara encendida de la mesilla de noche.

Robert había escrito su nombre y apellido en la primera página, con grandes letras.

Michael tenía razón: el libro estaba profusamente subrayado, de la primera a la última página. En algunos casos, el subrayado volvía ilegibles líneas enteras. Algunas páginas habían desaparecido.

No parecía haber nada interesante. John hojeó rápidamente el volumen y, al llegar a cierto punto, se detuvo. Al principio, no entendió de qué se trataba: parecían garabatos en el margen de las páginas. Y luego se estremeció.

Robert Price, ya lobotomizado, había llenado los márgenes de *Viaje al centro de la Tierra* de frases en griego antiguo. Probablemente se tratara de un delirio.

Pero John no sabía griego antiguo, por lo que no pudo entender de qué se trataba. Y no podía llevarse aquel texto consigo para hacérselo descifrar a otra persona: sólo le serviría para poner en peligro su tapadera. Y ya había expuesto a Michael y a Natalie a demasiados peligros.

Guardó el libro en la bolsa que debía llevarse. Besó a Michael y llevó a Natalie a la cama.

La despertó en plena noche para hacer el amor.

Al día siguiente dejó definitivamente a su familia. No tuvo fuerzas para volver la vista atrás después de haber salido de casa.

Llegó a Nueva York por la tarde.

Dejó los manuscritos de su padre en la caja de seguridad que Noah le había indicado y la novela de Julio Verne en otra.

Tal vez algún día volviera a buscarla.

39

Filadelfia, noviembre de 2014

Los hicieron bajar del avión directamente en la pista. Era un día ventoso, de cielos despejados.

John se quedó inmóvil durante un instante: no muy lejos de allí, una bandera estadounidense ondeaba al viento, en lo alto de un asta.

Se le encogió el estómago al escuchar aquel ruido: había vuelto. Víctima de una guerra perdida, superviviente de un infierno que jamás podría dejar atrás.

Y todo seguía allí, a su alrededor.

Se dirigió hacia la puerta de cristal que daba al interior de la zona de recogida de equipaje, siguiendo las líneas amarillas trazadas en la pista.

Recogió su bolsa y superó sin problemas el control de pasaportes. La agente de policía de color que estaba al otro lado del cristal le sonrió. John tenía la espalda ligeramente encorvada, las arrugas se habían vuelto más profundas y el pelo blanco, peinado hacia atrás, ya no era tan abundante. Pero a sus setenta y cuatro años, seguía siendo un hombre fascinante.

Se tomó un café, pero no comió nada. Notaba el estómago cerrado.

Alquiló un coche, un Crown Vic de color negro, y se dirigió hacia el centro de Filadelfia.

Se hallaba otra vez en Estados Unidos, después de treinta y dos años de exilio. Circulaba en un coche de verdad y estaba a punto de

volver a ver a su hijo.

Me odiará: era el único pensamiento que John conseguía formular. Pero lo que le importaba era volver a verlo.

En el transcurso de todos aquellos años había seguido de lejos la vida de su hijo gracias a las informaciones que Noah le había ido enviando puntualmente, junto a fotografías de Michael y de Natalie. Luego había descubierto la manera, a través de internet, de entrar en contacto con los Goodfellas y con Eddie, el amigo de Michael, cuya confianza se había ganado haciéndose pasar por un pirata informático.

Al principio, le había resultado muy duro y había creído enloquecer.

Pero la idea de que las cosas podrían haber ido peor lo había ayudado a soportar aquel infierno. Había visto crecer a su hijo desde la celda de una cárcel que no tenía muros ni carceleros. La llegada de internet primero y de Facebook después habían sido para él una bendición: a partir de aquel momento, incluso le había resultado demasiado fácil seguir a diario la vida de su hijo. Y, aunque Michael no lo supiera, el día en que lo habían nombrado profesor de filosofía antigua, John lo había celebrado en solitario con una solemne borrachera.

Había vivido momentos difíciles. Cuando Michael había publicado su libro, *Las doctrinas secretas de Platón*, John se había temido lo peor: creía que Michael había conseguido encontrar, de algún modo, otras notas de su abuelo. Existía el riesgo de que los hombres que habían intentado matarlo a él, después de haber hecho internar a Robert, se pusieran nerviosos y la tomaran con Michael.

Pero las cosas no habían ido así, por suerte.

Michael no había descubierto nada: sencillamente, había decidido recorrer sin saberlo el peligroso camino que primero había recorrido Robert Price y luego había retomado su hijo John, como si un extraño destino pesase sobre la familia. Pero el destino de aquella historia, como el de cualquier otra, no era más que el nombre dado a un complejo conjunto de factores sobre los que no sólo no

podemos intervenir, sino que también nos condicionan. John había heredado la biblioteca de su padre y su propio hijo se había criado entre aquellos libros. La pasión de Michael por la filosofía había nacido leyendo, a los catorce años, una antigua edición del *Fedón* de Platón a cargo de su abuelo. Y el libro sobre las doctrinas secretas de Platón lo había escrito, precisamente, en la vieja casa que Robert había construido en los bosques de Oregón, a la que Michael se había retirado justo después de la muerte de su madre, Natalie.

Michael, sin embargo, había heredado algo más que una simple biblioteca: también había heredado el deseo, transmitido de padre a hijo, de llegar hasta el fondo de las cosas.

La muerte de Natalie había sido el momento más duro para John: ya no volvería a ver jamás a su esposa.

Había considerado muy en serio la posibilidad de regresar a Estados Unidos para asistir al funeral. Noah, sin embargo, se lo había impedido: podía poner en peligro a Michael.

Tras la publicación del libro sobre las doctrinas secretas de Platón, las cosas se habían complicado aún más. Primero, la entrada de Michael, como consultor, en la NSA. Luego, el hecho de que su hijo se había encontrado, sin comerlo ni beberlo, en mitad de una guerra entre la NSA, Cuarto Reich y un grupo de militares y agentes que trabajaban en la sombra. Había sido entonces cuando John había decidido ponerse en contacto con Michael, mediante su amigo Eddie, pero sin revelarle su verdadera identidad. A través de algunas puertas traseras que le había proporcionado Noah, John había conseguido entrar en los ordenadores de la NSA y, de ese modo, había obtenido las informaciones que luego le había pasado a Michael.

A esas alturas, Noah, que ya tenía una edad avanzada y carecía de familia a la que proteger, quería esclarecer esa historia que implicaba a la NSA y a sectores de la CIA y del ejército, y que escapaba al control del poder político y judicial. Por tanto, había decidido ayudar a John proporcionándole las puertas traseras y otras informaciones que había conseguido reunir.

Luego, las cosas se habían precipitado.

Noah había informado a John de que Michael y Beatrix, la chica que huía con él, se hallaban en el punto de mira de un grupo de agentes y militares al que Noah se había referido como «los Guardianes», los mismos hombres que habían orquestado el ingreso de Robert Price. Y, en ese momento, John había decidido volver para reunirse con su hijo.

En la Sala Wolf de la Academia de Ciencias Naturales de Filadelfia, junto a los libros raros, se halla la reproducción de un globo construido sobre la base de la teoría de la tierra hueca que formuló John Cleves Symmes. De entrada, parece un globo terráqueo normal y corriente. Pero al observar con más atención, se da uno cuenta de que en los polos existen sendas cavidades que permiten observar el interior. La obra es un regalo de George Vaux, quien a su vez se la había comprado a James McBride, a quien había acudido Symmes para que le fabricara un modelo tridimensional que pudiese ilustrar su teoría de la tierra hueca. Symmes utilizó dicho modelo para ilustrar su teoría en el transcurso de una conferencia celebrada en la misma Academia que ahora conservaba el globo en una de sus salas.

John le había propuesto a Michael, a través de Eddie, que se encontraran allí. Le parecía el lugar adecuado para contarle la increíble historia de su abuelo, pues allí podía vincularla a algún elemento real.

Llegó con casi una hora de antelación y empezó a pasear por un museo en el que resonaban los gritos de unos escolares entusiasmados por los enormes esqueletos que ocupaban la Sala de los Dinosaurios.

Esperó dos horas, pasando de una sala a otra y fingiéndose muy interesado por los manuscritos. Pero no se presentó nadie.

Ya había contemplado esa posibilidad: Michael había desconfiado y no se había presentado a la cita.

John pasó una última vez por la sala que contenía el globo terráqueo de Symmes. ¿De verdad había creído su padre en aquella teoría?

Salió del edificio de ladrillo rojo y grandes ventanales y se dirigió hacia el coche, aparcado en una calle lateral no muy alejada de allí. Le envió un mensaje a Eddie, el amigo de Michael, en el que le decía que al día siguiente, a la misma hora, volvería al museo.

Llegó al coche. El viento había perdido fuerza y el cielo se había cubierto de nubes. Echó un vistazo a su alrededor antes de entrar: no había nadie.

Subió al coche y lo puso en marcha.

Se dirigió hacia la parte sur de la ciudad, en busca de un hotel. La radio no funcionaba bien. Mientras trataba de sintonizar una emisora de música un poco decente que no fuese rap, notó que un objeto frío y metálico le presionaba la base del cráneo.

–No hagas tonterías y dirígete hacia el puente Benjamin Franklin.

Una pistola le estaba apuntando a la cabeza. Intentó volverse.

–Inténtalo otra vez y estás muerto.

John se quedó inmóvil y siguió conduciendo.

–Mira, el coche es de alquiler, está asegurado contra robo. Así que ya te lo puedes quedar, pero déjame bajar. Te doy mi palabra de que no llamaré a la policía –dijo, intentando buscar una salida.

–Hablas demasiado, Russell.

John se puso tenso.

–¿Y tú quién eres?

–La que te va a meter una bala en el cerebro como no cierres la boca y hagas exactamente lo que te digo.

John asintió y siguió las indicaciones de la mujer.

Cruzaron el puente Benjamin Franklin y dejaron atrás Pensilvania para adentrarse en Nueva Jersey.

La voz de la mujer le ordenó que girara a la izquierda y se dirigiera hacia Cooper Street. Vieron, a lo lejos, una patrulla de la policía que se acercaba en su dirección. La mujer se agachó tras el asiento y apoyó la pistola en un costado de John. Se cruzaron con la

patrulla, pero los agentes no advirtieron nada. Continuaron por la misma calle, bordeando el río Delaware, hasta llegar a un aparcamiento grande. Una vez allí, la mujer le ordenó a John que se dirigiera hacia unos cuantos árboles tras los cuales se alzaba una valla publicitaria en la que podía leerse CAMPBELLS. John se dirigió hacia donde le habían indicado y cruzó en diagonal el aparcamiento medio vacío.

–Para aquí.

Al poco salió un hombre de entre los árboles y se acercó al coche.

–Abre la puerta –le dijo la mujer.

John obedeció.

Michael subió al coche.

Él y Trix habían regresado de París apenas unas horas antes, pero habían evitado reunirse con Russell en la Academia por miedo a caer en una trampa.

–Bueno, pues aquí estamos, Russell. ¿Quién eres y qué quieres de nosotros?

Michael estaba sentado en el asiento del pasajero, mientras Beatrix seguía apuntando a Russell. Pero a John ya no le preocupaba la pistola.

Se quitó las gafas de sol y miró a los ojos al hijo que no veía desde una lejana noche de nieve, más de treinta años atrás. Michael tuvo una extraña sensación, como si hubiera algo en Russell que le resultaba familiar.

John se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta. Beatrix lo apuntó directamente al rostro.

–Saca muy despacio la mano del bolsillo o tu cerebro acabará desparramado en el cristal de la ventanilla.

John sacó del bolsillo de la chaqueta una vieja pelota de béisbol y se la dio a su hijo.

–Hola, Michael.

40

El golpeteo de la lluvia sobre la carrocería del coche había acompañado el relato.

Cuando Russell terminó, Michael no dijo nada. Había escuchado las palabras de John como si estuviera en trance, con la mirada perdida ante sí. Una única imagen, la de su padre dándole las buenas noches, había ocupado su mente. Trató de hacerla encajar con la del hombre que estaba sentado a su lado y le resultó extraño, en ese momento, escuchar su voz y tenerlo cerca otra vez. Era como despertarse de una larguísima pesadilla.

Michael estaba dispuesto a todo, a esas alturas, incluso a morir. Le había faltado poco y, en realidad, ya no le daba tanto miedo. Pero no estaba preparado para el regreso de su padre, desaparecido en las aguas del río Potomac.

–¿Dónde ha ido a parar mi pelota de béisbol?

Lo había repetido durante meses, en tono inconsolable, tras la desaparición de su padre. Y, en ese momento, la apretaba en la mano izquierda con tanta fuerza que incluso se hacía daño.

De repente, abrió la puerta y bajó del coche. Una ráfaga de lluvia y aire frío entró en el vehículo.

Michael cogió impulso y, bajo la cortina de lluvia, lanzó la pelota a lo lejos con todas sus fuerzas, al otro lado de la red metálica que rodeaba el aparcamiento. La pelota rebotó y rodó hasta un coche abandonado. Las costuras rojas, en relieve, cedieron del todo y dejaron la lana a la vista.

Michael regresó hacia el coche frotándose el hombro. Se apoyó en el capó, aún caliente, y encendió un cigarrillo sin dejar de dar la espalda a Trix y a John. Le temblaban las manos.

Permaneció así algunos minutos. Era imposible saber en qué estaba pensando, pero podría haberse quedado allí horas enteras.

Luego, de repente, arrojó el cigarrillo al suelo, rodeó el coche y, al llegar al lado del conductor, abrió la puerta. Por señas, le indicó a John que pasase al asiento del pasajero y él se sentó al volante.

–Michael, ¿qué ocurre? –intervino Beatrix, preocupada.

Él se volvió a mirarla. Tenía el rostro empapado de lluvia y le dedicó una mirada que, hasta entonces, Trix no le había visto jamás. Luego volvió a mirar al frente, sin decir nada. Reguló la distancia entre el asiento y el volante y se pasó una mano por el pelo húmedo.

Puso en marcha el motor y empezó a hacerlo rugir, una, dos, tres veces. Y luego otra vez, pisando el acelerador despacio, hasta el fondo. Como si aquel coche hablara por él.

Después metió primera e hizo un giro en U. Los neumáticos chirriaron.

Aceleró y se dirigió a velocidad constante hacia el centro de Filadelfia.

Beatrix y John permanecieron en silencio. Ya habían comprendido que era inútil hablar con Michael en aquel estado. Sólo esperaban que volviera a ser el mismo de siempre lo antes posible.

Mientras, Michael zigzagueaba entre el tráfico. No parecía tener un destino concreto. Miraba a derecha e izquierda, como si estuviera buscando algo. De repente reducía la marcha y luego volvía a acelerar, golpeando el volante con la palma de la mano al tiempo que murmuraba entre dientes «maldición».

Beatrix pensó que, si seguía así, la policía no tardaría mucho en darles el alto. Y no se lo podían permitir.

–¡Michael, para el puto coche, tenemos que hablar! –le gritó.

Michael siguió durante otra manzana, sin dar muestras de haber escuchado las palabras de Trix. Luego, sin previo aviso, giró y frenó en seco junto a la acera. Varios transeúntes se apartaron, asustados.

Bajó del coche, sin molestarse en cerrar la puerta, y entró en una cafetería. John se volvió hacia Trix y le dirigió una mirada

interrogante, pero ella se encogió de hombros. Instantes después, Michael reapareció en la puerta de la cafetería y, por señas, les indicó a John y a Beatrix que lo siguieran.

* * *

Junto a la entrada, se hallaba una larga barra con taburetes metálicos fijados al suelo de baldosas blancas y negras. Estaban todos ocupados. A la derecha, pegadas a la cristalera que daba a la calle, se veían varias mesas una detrás de otra, con los clásicos bancos rojos a uno y otro lado, en los que podían sentarse varias personas. Algunas de las mesas estaban ocupadas y otras acababan de quedar libres, pero aún tenían que limpiarlas. Un televisor de plasma, que colgaba sobre la barra, emitía las imágenes de un videoclip de Miley Cyrus. Flotaba un olor dulzón en la atmósfera, que se mezclaba con el de las patatas fritas.

John y Trix echaron un vistazo a su alrededor y vieron a Michael sentado a la mesa del fondo, junto a los servicios. Una camarera de uniforme amarillo se les acercó y les preguntó si deseaban comer.

–Vamos con aquel chico de allí –respondió Trix, al tiempo que señalaba a Michael.

–Ah, de acuerdo, pues entonces ya ha pedido él para todos. Siéntense, por favor.

Se dirigieron hacia la mesa que ocupaba Michael y se sentaron frente a él.

–Bueno, Michael, ¿quieres explicarnos qué leches pasa? Tu padre no ha… –dijo Trix.

Michael la interrumpió.

–¿Quieres saber lo que pasa, Trix? Bien, pues pasa que el padre al que creía muerto desde los siete años reaparece de la noche a la mañana, me devuelve mi vieja pelota de béisbol y me dice que me abandonó para protegerme. ¿Cómo crees que voy a asimilar algo así?

John guardó silencio. Sabía que iba a ser difícil. En ningún momento se había hecho ilusiones de que su hijo aceptara el regreso de buen grado.

–Entiendo que no es fácil, pero intenta ser racional.

Casi sin darse cuenta, Trix había tomado de las manos a Michael.

–No. La racionalidad es inútil ante ciertas cosas.

La camarera que los había recibido en la puerta se acercó y dejó sobre la mesa una tarta de cerezas. Michael le dio las gracias. Era una tarta espectacular.

–He aquí lo que necesitamos –dijo Michael.

–¿Una tarta de cerezas? –exclamó Beatrix, sorprendida.

–Exacto. Para afrontar ciertas cosas, se necesita una mesa y comida.

–Eso me lo hubiera esperado más bien de Eddie.

–Eddie es un hombre sabio, Trix. Las recetas de cocina son como las ideas platónicas: dan forma a una materia informe y nosotros, al comer, no comemos sólo los ingredientes, sino también la idea.

–O sea, ¿que hemos venido aquí para comernos la idea de una tarta de cerezas?

–Digamos que hemos venido aquí para comernos lo que esa idea significa para mí y para mi padre.

Michael, que hasta ese momento había evitado mirar a John, lo observó directamente a los ojos.

John sonrió. La tarta de cerezas era su postre preferido, el que Natalie y Michael le habían preparado la noche antes de su desaparición.

–Bienvenido.

–Gracias, Michael.

Se abrazaron y se dieron palmadas en la espalda, como si acabaran de lograr un *touchdown*. Beatrix no dijo nada. Se alegraba por ellos. Y sentía una gran admiración por la forma en que Michael había conseguido resolver una situación imposible.

Michael y John se pusieron a hablar mientras comían tarta: primero de béisbol, luego de política y luego otra vez de béisbol.

Estaban intentando recuperar el tiempo perdido. Con la mayor naturalidad. Como si, en realidad, no se hubieran separado durante todos aquellos años. Como si hubieran permanecido secretamente en contacto. Michael se debatía entre dos sentimientos, el odio y el amor: odio por haber sido abandonado y amor hacia un hombre que había conseguido sacrificarse de aquella manera por el bien de su familia. Necesitarían tiempo para digerir todo lo que había sucedido, pero ambos tenían la sensación de que podían conseguirlo.

Fue Trix quien interrumpió el idilio.

–John, ¿por qué querías que nos reuniéramos en el museo de Filadelfia?

–Para mostraros el abismo de Symmes.

John les relató con detalle la historia del cuaderno recuperado de Robert Price. Michael se quedó atónito: las notas de su abuelo confirmaban la idea de que el texto de los papiros aludía a un mundo en el interior de la tierra.

–¿Piensas que el abuelo creía de verdad en esa historia?

–No puedo decirlo con certeza, pero por lo que he leído diría que sí.

–¿Y tú qué opinas, Michael? –dijo Trix.

–Le he dado muchas vueltas durante el vuelo desde París, después de lo que nos mostró el padre De Abreu. Y estoy convencido de que se trata de un mito. No tenemos que dejarnos seducir por la fascinación que ejerce ni tomárnoslo al pie de la letra. Uno de los riesgos que corre quien trabaja en exceso con esa clase de textos antiguos, es que puede quedar tan fascinado que se deja absorber por su universo y empieza a creer que lo que dicen es verdad, literalmente. Las doctrinas secretas son el primer ejemplo, el arquetipo de lo que luego acabaría llamándose «ficción subterránea»: un subgénero de aventuras ambientado total o parcialmente bajo tierra. Es más, ahora que estamos seguros de que la historia de las doctrinas secretas alude a un mundo subterráneo,

debemos tratar de comprender cómo es posible que ese relato de ficción pudiera inspirar a Hitler. –Michael hizo una pausa y después prosiguió–: Pero, por desgracia, de momento no tengo ninguna hipótesis verosímil.

John se comió el último trozo de tarta. Dejó el tenedor en el plato, se limpió la boca y, sin dejar de mirar a Michael, dijo:

–Creo que la historia del mundo subterráneo no es sólo ficción.

41

En el transcurso de los años, John había dedicado mucho tiempo a profundizar en la teoría de la tierra hueca, sobre la cual había leído en el cuaderno de su padre. Había realizado viajes, había frecuentado bibliotecas y había entrevistado a diversos estudiosos del tema. Los Guardianes podían vigilar las bibliotecas estadounidenses, pero no tener bajo control todo lo que se leía y compraba en el mundo.

John había procedido con cautela y, de ese modo, había descubierto que existía una estrecha relación entre el nazismo y la teoría de la tierra hueca. La inmensa mayoría de lo que había leído, en libros o en internet, no eran más que delirios de personas poseídas, confabuladores o adeptos a tal o cual secta secreta. Pero también había descubierto algunos datos interesantes.

–¿Crees en la teoría de la tierra hueca? –le preguntó Trix, estupefacta.

John vaciló.

–Durante estos años –dijo al fin–, hubo momentos en los que creí que mi padre tenía razón. Luego llegué a la conclusión de que tal vez las cosas fueran más complicadas y me convencí de que si los nazis habían dado tanto crédito a Platón y a su teoría de la tierra hueca, era para llegar por fin al lugar que no habían conseguido encontrar.

Michael y Trix estaban claramente perplejos, pero no dijeron nada.

–Pensadlo bien: no es necesario creer en la tierra hueca para aceptar la idea de la existencia de un mundo subterráneo. Durante un tiempo viví en Italia y allí, mientras leía un libro de Roberto

Narciso titulado *Geografías imaginarias*, tuve una especie de iluminación. Hablando de la tierra hueca, Narciso escribe: «Para soñar un mundo subterráneo no es imprescindible teorizar sobre una tierra hueca. Es suficiente con pensar en una inmensa ciudad subterránea que siga existiendo bajo nuestros pies».

–No lo acabo de entender –dijo Michael.

–Lo que estoy diciendo es que la teoría de la tierra hueca es un mito o una ficción con una base verídica que alude a la existencia de ciudades subterráneas. He estado en Capadocia y he visitado Derinkuyu, una ciudad dividida en once niveles de los cuales algunos aún se puede visitar hoy en día. En sus orígenes, se situaba 85 metros bajo tierra. Y no se trataba únicamente de una ciudad. Gracias a un túnel, Derinkuyu estaba conectada con otras ciudades subterráneas y podía albergar hasta 50.000 personas. Fue precisamente en Derinkuyu donde se refugiaron los primeros cristianos para huir de las persecuciones. Y, justamente a partir de aquí, nació en el siglo XIX el mito de la ciudad de Agarttha, una especie de mundo subterráneo que se extendería a través de miles de kilómetros en Asia.

–Sí, conozco vagamente la historia de Agarttha, pero se trata de invenciones de unos cuantos impostores. ¿Qué tiene que ver todo eso con los nazis?

–Según algunos historiadores, la expedición que Himmler y Hess organizaron al Tíbet tenía como objeto encontrar Agarttha, o tal vez una nueva versión, Agarhti, situada bajo el Himalaya y poblada por arios.

–Pero no encontraron nada.

–Exacto. Y, sin embargo, está claro que estaban obsesionados con la idea de un mundo subterráneo. Y es posible que, en la idea de una ciudad subterránea, vieran la solución a la supervivencia del nazismo.

–¿Estás pensando en un Reich subterráneo todavía operativo?

–Sí. ¿Habéis oído hablar alguna vez de Mount Weather y de la Continuidad del Gobierno?

–No –respondieron al unísono Michael y Trix.

–Bien, pues entonces es el momento de que os cuente una historia no menos increíble que la que cuenta Platón. Vamos.

John dejó veinte dólares sobre la mesa y se puso en pie. Michael y Trix lo imitaron. Una vez fuera, echaron a correr hacia el coche. Seguía lloviendo y empezaba a oscurecer.

No muy lejos, un hombre sentado en un todoterreno negro apagó su cigarrillo en un cenicero repleto de colillas.

Se acercó a los labios el micrófono de su teléfono móvil.

–Tenemos la familia al completo.

42

Se dirigieron hacia el norte, dirección Trenton, en busca de un motel. El tráfico en la autopista de Delaware se estaba intensificando. La calzada era un continuo ir y venir de luces entre la lluvia y la oscuridad.

John retomó su relato.

–Cerca de la ciudad de Bluemont, en Virginia, se encuentra la base de Mount Weather, una gran ciudad con sus calles, aceras, cafeterías, un lago interior que se alimenta de un manantial, hospitales, generadores eléctricos, red de alcantarillado, plantas para la depuración de agua…

Tenía una voz de barítono. Trix se fijó en él: se parecía a Michael, de eso no cabía duda, pero existía entre ellos una diferencia abismal. Los dos estaban cansados y heridos. Los dos habían sufrido. Pero John tenía un aire de agotamiento, de extenuación. Michael, en cambio, se dejaba llevar por una ciega determinación: eso era lo que Trix había visto en sus ojos cuando él se había vuelto a mirarla en el aparcamiento.

–La existencia de dicha base se hizo pública en 1976, mediante un artículo de Richard Pollock publicado en *The Progressive Magazine*. Los miembros del servicio secreto, sin embargo, ya estaban enterados. Como agente de la CIA, yo supe de Mount Weather cuando llevaba tres años en la agencia. Mount Weather es la sede de la Agencia Federal de Gestión de Emergencias, la agencia que coordina otras ciudades subterráneas llamadas Centros Federales de Reubicación, repartidos por Pensilvania, el oeste de Virginia, Maryland y Carolina del Norte. Este mundo subterráneo tiene como objetivo garantizar la Continuidad del Gobierno en caso

de ataque nuclear o catástrofe natural. El presidente Reagan convirtió la Continuidad del Gobierno en una prioridad y destinó una gran cantidad de fondos a la ampliación de las ciudades subterráneas. Se hicieron muchas maniobras durante aquellos años y tanto Donald Rumsfeld como Dick Cheney fueron dos asiduos participantes.

–Pero… ¿todo eso sigue siendo operativo? –preguntó Trix.

Puesto que había estado en el ejército, sabía que bajo el Pentágono se había construido un enorme búnker antiatómico desde el cual la cúspide militar podría haber preparado la respuesta a un ataque militar, pero no había oído hablar nunca de la Continuidad del Gobierno.

John la observó a través del espejo retrovisor.

–Por lo que he descubierto durante mis investigaciones, Estados Unidos tiene desde el 11 de septiembre un gobierno en la sombra que vive en las ciudades subterráneas y cuya función es garantizar la continuidad del gobierno en caso de decapitación de la estructura política de la superficie. Si un ataque nuclear consiguiese acabar con el gobierno de la superficie, las mujeres y los hombres del gobierno subterráneo tomarían las riendas del país.

–Por tanto, ¿crees que los nazis han conseguido construir, en alguna parte del mundo, una especie de ciudad subterránea en la cual sobreviven como si fuera un búnker, a la espera de desencadenar un ataque definitivo? –intervino Michael.

John cambió de marcha y adelantó al camión que los precedía.

–Sí, Michael, creo que es más o menos así. Pensad por un momento en todas las historias sobre las bases subterráneas que los nazis tienen supuestamente en la Antártida y cosas por el estilo. Se trata de leyendas, claro, pero formuladas a partir de una idea común: la supervivencia subterránea del nazismo. Y creo que esa idea se basa en el hecho de que los nazis han construido de verdad, en alguna parte del mundo, una ciudad subterránea en la cual sobrevivir al fin del Tercer Reich.

–¿Sin que nadie lo haya descubierto jamás? –objetó Trix.

–Existen ciertas partes del mundo en las que algo así sería posible. Sobre todo, si la ciudad subterránea se hubiera construido durante el Tercer Reich, cuando todavía no existían los satélites espía.

–Parece ciencia ficción –observó Trix.

–Pues podría ser la realidad, Beatrix. En plena Guerra Fría, los servicios de espionaje estadounidenses, rusos e ingleses persiguieron durante años lo que se dio en llamar «nuevo Berlín», una especie de ciudad subterránea en la cual se habían refugiado, según se creía, los dirigentes nazis y una parte del ejército para poner en marcha una especie de gobierno en la sombra. El Programa de Desarrollo Antártico de la Marina Estadounidense 1946-1947, conocido también como Misión Highjump, era en realidad una misión encubierta para buscar una base nazi en la Antártida.

–Que, sin embargo, no consiguieron encontrar nunca –dijo Beatrix.

–Por lo que sabemos, no. Pero… ¿quién dice que ésa es la verdad? En el año 2006, el director de cine Vitaly Pravdivtsev realizó un documental transmitido por la televisión rusa, en el cual se afirma que la misión Highjump fue atacada por los nazis presentes en la base 211, en la zona de Nueva Suabia.

–Tiene toda la pinta de ser un falso documental.

–Sí, pero no es fácil en ciertos casos delimitar la frontera entre realidad y ficción. Sobre todo, si se tiene en cuenta el hecho de que en 1939 la tercera expedición alemana a la Antártida, encabezada por el capitán de la marina alemana Alfred Ritscher, llegó de hecho a la región que se bautizó como Neuschwabenland, es decir, Nueva Suabia. Uno de los objetivos de esta expedición, que había partido el 17 de diciembre de 1938 desde Hamburgo, era construir una base en la Antártida. Y luego hay otra cuestión. Cuando vivía en Londres, tuve la oportunidad de consultar en el Museo Británico un documento titulado *Testimonio del oficial James Barrett / La campaña de Neuschwabenland*. Una parte del documento se halla bajo secreto hasta el año 2040, pero lo que pude leer confirmaría la

hipótesis según la cual los nazis construyeron una base en la zona de Neuschwabenland. Además, hay otro elemento que me ha impactado mucho durante estos años de investigación. Ni siquiera los historiadores más serios se atreven a considerar simples fantasías algunas afirmaciones concretas de Richard Byrd, el célebre explorador que tomó parte en la Misión Highjump. En 1947, Byrd comunicó por radio que «la región situada más allá del polo es el centro de un gran territorio ignoto» y declaró, poco después, que «esta expedición ha descubierto una vasta tierra nueva». Bien, la expresión «la región situada más allá del polo», *beyond the pole* en inglés, puede significar «más allá del polo», pero también «en el interior del polo». No se trata de invenciones ni de fantasías de un loco o de un novelista, pero son tan incómodas que algunos historiadores han intentado sembrar la duda en la fiabilidad de Byrd recordando que el explorador era miembro de una logia masónica y, por tanto, aficionado seguramente a las creencias ocultistas.

Durante algunos minutos, nadie dijo nada. Sólo se oía el ruido del motor del coche y de los limpiaparabrisas.

–Pongamos que lo que dices es cierto. A estas alturas, Estados Unidos ya debería conocer la existencia de esa base. Y si constituyese una amenaza, ya la habríamos destruido. ¿Por qué, entonces, me contrató la NSA para que descifrara los manuscritos platónicos y ayudara a desbaratar el complot de CR? –preguntó Michael.

–Porque es probable que los Guardianes dispongan de información que han ocultado al gobierno, a los servicios secretos y a los distintos presidentes. No sería la primera vez que pasa. Estoy convencido de que quien ingresó a tu abuelo y trató de matarme a mí está jugando a otro juego en el que la NSA no pinta nada –respondió John.

–¿Crees que apoyan a CR?

–No lo sé, pero tampoco podemos descartarlo. Tras la Segunda Guerra Mundial, la CIA reclutó a varios nazis y algunos de ellos podrían haber creado una estructura secreta de poder en el corazón de Estados Unidos.

–¡Fantástico! –exclamó Trix.

–Tendremos que comunicar a la NSA lo que hemos descubierto. Es lo único que podemos hacer.

–No nos creerían jamás. No tenemos nada tangible. La hipótesis de una base en la Antártida es sólo eso, una hipótesis, y respecto a los Guardianes no tenemos pruebas concretas.

–Maldita sea… Si tuviésemos la primera parte del papiro, a lo mejor podríamos aproximarnos a la verdad.

–¿Por qué crees que es tan importante? –preguntó Trix.

–Porque si los nazis se inspiraron en los papiros platónicos para construir el Tercer Reich subterráneo, es posible que hayan seguido las indicaciones de la primera parte del texto, donde se describe el lugar a partir del cual se accede al mundo subterráneo.

–O sea, que estamos otra vez en un callejón sin salida –dijo Trix.

Michael suspiró. Era exactamente así.

–Esperad un momento, aún hay más.

Michael y Beatrix miraron a John.

–¿Has descubierto algo más? –le preguntó Michael.

–Sí, pero lo más importante de todo aún está por descifrar. Antes de marcharme, deposité en una caja de seguridad de Nueva York un ejemplar de un viejo libro que mi padre llevaba siempre encima en el hospital psiquiátrico de Salem. Se trata de *Viaje al centro de la Tierra*. En los márgenes del libro, tu abuelo escribió un texto en griego antiguo. Un día decidí llevarte a conocer a tu abuelo, Michael. Tu madre no estaba de acuerdo, temía que la experiencia te resultase traumática, pero yo estaba convencido de que lo justo era que conocieras a tu abuelo. Pues bien, aquel día Robert te regaló su libro. Ha llegado el momento de descubrir qué contiene.

Michael se estremeció. El encuentro con su abuelo, el libro… No se trataba de falsos recuerdos. Había conocido de verdad a su

abuelo.

–Tenemos que salir enseguida hacia Nueva York –dijo Michael.

–Enseguida no. Sin armas y sin un plan, no vamos a ninguna parte –añadió Beatrix.

43

Hong Kong, noviembre de 2014

El taxista seguía tocando la bocina, como el resto de conductores de los coches y motocicletas que embotellaban la calle. La lluvia había colapsado el tráfico, como ocurría siempre en aquella parte de Hong Kong.

El hombre consultó el reloj: estaba a punto de llegar tarde a su cita. Le dio un billete de cincuenta dólares al conductor y bajó del taxi. Lo asaltó el olor de la contaminación, junto al estruendo del tráfico y las luces de neón de los rótulos que asomaban por todas partes. Pero no hizo el menor caso.

Sabía dónde tenía que ir.

Recorrió trabajosamente la acera abarrotada de personas y se abrió camino con los brazos. Tuvo que renunciar al paraguas. Por otro lado, el entramado de rótulos publicitarios bajo el cual caminaba era tan denso que hacía casi imposible el paso de la lluvia.

Al final de la manzana enfiló Temple Street, una calle famosa por su mercado nocturno, que se animaba a partir de las cinco de la tarde. Eran casi las ocho, por lo que Temple Street parecía uno de los círculos del infierno de Dante. Turistas, clientes locales, vendedores… Todos se hallaban inmersos en el humo de las freidurías, que producían sin descanso gambas, jibias, albóndigas y tofu para saciar el apetito de hombres y mujeres que no se sentirían ahítos hasta bien entrada la noche.

El hombre siguió avanzando y se dejó arrastrar por el flujo de aquella muchedumbre.

A lo lejos, vio el letrero amarillo y rojo del restaurante Tong Taj. En realidad, se trataba de un fétido cuchitril en el cual se vendía comida para llevar. Se hallaba en la planta baja de un edificio ruinoso de muros desconchados, tapizado de motores de aire acondicionado.

Bajo la marquesina situada frente al mostrador se habían refugiado varias personas, todas las cuales estaban a la espera de comprar comida. Otras bebían cerveza y engullían albóndigas de pescado, sentadas ante inestables mesas de plástico rojo.

El hombre avanzó hacia el mostrador, despertando las iras de algunos clientes. Tuvo bastante con volverse y quedarse mirando fijamente a uno de ellos para que cesaran las quejas.

Medía casi un metro noventa y, bajo el traje negro de alta costura, se adivinaba un cuerpo bien entrenado. El pelo, canoso, lo llevaba muy corto. Tenía un rostro de rasgos afilados y una cicatriz que le cruzaba la mejilla derecha, desde el pómulo hasta el mentón.

Se llamaba Patrice Lacroix.

El propietario del local, Ho Ti, que en ese momento estaba muy atareado friendo gambas, no advirtió su presencia hasta que el hombre puso una mano sobre el mostrador e hizo tintinear el anillo de oro que lucía en el índice. Era un anillo vistoso, de oro macizo, que llevaba grabado un extraño diseño: un círculo con una especie de estrella en el centro. Muy pocas personas en el mundo habrían sido capaces de reconocer el protojeroglífico.

Ho Ti abandonó de inmediato lo que estaba haciendo y dejó un puñado de gambas chisporroteando, sumergidas en un recipiente lleno de aceite negro. Abrió una puerta situada tras el mostrador e hizo pasar a Patrice. Le entregó una llave y salió sin decir nada.

Patrice entró en la parte posterior de la tienda, donde se apilaban cajas de cerveza y enormes latas de aceite. El olor a fritanga se mezclaba con el de los restos de pescado. Debía de hacer años que Ho Ti no pasaba una fregona por aquel suelo. Se dirigió hacia la puerta del cuarto de baño, abrió con la llave y entró.

Se detuvo frente al sucio espejo que colgaba sobre un lavabo, cubierto por largas marcas de herrumbre. Fijó la mirada al frente.

–Número doce –dijo, y esperó.

Escuchó un pitido e hizo un gesto con la cabeza, como si quisiera dar las gracias a alguien que lo estaba observando.

Entró en el estrecho cubículo, provisto de una placa turca que emanaba un pestilente hedor. Unas cuantas cucarachas entraban y salían tranquilamente del desagüe.

Junto al váter había una amplia cortina marrón que, probablemente, no se había lavado nunca. El hombre se acercó a la cortina, la apartó y desapareció al otro lado.

Aferró el tirador de la pesada puerta de acero, revestida de viejas tablas de madera, que giró sobre goznes perfectamente engrasados sin hacer el menor ruido. La cerró tras de sí y empezó a descender la empinada escalera de piedra que se precipitaba hacia los cimientos del edificio. Al llegar al pie, recorrió un largo pasillo de cemento iluminado por tubos de neón que despedían una intensa luz blanca. Llegó ante otra puerta metálica, que se abrió y se cerró de inmediato a su espalda. Se encontró entonces entre dos puertas cerradas. Apoyó la palma de la mano en un lector y, a los pocos instantes, se abrió la segunda puerta.

Lo estaban esperando.

Diez hombres y una mujer: estaban sentados en un amplio salón circular, con el techo en forma de cúpula, construido con bloques de piedra roja que iluminaban las luces amarillas empotradas en los muros.

Las paredes estaban adornadas por doce columnas de granito y, en el techo, destacaba una gran esvástica. El centro de la sala estaba ocupado por una enorme mesa redonda de madera, en la que estaba representado a gran escala el símbolo del *Schwarze Sonne*, el sol negro. Aquella sala era una reproducción exacta de la cripta del castillo de Wewelsburg, que el dirigente nazi y jefe de las

SS Heinrich Himmler había hecho remodelar y había convertido en centro de la red de las SS.

La construcción de la cripta de Hong Kong se había iniciado el 25 de diciembre de 1941, que sería recordado como «la Navidad negra». Las tropas japonesas, que acababan de arrebatar la ciudad a los ingleses tras dieciocho días de feroz batalla, llevaron a cabo asesinatos en masa y violaron a diez mil mujeres. En mitad de aquella masacre, un grupo de ingenieros militares nazis habían empezado a construir la cripta.

Y allí era donde se reunían los Doce desde el fin de la Segunda Guerra Mundial.

Patrice Lacroix, el duodécimo hombre, ocupó su sitio al lado de la duodécima columna. La cumbre de los Doce ya estaba al completo.

Quien tomó la palabra fue Victor, el número uno.

–Los Grandes Antiguos han hablado. El tiempo del fin ya ha empezado. El superimán para la producción del sol negro está terminado. Os he convocado aquí para comunicaros algo que todos llevamos años esperando.

La voz de barítono de Victor retumbaba en la sala. Hizo una pausa y miró a los ojos, uno a uno, a los Doce. Luego se puso en pie y apoyó ambas manos sobre la mesa.

–Mañana empezará el Regreso.

Aquella palabra bastó para que apareciera una sonrisa de satisfacción en el rostro de cada uno de los Doce.

Habían transcurrido sesenta y nueve años desde que Hitler en persona designara a los Doce para llevar a cabo los planes del Cuarto Reich. Algunos de ellos ya habían muerto y los habían sustituido sus hijos, según un protocolo que establecía que debían formarse para ocupar, en caso de necesidad, el puesto de sus progenitores. Otros aún vivían, pero eran ya muy ancianos.

Una parte de los dirigentes del Tercer Reich, Hitler entre ellos, habían partido hacia la isla desde el puerto de Kiel, antes de la entrada de los rusos en Berlín, mientras que los Doce se habían desperdigado por el mundo.

Su misión consistía en llevar a cabo la construcción del superimán, en el cual habían trabajado durante muchos años –basándose en las indicaciones que contenían los papiros platónicos– Kurt Diebner, experto del ejército nazi para la investigación en física nuclear, y Werner Heisenberg, premio Nobel. Una vez cumplida esa misión, debían esperar a que los Grandes Antiguos los llamaran para el Regreso: el viaje iniciático hacia la isla, cuna de toda la humanidad y lugar a partir del cual una nueva humanidad conocería la palingenesia.

La isla era el reino del Rey del mundo y de los Grandes Antiguos y, si los nazis habían conseguido llegar hasta allí, había sido gracias a las indicaciones de los manuscritos y de Rudolf Hess.

Durante años, Rudolf Hess –a pesar de estar recluido en la cárcel de Spandau– había conseguido transmitir a los Doce los mensajes de los Grandes Antiguos, gracias a la complicidad del psiquiatra que lo trataba. Luego había nacido Chloe, su sobrina, y los Doce habían encontrado en ella a una nueva profeta capaz de contactar con los Grandes Antiguos. Era un don que había desarrollado desde pequeña, pero de un modo distinto al de Hess. Chloe recibía los mensajes durante el sueño. Y en el sueño que había tenido pocos días antes, había visto la imagen de una extraña pirámide, azotada por el viento y sacudida por terribles explosiones. Después, una voz había anunciado que había llegado el momento del Regreso.

–El batiscafo –prosiguió Victor– está esperando en Port Chalmers, Nueva Zelanda. Saldremos mañana en un jet privado y llegaremos a nuestro destino dentro de cuatro días. Como sabéis, no podemos utilizar el paso situado al oeste, pues la base 211 se ha perdido. Pero eso no cambia nada. Mañana por la noche zarparemos hacia la isla.

44

Port Chalmers, Nueva Zelanda, diciembre de 2014

Todos los hombres se hallaban a bordo.

Listos para zarpar.

Victor les dijo que partirían al cabo de una hora y luego desapareció.

Subió a pie la colina que se encontraba tras el puerto.

Hacía mucho frío y el viento del norte había embravecido el mar. En la oscuridad se escuchaba el chapoteo de las olas que batían contra el espigón.

Que Victor hubiera elegido aquel puerto no era una casualidad. Tenía un valor simbólico. En Port Chalmers había hecho una parada el gran explorador británico Robert Falcon Scott durante la expedición Terra Nova, antes de zarpar de nuevo hacia la Antártida. En 1925, el explorador estadounidense Richard E. Byrd había utilizado aquel puerto como base para su expedición a la Antártida.

Victor enfiló el último tramo de escalones para subir la colina y, al llegar arriba, se encontró en una explanada iluminada.

No se veía ni un alma.

Victor se acercó a la gran columna coronada por un ancla, que se había erigido en 1914 en memoria de Robert Scott.

Una ráfaga de viento más fuerte que las otras lo hizo tambalearse.

Apoyó una mano en la columna. La piedra estaba helada.

El viaje que se disponía a emprender para llegar hasta la isla no era menos peligroso que el de Scott. Pero debía llevarlo a cabo.

Contempló las luces del puerto y sintió una punzada de melancolía. No quiso desterrar ese sentimiento, pues sabía que jamás volvería a ver el mundo que siempre había conocido.

45

San Diego, mar adentro, diciembre de 2014

Se quitó la gorra azul de visera descolorida, con la leyenda *Shark Fisher*, y se secó las gotas de sudor que le caían de la frente con el faldón de la camisa hawaiana de manga corta que llevaba, de fondo amarillo con estampado de palmeras verdes y flores rojas de hibisco.

Gestos pausados, como una escena a cámara lenta de una de aquellas películas de John Woo que tanto le gustaban.

Metió la gorra en el cubo de plástico lleno de agua y trozos de hielo, en el que flotaban unas diez botellas de cerveza, y luego se la volvió a poner, cubriéndose la nuca y dejando la frente al aire.

Varios hilillos de agua le cayeron por la espalda, lo cual le produjo cierto alivio. No corría ni un soplo de brisa.

El sol, ya muy alto, y el mar inmóvil que reflejaba sus rayos hacían que aquella mañana de diciembre pareciese más bien un caluroso día de principios de junio. Los meteorólogos habían hablado de una ola récord de calor en California, provocada por un anticiclón subtropical que duraría al menos una semana y que haría subir las temperaturas hasta los treinta grados.

Fantástico.

Eddie, con bermudas, chanclas y Ray-Ban azules de cristal de espejo, no parecía nada incómodo. Es más, aquella bonanza empezaba a parecerse mucho a su particular idea del paraíso.

Durante un momento, se había parado a pensar que tal vez el fin del mundo se acercara de verdad. Se había esforzado por dar una

cuantas vueltas a aquella idea, pero nada: no le había suscitado ni miedo, ni tristeza ni inquietud.

Desde ya hacía algunas horas, se dedicaba tan tranquilo a la pesca del atún de aleta amarilla, frente a las costas de San Diego inmersas en la neblina.

Sólo había un pensamiento que lo inquietaba: la suerte que hubiera podido correr Alex.

Junto a los Goodfellas, controlaba internet sin descanso, en busca de algún rastro. En vano, hasta el momento. Pero incluso en aquel caso se imponía el optimismo de Eddie: tenía el presentimiento de que Michael acabaría encontrándola, como Ethan Edwards acaba encontrando a Debbie en *Centauros del desierto*.

Claro, a Alex la habían raptado los nazis y no los comanches…, pero cuando se trata del enemigo, eso no es más que un detalle sin importancia, pensó Eddie.

Apoyó la frente en la botella de cerveza helada y luego la abrió con un golpe seco en el brazo de la silla de combate. Brotó un chorro de espuma. Eddie espantó, aterrorizado, la fantasía homoerótica que estaba cobrando forma en su mente y repitió, para sus adentros, cerveza, cerveza, cerveza, cerveza. Cerró los ojos y bebió un largo trago, al tiempo que alzaba el mentón hacia el cielo.

En realidad, aquélla no era una silla de combate propiamente dicha, de las que se utilizaban para la pesca de marlines o atunes gigantes, sino una cómoda tumbona que Eddie había fijado a cubierta y que servía para dormir, pensar, pescar y beber cerveza. Pero tras el primer y largo trago, notó inmediatamente un dolor en las sienes.

–Joder, joder, joder –exclamó Eddie, como si estuviera practicando un conjuro para ahuyentar aquella desagradable sensación. Sin embargo, era un precio aceptable para disfrutar del placer de las burbujitas heladas que descendían bruscamente por el

esófago y regaban la hamburguesa doble con queso *cheddar* que Eddie se había permitido como tentempié de media mañana.

No se había dejado engañar nunca por todas aquellas historias que aparecían en los semanarios femeninos sobre los beneficios de comer ligero y beber mucha agua cuando las temperaturas eran altas. La única forma de afrontar el calor intenso sin perder las fuerzas era comer mucho y beber mucha cerveza helada. Ésa era su receta.

Y cuando la dama de turno de la Cruz Roja le decía que cuidado con la cerveza, Eddie se ponía muy serio y citaba el estudio del doctor Henk Hendriks, del equipo holandés del Instituto de Nutrición e Investigación sobre la Alimentación, según el cual la cerveza es rica en vitamina B6 y previene la formación de homocisteína, responsable del incremento del riesgo de padecer infartos.

–O sea, que la cerveza va bien para el corazón –repetía siempre Eddie.

¿Dónde lo había leído? Naturalmente, en uno de aquellos mismos semanarios femeninos que aconsejaban beber mucha agua y comer mucha fruta cuando hace calor. Pero él tendía a omitir ese detalle –incluso ante sí mismo–, igual que omitía el hecho de que el efecto beneficioso de la cerveza se relacionaba con un consumo moderado.

Eddie bebió el último sorbo y dejó que la botella vacía se hundiera hasta el fondo del cubo. La barca avanzaba con lentitud y la caña no daba señales de vida.

Lo mismo ocurría con Michael y Trix, que habían interrumpido toda comunicación desde hacía dos días.

Eddie sabía que esa mañana se proponían recuperar algo muy importante de una caja de seguridad del Banco de Nueva York.

Y lo sabía porque le había facilitado a Michael la «niña» y algún que otro juguetito más.

Pero desde entonces, nada.

En ese momento, no podía ayudarles: se limitaba a escuchar la radio de la policía neoyorquina directamente en su iPad, sujeto al brazo derecho de la silla de combate.

Unos cuantos días antes, le habían relatado el encuentro entre Michael, Trix y Russell.

¡Eso sí que había sido un notición!

Eddie se había emocionado al teléfono y había recibido también los insultos de Trix, quien no conseguía entender lo que su amigo decía porque las palabras de éste se habían convertido en una mezcla de mocos, lágrimas e hipidos.

No se lo había dicho a Trix –y, aunque se lo hubiese dicho, Trix tampoco hubiera entendido nada precisamente porque él estaba llorando–, pero la historia de la búsqueda de pistas de los manuscritos platónicos, que Eddie seguía a distancia desde el *Bongos II*, le estaba resultando tan apasionante como una telenovela. Pero no una serie moderna de esas que estaban en boca de todo el mundo, sino una telenovela como las que veía durante todo el día su abuela, Alejandra Aguilar, sentada en el sofá de su casa de El Cajón con el pequeño Eddie en el regazo. Durante años, Eddie había vivido con entusiasmo, como si fuera real, el mundo de las telenovelas sudamericanas…, aunque no entendiese las tramas.

Y el reencuentro entre Michael y su padre había sido algo grande, espectacular, un golpe de efecto que habría hecho las delicias de su abuela. Aquella noche, Eddie había soñado que su abuela lo sacudía bruscamente en el sofá, mientras exclamaba: «¡Está vivo! ¡Está vivo!».**

Eddie estaba a punto de echarse a llorar de nuevo cuando escuchó un silbido, seguido del chirrido del carrete. La caña se inclinó.

Fijó el freno y sujetó la caña con ambas manos. Por la respuesta del pez, tenía que ser grande. Pero algo no iba bien.

Eddie vaciló un segundo de más con el carrete frenado y la caña levantada. El sedal se tensó y luego se partió con un chasquido

como de látigo, para luego caer lentamente como un espumillón arrancado.

Eddie maldijo entre dientes. Pero no por la pieza que había perdido.

En aquel momento, la radio de la policía de Nueva York, que estaba escuchando en el iPad, comunicó algo que Eddie habría preferido no escuchar.

–Persecución en curso de tres presuntos terroristas, dos hombres y una mujer, blancos. Acaban de salir del Banco de Nueva York y se dirigen hacia el sur por Lexington. Van armados.

46

Poco antes, en Manhattan

Michael había aparcado el Crown Vic un poco antes de llegar al Banco de Nueva York, en un lugar bien visible desde el otro lado de la calle. Delante de la floristería Century Florist.

Había bajado del coche con John y con Trix y había dejado las llaves bajo la visera parasol. Luego, con el capó levantado, había dedicado unos minutos a toquetear el motor y después se había encaminado hacia el banco. A aquellas horas, el vaivén de personas ya era considerable.

Sabían que los estaban observando: dos coches, que se iban relevando el uno al otro, los habían seguido hasta allí.

Los dos vehículos habían aparcado en el mismo lado de la calle en el cual se encontraba estacionado el Crown Vic de John: el Chrysler 300C negro estaba en el cruce con la calle Ochenta y el Corolla beige un poco más abajo, en el cruce con la Setenta y nueve. Un hombre se había apostado delante de Burger One, un establecimiento que vendía hamburguesas, burritos y tacos para llevar, y daba cuenta de un copioso desayuno sin perder de vista la salida del banco. Otro hombre, que había bajado del Corolla, había entrado en el banco para vigilarlos desde el interior. En la misma calle Lexington, algo más adelante, se había apostado un todoterreno negro listo para intervenir si era necesario.

Imposible huir ante aquel despliegue de hombres.

Que las cosas no iban a ser sencillas lo habían adivinado dos días antes, cuando Noah había conseguido informar a John de que los Guardianes lo estaban siguiendo desde que había bajado del avión en Filadelfia. La última comunicación con Eddie había sido interceptada y así habían podido localizarlos. Si aún no los habían capturado ni asesinado era sólo porque los Guardianes querían averiguar qué se proponían, aunque lo más probable era que ya lo hubieran averiguado y tuvieran intención de recuperar el libro.

Lo cual complicaba tremendamente las cosas.

No podían renunciar al libro. Tenían que recuperarlo de la caja de seguridad y alejarse de allí lo más rápido posible.

Decirlo era fácil, claro.

Habían dedicado mucho tiempo a discutir la cuestión. Tenían que entrar los tres: si alguno de ellos se quedaba fuera o en cualquier otro sitio, lo capturarían de inmediato. Pero tampoco les iba a dar tiempo de salir del banco y subir al coche, pues se verían de inmediato rodeados y sin escapatoria posible. De acuerdo, hasta ese momento no les sucedería nada, pero tampoco es que eso fuera un gran consuelo, pues pasara lo que pasara, las posibilidades que tenían de subir al coche y conseguir largarse de allí eran prácticamente nulas. Y provocar un tiroteo en plena calle para después intentar huir a pie habría sido una auténtica locura, pues habrían acabado como los atracadores del Grupo Salvaje.

Hasta Trix, que tenía tendencia a pensar que las armas siempre eran la mejor respuesta en toda situación difícil, tuvo que admitir que aquel caso se le escapaba de las manos.

Había sido Michael quien, en un momento determinado, había propuesto la solución.

–Tenemos que pensar como si estuviéramos planeando atracar el banco.

–Ya, lástima que no seamos una banda de atracadores –había dicho Trix, desanimada.

–Basta con pensar *como si* lo fuéramos.

–Vale, cavamos un túnel en los lavabos y nos escapamos por las alcantarillas. ¿O tienes una idea mejor?

Michael había fingido no captar el sarcasmo de Trix. Había llamado a Eddie con su móvil protegido. Habían pasado un buen rato hablando: estaba claro que Eddie, que se hallaba en la otra punta de Estados Unidos, no parecía muy convencido, pero finalmente había aceptado.

Poco después, Eddie había vuelto a llamar a Michael.

–De acuerdo, todo a punto: la «niña» y los juguetes estarán en sus puestos.

A continuación, Michael les había explicado su plan a Trix y a John.

Era un plan descabellado, pero existía alguna que otra posibilidad de llevarlo a buen puerto. Si todo salía como estaba previsto, conseguirían salir de Manhattan en pocos minutos.

Una grúa azul con la inscripción «Servicio de Asistencia» en el lateral –de cuyo interior procedían hasta hacía unos minutos las notas de una canción de Elton John, *Your Song*– aminoró la marcha para comprobar la matrícula, pasó de largo del Crown Vic aparcado en el lado derecho de la calle y luego se detuvo. Ocupó prácticamente la mitad del carril, con el desparpajo de quien sabe que puede permitirse cualquier maniobra sin problema.

Don, una mole de músculos con gorra y gafas de sol, puso los intermitentes de emergencia, apagó la radio con su querido CD de Elton John y empezó a bajar la plataforma móvil para cargar el vehículo. Carlos y Bryce, los dos hombres que lo acompañaban, descendieron del vehículo de asistencia y se dirigieron hacia el Crown Vic negro que, según había dicho su propietario por teléfono, estaba averiado. Los dos llevaban mono gris con cremallera en la parte delantera, como los que usan los mecánicos en los boxes. Carlos se ocupó del cabrestante y de los patines que se fijaban bajo las ruedas, mientras Bryce se sentaba al volante y recogía las llaves

que estaban bajo la visera parasol. Ambos, lo mismo que el conductor de la grúa, parecían la viva imagen de un calendario de hombres viriles en el trabajo, recién salidos de una sesión de gimnasio y rayos.

Como primera operación del día, no parecía un trabajo demasiado difícil, pues Lexington hace bajada en el tramo comprendido entre las calles Ochenta y Setenta y nueve. No necesitarían más de diez minutos para cargar el coche y marcharse de allí.

–Eh, ¿qué leches pasa ahí?

El hombre dejó el café sobre el salpicadero del Chrysler y, volviéndose hacia el tipo que estaba sentado junto a él en el asiento del pasajero, le indicó la grúa que se había acercado al Crown Vic. En aquel momento, le sonó el móvil: era el jefe del equipo, que estaba en el Corolla beige.

–No me gusta. Aquí pasa algo.

–Pero Patrick ha confirmado que aún están en el sótano, donde la caja de seguridad. Está montando guardia entre la escalera y el ascensor, y no hay ninguna otra forma de subir a la planta baja. Dice que de momento no los ha visto.

–Pero podría tratarse de una trampa.

–¿Crees que es mejor…?

–Sí, detengamos a los hombres de la grúa. Pero tened cuidado, podrían ir armados.

Seis hombres que empuñaban sendas pistolas Glock 17C salieron de sus vehículos y rodearon la grúa. Obligaron a Don a bajar del asiento del conductor, mientras que Carlos y Bryce, que estaban ocupados con el coche, acabaron con el rostro pegado al suelo.

Estaban aterrorizados. Cuatro hombres vestidos con traje oscuro los apuntaban con sus pistolas, sin dejar de gritar. Don y sus hombres no consiguieron siquiera responder a las preguntas que les formularon, se limitaban a repetir que no habían hecho nada.

Pero Don no estaba asustado. Estaba furioso. ¿Cómo se atrevían a fastidiarle el día?

Se quitó la gorra y las gafas, y se dirigió hacia el que parecía el jefe, a pocos centímetros de la pistola que le apuntaba directamente a la cabeza.

–La identificación –dijo.

–Tírate al suelo, imbécil, o estás muerto –le dijo el hombre, con voz serena y mirada glacial.

Don inclinó la cabeza a un lado.

–Si no me enseñas tu identificación, nos quedamos aquí hasta que venga la policía.

Don estaba tranquilo.

–¡Haz lo que te han dicho, Don, por el amor de Dios! –gritó Carlos, que estaba rezando.

Don no se movió. El hombre desvió la pistola ligeramente a la izquierda.

Apretó el gatillo y disparó: la bala le rozó la mejilla a Don y después impactó contra la puerta de la grúa. De repente, a causa del proyectil que se había alojado en el salpicadero, el equipo de música se puso en marcha y se escuchó *Your Song*, de Elton John, a todo volumen.

–La próxima vez te disparo a la cabeza. Al suelo.

Don sonrió y, luego, empezó a cantar con voz de falsete.

It's a little bit funny… This feeling inside…

El hombre entrecerró los párpados.

I'm not one of those who can easily hide…

Desvió de nuevo la pistola hacia la cabeza de John.

I don't have much money, but…

Aumentó la presión sobre el gatillo. Los nudillos del dedo índice se le pusieron blancos.

Boy if I did, I'd buy a big house where…

De las juntas del cañón de la Glock salieron dos nubecillas de gas.

We both could live…

El cañón se inclinó casi imperceptiblemente hacia arriba cuando el proyectil de nueve milímetros parabellum salió disparado. Recorrió

a trescientos sesenta kilómetros por hora el metro escaso que separaba la boca de la Glock del rostro sonriente de Don, le abrió un orificio entre los ojos y salió del cráneo junto con una parte de materia cerebral y fragmentos de hueso, para luego perderse en un punto indefinido detrás de Don.

El impacto lanzó a Don hacia atrás: sus noventa y cinco kilos de músculo se precipitaron al suelo con una lentitud que a Carlos y a Bryce les pareció tan elegante y melancólica como la de una encina talada.

Se dice que, un segundo antes de morir, vemos pasar toda nuestra vida ante nosotros. Tal vez sea cierto, pero en el caso de Don las cosas no fueron así.

Cuando la bala de nueve milímetros parabellum se hallaba a escasos centímetros de su frente y Don estaba cantando la palabra *live*, vio algo que podría definirse como un sueño con los ojos abiertos, pero que era absolutamente real: él de pequeño en la cocina de su casa limpiando un carburador, mientras su madre cantaba, pero era también su mujer, y era también Elton John.

O sea, que al final había conseguido casarse con Elton.

Sintió una emoción que nadie, a excepción de un poeta como Elton John, podría describir. Pero él no era poeta, era un simple mecánico de Nueva Jersey. Y así, cuando el alma, que seguía cantando, se le separó del cuerpo, Don pensó que era como quitarse los zapatos del trabajo cuando uno llega a casa por la noche.

Luego ascendió con ligereza hacia el cielo de Manhattan.

El semáforo cambió.

Michael, que había presenciado toda la escena, no perdió el control. Procedió despacio, manteniendo bajas las revoluciones del motor.

No esperaba pasar inadvertido. La «niña» que Eddie le había proporcionado, un Callaway Camaro SC572 rojo, era tan discreto como Marilyn cantándole el *Happy Birthday, Mr. President* a JFK.

Pero tampoco hacía falta anunciarse con demasiado ruido. Era una cuestión de estilo, como la chaqueta negra de cuero que ahora llevaba sobre la camisa. Si uno no presta atención a los detalles ante la amenaza del fin del mundo, apañado está.

Había llamado a la grúa nada más salir del banco. Todo se había desarrollado según los planes. Michael se había cambiado en los lavabos del sótano del banco, había subido a la planta baja disfrazado de alto directivo –abrigo de cachemira, gafas, sombrero y bigote falso– y había pasado ante las narices del hombre que los estaba vigilando sin despertar sospecha alguna. Había salido tranquilamente del banco y se había dirigido a un garaje no muy lejano, donde había recogido el coche que Eddie le había buscado. Era el momento de ir a buscar a Trix y a John, mientras los hombres de los Guardianes estaban distraídos con la grúa.

Michael telefoneó a Trix.

–Ahora.

El coche se detuvo frente al banco, John y Trix salieron y subieron de inmediato al vehículo: Trix en el asiento del copiloto y John en el poco espacio disponible tras los asientos.

John abrió la bolsa negra que tenía al lado y encontró las armas que Trix le había pedido a Eddie. Sacó una pistola ametralladora MP5 y se la pasó a Trix.

Se abrocharon de inmediato el cinturón de seguridad.

En aquel preciso instante, el jefe de los hombres que estaban con los mecánicos de la grúa, se volvió lentamente, con la pistola humeante aún apuntando ante sí.

Por el extremo de su visión periférica había entrado algo grande y rojo que emitía un borboteo amortiguado, como el de los truenos lejanos que presagian una tormenta.

Y entonces la vio. Una nube de humo de la cual, una fracción de segundo más tarde, salió disparado un proyectil rojo que emitía el sonido de un avión a reacción.

47

En las carreras automovilísticas de *drifting*, el *burnout* es la técnica que consiste en calentar los neumáticos, en la salida, para darles más adherencia.

Era un término que Michael había aprendido muchos años atrás cuando aún era un estudiante apasionado por los coches que participaba en carreras callejeras de *drifting*, es decir, exhibiciones automovilísticas de habilidad en las cuales se valoraba lo que Michael había bautizado como «la estética de la conducción en sobreviraje».

En el *drifting* no cuenta el tiempo en que se recorre el trazado. No cuenta la velocidad. Cuenta el estilo con que los pilotos recorren las curvas derrapando con el tren trasero y contrarrestando la maniobra con un sobreviraje.

No existen escuelas de *drifting*: se aprende practicándolo. Es conducción a lo grande. Conducción transformada en gesto estético. En filosofía.

O eso era, al menos, lo que pensaba Michael.

«Hay quien entiende la filosofía como diálogo y quien la entiende como carrera automovilística en la calle, en la que el objetivo es hacerlos saltar a todos del asiento. Yo conduzco un Chevrolet Camaro RS/SS 396 negro del 68», había dicho una vez, como colofón a su ponencia en un simposio titulado «Filosofía del diálogo intercultural». El comentario había provocado murmullos de desaprobación entre todos los académicos presentes, a excepción de una joven estudiante que estaba preparando su tesis de doctorado sobre Nietzsche y que había esperado a Michael apoyada en el capó de su Camaro, dispuesta a probar la resistencia de los asientos.

El circuito favorito de Michael era la carretera de Mulholland, en las colinas que se hallaban tras las ciudad de Los Ángeles. Concretamente, el tramo llamado «the Snake», la serpiente. Sobre todo de noche y al compás de *Racing in the Street*, de Bruce Springsteen.

–¿No conoces otra música, aparte de Bruce Springsteen? –le había preguntado una vez Alex, harta.

–Conducir y escuchar a Springsteen es lo mismo, cariño.

En ese momento, Michael sentía curiosidad por averiguar qué era capaz de hacer en pleno tráfico de Manhattan a las diez de la mañana, al compás de *Darkness in the Edge of Town*, mientras alguien intentaba asesinarlo.

Introdujo un CD en el equipo de música.

Con el pie izquierdo pisaba el freno, que bloqueaba las ruedas delanteras. Con el derecho acariciaba el acelerador y hacía subir de revoluciones el motor. La unidad de control del motor estaba modificada, de manera que no limitaba las revoluciones con el freno pisado.

La voz ronca del Boss inundó el habitáculo: *«They're still racing out at the Trestles…»*.

–Agarraos bien –dijo Michael.

48

Cuando el motor alcanzó las cuatro mil quinientas revoluciones, Michael metió primera, soltó el embrague y pisó a fondo el acelerador.

Los neumáticos chirriaron y despidieron una nube de humo blanco. Una fracción de segundo después, el coche salió disparado de la nube y voló como un proyectil por Lexington: de cero a cien kilómetros en 3,6 segundos.

Trix y John, que no estaban preparados, se quedaron pegados al asiento, casi sin respiración.

En el cruce con la Setenta y nueve, evitaron por un pelo la colisión con el taxi que conducía un sij. El hombre frenó de golpe, con lo que los neumáticos dejaron una marca de más de un metro en el asfalto y el morro del vehículo bajó hasta casi rozar el suelo.

Excelentes reflejos.

No se podía decir lo mismo, sin embargo, de los coches que lo seguían: colisión en cadena con banda sonora de bocinas, carrocería abollada y faros rotos.

Una traca para empezar.

Los hombres del todoterreno apostado en Lexington justo después del cruce sólo advirtieron el rugido del motor del Callaway Camaro SC572 y un desplazamiento del aire, que embistió su vehículo y lo hizo temblar sobre las suspensiones. Mientras tanto, los dos grupos que habían rodeado a los hombres de la grúa ya habían regresado a sus vehículos y habían iniciado la persecución. El todoterreno se les unió con un chirrido de neumáticos.

El Callaway Camaro SC572 que conducía Michael les llevaba trescientos metros de ventaja. Y seguía alejándose.

–¿Dónde has aprendido a conducir así? –le preguntó John.

–En la carretera de Mulholland –dijo Michael, mientras reducía a tercera y se colaba entre un camión y una hilera de vehículos que hacían cola para girar.

Un coche de la policía, parado junto al bordillo, encendió luces y sirenas y se lanzó tras el Camaro. Así pues, ahora eran cuatro los vehículos que les pisaban los talones. Y no tardarían en llegar otros.

Michael siguió esquivando coches hasta el cruce con la calle Setenta y tres. Había llegado el momento de darle un giro a la huida.

Llegó hasta el centro del cruce, giró bruscamente el volante todo a la derecha y clavó las ruedas delanteras. Como si fuera la punta de un compás, el morro del coche se bloqueó mientras el tren posterior empezaba a derrapar y trazaba un trompo.

Controlado.

Las ruedas traseras ya casi habían completado un semicírculo en torno al morro cuando Michael pisó el acelerador, y con una ligera corrección en contraviraje a la izquierda, enfiló a contramano la avenida Lexington, por la cual acababa de bajar.

Existen dos formas para arreglar cuentas con los perseguidores.

Una de ellas es huir para intentar despistarlos; la otra es lanzarse hacia ellos con el vehículo.

Michael había elegido la primera opción para poner un poco de orden entre sus seguidores, pero había llegado el momento de hacerles frente.

Se dirigió hacia el coche de la policía, que era el primero. El conductor debía de ser un tipo duro, porque no parecía dispuesto a girar.

Pero Michael lo sabía: todos son tipos duros, hasta que giran. Aceleró, para dejar aún más claras cuáles eran sus intenciones.

Y el poli, finalmente, giró. Pero demasiado tarde. Con demasiada brusquedad. Y con el coche equivocado. No tardó en verse

manteniendo un inestable equilibrio sobre las dos ruedas derechas.

Duró poco, sin embargo: el curso de conducción para policías no incluye acrobacias sobre dos ruedas.

El coche volcó, entre el estrépito de luces rotas y el aullido de la sirena, que seguía sonando pero ahora como si tuviese la sordina puesta. Siguió su trayectoria hasta detenerse en el centro mismo del cruce, donde poco antes el coche de Michael había trazado un semicírculo perfecto sobre el asfalto.

Los otros vehículos consiguieron esquivarlo por los pelos, pero la colisión en cadena que se produjo instantes después bloqueó por completo el tráfico.

–No está mal para un profesor de filosofía –dijo Trix.

Michael se volvió hacia ella y le sonrió.

–¡Mira hacia delante!

Los coches que los perseguían se habían colocado uno junto al otro y se dirigían hacia ellos. Algo más atrás, se adivinaba el todoterreno.

Michael dirigió el morro hacia el centro, entre ambos coches.

–Cuidado, que el morro de este coche no aguantará el impacto contra esos dos –dijo John, preocupado.

–¿Y quién ha dicho que yo quiera chocar de morro?

Michael siguió acercándose. El Chrysler y el Corolla avanzaban prácticamente pegados el uno al otro. No tenían intenciones de apartarse, pues sabían que ocupaban la posición de fuerza.

Michael aceleró.

–¡Gira, Michael, por el amor de Dios! –gritó Trix.

Trix y John se prepararon para lo peor. A veinte metros del impacto, Michael repitió la maniobra del trompo controlado: giro del volante, freno para clavar las ruedas traseras y tren trasero que dibuja un arco de 180º.

Pero esta vez, Michael no aceleró cuando el morro y la parte posterior del coche invirtieron sus posiciones. Lo que hizo fue tirar del freno de mano.

El Camaro quedó inmóvil en mitad de la calle.

Michael respiró hondo.

Los coches que los perseguían apenas tuvieron tiempo de ver las luces de freno del Camaro, encendidas en mitad de la nube de humo que había provocado el trompo y la frenada.

En un acto reflejo, giraron uno hacia la izquierda y el otro hacia la derecha, pero de todas formas el impacto fue inevitable. Chocaron contra la parte posterior del coche de Michael y saltaron por los aires como dos bolos que reciben al mismo tiempo el impacto de la bola. Sólo que, en este caso, la bola estaba inmóvil y eran los bolos los que se movían.

El Corolla dio varias vueltas de campana en la calle y terminó con las ruedas apoyadas en el suelo. Pero estaba destrozado y, a resultas del impacto, el techo había quedado a la altura de las puertas. El Chrysler, en cambio, tuvo más suerte. Antes de tocar el suelo, se empotró contra el remolque de un camión que en ese momento cruzaba la avenida Lexington.

El impacto no fue demasiado violento, pues el contenido de las cajas que transportaba el camión amortiguó el golpe. Eso sí, varias toneladas de pescado y hielo cayeron sobre el coche, inmovilizándolo por completo.

–¿Todo bien? –preguntó Michael.

Debido al impacto, el Camaro también había sufrido graves daños, pero el tren trasero aún funcionaba a la perfección.

–Sí –contestaron casi al unísono Trix y John, todavía incrédulos y aturdidos tras el brutal latigazo.

Pero la cosa aún no había acabado.

El todoterreno se les acercaba por detrás a toda velocidad. Y, con el todoterreno, llegaban también las balas que les disparaba el copiloto, que sacaba medio cuerpo por la ventanilla armado con una pistola.

La luneta trasera del Camaro recibió un balazo y reventó en mil fragmentos. La bala rozó a John y fue a alojarse en el reposacabezas reforzado de Michael.

–¡Agachaos!

Michael puso la marcha atrás y empezó a subir de nuevo por Lexington, zigzagueando a gran velocidad entre los coches y guiándose sólo por los retrovisores laterales.

Seguían lloviendo las balas.

–¡Trix, prepárate para disparar!

Trix bajó el cristal de la ventanilla y empuñó la pistola ametralladora.

El Camaro seguía retrocediendo a toda velocidad. A pocos metros del impacto con el todoterreno, Michael levantó el pie del acelerador y dio un golpe de volante a la izquierda: el morro del Chevrolet empezó a girar a la derecha, esta vez sobre el eje de las ruedas posteriores. Cuando el vehículo quedó atravesado en mitad de la calzada, formando una T invertida con el todoterreno que los perseguía, Michael exclamó:

–¡Fuego!

La ventanilla lateral encuadraba perfectamente el morro del todoterreno. Trix, que había colocado el selector de disparo en modo automático, disparó una ráfaga ensordecedora que salió de la boca de la pistola ametralladora acompañada de lenguas de fuego. Michael, mientras tanto, puso primera y enfiló la calle Setenta y siete, en dirección a Park Avenue.

Los proyectiles calibre 9 mm parabellum impactaron de derecha a izquierda contra el parabrisas del todoterreno. Las balas hicieron añicos el cristal y partieron en dos, literalmente, al conductor y al copiloto. Mientras se alejaban, el todoterreno siguió avanzando sin control por Lexington.

Instantes después oyeron sirenas a lo lejos, tras ellos. Varios coches de la policía los perseguían. Michael pisó a fondo el acelerador y llegó a alcanzar los doscientos veinte kilómetros por hora en pleno Manhattan. Con cada cambio de rasante, el tren trasero medio destrozado tocaba el suelo y dejaba tras de sí una estela de chispas.

Cruzaron Park Avenue y Madison Avenue sin detenerse siquiera en los semáforos. A llegar al cruce con la Quinta, Michael dio un

golpe de volante hacia la izquierda primero y hacia la derecha después, con lo que el tren posterior perdió adherencia. Los neumáticos se deslizaron lateralmente mientras seguían rodando hacia delante: lo que se conoce, en jerga automovilística, como *derrape*.

Y Michael completó un derrape perfecto.

Enfiló la Quinta Avenida en dirección norte, mientras los coches que los perseguían aún estaban a la altura de Park Avenue. Instantes después, entró en un aparcamiento subterráneo.

Al hablar por teléfono con Eddie, Michael había sido muy claro:

–Necesito dos coches, Eddie: uno potente y veloz; el otro, una camioneta.

–¿Y para qué quieres dos coches?

–Quiero salir de Nueva York pasando casi inadvertido.

Eddie, al otro lado de la línea, había suspirado. Para ese tipo de cosas hacía falta mucho dinero y el robo en internet de tarjetas de crédito no era, precisamente, un juego de niños.

–Necesito por lo menos un par de días –le había dicho Eddie.

–De acuerdo, pero quiero dos coches distintos, en dos aparcamientos subterráneos distintos.

–¿Algo más?

–Ah, sí, ya que estás… unas cuantas armas para Trix.

Cuando la camioneta Dodge 2500 SLT, de color blanco, salió del aparcamiento subterráneo con tres personas a bordo, nadie le prestó atención.

Todas las patrullas de Manhattan estaban buscando un Chevrolet rojo. Que había desaparecido de repente.

Lo peor ya había pasado. Sólo les quedaba entrar en el Lincoln Tunnel y dirigirse hacia Fort Meade, la sede de la NSA en Maryland. Michael ya tenía en las manos algo con lo que poder convencer a Olivia Kaplan.

Todos respiraron hondo. Había sido una mañana complicada.

Michael estaba pensando en lo que habían descubierto apenas unas horas antes en el sótano del banco.

49

Apenas unos segundos y el ascensor se detuvo.

Durante un instante, Michael creyó que tal vez se tratara de una trampa, pero las puertas se abrieron, sin hacer ruido apenas, y el temor de Michael se esfumó. Ante ellos se abría un largo pasillo desierto, iluminado por una luz blanca.

Habían descendido cinco plantas por debajo de la superficie caótica de Manhattan, hasta un búnker de metal y cemento armado a prueba de fracturas excavado directamente en el esquisto de Manhattan, un lecho de roca metamórfica que nace bajo Central Park y se extiende hasta Midtown.

Se dirigieron hacia la sala de las cajas de seguridad. Los pasos resonaban en el silencio: aquella serie de pasillos de techo bajo parecía un laberinto destinado a no terminar nunca. Giraron a la izquierda, hacia un pasillo más amplio. De las paredes colgaban antiguas fotografías en blanco y negro que reflejaban las diversas etapas de construcción del banco, desde la excavación de los cimientos hasta la inauguración en los años sesenta, durante la época del segundo *boom* de construcción de rascacielos. Una de esas fotos en particular, que no parecía tener nada que ver con la construcción del banco, le llamó la atención a Michael.

Se detuvo unos instantes a contemplarla.

Extrañas formaciones de piedra en una especie de gruta.

Como decía el pie de foto, la imagen correspondía a un bosque petrificado, de unos diez mil años de antigüedad, descubierto a sesenta metros de profundidad durante la excavación de un túnel en el Upper West Side.

Al ver aquella fotografía, Michael recordó un artículo que había leído tiempo atrás, en el cual se hablaba de un túnel al cual podía llegarse con un ascensor que descendía cientos de metros en el subsuelo de Manhattan. Uno de los ingenieros que habían participado en la construcción había declarado que aquél era el único punto en que uno podía sentirse próximo al centro de la tierra.

Sólo se encontraban cinco plantas por debajo del nivel del suelo, pero en ese momento, Michael tenía exactamente la misma sensación.

Una vez más, se habían visto obligados a descender. Como si fuera necesario, con el fin de descubrir la verdad, excavar bajo la superficie, ir más allá de las cosas tal y como las vemos para observar su lado escondido, oscuro, subterráneo.

Pero… ¿de verdad era el camino correcto?

–Ya casi hemos llegado –dijo el empleado del banco que los había acompañado, un hombre de unos cincuenta años vestido con un impecable traje azul noche de rayas.

El hombre se detuvo ante una enorme puerta blindada. Introdujo una llave y apoyó la mano en un lector de huellas dactilares. La puerta emitió los sonidos metálicos propios de un mecanismo en movimiento, sonidos que cesaron al poco.

El hombre accionó el tirador y la puerta se abrió; al otro lado, se hallaba una sala enorme ocupada por miles de cajas de seguridad.

Le entregó a John la llave 2303 y le indicó dónde se encontraba la caja. Michael y Trix tendrían que esperar fuera.

Habían pasado muchos años.

John no recordaba casi nada del día en que había depositado allí sus cosas antes de marcharse, en dos cajas distintas. En la mente sólo conservaba retazos de imágenes borrosas en blanco y negro: la nieve que caía sobre Nueva York, un embotellamiento, la foto de su esposa y de su hijo que contemplaba a cada momento, la pelota de

béisbol de Michael, que había tenido en la mano durante todo el viaje en avión…

Si hubiese intentado poner orden entre sus propios recuerdos, con calma, tal vez habría podido recuperar los fragmentos de aquella época perdida. Pero no quería esforzarse por evocar cosas que tal vez le hicieran revivir un dolor que, lo sabía muy bien, no podría soportar.

Apretó la llave en la mano y se dirigió hacia la caja de seguridad: se encontraba en la pared que estaba frente a la puerta, en la parte derecha.

Introdujo la llave en la ranura situada exactamente en el centro de la taquilla señalada con el número 2303 y la giró.

La taquilla se abrió con un chasquido. John extrajo la caja metálica depositada en el interior, cerró de nuevo la taquilla y abandonó la sala.

El hombre del traje azul los condujo a otra sala situada algo más adelante.

–Nuestros clientes tienen derecho a ocuparse de sus asuntos con toda tranquilidad, sin tener que salir del banco –dijo.

Se marchó, cerrando tras de sí la única puerta de acceso a una sala en cuyo centro, iluminado por la luz amarilla de varias lámparas empotradas en el techo, se hallaba una gran mesa de teca de los bosques tropicales de Birmania. A los lados de la mesa, colocadas de forma perfectamente simétrica, se hallaban cuatro sillas tapizadas en cuero. Sobre la mesa, una jarra de café, una botella de agua y zumo de naranja. Se oía, aunque amortiguada, la vibración grave del sistema de ventilación.

Echaron un vistazo a su alrededor, como si no supieran muy bien qué hacer.

–¿También habrá cámaras, aparte de café y zumo de naranja? –dijo Trix, mientras paseaba por la sala.

–No, o eso es lo que dice el contrato, por lo menos –respondió John.

–Tienen que velar por la intimidad del cliente –añadió Michael.

–¿Y vosotros os fiáis de lo que dicen los bancos?

John y Michael cruzaron una mirada y sonrieron.

Trix se dirigió al centro de la sala. Se sentó, se sirvió una taza de café y colocó los pies sobre la mesa, balanceándose en la silla.

–Bueno, ¿y ahora qué hacemos? –preguntó.

Fue Michael quien respondió:

–Procedamos según lo planeado. Intentaré descifrar aquí los apuntes de mi abuelo. Tal vez no tengan ningún valor, pero debemos saber qué es lo que dice por si acaso nuestro plan de fuga fracasa y los tipos que nos esperan fuera consiguen capturarnos y quitarnos el libro. El hecho de que haya cámaras no cambia nada, pues si no nos quedamos aquí mucho tiempo, no despertaremos las sospechas de los empleados del banco.

–Buena idea, larguémonos de aquí lo antes posible. Más que nada, porque el café da asco –sentenció Trix.

John abrió la caja de metal que había depositado sobre la mesa y extrajo el contenido: un sobre de plástico transparente a través del cual se veía la cubierta descolorida de *Viaje al centro de la Tierra*, de Julio Verne.

Aquel libro había permanecido allí, sepultado en las entrañas de Manhattan, decenas de años.

John abrió el sobre y de su interior emanó un olor a pegamento y papel viejo. Se volvió hacia Michael.

–Esto es tuyo.

La caligrafía era densa, minúscula.

Los caracteres griegos, escritos con tinta azul, ocupaban por completo los márgenes laterales, superior e inferior de varias páginas de *Viaje al centro de la Tierra*, desde el capítulo dieciocho hasta el treinta y uno.

Mientras recorría con la mirada lo que un ojo menos experto habría tomado por simples garabatos, Michael no pudo evitar pensar en las glosas antiguas que, algunas veces, rodean completamente el

texto, lo encierran en un cofre de palabras, como una perla que se forma en torno a un cuerpo extraño.

Michael iba pasando las páginas amarilleadas por el paso del tiempo con el mismo cuidado que si estuviese manipulando un antiguo pergamino.

Trix y John lo observaron sin pronunciar palabra.

Michael estaba fascinado por el texto.

Aquél era el libro que su abuelo le había leído durante la visita al hospital psiquiátrico de Salem, para después regalárselo. Y tal vez allí, en aquel libro sepulto en los recovecos de su memoria, se encontrara la clave para descifrar el enigma de las doctrinas secretas de Platón.

Antes de empezar a traducir el texto griego, Michael leyó dos pasajes que Robert había subrayado con ahínco, hasta casi volverlos ilegibles. Era importante no pasar por alto nada que pudiera arrojar luz sobre la interpretación del texto.

> Que ni tú ni nadie sabe con seguridad lo que pasa en el interior del globo, dado que apenas si se conoce la diezmilésima parte de su radio; que la ciencia es eminentemente perfectible, y que cada teoría se ve constantemente rebatida por una teoría nueva.

Y luego, algo más adelante:

> –Es un manicomio –dijo uno de nuestros compañeros de viaje.
>
> Bueno –pensé yo–, en ese establecimiento deberíamos terminar nuestros días. Y por grande que sea ese hospital, siempre será demasiado pequeño para contener toda la locura del profesor Lidenbrock.

Michael estaba perplejo: aquellas palabras de la novela de Verne parecían inspiradas en la vida de su abuelo. Imposible decir cuándo había nacido el interés de Robert por *Viaje al centro de la Tierra*, pero se trataba de algo profundo, arraigado en su subconsciente, capaz de resistir al proceso de lobotomización. Y era probable que

Verne hubiese desempeñado un papel fundamental en la lectura que Robert había hecho de los papiros de Platón e incluso lo hubiese llevado a creer en la teoría de la tierra hueca.

Robert había mezclado novela y filosofía, Platón y Verne, y había acabado por creer en la verdad de una ficción.

Había llegado el momento de intentar descifrar el texto griego, pero manteniéndose a una distancia de seguridad crítica de aquella historia, tan fascinante como una novela.

Michael sacó un cuaderno y un bolígrafo del bolsillo de la chaqueta.

Tras haber analizado el texto en griego, se dio cuenta de que se trataba en gran parte de una transcripción de las doctrinas no escritas.

Pero había una diferencia. El texto que su abuelo había escrito a mano era el texto íntegro, es decir, que incluía también el contenido del fragmento de papiro que Michael creía perdido.

Empezó a traducir y, sin apartar la vista del libro, anotaba algo de vez en cuando en su cuaderno.

–Bueno, ¿qué es lo que dice? –preguntó Trix, impaciente.

Ya habían transcurrido unos diez minutos y Michael ya había dejado de pasar las páginas hacia delante y hacia atrás.

La voz de Trix lo apartó de sus pensamientos. Michael alzó la mirada del libro, con aire ausente.

Respiró hondo.

–*Polos Antarktikos* –dijo, recurriendo a la expresión griega.

Polos Antarktikos eran las palabras que, en la antigua Grecia, se utilizaban para referirse a la Antártida, es decir, el territorio opuesto al territorio del hemisferio norte que se hallaba bajo la constelación de la Osa Mayor, *Arktos* en griego antiguo. Si bien la Antártida se había avistado por primera vez en 1820, a partir del siglo IV a. de C. los griegos ya teorizaban acerca de la existencia de un territorio que

en el mundo latino había adoptado el nombre de *Terra australis incognita*.

Michael había encontrado por fin lo que buscaba.

No cabía la menor duda: su abuelo había transcrito, en los márgenes de *Viaje al centro de la Tierra*, la primera parte del papiro que faltaba en las doctrinas secretas de Platón, donde se hablaba de la vía de entrada al mundo subterráneo y a la isla.

El papiro relataba una especie de viaje iniciático que representaba, al mismo tiempo, un regreso al lugar de origen –es decir, al pasado– y un viaje hacia el futuro.

Cosa que no suponía contradicción alguna.

El lugar de origen hacia el cual conducía lo que en el texto se definía como «la vía» venía indicado también como el lugar de la palingenesia: el renacimiento del mundo del cual se hablaba en la parte final de los papiros que Michael había estudiado.

Pero lo más importante de todo era que, en el papiro, se especificaba dónde estaba la vía de entrada a la tierra hueca.

Platón intervenía directamente en el texto que él mismo había traducido y afirmaba que el antiguo paso hacia el centro de la tierra se encontraba en un gran lago de la región que los griegos llamaban «Antártida».

Era muy probable que los nazis hubiesen seguido esas indicaciones para construir su ciudad subterránea.

Y era muy probable que las leyendas sobre una base nazi subterránea en la Antártida fuesen ciertas. Y que desde allí se estuviese preparando el último ataque del Reich.

Pero lo que inquietaba a Michael no era la verdad que acababa de descubrir.

Michael se sentía inquieto porque ya hacía tiempo que conocía esa verdad. Desde que su abuelo se la había revelado en forma de relato.

Michael siempre había creído recordar que su abuelo, aquella lejana tarde en que se habían conocido en el hospital psiquiátrico de Salem, le había leído unas cuantas páginas de un libro que, a la

postre, había resultado ser *Viaje al centro de la Tierra*, de Julio Verne.

Pero no era cierto.

Lo que en realidad le había leído su abuelo era la traducción de las doctrinas no escritas de Platón, anotada en los márgenes del libro que luego le había regalado.

50

Hospital psiquiátrico estatal de Salem, Oregón, 1981

Bajo la gruesa chaqueta de lana marrón, llevaba unos pantalones de tela blanca, el mismo uniforme que el resto de los pacientes. En los pies, unas zapatillas de invierno, a cuadros rojos y negros.

Era un cálido domingo de mayo.

A Robert se le antojaba impensable ponerse algo más ligero. Casi todos los pacientes del hospital tenían sus propias manías y obsesiones, que cultivaban con el mayor esmero.

Robert tenía frío.

Todos los días del año repetía lo mismo: «Hace mucho frío, hace mucho frío». Y, mientras, se iba encendiendo un cigarrillo tras otro y con ambas manos protegía el mechero de un viento inexistente. Como si, en su mente, el tiempo se hubiera detenido un día del invierno de 1946, el día en que lo habían internado y lobotomizado. El encargado de hacerlo había sido James W. Watts, el mismo médico que en 1941 había lobotomizado a Rose Marie Kennedy, la hermana de John Fitzgerald Kennedy.

Las primeras veces que fue a verlo, John había intentado convencer a su padre por las buenas para que se vistiera de un modo más adecuado. Luego había recurrido a los reproches, sin perder de vista lo que el médico le había dicho: que su padre tenía la edad mental de un niño de seis años, aunque conservaba algunas de las capacidades adquiridas antes de la lobotomía, como leer y escribir.

Pero ni los razonamientos ni los reproches habían provocado efecto alguno en aquel padre niño. Ya hacía mucho que John había renunciado a comentar el atuendo de su padre. No servía de nada, sólo ponía a Robert nervioso y antipático. Y, de todas formas, ya se había acostumbrado.

* * *

Michael observaba con cierto temor a aquel hombre arrebujado en su chaqueta de lana, que fumaba sentado en un banco a la sombra de un gran tilo.

Lucía una espesa barba blanca y llevaba el pelo, también blanco, peinado hacia atrás. La cabellera le llegaba casi hasta los hombros.

Michael apretó con fuerza la mano de John y se volvió a mirarlo, como si quisiera preguntarle si de verdad tenía que ir a conocer a aquel señor tan viejo que sólo había visto en fotografías.

–¿Ya podemos volver a casa, papá?

John se acuclilló y apoyó las manos en los hombros de su hijo.

–Tu abuelo Robert me ha dicho que le gustaría mucho conocerte.

–Pero es que yo…

–Y que quiere hacerte un regalo. ¿Qué te parece si vamos a saludarlo?

–¿Tenemos que ir?

John miró a su hijo a los ojos y sonrió.

–Sólo si tú quieres, Michael.

–¿Juntos?

–Claro.

Michael suspiró y asintió. Contempló al hombre que en ese momento lo observaba con una extraña sonrisa.

John confió en haber hecho lo correcto. Llegaron junto al banco.

–Hola, papá. Éste es Michael.

–Ah, hola, Michael, ¡hacía mucho tiempo que te esperaba!

Robert arrojó el cigarrillo al suelo, se puso en pie y abrazó a Michael, que tensó el cuerpo y contuvo el aliento. Luego soltó al

niño.

–¿Lo quieres? –le preguntó Robert, al tiempo que le entregaba un libro.

Michael se volvió hacia John.

–Es un libro que quiere regalarte el abuelo. Anda, cógelo.

–¡Ah, sí, es un regalo precioso! –dijo Robert.

Michael cogió el libro. Aquel hombre era distinto a todos los adultos que conocía. Desprendía un agradable olor a tabaco. Parecía más bien un niño y le acababa de regalar un libro. La cubierta le gustaba mucho: era el dibujo de una gruta enorme, con unos cuantos hombres en el interior. Michael decidió que Robert le caía bien.

–Si quieres, te lo leo –dijo Robert.

Michael asintió.

–Pero vamos dentro, que aquí hace frío –añadió el anciano.

–Papá, se está la mar de bien, te lo aseguro. Léele el libro aquí a Michael –dijo John, que no quería que su hijo viese a los demás pacientes del hospital.

Robert comprobó que llevara abrochados todos los botones de la chaqueta y se bajó las mangas hasta las manos.

–De acuerdo –dijo.

Empezó a pasar las páginas, como si estuviera decidiendo por dónde empezar.

En aquel momento, John vio al director del hospital, que se dirigía hacia ellos. Supuso que quería hablar con él, pero no le gustaba la idea de que Michael escuchase la conversación.

–Michael, ¿te importa que vaya a hablar un momento con aquel médico mientras el abuelo te lee el libro? No me alejaré, estaré a unos pocos metros de aquí. Si te aburres, vienes a verme, ¿vale?

–Vale –respondió Michael, no muy convencido.

John se acercó al director y empezaron a hablar, mientras paseaban sin alejarse mucho de allí.

Michael se apoyó en el respaldo del banco y esperó a que su abuelo empezara a leer, mientras seguía con la mirada a su padre.

Al cabo de unos instantes, el abuelo pareció haber encontrado lo que estaba buscando y empezó a leer:

Aquí empieza la doctrina secreta que revela la vía hacia la otra región, el abismo en el que todo tuvo un primer comienzo y en el que todo, tras una conflagración, encontrará el Otro Comienzo. Porque comunes son el comienzo y el fin en el círculo del tiempo y al comienzo sólo existe la realidad del abismo absoluto.

Pero presta atención a lo siguiente: lo que propicia el comienzo ama esconderse. Así, no lo descubrirás si no crees en lo imposible, porque está oculto a la búsqueda. Para llegar a ello no existe camino visible al intelecto, sino tan sólo una vía oculta que no se dejará descubrir si careces de fe.

Y ahora, escucha la palabra tal y como la han dictado los Grandes Antiguos:

En el interior de la tierra, en correspondencia con sus cavidades, existen muchas regiones. Algunas de ellas más profundas y amplias que esta en la que habitamos, otras más profundas pero de menor amplitud.

Todas esas regiones aparecen perforadas en diversas partes por galerías subterráneas, unas veces estrechas y otras anchas, que se comunican entre ellas.

Uno de los abismos de la tierra, el más grande de todos, atraviesa la tierra por completo: desde la superficie hasta la cavidad interior.

Ésa es la vía: recta y sinuosa, vía hacia arriba y vía hacia abajo, una sola y la misma en el abismo.

Y esa vía rebosa aguas que fluyen de una cuenca a otra, del gran lago de la superficie por el abismo hasta el mar interior en el que reina la isla, tierra santa y pura, morada del Rey del mundo donde se sobrevive eternamente y se poseen todos los bienes.

Y este lago que fue en sus orígenes el primer mar se encuentra hoy en la tierra antártica ignota para la mayoría.

Hasta allí tendrás que ir para entrar en la región de la tierra hueca y alcanzar la isla.

Michael no había entendido nada de lo que le había leído su abuelo. Aquel cuento no le había gustado.

En ese momento, el abuelo parecía haber perdido todo interés por él y por el libro.

–Hace mucho frío, hace mucho frío –dijo.

Luego se puso en pie y se dirigió hacia el edificio del hospital, mientras intentaba encenderse un cigarrillo.

John seguía hablando con el director del hospital y no vio nada. Michael cogió el libro, que Robert había dejado sobre el banco, y lo hojeó. Estaba todo garabateado. Se lo guardó en la mochila.

Casi enseguida, lo olvidó por completo.

51

Manhattan, diciembre de 2014

A través de los árboles ya desnudos que bordeaban la calle a la derecha, Trix observaba a las personas que habían salido a correr por Central Park.

Sintió envidia.

En el fondo, podía decirse que ella nunca había tenido una vida normal. Aunque tampoco la habría soportado.

Probablemente, deseaba lo que sabía que no podía amar. Era un deseo de felicidad, que se esfumaba con tanta rapidez como llegaba.

Se volvió hacia Michael, al volante de la camioneta.

–Es una locura, no se lo creerán nunca.

No la convencía en absoluto la idea de reunirse con Olivia Kaplan en la NSA. Aquella parte del plan que habían trazado en un motel mientras comían una pizza, se le antojaba un suicidio. Se había opuesto desde el principio. E incluso había esperado que Olivia Kaplan no aceptase la propuesta de reunirse con ellos.

–No nos queda otra opción, Trix. He hablado con Kaplan y me ha asegurado que nos escuchará –respondió Michael.

–Ya, para luego dar la orden de que nos arresten, acusados de terrorismo. Si tenemos suerte, acabaremos como el soldado Bradley Manning: doce meses de aislamiento en Quantico. Pero podría irnos mucho peor.

–Confío en Olivia.

–La confianza no tiene nada que ver. Ellos están haciendo su trabajo y punto. Y los únicos que aún no lo han entendido son los

imbéciles de WikiLeaks. Pero ese trabajo tiene unas reglas que sirven para garantizar la seguridad de los ciudadanos. Y nosotros, en estos momentos, somos una amenaza para Estados Unidos.

Circulaban por la Quinta Avenida y acababan de dejar atrás Central Park. El ruido del tráfico quedaba amortiguado bajo las sirenas. Dos helicópteros habían emprendido el vuelo.

Se había iniciado una persecución sin cuartel.

Michael encendió la radio. Todas las emisoras que consiguió captar hablaban de la persecución de un grupo de terroristas en Nueva York.

Sintonizó Radio NY Live. La locutora hablaba con voz agitada.

–No disponemos aún de noticias confirmadas, pero las fuentes de la policía hablan de dos agentes heridos y varias víctimas mortales durante una espectacular persecución que ha terminado con un tiroteo. Toda la zona del Upper East Side ha quedado cerrada al tráfico y se han instalado varios controles por todo Manhattan. De momento, no hay ni rastro del vehículo en el que viajan los terroristas, un Camaro rojo. Según una noticia de última hora que acabamos de recibir, el metro de Manhattan también está cerrado.

–¡Mierda! –exclamó Trix.

Tenían que darse prisa para abandonar la ciudad.

–¿Qué propones que hagamos, Trix? –le preguntó Michael.

–Olvidarnos de la NSA, enviar toda la información a la prensa y desaparecer lo antes posible. Eddie puede proporcionarnos pasaportes falsos. Y mañana leemos nuestra historia en el *New York Times* mientras descansamos tranquilamente en las playas de Tailandia.

Michael se volvió para mirar a Trix. No bromeaba. ¿Y si fuera ella la que tenía razón?

Mientras hablaba por teléfono con Olivia Kaplan para acordar un encuentro en la NSA, Michael había albergado los mismos temores que Trix. Kaplan no había podido ofrecerle garantías; se había

limitado a decir que estaba dispuesta a escucharlo. Pero la larga fuga y la estela de muertos que habían dejado a su paso no jugaban, ciertamente, a su favor.

John, que hasta ese momento había guardado silencio, se volvió hacia Trix.

–¿Has visto *Los tres días del Cóndor*?

Trix vaciló durante unos instantes y luego se volvió para mirar a John.

–No, ¿por qué?

–Lástima, es una gran película. Al final, el agente de la CIA al que interpreta Robert Redford entrega al *New York Times* un informe que saca a la luz una conspiración orquestada por una sección de la agencia. En ese momento, el subdirector de la CIA le dice a Redford: «¿Estás seguro de que lo van a publicar? Adelante, adelante, sigue por ese camino, pero… ¿adónde te llevará si no lo publican?».

Beatrix no dijo nada. Michael siguió conduciendo en silencio.

John estaba en lo cierto: debían tener valor para hacer lo correcto. Y lo correcto, aunque se arriesgaran a acabar en la cárcel, era entregar a la NSA la información de la que disponían.

Giraron a la derecha en la calle Cuarenta y uno, en dirección al Lincoln Tunnel. Unos pocos minutos más y entrarían en Nueva Jersey.

Estaban atrapados entre el tráfico que se dirigía hacia la entrada del túnel que, pasando bajo el río Hudson, conectaba Manhattan con Weehawken.

De repente, llegaron varios coches de la policía con las sirenas a todo volumen. Cerraron el acceso al túnel y rodearon la zona. Varios agentes de policía, equipados con megáfonos, se situaron en mitad de la calzada, mientras los otros permanecían en pie, detrás de las puertas de los coches patrulla, apuntando con las pistolas.

Los agentes que llevaban megáfono pidieron a los conductores que apagaran el motor y permaneciesen dentro de los vehículos, los

cuales iban a ser registrados uno por uno.

Tenían que mantener la calma. John se escondió entre los asientos. Michael apagó la radio y aguardó hasta que un agente se acercó a la ventanilla del coche.

–Buenos días, agente, ¿qué diantre está pasando? –exclamó Michael, mientras le entregaba el carné de conducir falso que Eddie le había conseguido, junto con la documentación de la camioneta.

El poli no dijo nada. Comprobó por radio la matrícula. Limpia. En ese momento, relajó un poco la expresión.

–Disculpe, pero estamos llevando a cabo controles antiterroristas. ¿No ha escuchado la radio?

–Hace años que no funciona, un día de estos tendré que llevarla a arreglar. ¿Ha habido un atentado?

–No, pero hay varios muertos.

–Vaya.

El agente comprobó también los documentos de Trix. Todo en orden. Se alejó.

Apenas habían tenido tiempo de recuperar el aliento cuando oyeron un golpecito en el cristal de la ventanilla de Trix. Vieron a otro poli, este más joven, que les sonreía. Trix bajó la ventanilla.

–Buenos días. Su compañero nos acaba de pedir la documentación.

–Sí, ya lo sé, gracias. Tengo que pedirles que bajen, por favor, he de registrar el vehículo.

–Claro, no hay problema –dijo Trix, al tiempo que se volvía hacia Michael.

Michael no vaciló. Arrancó el motor, puso la marcha atrás y golpeó el coche que tenía detrás, desplazándolo un par de metros. Luego hizo avanzar la camioneta a trompicones, subió a la acera de la derecha y empezó a recorrerla marcha atrás a toda velocidad.

Los polis dispararon unas cuantas balas contra la camioneta que se daba a la fuga, pero luego se interrumpieron. El riesgo de herir a los ocupantes de los otros vehículos era demasiado alto.

Sin embargo, habían alcanzado el parabrisas de la camioneta en dos puntos distintos, lo cual había convertido el cristal en una telaraña de grietas. Trix se puso a golpearlo con ambos pies, hasta que cedió por completo.

Tras haber recorrido varios centenares de metros sobre la acera, Michael llegó hasta lo alto de la subida que conducía al túnel: giró entonces el volante a la derecha, con lo que la camioneta dio una vuelta sobre sí misma, y enfiló la calle Cuarenta a toda velocidad.

A lo lejos, tras ellos, se oían sirenas. La tapadera había saltado, por lo que estaban de nuevo en el ojo del huracán.

–¿Qué te propones hacer? –le gritó John.

Era difícil hacerse oír en una camioneta que circulaba a toda velocidad entre el tráfico y sin cristal parabrisas.

–Podemos probar por los puentes, pero no creo que tarden mucho…

En aquel preciso instante, las palabras de la locutora de Radio NY Live truncaron el fino hilo de esperanza al cual se estaba aferrando Michael:

–Según las declaraciones que acaba de realizar el responsable de la policía de Nueva York, a partir de este momento quedan cerradas todas las salidas y entradas de Manhattan.

–Estamos atrapados.

Michael golpeó el volante con un puño y luego echó un vistazo al espejo retrovisor, para comprobar si los coches de la policía les estaban ganando terreno.

–Todavía no. Podemos utilizar otro camino –dijo Trix, mientras sacaba un fusil de asalto de la bolsa negra de nailon que tenía al lado.

–¿Qué otro camino, Trix?

–Dirígete hacia el Chelsea Waterside Park.

–¿Te has vuelto loca?

–Es nuestra única esperanza.

Michael observó a Trix.

–De acuerdo.

En aquel momento, Michael empezó a zigzaguear. Y los demás no tardaron en comprender el motivo: un disparo de pistola hizo añicos el retrovisor derecho.

La policía aún estaba lejos, pero habían llamado la atención de alguien que aún no se había dado por vencido.

Los ocupantes del todoterreno que los seguía habían empezado a disparar.

52

El cargador de treinta balas entró en el fusil de asalto M4 con un golpe seco.

Eddie no había conseguido procurarle los cartuchos 5,56 x 45 mm OTAN.

No se puede tener todo.

Tendría que conformarse con proyectiles del calibre 223 Remington, pero no eran lo mismo. Los primeros llevan en el interior del proyectil un núcleo de acero, mientras que los de calibre 223 Remington no lo tienen.

Michael tomó a toda velocidad la curva para entrar en la Novena Avenida, tiró del freno de mano y giró el volante.

La camioneta se deslizó de lado, entre el chirrido de los neumáticos.

Dos coches llegaban en ese momento por la Novena Avenida, a unos diez metros de distancia el uno del otro. La camioneta pasó sin problemas entre ambos y siguió deslizándose de lado durante unos cuantos metros más, hasta casi rozar el bordillo de la acera.

La mujer que conducía el Honda Civic verde vio pasar por delante, de repente, una camioneta y pensó que se trataba de una alucinación. No se molestó en frenar, sino que siguió su marcha tan tranquila.

Tenía que dejar la dieta.

Siguió circulando varios cientos de metros, luego aparcó a la derecha y entró en un McDonald’s.

Durante un segundo, creyeron que la camioneta acabaría volcando, pero Michael dio un volantazo y devolvió al asfalto las dos ruedas de la derecha, que se habían levantado del suelo.

Los resistentes amortiguadores se encargaron del resto.

* * *

El anciano que estaba sentado en el mismo banco de la Novena Avenida que ocupaba todas las mañanas desde que su mujer había muerto, ya hacía diez años, bajó unos pocos centímetros el periódico que estaba leyendo y se tocó las gafas, como si quisiera enfocar mejor la camioneta que se había detenido a pocos metros de él.

Sacudió la cabeza y sonrió. Divina juventud.

Luego, sin dejar de sujetar el periódico, levantó el pulgar de la mano derecha en un gesto de aprobación y retomó la lectura de la sección de deportes.

Sólo hay que pasar unas cuantas horas sentado en un banco de Nueva York para ver cosas imposibles.

Trix saltó al asiento posterior, junto a John.

Aún no había terminado.

De la bolsa negra de nailon que contenía las armas extrajo una funda axilar, se la puso e introdujo dentro una Glock 17. Luego cogió un cilindro negro y se lo guardó en uno de los bolsillos exteriores del pantalón. En el otro colocó varios cartuchos del tamaño de limones.

–Cúbreme –le dijo a John.

John asintió; sabía lo que tenía que hacer. Se asomó por la ventanilla y empezó a disparar con la pistola ametralladora hacia el todoterreno. El vehículo aminoró la marcha y se situó tras otro coche para protegerse. John pensó que tenía que estar atento para no herir a civiles inocentes. Trix aprovechó el momento de calma: abrió la puerta de la izquierda y, sujetándose al techo, saltó a la caja descubierta de la camioneta.

Se tendió en el suelo, que estaba sucio de mantillo.

Oyó el sonido metálico de los proyectiles que impactaban contra la carrocería. Podían atravesarla y herirla a ella.

Esperó a que John disparase una ráfaga. Nada más escuchar el sonido de la pistola ametralladora MP5, apoyó una rodilla en el suelo, pero el volantazo inesperado de Michael y la posterior colisión contra el lateral de otro coche la hicieron caer.

Les habían dado en las ruedas traseras. La camioneta iba de un lado a otro y Michael tuvo que aminorar la marcha para no perder el control.

El coche contra el que habían chocado se salió de la calzada y fue a estrellarse contra dos cabinas telefónicas con letreros publicitarios de la película *Kung Fu Panda* 3.

El hombre que iba al volante empezó a insultarlos.

Bien.

Significaba que no tenía nada grave, cabreo aparte.

Y, a decir verdad, él también tenía una buena parte de responsabilidad: si no hubiera estado hablando por el móvil con su amante mientras conducía, a lo mejor podría haber esquivado la camioneta de Michael cuando se le había echado encima.

En una ventana de la vivienda situada encima de una lavandería automática, justo delante de las cabinas telefónicas medio destrozadas, una mujer vestida con camisón cargaba con el brazo izquierdo a un niño que no debía de tener ni un año, mientras con los dedos índice y corazón de la mano derecha sujetaba un cigarrillo y, al mismo tiempo, filmaba la escena con su iPhone.

Lo había grabado todo y el humo del cigarrillo, que pasaba justo por delante del iPhone, le daba a la escena un aire aún más dramático.

La guinda la puso el ataque de histeria y llanto de la joven que estaba telefoneando en la cabina un momento antes del impacto.

Ilesa, se había quedado con el auricular en la mano y gritaba como una loca.

Pocas horas después de que la madre de la ventana colgara las imágenes en YouTube, mientras el niño dormía, cientos de miles de personas ya habían visto el vídeo.

Pero, en opinión de muchos, era falso: aquella escena parecía más bien obra de un director de Hollywood.

Y, además, nadie había resultado herido.

Imposible.

«La realidad es mucho más cruel», había escrito Yoda86 en los comentarios del vídeo.

«O tal vez no», le había contestado, lacónica, Grauben.

Trix, con el cuerpo dolorido, se acercó a la parte posterior de la caja.

Esperó a la siguiente ráfaga de John y esta vez no falló: se apoyó en una rodilla y disparó, a su vez, una ráfaga contra el todoterreno. El parabrisas saltó en mil pedazos y los pocos que no saltaron quedaron cubiertos por la sangre del conductor.

La trayectoria del todoterreno se vio interrumpida por un coche aparcado, un Honda Civic verde.

El conductor del todoterreno estaba demasiado muerto como para frenar.

Se oyó un golpe tremendo y, luego, el grito agudo de una alarma, que amortiguó el ruido de una calle convertida en un teatro de guerrilla de urbana.

La propietaria del Honda Civic estaba sentada en aquel momento en un taburete de McDonald’s, ante la inmensa cristalera que daba a la calle.

Presenció con gesto imperturbable la destrucción de su Honda Civic, pues estaba demasiado ocupada disfrutando de su Big Mac –

después de un mes de dieta a base de verduras sin aliñar– como para preocuparse por el coche destrozado de su marido.

Sacó el móvil del bolso, le hizo una foto a lo que quedaba del coche y se la envío a su marido junto con un sms:

He tenido un problema con el coche,
no me esperes para comer.

Michael siguió avanzando unas cuantas decenas de metros, hasta el semáforo. Luego detuvo la camioneta, que ya estaba inutilizada: tenía las dos ruedas traseras reventadas.

–Fuera, rápido –gritó.

Saltaron los tres de la camioneta y se encontraron en mitad de varios conductores perplejos, detenidos en el semáforo. Justo delante de la camioneta vieron un taxi.

–¡Cojámoslo! –exclamó Michael.

John y Trix apuntaron con sus armas al conductor, mientras Michael le decía que bajara. El taxista, sin embargo, no se dejó intimidar: sin preocuparse del semáforo en rojo, salió disparado y los dejó allí a los tres, en mitad de la calle, para hacer frente a un Hummer negro que acababa de girar hacia la Novena Avenida y se dirigía hacia ellos con aire amenazador.

Trix siempre había sentido una gran pasión por aquella versión civil del High Mobility Multipurpose Wheeled Vehicle, el vehículo de reconocimiento del ejército estadounidense que hacia finales de los años setenta había sustituido al viejo jeep Ford M151 Mutt.

Ningún otro vehículo de ruedas transmitía la misma sensación de potencia. En comparación, los todoterrenos eran coches para intelectuales. Trix lo había conducido mientras estaba en los Navy SEALS y su sueño era tener uno algún día. No era un sueño imposible: gracias al gran Arnold Schwarzenegger, que había solicitado una versión homologada, el Hummer H1 ya se fabricaba en serie.

Y el coche que en ese momento avanzaba en su dirección era un Hummer H1.

A pesar de su pasión por aquel vehículo y de su amor por Schwarzy, a Trix no le entusiasmaba especialmente la idea de tener que enfrentarse a un Hummer H1.

Trix disparó una ráfaga al suelo, en la dirección de dos motos que no estaban muy lejos de allí. Se detuvieron.

–¡Bajad ahora mismo! –gritó, mientras se dirigía hacia las motos con la culata del fusil apoyada en el hombro y el ojo derecho en la mira telescópica.

Parecía más que dispuesta a disparar.

Y puede que lo estuviera.

En cualquier caso, los dos jóvenes de las motos se la tomaron muy en serio. Dejaron las motos en el suelo y huyeron sin objetar nada.

John se colgó la pistola ametralladora en bandolera y subió a una de las motos, una Kawasaki Ninja ZX-6R.

–Rápido, dame el cinturón y sube a la moto –le dijo Trix a Michael.

Michael no entendió para qué quería Trix su cinturón, pero de todos modos se lo quitó y se lo dio. Luego subió a la Triumph Tiger 800 XC.

Trix se sentó tras él espalda contra espalda, es decir, mirando hacia la rueda trasera de la moto. Se quitó también el cinturón, lo ató al de Michael y, por último, se ató a él con aquella especie de correa improvisada.

Que no era precisamente una solución a prueba de muerte, pero sí la única forma de cubrirse las espaldas mientras huían.

Salieron disparados y se abrieron paso entre el tráfico, en dirección Chelsea Waterside Park.

Desde el Hummer les llegaron las primeras ráfagas, que rebotaron en el asfalto a pocos metros de las motos. Circulaban a

toda velocidad y se desviaban rápidamente hacia la izquierda o hacia la derecha, como si estuvieran protagonizando una especie de ballet.

Trix respondió con unos cuantos disparos, que impactaron contra la carrocería del Hummer sin causarle daño alguno, aparte de alguna que otra chispa. Era un vehículo blindado, provisto de cristales y vano motor a prueba de balas. Pretender detenerlo con proyectiles del calibre 223 Remington era como querer detener con una honda a un rinoceronte en plena carga.

Al llegar al cruce con la Undécima Avenida, las dos motos se desviaron hacia el sur. Trix acompañó el movimiento de Michael cuando este se plegó en la curva hasta casi rozar el suelo con la rodilla.

La calle que bordeaba el río estaba menos transitada.

Era un día de cielo despejado, de suave brisa que acariciaba las aguas del Hudson: un día perfecto, en otra vida, para un largo paseo en moto junto al río.

Eso era justamente lo que pensó Trix en aquel momento, sin proponérselo.

Sujetó con más fuerza el fusil, enfadada consigo misma: no podía permitirse el lujo de distraerse ni un solo instante.

John y Michael circulaban el uno detrás del otro, cambiando de trayectoria con frecuencia para evitar los disparos que seguían llegando desde el Hummer.

Pero no conseguirían resistir mucho más tiempo.

Trix disparó otra ráfaga, esta vez apuntando a los neumáticos, pero sin resultado.

Ruedas macizas, maldita sea.

Sacó del bolsillo derecho del pantalón el tubo negro que había cogido de la bolsa de las armas y lo fijó bajo el cañón del fusil.

Era un lanzagranadas M203. Sacó una granada del otro bolsillo, la introdujo en el lanzagranadas y lo cerró.

Estaba apuntando al Hummer cuando, a su izquierda, aparecieron dos coches de policía que enfilaron la Undécima Avenida

a tanta velocidad que estuvieron a punto de acabar haciendo un trompo.

Tenían otro problema, pues: dos patrullas de la policía de Nueva York pegadas a las ruedas.

John giró a la derecha y abandonó la Undécima Avenida para meterse en el carril bici que bordeaba el río. Varias personas que en ese momento corrían por el carril huyeron en desbandada. Un ciclista que venía en dirección contraria acabó en el suelo, entre las mesas de un bar.

Michael redujo la marcha, se plegó a la derecha y siguió a John.

Los dos coches patrulla no pudieron imitarlos, pues el acceso al carril bici era estrecho para evitar, precisamente, la entrada de vehículos.

Las motos circulaban en ese momento en paralelo a los coches de la policía, tan sólo separados por un bordillo de cemento con parterre.

Michael evitó por los pelos un proyectil: había frenado nada más darse cuenta de que uno de los polis les estaba apuntando con una pistola. Siguieron más balas, disparadas desde la ventanilla del vehículo que los perseguía. Disparos demasiado imprecisos, sin embargo, como para preocuparse.

Trix se apoyó en el hombro la culata del fusil, acercó el ojo a la mira telescópica y disparó a la rueda delantera derecha del coche que estaba más cerca del bordillo.

Y el suyo sí fue un disparo preciso.

El poli que conducía perdió el control: el coche dio un bandazo y acabó cruzado en el carril, para después volcar y empezar a dar vueltas de campana, entre el estrépito acompasado de la chapa de hierro al arrugarse.

Se oyó un prolongado frenazo: el otro coche patrulla intentó evitar la colisión con el primer vehículo, pero se vio literalmente arrollado por el Hummer que lo seguía.

El impacto fue tan violento que el coche patrulla salió disparado varios metros más allá y chocó con lo que quedaba del primer coche

de policía, que ya había dejado de dar vueltas de campana y estaba inmóvil, medio destrozado, en mitad del carril.

El Hummer siguió su trayectoria como si nada: saltó el bordillo de cemento y entró en el carril bici.

No había tiempo que perder: Trix apuntó a la parte baja del morro y luego apretó el gatillo del lanzagranadas.

La explosión hizo dar un salto al Hummer, que quedó envuelto en una bola de fuego.

–¡Bingo! –exclamó Trix.

Pero había cantado victoria demasiado pronto. El Hummer había aminorado la marcha, pero seguía intacto. La carrocería tenía blindaje antigranadas.

De momento, sin embargo, habían cesado los disparos procedentes del Hummer, que había perdido terreno.

John entró de nuevo en la Undécima Avenida y Michael lo siguió. Un poco más adelante la calle estaba en obras y había un desvío. John tomó el desvío, pero Michael decidió seguir recto.

Se volvió hacia Trix.

–¡Cuando yo te diga lanza una granada! –gritó.

–¡Recibido!

Trix se preparó, aunque no entendía qué era lo que se proponía Michael.

El Hummer estaba ganando terreno y sus ocupantes habían empezado a disparar otra vez. Michael zigzagueaba para evitar las balas.

Y entonces, de repente, aceleró. Tenía justo delante una rampa de tierra batida que los camiones utilizaban para descargar grava en un agujero abierto en mitad de la calle.

Michael la subió a toda velocidad.

El Hummer estaba justo detrás de ellos.

Las ruedas de la moto perdieron contacto con el suelo.

–¡Ahora, Trix!

Trix contuvo la respiración y pegó los muslos al chasis de la moto para sujetarse con todas sus fuerzas.

Apretó el gatillo mientras la moto permanecía suspendida en el aire, justo sobre el agujero.

La granada impactó contra el parabrisas del Hummer que, envuelto en llamas, continuó su trayectoria por la rampa de tierra, pero ya sin control y a una velocidad demasiado lenta. Los tres mil cuatrocientos veintiocho kilos de hierro, plástico y goma, envueltos aún en las llamas que había provocado la granada explosiva, terminaron dentro del agujero de la calle, justo en el momento en que la moto de Michael y Beatrix estaba a punto de concluir su parábola aérea.

Se produjo un silencio momentáneo.

Y, después, una fuerte explosión sacudió el aire, amortiguando el estruendo de la colisión en cadena que acababa de producirse en la calle paralela a la zona de obras: el conductor de un autobús, incrédulo, había frenado de golpe y se había quedado mirando, con unos ojos como platos, aquel espectáculo que ni siquiera la Super Bowl podía superar. Uno tras otro, los coches que lo seguían habían tenido que hacer frente al problema de una distancia de seguridad que nadie respetaba. Todos frenaron; y todos acabaron con el morro empotrado en la parte posterior del coche que estaba delante. Todos, menos el primero, que terminó directamente bajo el autobús. Varias horas más tarde, los bomberos consiguieron rescatar al conductor sano y salvo de entre el amasijo de hierros. Un milagro.

Por el Hummer ya no había que preocuparse, pues hasta los milagros tienen un límite.

Michael aterrizó con la rueda posterior sobre la tierra batida, al otro lado del agujero. Tras ellos, se elevaba una columna de fuego y humo negro.

Se reunieron con John en la calle, un poco más adelante, y recorrieron unos cuantos kilómetros más.

Habían llegado a Chelsea Waterside Park.

53

Parecía haber vuelto la calma.

Ya no se oía siquiera el ruido de las sirenas que, sin duda, asediaban Manhattan en aquel momento.

Sólo se escuchaba el murmullo del motor de 375 caballos y el chapoteo acompasado del agua al chocar contra la proa de la lancha Magnum Marine 38, que navegaba a una velocidad de cuarenta y cuatro nudos por las tranquilas aguas del Hudson, en dirección sur.

Se hallaban casi a la altura de Battery Park. Tenían que cruzar toda la bahía y llegar a Middletown, en Nueva Jersey.

Trix había tenido una idea brillante. Robar una lancha había sido un juego de niños.

Aún les quedaba bastante camino por recorrer, pero ahora al menos tenían una oportunidad.

Eddie ya se estaba moviendo para buscarles apoyo en Middletown.

–Hay algo que no entiendo, Michael –dijo Trix, que pilotaba la lancha.

–¿Cómo dices?

Michael estaba vuelto hacia el agua, por si aparecía alguna patrullera de la policía o de la guardia costera. John, a su lado, fumaba en silencio con la pistola ametralladora en la mano.

Trix alzó la voz para hacerse oír por encima del ruido del motor y del agua.

–No acabo de entender el significado de los dibujos en la parte posterior del papiro. Vale, hemos descifrado el papiro, sabemos que el texto de Platón es un mito y que los nazis se inspiraron en el mito de la tierra hueca para construir una ciudad subterránea en la

Antártida, desde la cual quieren lanzar un ataque para destruir el mundo. ¿Es correcto?

–Sí.

–Vale. Pero… ¿y el dibujo? ¿El dibujo de aquel extraño mecanismo?

–Creo que tenía razón Stephen: podría ser la máquina apocalíptica capaz de hacer estallar el mundo.

–Ya, pero… ¿de dónde viene? ¿De dónde lo sacó Platón? Dijiste que, según Olivia, se remonta a tiempos remotos, a una época en la que teóricamente no había ni rastro de vida en la tierra. ¿Cómo explicas todo eso?

Se hizo un momentáneo silencio.

–No tengo ninguna respuesta, Trix. Desde el principio, decidí ocuparme de lo que dice el *anverso* de los papiros. Porque, por extravagante y difícil de interpretar que resulte, aún es comprensible, pensable. El dibujo del *reverso*, en cambio…, es un enigma sin solución. Y por eso lo he dejado al margen. Si hubiéramos intentado unir el *anverso* y el *reverso* de los papiros, nos hubiéramos perdido en fantasías que no pueden llevarnos a ninguna parte. Sólo podemos teorizar acerca de la posibilidad de que los nazis hayan intentado construir ese mecanismo. Pero de dónde viene, qué es en realidad o quién lo ha proyectado… sigue siendo un misterio.

–A menos que creamos vivir *En las montañas de la locura* –dijo John.

Michael lo observó.

–¿Otra película con Robert Redford? –dijo Trix, que no tenía ni la más remota idea de lo que quería decir John.

–No, Trix. O todavía no, por lo menos. Es una novela de Howard Phillips Lovecraft. Relata la historia de una expedición a la Antártida liderada por un profesor universitario. Durante la expedición, se descubren en el subsuelo de la Antártida los restos de seres desconocidos que vivieron hace mil millones de años, durante un ciclo biológico anterior al nuestro. Y Lovecraft, lo mismo que Platón,

llama a esos seres, cuyos conocimientos técnicos y científicos superarían de largo los del hombre de mediados del siglo XIX, Grandes Antiguos.

–¿Qué quieres decir?

Michael conocía la famosa novela de Lovecraft. Cuando, durante la primera fase de traducción de los manuscritos, había traducido la expresión griega *oi megaloi arcaioi* como «Grandes Antiguos», se había acordado de las palabras de Lovecraft, pero no había dado demasiada importancia a la coincidencia. Por otro lado, la expresión griega podía traducirse también como «Poderosos Antiguos». No entendía adónde quería ir a parar John.

–Se me ha ocurrido que la única explicación capaz de unir el *anverso* y el *reverso* del papiro se encuentra en una novela.

–Recurrir a las novelas para comprender el papiro es, justamente, el error que cometió Robert. No debemos repetirlo, como tampoco debemos comentar nada de todo esto a la NSA, porque entonces nos tomarán por locos. Lo que cuenta ahora no es resolver el enigma de una supuesta civilización antiquísima, sino detener a los nazis.

John asintió, sin añadir nada más.

Michael estaba en lo cierto.

Y, sin embargo, John tenía la sensación de que había algo que la razón no conseguía comprender, algo que la razón descartaba por considerarlo una auténtica locura.

Se dirigieron hacia la desembocadura del río Hudson.

A lo lejos, vieron la estatua de la Libertad. Sin embargo, no fue una imagen agradable.

Instantes después, apareció un helicóptero MH-6 Little Bird, que volaba directamente hacia ellos. Que no lo hacía con buenas intenciones lo comprendieron de inmediato, cuando las dos miniametralladoras M134 de 7.62 mm abrieron fuego y obligaron a Trix a realizar un brusco viraje.

–¡Rápido, Michael, coge el timón! –exclamó Trix.

Michael la sustituyó e hizo todo lo posible por esquivar los proyectiles de las miniametralladoras.

Mientras, John y Trix abrieron fuego para impedir que el helicóptero –que, tras cruzarse con ellos, los seguía ahora a poca altura– se acercase demasiado.

Michael cambiaba continuamente de trayectoria, siguiendo las indicaciones de Trix, para esquivar la lluvia de balas que les estaba cayendo encima. Durante uno de los virajes, sin embargo, una ráfaga atravesó la proa y la embarcación empezó a llenarse de agua.

–John, tenemos que dejar que se acerque –dijo Trix.

–Nos matarán.

–Nos matarán igualmente. Ya casi no nos quedan municiones y la lancha no aguantará mucho. Tengo que intentar abatirlo.

Se dirigió hacia Michael y le dijo algo. Michael asintió.

Acto seguido, Trix se tendió boca abajo en la proa, con el fusil apuntando hacia delante.

Michael viró de nuevo.

Una ráfaga rozó la popa.

John respondió con unos cuantos disparos que, sin embargo, no dieron en el blanco.

Michael había completado el viraje.

El agua había empezado a entrar también por la popa de la embarcación. Ya no podrían resistir mucho más.

Michael se agachó todo lo que pudo y dirigió la lancha hacia el helicóptero.

Una nueva ráfaga rozó a Trix, que sin embargo no se movió.

Tenía el ojo pegado a la mira telescópica. No era fácil centrar el objetivo: la proa de la embarcación subía y bajaba entre las olas y, lógicamente, el helicóptero no era un blanco inmóvil.

Trix intentó seguir el ritmo de las olas.

Tenía que disparar en el momento exacto en que la proa de la lancha alcanzara el punto más alto, justo antes de descender de nuevo hacia el agua.

Uno.

Dos.

Tres.

Esperó un poco más.

Cuatro.

El impacto contra el agua anunciaba una nueva elevación de la proa.

Apretó el gatillo casi hasta el final.

La mira telescópica subía lentamente y el helicóptero empezaba a entrar en el retículo.

Contuvo la respiración.

Estaban en el punto de máxima elevación de la proa.

Vio, en el centro del retículo, el casco del hombre que manipulaba la palanca.

Dobló lentamente las falanges del dedo índice. Amortiguó con el hombro el retroceso del arma.

La detonación apenas se oyó entre el ruido del motor de la lancha y el del helicóptero.

Una fracción de segundo más tarde, se abrió un orificio en la cúpula de plexiglás y el helicóptero empezó a girar sobre sí mismo. En cuestión de segundos, se precipitó al Hudson. A causa del impacto, las hélices salieron volando, destrozadas. El aparato se mantuvo a flote durante unos pocos segundos y luego se lo tragaron las aguas.

Beatrix se puso en pie para regresar a la parte posterior de la lancha. Fue entonces cuando se dio cuenta de que John intentaba mantener a raya una zodiac negra, a bordo de la cual viajaban varios hombres, que estaba a punto de alcanzarlos.

Se apostó junto a él.

–Ya casi no me quedan municiones –dijo John.

–Ya me ocupo yo, tú intenta cubrirme con unas cuantas ráfagas –dijo.

Trix se preparó para apuntar.

–¡Ahora! –exclamó.

John, arrodillado en el costado derecho de la lancha, disparó una breve ráfaga hacia la zodiac.

El disparo de Trix fue muy preciso y le alcanzó en la cabeza a uno de los hombres que estaban abriendo fuego contra ellos.

–¡Excelente trabajo, Trix! –gritó John, listo para disparar otra ráfaga y cubrir a Trix.

Fue cuestión de un segundo. El fusil se encasquilló. Trix se volvió hacia John.

–¡Agáchate! –le gritó.

Pero, justo en aquel momento, un proyectil le alcanzó el pecho y lo hizo caer por la borda. Al oír los gritos de Trix y de John, Michael se volvió y vio el cuerpo de su padre en el agua. No vaciló ni un instante: soltó el timón y se arrojó al río Hudson.

Tras unas cuantas brazadas, llegó hasta John, mientras la zodiac repleta de hombres armados continuaba persiguiendo la lancha, cuyo timón había cogido rápidamente Trix.

Michael rodeó el tórax de su padre con el brazo derecho y le sujetó la cabeza con el izquierdo. A su alrededor, las aguas heladas del Hudson se fueron tiñendo lentamente de rojo.

–¡Resiste, papá, Trix volverá a recogernos!

John tosió.

–Me cae bien esa chica, ¿sabes? –dijo, con voz débil.

–Y a mí, pero ya lo hablaremos mientras nos tomamos una cerveza, ahora no debes cansarte.

–Es una idea… –dijo, pero sufrió un nuevo ataque de tos y se estremeció–, una idea excelente.

La respiración de John se convirtió en un estertor.

–¡Aguanta, papá, te lo suplico!

El pulmón perforado de John estaba sufriendo un colapso.

Se volvió hacia Michael.

Tenía los ojos entrecerrados, pero la mirada se le iluminó durante apenas un segundo.

–Me alegro tanto de haber vuelto a verte.

54

Fort Meade, Maryland, diciembre de 2014

Se presentó en la NSA con pantalones cortos y camisa hawaiana, y dijo que quería hablar con Olivia Kaplan. Era diciembre, la temperatura rozaba los dos grados y no tenía cita. No sólo hacía falta mucho valor para atreverse a hacer algo así, también había que estar considerablemente loco. Dotes que nunca le habían faltado a Eddie. Aunque no resultara fácil saber dónde acababa el valor y dónde empezaba la locura…, y tal vez Michael tendiera a creer que, en el caso de su amigo, ambas cosas coincidían.

Pero el valor y la locura, dotes muy apropiadas para la práctica de los deportes extremos, no abren las puertas de la NSA.

Y, precisamente por eso, a Eddie le habían dado el alto y lo habían arrestado antes de que tuviera tiempo siquiera de acercarse a Fort Meade.

Había sido suficiente con el «Eh, tú, quita el puto dedo de mi camisa hawaiana» que Eddie le había dirigido a la guardia que lo había invitado a volver a subir a su taxi y largarse de allí para que la aventura, que había empezado con un vuelo de Los Ángeles a Washington, terminase en una sala de interrogatorios provista de espejo unidireccional en el Departamento de Policía del Distrito Oeste de Fort Meade.

Fin de la historia.

Aparentemente, por lo menos.

Porque cuando uno tiene un plan y está dispuesto a seguirlo hasta el final, todo acaba saliendo bien. Y ésa era la idea que Eddie

había acatado al pie de la letra cuando, en el *Bongos II*, había recibido un mensaje de Trix que decía lo siguiente:

Russell ha muerto, nos han capturado,
controla el reloj e informa a la NSA.

Y su plan, como todos los planes brillantes, era sencillo.

Primer paso: conseguir que lo arrestaran en las inmediaciones de Fort Meade.

Segundo paso: encontrar a Olivia.

Tercer paso: convencerla.

Al agente que lo interrogaba le repitió una y otra vez lo mismo, de forma obsesiva: disponía de información relacionada con la seguridad nacional y la fuga de Michael Price, y debía hablar de ese tema con Olivia Kaplan. Si pasadas veinticuatro horas no había conseguido reunirse con Kaplan, la información se enviaría a todos los periódicos estadounidenses y, añadió sonriendo, a *The Guardian*.

Eddie permaneció tranquilo y relajado durante casi todo el interrogatorio. El único momento en que estuvo a punto de perder el control fue cuando el agente que lo estaba interrogando le dijo, en tono despectivo:

–Señor Miller, usted y el profesor Price son como Edward Snowden.

A Eddie le hubiera gustado atizarle, pero se limitó a decir:

–Señor agente, nosotros somos patriotas, no putos espías.

Y la cuestión es que aquella respuesta fue tan directa y espontánea que sonó verdaderamente auténtica. Con eso fue suficiente para sembrar la duda en el agente y hacerle pensar que a lo mejor no era tan mala idea escuchar a aquel hombre vestido con pantalón corto y camisa hawaiana.

A las 18.45, el plan de Eddie empezó a funcionar.

Lo dejaron solo en la sala de interrogatorios durante otra hora. Y se quedó tranquilamente dormido.

De repente, oyó el ruido de una silla arrastrada por el suelo. Y captó un perfume dulzón. Se despertó.

¿Dónde estaba?

Ah, sí, el interrogatorio.

Y aquella mujer que estaba sentada frente a él, observándolo con cara de aburrida, debía de ser Olivia Kaplan.

Se la había imaginado como la M de las películas en que Daniel Craig interpretaba al agente 007 y, sin embargo, era un auténtico bombón.

–¿Qué tiene usted que decirme, señor Miller?

–Buenos días, doctora Kaplan. Es un placer conocerla, Michael me ha hablado mucho de usted.

–Michael Price es un terrorista. Y usted se ha metido en un buen lío, pero si habla tal vez aún estemos a tiempo de evitar lo peor.

–Quisiera tomar un café.

–Me temo que aún no ha entendido usted cuál es la situación, señor Miller.

–Y dos donuts.

Silencio.

Olivia Kaplan observó a Eddie durante algunos segundos. Entornó los párpados y apareció una delicada telaraña de arrugas en torno a aquellos ojos azules que observaban a Eddie: dilatación de las pupilas, respiración, sudoración, enrojecimiento… Todo lo que los manuales de interrogatorio llaman cinésica, o sea, lenguaje no verbal, y que Eddie también había estudiado: le servía para el póquer, pero también podía utilizarse en los interrogatorios.

Olivia Kaplan hizo un gesto dirigido al espejo unidireccional.

A los pocos instantes, se abrió la puerta y sirvieron el desayuno. Durante algunos minutos, Eddie comió sin decir ni una palabra.

–Se me está agotando la paciencia, señor Miller.

Eddie engulló el último trozo de donut y bebió un largo trago de café. Luego se lo contó todo a Olivia Kaplan.

–Y, según usted, ¿tengo que creerme esa historia?

–Yo diría que sí.

–Deme un buen motivo.

–He interrumpido una estupenda jornada de pesca en California y me arriesgo a pasar el resto de mis días en la cárcel sólo por hablar con usted, a quien por cierto imaginaba más bien como la M de las pelis de 007 con Daniel Craig. ¿Cree que he hecho todo eso sólo para tomarle el pelo?

Olivia sacudió la cabeza y sonrió.

–Está usted loco.

–Sí, pero usted me cree. Ayúdeme, doctora Kaplan. Usted y yo estamos del mismo lado. Podemos encontrarlos gracias al localizador que Beatrix lleva oculto en el reloj.

CUARTA PARTE
Polos Antarktikos

Él está dentro del abismo.

Plotino, *Enéadas*

55

Acababan de dejar atrás un glaciar envuelto en la nube de nieve que empujaba el viento catabático, una masa de aire gélido que desciende en la costa y puede llegar a alcanzar la intensidad de un huracán.

La sombra del C130 se deslizaba ahora sobre el desierto de hielo que se extendía hasta encontrar el azul del cielo.

Trix la seguía con la mirada desde la ventanilla colocada justo debajo del ala, inmóvil en su asiento pegado a la cabina. Tenía las manos y los pies sujetos con esposas y cadenas.

Los últimos tres días habían sido un infierno. John había muerto y a Michael y a ella los habían capturado y los habían encerrado en una cárcel militar hasta el momento de embarcarlos en aquel C130.

Tenía frío. ¿Cuánto tiempo había dormido?

A su derecha, a pocos metros de distancia, estaba Michael, que seguía inconsciente. Él también llevaba un mono térmico y también estaba encadenado.

Los habían sedado después de que Michael, trastornado aún por la muerte de su padre, intentara de nuevo agredir a un soldado cuando estaban subiendo al avión. Tenía la cara hinchada y tumefacta. Y lo habían amordazado.

No sabían por qué los habían capturado, ni tampoco adónde los llevaban, pero una cosa estaba clara: se hallaban en la Antártida.

El continente donde, según las doctrinas secretas de Platón, se hallaba la vía de acceso a la tierra hueca. El desierto de hielo que los nazis habían elegido probablemente como morada del Reich subterráneo. El corazón blanco de la tierra que, según la ciencia, ocultaba en su interior, bajo una máscara de hielo que en algunos

puntos podía alcanzar un espesor de 4.770 metros, un mundo desconocido, formado por grandes lagos subglaciales, ríos, volcanes activos, bosques petrificados y cadenas montuosas como la cordillera Gamburtsev, cuyas cimas alcanzan los tres mil metros de altitud.

Era el 20 de diciembre y ya hacía dos meses que había empezado el verano antártico.

Trix tenía la boca seca por culpa de los sedantes. Le pidió agua al hombre armado que estaba sentado frente a ella, vestido con un traje de camuflaje sin divisas. No era ningún novato: de unos treinta años, rostro enjuto, no especialmente alto… Se le veía ya algún que otro hilo blanco entre el pelo, que llevaba más largo de lo que se permitía a los militares. Y se había dejado barba. Sólo los miembros de los cuerpos especiales podían concederse esos lujos, pensó Trix. ¿O tal vez fuera un miembro de CR?

–Nada de juegos, o tendré que sedarte otra vez –dijo el hombre.

Trix asintió. Era inútil intentar algo en aquel momento, lo mejor era mantener la calma. El soldado le llevó una botella de agua y la ayudó a beber. Junto a Beatrix, Michael empezó a patalear. Se había despertado.

–Dile a tu amigo que esté tranquilo si quieres sobrevivir hasta que lleguemos.

El tono no era amenazador, pero Trix comprendió que no era el momento de bromear.

–Michael, quieto, no sirve de nada –le dijo, con voz serena.

Él dejó de moverse y se volvió hacia Trix, como si quisiera preguntarle qué estaba ocurriendo.

–La mordaza –dijo Trix, mirando al soldado directamente a los ojos.

El hombre se acercó a Michael y se la quitó.

–Hijo de pu…

Pero a Michael no le dio tiempo a terminar la frase: recibió un puñetazo en pleno rostro que lo hizo desplomarse en su asiento.

–¡Cabrón! –gritó Trix.

El militar no le hizo ni caso. Trix intentó acercarse a Michael, pero las cadenas se lo impidieron.

–¿Estás bien, Michael?

Michael se incorporó, se frotó el rostro dolorido y comprobó que el militar no le hubiese roto la mandíbula.

–Sí, sí, Trix, no te preocupes. ¿Y tú?

–Todo bien.

–¿Tienes idea de dónde estamos?

Trix señaló con la cabeza la ventanilla.

–La Antártida.

–¿Y cómo lo sabes?

–Estuve aquí hace unos años para unas prácticas. Y cuando has estado una vez en la Antártida, no la olvidas nunca.

Guardaron silencio durante varios minutos. Lo único que se oía era el estruendo de las hélices del C130, que se adentraba en aquella inmensa extensión de hielo.

Trix miraba a los ojos al soldado que tenía delante. Ninguno de los dos bajaba la vista.

–¿Quiénes sois? –preguntó Trix.

El soldado le dedicó una mueca que quería ser una sonrisa.

–Amigos.

Michael estuvo a punto de decir algo, pero logró contenerse.

–¿Sois de CR?

–Respuesta equivocada. Somos militares. Estadounidenses. Patriotas.

–Sois los cobardes que han asesinado a un patriota, un agente de la CIA –dijo Michael, que en esta ocasión no pudo contenerse.

–Exagente, para ser más exactos. Que había traicionado a la Agencia y se había esfumado para salvar el pellejo, después de

abandonar a su mujer y a su hijo.

Michael se lanzó como un peso muerto hacia el soldado. Terminó en el suelo, inmovilizado por la cadena sujeta al suelo de acero del avión. El soldado se puso en pie y empezó a patearle el estómago.

–¡Basta! –dijo Trix, tirando con todas sus fuerzas de la cadena a la que estaba atada.

El soldado se detuvo, pero dejó una bota apoyada en la cabeza de Michael, que tenía el rostro contraído en una mueca de dolor.

–Eres un tipo estúpido, Price, igual que tu padre y que tu abuelo. Debe de ser una tara de familia.

–¡Eres un cobarde, no un soldado! ¿Por qué no nos habéis matado aún? Adelante, a ver si tienes huevos: mátanos y acabemos de una vez con esta farsa –gritó Trix, furiosa.

El hombre soltó una carcajada.

–Por lo que respecta a este profesor de mala muerte, es posible que eso suceda pronto –dijo el soldado. Aumentó la presión de la bota que tenía apoyada en la cabeza de Michael, hasta hacerlo gritar de dolor. Luego retiró el pie–. Pero en tu caso las cosas cambian.

El soldado abandonó a Michael en el suelo y se acercó a Trix. Se acuclilló ante ella, con el rostro a unos centímetros apenas de la cara de Trix.

–¿Cómo, es que aún no lo has entendido? Hemos venido a buscarte para devolverte a tu hogar –dijo con voz melosa.

–Mi hogar, por suerte, está en otro lado.

–Te equivocas, tu hogar está aquí.

A Trix se le ensombreció el rostro.

–Estás loco –dijo.

El hombre sonrió.

–No estoy loco, soy un soldado. Exactamente igual que tú, guardiamarina Blade.

Una hora más tarde aterrizaron en la base secreta estadounidense, que consistía en una serie de edificios azules y rojos con aspecto de

hangares. Estaban cerca del Polo Sur geomagnético. A lo lejos se recortaba contra el cielo la cadena de los Montes Transantárticos, cuyas cumbres superaban los cuatro mil metros de altitud.

Cuando se abrió la rampa trasera del C130, los embistió una ola de hielo que cortaba el aliento. A Trix le quitaron las cadenas. Otro soldado subió a bordo y la obligó a descender, apoyándole un fusil en la espalda. Trix terminó de bajar la rampa y pisó una capa de hielo antártico. Cuando los ojos se le acostumbraron a la deslumbrante claridad, lo reconoció de inmediato.

Llevaba un anorak negro, gafas de sol y, entre los labios, el inevitable puro.

Habían transcurrido cinco años desde el día en que Trix lo había agredido en el puente del barco *Theodore Roosevelt*, tras el incidente en la fosa de las Marianas que le había costado la vida a Reeves.

Y ahora estaba allí otra vez, dispuesto a decidir sobre la vida de ella.

Mientras dos soldados cogían a Michael de los brazos y lo sacaban a rastras del C130, Trix se dirigió hacia el hombre. El comandante hizo una seña a los hombres que lo acompañaban para que bajaran las armas.

Trix se detuvo ante él: no parecía en absoluto atemorizada por aquella mole que se cernía sobre ella.

–¿Qué quiere de mí, Cox?

Cox arrojó el puro al suelo.

–Sigue siendo la misma de siempre, Blade.

–Responda.

El viento blanco soplaba con fuerza y arrastraba polvo de nieve por todas partes.

–Quiero que salve usted al mundo.

56

El pisanieves corría por la inmensidad helada de la Antártida.

Michael se había despertado. Tenía una bolsa de hielo apoyada en el ojo derecho, tumefacto.

Durante el trayecto, Trix le había contado lo sucedido años atrás, cuando estaba en los Navy SEALS como guardiamarina: la instrucción para pilotar batiscafos durante inmersiones en hiperprofundidad, el accidente de la inmersión en la fosa de las Marianas, su negativa a seguir trabajando con Cox y el licenciamiento con deshonor. Estaba convencida de que aquel pasado no reaparecería nunca más y, sin embargo, allí estaba, esperándola al final de aquel increíble viaje en busca del secreto escondido en las doctrinas platónicas.

Cox los había invitado a acomodarse en la parte posterior del pisanieves, separada de la cabina por un grueso panel de plexiglás. Las puertas no disponían de seguro. Tampoco era necesario, porque no podían ir a ningún lado. Y lo sabían. A menos que quisieran morir congelados.

No había transcurrido ni una hora desde el aterrizaje del C130 cuando, a lo lejos, divisaron unas montañas de hielo: enormes y accidentados bloques rectangulares encajados unos en otros.

Se dirigían hacia allí.

Cuando se hallaron más cerca, vieron un edificio completamente blanco que se mimetizaba a la perfección con el hielo. A diferencia de la futurista base que habían visto en el momento del aterrizaje, la construcción junto a la cual pasaban en aquel momento era una especie de iglú del tamaño de un campo de fútbol. En las

inmediaciones no se veía nada más: ni aviones, ni vehículos ni personas.

Prosiguieron en dirección a las montañas de hielo y se adentraron en un laberinto de caminos que se entrecruzaban a través de los bloques. Después entraron en una galería subterránea abierta en una pared. Al llegar al otro extremo de la galería se encontraron en una zona mucho más amplia, una especie de gruta de hielo de unos cien metros de diámetro y aproximadamente la mitad de altura.

Constituía un extraordinario espectáculo natural, pero no fue eso lo que dejó perplejos a Michael y a Beatrix.

En el lado opuesto de la gruta, frente a la galería subterránea de la que acababan de salir, se veía un enorme portalón de acero y, justo encima, una antigua inscripción medio borrada, pero aún legible, acompañada de un símbolo inconfundible: neue berlin 211. Justo debajo, una gran esvástica.

Se hallaban ante la entrada de Nuevo Berlín o Base 211, la base nazi construida en el subsuelo de la Antártida.

Michael y Trix no dijeron ni una sola palabra. Era innecesario. La hipótesis de que los nazis se hubieran inspirado en las doctrinas platónicas para construir un Reich bajo el hielo de la Antártida era correcta.

El pisanieves se acercó al portalón.

El hombre que lo conducía cogió la radio que llevaba en el bolsillo de la chaqueta y habló durante unos segundos.

Enseguida se oyó un fuerte ruido metálico: el portalón empezó a abrirse en medio de una serie de agudos chirridos, parecidos a los de los frenos de un tren. Las pesadas puertas correderas se iban alejando lentamente una de la otra y, tras ellas, iba apareciendo una luz.

El motor del pisanieves aumentó las revoluciones, el vehículo avanzó bruscamente y entraron.

Al otro lado no había hielo. Se encontraban en un túnel de cemento armado, tan iluminado que parecía de día.

El pisanieves se detuvo junto a otros vehículos estacionados en una amplia zona de la derecha. Trix y Michael recibieron órdenes de bajar y subir a un jeep sin techo. De repente, el frío había desaparecido. Cox y el soldado que conducía el pisanieves ocuparon los asientos delanteros del jeep y reemprendieron la marcha.

–¿Adónde vamos? –preguntó Trix.

–Si se lo dijera, no me creerían. Dentro de un momento podrán verlo con sus propios ojos.

Cox se volvió hacia Michael y Trix.

–Les aconsejo que se quiten esos trajes térmicos si no quieren cocerse dentro.

Viajaron durante unos veinte minutos por el túnel que descendía hacia las entrañas del hielo antártico. Se quitaron los trajes térmicos, pues el calor se había vuelto insoportable.

Y entonces, de repente, apareció una luz al final del túnel.

57

El silencio quedaba interrumpido tan sólo por las brazadas que impulsaban las tablas de *surf* lago adentro y por las olas que rompían contra la playa de arena negra.

El agua estaba caliente.

Desprendía una intensa luz azul eléctrico, que reverberaba en la inmensa bóveda de hielo suspendida unos cuantos kilómetros por encima de sus cabezas.

Justo detrás de la playa, se alzaban cortadas a pico montañas cubiertas de exuberante vegetación que se perdían en la oscuridad, a excepción de una zona protegida por un promontorio de la cual procedía una luz blanca. A lo lejos, se adivinaban bancos de nubes bajas, generadas por un ciclo del agua completo que incluía también las lluvias.

–Llegan sin previo aviso, acompañadas de fuertes vientos –les había explicado Cox mientras entraba en el agua.

Daba la sensación de que estaban en el interior de un enorme acuario iluminado por potentes luces artificiales en mitad de una selva oscura. Todo tenía un aire surrealista, increíble. ¿Qué estaban haciendo allí?

No habían tenido elección. Cox los había obligado a desnudarse, a ponerse un bañador y a entrar con él en el agua para hacer *surf*. Antes de sumergirse, sin embargo, habían tenido que untarse en el cuerpo un extraño gel pegajoso que olía vagamente a huevo podrido.

–Es por su bien –les había dicho Cox.

Después de haber cogido las tablas de *surf* de un viejo soporte oxidado oculto entre la vegetación, cerca de la playa, el militar que

los acompañaba se había quedado en el jeep. Los observaba de lejos, mientras fumaba y se dejaba acariciar por el aire que despedía un pequeño ventilador conectado al mechero del vehículo.

La temperatura pasaba de los treinta grados y el índice de humedad superaba el ochenta por ciento. Era como estar en una cordillera tropical enterrada en el hielo.

Michael había llegado a la conclusión de que Cox estaba completamente loco, aunque eso no atenuaba en absoluto su deseo de asesinarlo.

Trix, sin embargo, no parecía demasiado perpleja por aquel inesperado baño en el Polo Sur. Encajaba perfectamente con el estilo de Cox: hacer lo que el otro no espera, poner a prueba –en primer lugar– su capacidad psicológica. Trix recordaba que, durante la instrucción, Cox los despertaba en plena noche para llevarlos a nadar durante largo rato en el océano.

Y allí estaban ahora, sentados a horcajadas sobre tablas de *surf*, a medio centenar de metros de una playa de tierra negra.

A la espera de una ola.

De una tormenta imprevista.

O del fin del mundo.

Sus cuerpos desprendían una luz azul, desde el pelo a la punta de los pies.

–¿Qué es esto? –preguntó Trix.

–Fitoplancton bioluminiscente, la única fuente de luz que existe en este mundo. Es parecido a lo que se ve durante las mareas rojas en California, pero la luz que produce la proteína luciferasa es mil veces más intensa –respondió Cox.

Michael contempló a su alrededor: la luz azul se extendía hasta el horizonte. Se volvió hacia Cox.

–¿Dónde estamos?

–Creía que era usted un tipo despierto, Price. Pero supongo que lo he sobrevalorado. Estamos a unos cuatro mil metros por debajo

del hielo, en uno de los mayores lagos de la tierra, el lago Vostok. Tiene unos doscientos cincuenta kilómetros de largo y unos cincuenta de ancho. La profundidad máxima es de quinientos metros, si no incluimos el abismo. Todo esto ha permanecido enterrado casi veinte millones de años. Nos encontramos en un auténtico endoplaneta, un mundo en el interior de la tierra.

Cox extendió ambos brazos, que chorreaban agua azul: consideraba suyo aquel mundo, casi como si fuera un hijo.

–¿Qué les parece?

Silencio.

–Me encanta venir aquí. Puede que sea el único lugar que amo en toda la tierra, el único sitio por el que vale la pena salvar el planeta. Al principio lo odiaba. Es un lugar terrible, una especie de infierno. No hacía más que perder hombres. Me pasaba horas escuchando los gritos inhumanos de mis soldados, enviados en misión de reconocimiento a esas condenadas selvas que todo lo cubren. En el mejor de los casos, conseguíamos recuperar algún que otro fragmento de cuerpo, con los huesos roídos por dientes o garras afiladas como cuchillos. En el peor de los casos, los soldados regresaban enteros, pero infectados por parásitos que ponen sus huevos directamente en el cerebro. Y cuando esos huevos se abren, ya es demasiado tarde para suicidarse, porque para entonces ya han tomado el mando. Los parásitos lo mantienen a uno despierto y consciente, atormentado por atroces dolores… Hasta que llega alguien lo bastante humano como para coger una maza y reventarle el cráneo a golpes al pobre infeliz. Al principio es bastante duro, pero con el tiempo uno se acostumbra.

Cox echó un vistazo a su alrededor, absorto en sus pensamientos.

–Los que tuvieron la mala suerte de ser los primeros en sumergirse en estas aguas no sobrevivieron más que unos pocos minutos. ¿Se han fijado en los bancos de pececillos plateados que nadan por aquí abajo? Son como pequeñas barracudas, pero de apenas un dedo de largo. Preciosos. Penetran en la carne y luego lo

devoran a uno lentamente, por dentro. Recuerdo cuando subimos a la zodiac a Dave, un buzo que se sumergió no muy lejos de aquí, durante una de las primeras inmersiones de reconocimiento del lago. Cuando le quitamos el traje, vimos enseguida que pasaba algo. Dave se movía de un modo muy raro, como si estuviera sufriendo un ataque epiléptico. Y tenía el cuerpo cubierto de minúsculos orificios. Intentamos inmovilizarlo y entonces se acabó: se le abrió la piel y salieron miles de pececillos plateados cubiertos de sangre. Se lo habían comido todo, menos los huesos, la piel y los ojos. Y eso es algo que podría pasar ahora mismo.

Cox soltó una carcajada cuando Michael y Trix observaron el agua a su alrededor.

–Si se han untado bien con el gel que les he dado antes, no tienen nada que temer. Luego están los temporales de lluvia, que parecen huracanes tropicales y pueden durar varios días.

Cox hizo una pausa, como si estuviera pensando. Luego prosiguió, en tono más grave:

–Lo odiaba. Odiaba este sitio con todas mis fuerzas. Pero, con el tiempo, empecé a comprender que aquella sensación que yo llamaba odio era en realidad una forma de profundo amor, algo que jamás había experimentado. Aquí todo es primordial, arcaico, cruel… Todo se reduce a la fuerza y la lucha por la supervivencia. Una lucha feroz, rodeada de indiferencia y silencio absoluto. No hay nadie que pueda decirle a uno que se ha equivocado, que es un monstruo, que es inhumano. Aquí uno está solo con su lucha por la supervivencia.

–¡Es usted un puto loco! –dijo Michael.

Con dos brazadas, Cox acercó su tabla a la de Michael. Lo observó fijamente a los ojos durante unos segundos. Michael no se movió.

–¿Sabe cuál es su problema, Price? Que no tiene huevos. No tiene huevos para hacer lo que debería: destrozarme lentamente, con sus propias manos, hacerme sufrir.

–Yo no soy como usted, ni quiero serlo.

–Es usted débil.

Se acercaba una ola.

Cox se volvió un instante, luego se tendió sobre la tabla y empezó a remar con los brazos.

Antes de que la ola rompiese, se puso en pie y empezó a hacer *surf*.

Teniendo en cuenta su corpulencia, era sorprendentemente ágil. Avanzó por la tabla, una *long board*, hasta completar un *hang ten*, es decir, sacar los dos pies por la punta de la tabla. Era una maniobra que Michael había visto realizar a Alex. Luego ejecutó un *cut back* para regresar al centro de la ola.

Y aquello era, precisamente, lo que dejaba perplejo: que aquel hombre no estaba interpretando. En aquel momento, lo daba todo de sí mismo sobre la tabla. En términos surferos, para él aquello era un *classic*: un día perfecto de *surf*. Pero un minuto más tarde, y con la misma determinación, podría partirle el cuello a cualquiera con una sola mano.

Llegó casi hasta la orilla, saltó al agua, giró la tabla y regresó junto a Michael y Trix.

–Este lago lo descubrieron los rusos, ¿verdad? –preguntó Trix.

Cox soltó una ruidosa carcajada.

–Los rusos no han descubierto nada. Sólo les dejamos que vinieran a conocer el lago. Pero, hasta el día de hoy, se han limitado a recoger una muestra de agua con una sonda. No tienen ni la más mínima sospecha de lo que hay aquí. Este mundo no lo descubrieron los rusos, ni mucho menos nosotros. Lo descubrieron los alemanes. O, mejor dicho, los nazis en los años treinta. ¿Ven aquella luz de allí? –Cox señaló la luz que asomaba tras el promontorio–. Es la luz de la antigua base nazi 211.

–Entonces, todo es verdad. Los nazis planeaban el renacimiento del Tercer Reich bajo tierra.

–Sí, y lo consiguieron. El proyecto nació en 1938, con la expedición encabezada por Alfred Ritscher, capitán de la Kriegsmarine. Los nazis llegaron a la Antártida en 1939 con el barco

Schwabenland, siguiendo los manuscritos platónicos y las indicaciones de Rudolf Hess. La base 211 empezó a construirse en 1940 y se terminó a finales de 1941. En 1945, Hitler y otros dirigentes nazis llegaron aquí a bordo de un U-Boot que zarpó del puerto de Kiel. De hecho, el lago está conectado con el mar gracias a una extensa red de canales.

–¿Y hasta ahora nadie se ha dado cuenta de nada?

–Al contrario. El periódico *Crítica* publicó el 17 de julio de 1945 que Hitler y Eva Braun habían llegado a la Antártida a bordo del U-Boot 530 y se habían refugiado en la base construida a partir de 1940. La noticia también se publicó al día siguiente en el *New York Times* y en *Le Monde*. Durante el juicio de Núremberg, el almirante Dönitz afirmó que existía una fortaleza invisible en mitad del hielo, desde la cual renacería el Tercer Reich. La verdad estaba ante los ojos del mundo entero.

–Y ustedes han trabajado para convertirla en una especie de mito y así saborearla mejor.

–Eso no es del todo exacto. La verdad era tan inverosímil que ella sola se convirtió automáticamente en un mito digno de relatos sobre conspiraciones. Mientras tanto, en el frente opuesto, se puso en marcha el Programa de Desarrollo Antártico de la Marina Estadounidense 1946-1947, conocido también como Highjump. Se trataba de una misión encubierta organizada por un reducido círculo de militares, hombres de los servicios secretos y científicos nazis protegidos por la OSS.

–Los Guardianes –añadió Trix.

–Veo que se han preparado. Sí, los Guardianes nacieron precisamente con motivo del descubrimiento de Nuevo Berlín. Entre ellos se encontraba mi padre. Fue el almirante Byrd quien descubrió la base 211. Pero cuando llegamos aquí, los nazis ya no estaban. Ese Nuevo Berlín cuyas luces ven desde aquí se ha convertido en la nueva base de los Guardianes, la organización nacida el 11 de mayo de 1947 con el propósito de mantener en secreto este descubrimiento.

–¿Está usted diciendo que en Nuevo Berlín no hay nazis desde 1947?

–Es probable que los últimos se marcharan en julio de 1945.

–Eso significa que en realidad no existe ninguna amenaza.

Se oyeron truenos a lo lejos. Lago adentro, las aguas empezaban a encresparse. Se estaba levantando viento, señal inequívoca de que no tardaría en llegar una tormenta.

–No, Blade. Eso significa que la amenaza es mucho mayor de lo que usted, su amigo Price, la NSA y el resto del mundo puedan llegar a imaginar. Los nazis siguen presentes, pero no aquí. Y si no actuamos enseguida, será el fin.

–Pero si no están aquí…, ¿dónde están entonces?

Cox se sentó sobre la tabla y la giró hacia el centro del lago.

–Allí abajo.

–¿Qué significa eso?

Cox no respondió. Se limitó a mirar fijamente hacia un lugar indefinido, a lo lejos.

–Acompáñenme, tengo algo que enseñarles.

Antes de que Trix pudiese responder, Cox ya estaba navegando hacia la orilla sobre su tabla.

El jeep bordeó el lago durante varios kilómetros. A sus pies, las olas de agua azul rompían contra arrecifes negros de roca volcánica. Poco después, la carretera se desvió y el jeep dejó atrás el lago para adentrarse en el bosque, cuya exuberante vegetación recordaba la de una selva tropical.

–¿No ha dicho antes que era peligroso? –le preguntó Trix a Cox, al tiempo que echaba un vistazo a su alrededor.

–¿Es que tiene miedo, Blade? –respondió Cox en tono sarcástico–. Puede estar tranquila: en esta zona no se ha producido nunca ningún ataque.

–¿Qué clase de animales son?

–No hemos conseguido jamás ver a ninguno de esos malditos hijos de puta, menos aún encontrar restos. Siempre han eludido trampas y cacerías. Es como si no existiesen. Pero sabemos que están ahí, dispuestos a matar. Son los verdaderos amos de este mundo. Máquinas de matar invisibles. La única forma en que se manifiestan son esos espantosos sonidos que hielan la sangre en las venas: una mezcla de barrito de elefante y rugido de tigre, pero mucho más alto y prolongado. Empiezan cuando las luces procedentes del lago pierden intensidad y las sombras se alargan. Y pueden pasarse así horas enteras: en esos momentos, uno llega a pensar que esto es el verdadero infierno.

Había empezado a llover.

Superaron el promontorio y giraron hacia una amplia ensenada, dejando atrás el bosque. Se hallaban de nuevo a orillas del lago. Trix sintió alivio.

No muy lejos de allí, entre una cortina de agua cada vez más espesa, se adivinaban las luces de un pequeño puerto y de una serie de edificios: se encontraban frente a lo que en otros tiempos se llamaba Nuevo Berlín. Algunos edificios, que parecían viejos y abandonados, tenían el aire de grandes búnkeres en una playa. Otros, en cambio, eran construcciones futuristas como las que Michael y Trix habían visto en la superficie durante el aterrizaje. El centro de la base lo ocupaba una gran construcción circular suspendida sobre lo que parecían cuatro enormes patas de cemento. Tanto el material como las señales de deterioro hacían pensar que se trataba de una construcción nazi.

La base entera estaba rodeada por redes electrificadas de diez metros de altura. En el lado noroeste, al abrigo de la selva, se veían dos torres de vigilancia de las cuales salían potentes haces de luz, que se perdían en la espesa niebla que ocultaba la vegetación.

Cuando llegaron a una de las entradas, el militar que conducía el jeep se limitó a tocar la bocina, tras lo cual se abrió la verja corredera.

Entraron en la base bajo una lluvia torrencial. Multitud de soldados vestidos con trajes de camuflaje negros iban de un lado para otro, pero nadie prestó atención a los recién llegados.

Antes de bajar del coche, Cox se volvió hacia Michael y Trix.

–Les he dicho antes que aquí ya no hay nazis desde 1945. No es del todo cierto. En realidad, queda un nazi. Está allí –dijo Cox, señalando la gran construcción con forma de araña que ocupaba el centro de la base–. Se trata del delfín de Hitler. El hombre que llevó los papeles de Platón a Alemania y que, según la historia, murió en 1987 en la cárcel de Spandau. Pero la historia no siempre cuenta la verdad.

58

RUDOLF HESS, ALL ALONE,
DANCING THE SPANDAU BALLET

A principios de los años ochenta, una pintada en la pared de los lavabos de una discoteca de Berlín le dio a Robert Elms, DJ de la BBC London 94.9, la idea del nombre para la banda que más tarde se conocería como Spandau Ballet.

En 2014 corrían rumores de que los Spandau Ballet, que desde sus inicios se habían separado y vuelto a unir, estaban preparando un nuevo álbum con temas inéditos. La cárcel de Spandau ya había sido demolida y de Rudolf Hess se sabía que se había suicidado y que había sido enterrado en Wunsiedel, Baviera. Más tarde, cuando la iglesia había rescindido el contrato de alquiler de los terrenos en los cuales se hallaba su tumba, los restos de Hess habían sido exhumados y, finalmente, incinerados. Sus cenizas habían ido a parar al mar, para que no quedara ningún rastro de él.

Pero Rudolf Hess seguía vivo.

Yacía, en estado de coma profundo, en el interior de una cápsula blanca cerrada por una cúpula transparente de polimetilmetacrilato. Una especie de sarcófago hipertecnológico en el corazón de una base secreta, situada a casi cinco kilómetros de profundidad bajo el hielo de la Antártida.

Hess llevaba un casco y un mono negro parecido a un traje de buzo, bajo el cual se adivinaba un cuerpo esquelético. El rostro cerúleo y consumido por el tiempo ni siquiera parecía humano.

Ya no se asemejaba en nada al rostro del hombre que Laurence Olivier, con un mimetismo que había impresionado incluso al hijo de

Hess, había interpretado en *Patos salvajes II*.

Rudolf Hess tenía ciento veinte años.

Lo mantenían artificialmente con vida desde 1987.

Primero lo habían trasladado a la base de Cayo Hueso, pero ya hacía un año se encontraba allí, en la base 211. Desde su cabeza, la voz no había dejado nunca de hablar.

–He aquí el último superviviente del círculo de Hitler, mi nazi preferido: ¡Walter Richard Rudolf Hess! –exclamó Cox, en tono eufórico–. El hombre que el 10 de mayo de 1941 sobrevoló en solitario el canal de la Mancha, a bordo de su cazabombardero Messerschmitt Bf 110, para después lanzarse en paracaídas sobre el castillo del duque de Hamilton, en Lanarkshire. Durante algunos años, tanto nosotros como los ingleses creíamos que estaba loco, pero durante el juicio de Núremberg, los estadounidenses comprendimos que había algo más, así que de inmediato lo pusimos bajo vigilancia. Desde entonces, Hess se ha convertido para nosotros en la valiosa fuente H –dijo Cox.

Se hallaban en la sala de control, junto a la habitación de la cápsula, que podían ver a través de un cristal. Había tres ordenadores, cada uno sobre una mesa metálica: dos de ellos servían para controlar las constantes vitales de Hess, mientras que el tercero estaba conectado al casco neuronal para descifrar las señales procedentes del cerebro. Tres hombres, vestidos con bata blanca, ocupaban los tres puestos. Saludaron a Cox y luego se concentraron de nuevo en las pantallas.

Se encontraban en el corazón mismo de la antigua base nazi: la pintura de las paredes estaba descascarillada y predominaba el olor a humedad y sudor. El hombre armado con un fusil automático que los había acompañado hasta allí, estaba en ese momento de pie junto a la pesada puerta de acero que conducía a la habitación.

–Es imposible. ¡Hess murió hace más de veinte años! –exclamó Michael, acercándose al cristal.

–No puedo decir que goce de una espléndida salud, pero tampoco está muerto. Sólo hemos hecho creer al mundo que lo está. Durante todos estos años, hemos cuidado de él.

–¿Por qué está aquí? –preguntó Trix.

–Sin él, no habríamos descubierto jamás este sitio. Hess guió hasta el lago Vostok primero a la expedición nazi de 1939 y, después, a la Misión Highjump. Nadie habría podido llegar hasta aquí basándose únicamente en los textos platónicos que su abuelo tradujo, Price, por mucho que después convenciera a la OSS de su importancia político-militar. Hacía falta un guía. Y Hess lo fue. Ahora nos sirve para llevar a cabo la última parte del trabajo, que es también la más difícil.

–No le entiendo –dijo Trix.

–Si han descifrado los manuscritos platónicos, tendrían que haber oído hablar del Rey del mundo y de los Grandes Antiguos.

Michael, que estaba absorto observando a Hess, se volvió.

–¿Qué quiere usted decir, Cox?

Cox se acercó al cristal y contempló la cápsula.

–Hess decía que oía una voz que le hablaba. Pero no estaba loco. La mente de Hess se comunica con el Rey del mundo y con los Grandes Antiguos. Es un fenómeno que se inició cuando Hess aún vivía y que ha seguido durante el coma. Su cerebro recibe mensajes de los Grandes Antiguos y del Rey del mundo, mensajes que luego envía a nuestro ordenador gracias al casco neuronal.

–Estupendo. Mire, Cox: Helena Blavatsky, la fundadora de la Sociedad Teosófica, se creía una médium capaz de transmitir mensajes procedentes de una misteriosa entidad, pero lógicamente no era más que una hábil estafadora.

–Ése es un razonamiento de andar por casa, Price. Desde hace años la CIA, la DIA,*** la NSA y los militares estadounidenses realizan experimentos que demuestran que la transmisión del pensamiento es un hecho real. Imagino que habrán oído hablar del proyecto Stargate.

–¿El programa de investigación sobre la percepción extrasensorial que financió el gobierno? –preguntó Trix.

–Exacto. En 1970 se publicó un libro, *Psychic Discoveries Behind the Iron Curtain*, de Sheila Ostrander y Lynn Schroeder. Las autoras revelaban que los soviéticos gastan cada año millones de rublos en reclutar médiums, personas sensitivas y sujetos con dotes telepáticas, a los cuales emplean en labores de contraespionaje. Desde aquel momento, el ejército estadounidense, la CIA y la DIA dejaron a un lado la tradicional visión científica para dar el visto bueno a una serie de investigaciones sobre facultades extrasensoriales. Temían que la URSS pudiera proveerse de espías psíquicos capaces de leer la mente de los líderes estadounidenses e, incluso, de poner en práctica asesinatos psíquicos.

–¡No me diga que el ejército estadounidense recurre a médiums para luchar contra los rusos! –observó Michael, en tono sarcástico.

Cox ignoró el comentario y siguió hablando.

–Participaron en el proyecto el Stanford Research Institute y el Science Applications International Corp. Tras veinte años de investigaciones, se ha demostrado que las facultades extrasensoriales existen. En ese campo, sin embargo, los nazis les llevaban ventaja a los rusos y a los estadounidenses. El misterioso departamento de la marina alemana, al que algunos se refieren también como «Instituto de Investigación Naval», utilizaba, además de la tecnología más moderna, la astrología, el espiritismo y la telepatía. El esoterismo fue un elemento importante de la guerra nazi, y las capacidades telepáticas de Hess, que probablemente se vieron potenciadas tras ciertos experimentos con mescalina, desempeñaron un papel fundamental. La telepatía o transmisión del pensamiento no es ningún disparate: todo depende de la potencia de las ondas cerebrales y de la predisposición que tienen ciertos cerebros para captar las ondas cerebrales de otros. El casco neuronal que utilizamos para Hess es fruto de la experimentación, lo mismo que la tecnología que hoy en día permite utilizar un ordenador mediante cascos dotados de conectores EGG.

–También Freud reconocía la existencia de la telepatía, pero aquí estamos hablando de otra cosa –objetó Michael.

–En realidad, es similar. La mente de Hess recibe señales de una entidad que a veces se identifica como Rey del mundo y a veces como Grandes Antiguos, que le ha permitido situar el lago Vostok. ¿Cree usted en esa religión llamada psicoanálisis, según la cual algunos sujetos son capaces de escuchar el subconsciente de otros? Perfecto. Entonces digamos que es como si la mente de Hess estuviese hablando por teléfono con el subconsciente de la tierra. Pero Hess no es el único que escucha la voz.

–Supongo que no le habrá costado mucho encontrar a otros chalados que escuchen las voces –dijo Michael, en tono sarcástico.

Cox sonrió.

–Mire, Price: según su abuelo, cuando Platón hace decir a Sócrates «tengo dentro no sé qué espíritu divino y demoníaco; y es como una voz que llevo dentro desde que era niño», está hablando precisamente de la misma voz que Hess afirmaba escuchar. Usted acepta sin problemas lo que cuenta Platón, creyendo que no debe tomarse al pie de la letra, pero rechaza la historia de Hess por considerarla un disparate.

Cox se acercó a uno de los ordenadores. La pantalla estaba dividida en dos: en la parte inferior se veía un electroencefalograma plano, mientras que en la superior se apreciaban señales de actividad cerebral. Cox señaló la parte inferior de la pantalla:

–Fíjense en esto: es el electroencefalograma de Hess.

–¡Pero está muerto! –exclamó Trix.

–Sólo según los criterios de muerte cerebral que han adoptado la mayoría de las naciones. En Estados Unidos, por ejemplo, Hess estaría muerto. Pero las cosas no son tan sencillas. Lo que denominamos «electroencefalograma plano» no es plano en realidad, sino de una amplitud inferior a dos microvoltios. Por otro lado, el encéfalo sigue desarrollando algunas de sus funciones incluso durante la llamada muerte cerebral. Y ahora fíjense aquí –dijo Cox, señalando la parte superior de la pantalla–. La actividad

que ven aquí arriba procede de otra zona del cerebro de Hess, de la amígdala: lo que ven aquí no es otra cosa que la voz de los Grandes Antiguos, que el cerebro de Hess descifra sin descanso, como en una especie de incesante monólogo interior que se repite en un bucle. De vez en cuando, sin embargo, el monólogo se actualiza y entonces obtenemos información nueva. A lo largo de los años, hemos ido recogiendo en diversos volúmenes todos los mensajes de Hess: dichos volúmenes contienen la historia completa de los Grandes Antiguos, la civilización más antigua y longeva del planeta, puede que de todo el universo. Hemos descubierto que incluso es posible captar la voz de los Grandes Antiguos con aparatos tecnológicos, sin necesidad de pasar por el cerebro de Hess.

–Entonces, ¿por qué siguen manteniéndolo con vida de forma artificial?

–Porque no nos basta con los aparatos tecnológicos. Recibimos el mensaje, pero no conseguimos descifrarlo. El cerebro de Hess sirve para descifrar la voz. Más o menos como el *bombe* que utilizaban los criptólogos durante la Segunda Guerra Mundial para descifrar los mensajes secretos codificados por la máquina Enigma.

Cox observó a Michael y a Trix para comprobar su reacción.

–De acuerdo, Cox, ya basta. Está usted loco. Completamente loco. Aquí están todos locos. Viven encerrados en una base perdida bajo el hielo, intentando descifrar los impulsos eléctricos de un nazi clínicamente muerto que, según ustedes, está en contacto con los Grandes Antiguos de los que habla Platón. Yo me largo.

El hombre que custodiaba la entrada lo apuntó con el fusil.

–Usted no va a ninguna parte.

–Pues dispáreme si quiere, pero no pienso dedicar ni un solo minuto más a escuchar los delirios de este hombre.

El soldado aumentó la presión sobre el gatillo, dispuesto a abrir fuego. Cox, sin embargo, hizo un gesto con la mano y el soldado, tras asentir, bajó el fusil. Michael pasó junto a él y abrió la puerta.

–Price, tengo las respuestas que usted no quiere escuchar –dijo Cox.

–¿Ah, sí? ¿Y cuáles son? –respondió Michael, sin volverse.

–Las que usted ya conoce, pero en las cuales teme creer. Aquellas a las que se aproximó al escribir su libro sobre las doctrinas secretas de Platón, pero sin tener el valor de llegar hasta el fondo de la cuestión. Las que le proporcionó Platón, pero que usted en realidad no quiso escuchar. Las que tenía su abuelo; esas mismas respuestas que, por desgracia para él, intentó revelar.

Cox se acercó a Michael.

–¿Quiere escuchar la verdad, Michael, o es demasiado cobarde para soportarla? Usted elige. Si tiene miedo, le dejaré marchar.

Michael aferró con más fuerza el tirador de la puerta. Era una batalla psicológica. Contra Cox, contra sí mismo, contra los fantasmas de su familia.

Soltó el tirador y se volvió hacia Cox.

59

Cox sacó del bolsillo uno de sus puros y lo encendió.

–La historia que relatan los papiros que Hess redescubrió en una antigua máscara egipcia del dios Ra es un mito, pero un mito que cuenta la verdad. Por ese motivo, el primer papiro nunca ha llegado a manos de la NSA. La tierra es hueca por dentro y en su superficie cóncava existe otro mundo con mares, islas y continentes, un mundo que es el reverso exacto del nuestro y en el que vive desde hace miles de millones de años la entidad que, en los papiros, Platón llama los Grandes Antiguos o Rey del mundo. Y ellos son quienes diseñaron el objeto dibujado en la parte posterior de los papiros. Hace miles de millones de años, varios de los Grandes Antiguos consiguieron llegar a la superficie y dieron vida a la civilización más antigua que haya existido jamás sobre la tierra. La arqueología tradicional considera «incongruencias irrelevantes» los pocos restos que de ellos se han encontrado. El texto de las doctrinas no escritas y los dibujos se remontan a esa civilización que, por la vía material o a través del pensamiento, ha conseguido hacerlos llegar hasta nosotros.

–¿Y cómo consiguieron llegar a la superficie de la tierra? –preguntó Trix, con incredulidad.

–A través de la vía. En el centro del lago Vostok existe un abismo conectado con el mar de Ross, que conduce al mar interior de la tierra hueca. Cuando Platón habla de la «vía», se refiere al canal que conduce del lago Vostok hasta el mar subterráneo y la isla.

–Un momento, Cox: ¿dónde están el mar, la isla y el sol? –dijo Trix.

–Imaginen un globo terráqueo vacío por dentro. En la superficie exterior se ven lagos y continentes: es la tierra en la que vivimos. Se trata de una superficie convexa, pero su extensión no nos permite apreciar la curvatura terrestre y, por tanto, tenemos la sensación de vivir sobre una superficie plana, ya estemos en el Polo Norte, en el Polo Sur o en Nueva York. La fuerza de la gravedad se ocupa del resto. Lo mismo ocurre en la superficie interior del globo terráqueo vacío, el otro lado de la tierra. Aquí también hay mares, continentes e islas. La superficie interior es cóncava, pero igual que sucede en la parte exterior, aquí tampoco se aprecia la curvatura debido a la extensión. Además, en la superficie interior del mundo, la fuerza centrífuga supera a la fuerza de la gravedad, según nuestros cálculos. En el centro de la tierra hueca se encuentran los que Platón denomina el sol rojo y el sol negro, que flotan en el vacío. Y es allí, en el centro mismo de la tierra, donde los nazis preparan la deflagración y la palingenesia del mundo, a través de lo que Platón llama el «sol negro».

–No es más que una metáfora para describir la materia primordial, Cox –replicó Michael.

–Se equivoca, Price. El sol negro es en realidad un agujero negro parecido a los que se encuentran en el centro de las galaxias. La única diferencia es que tiene un tamaño más pequeño y está en el centro de la tierra, junto a un sol de dimensiones reducidas.

–¿Tiene alguna prueba o se basa únicamente en la voz de los Grandes Antiguos?

–Llevamos años estudiando la anomalía electromagnética del Atlántico sur y la radiación gamma procedente de la fosa de las Marianas, pero la respuesta la hemos descubierto hace poco. La causa de esos fenómenos sólo puede ser un agujero negro. La voz de los Grandes Antiguos así lo confirma; nos ha proporcionado una serie de datos muy concretos en los que nuestros científicos han estado trabajando durante un año entero. Es probable que el agujero negro sea un agujero negro primordial, más antiguo que la tierra, la cual se habría formado en torno a él debido a la

condensación de gas y polvo interestelar. El problema es que el agujero negro del centro de la tierra está colapsando y no tardará en explotar. Pocos segundos antes de la explosión, los nazis quieren potenciarlo mediante el superimán que los miembros de CR han construido basándose en el dibujo de los papiros y en algunas esferas de material desconocido descubiertas en África ya hace años.

–¿Cómo puede potenciarse un agujero negro? –preguntó Trix.

–Creando otro agujero negro más pequeño, que se unirá al que ya existe en el momento del colapso. El superimán funciona como un superacelerador de partículas, capaz de crear agujeros negros. Heisenberg empezó a trabajar en la construcción del superimán en 1939, pero no se ha completado hasta hace muy poco. Los miembros de CR lo han trasladado al centro de la tierra a través de uno de los canales que conectan la vía con el mar de Ross. Su objetivo es reactivar el agujero negro y abrir una puerta espaciotemporal para dar vida a la palingenesia del mundo. La tierra sería engullida por el agujero negro y reaparecería en algún otro sitio. Es decir, pasaría por un agujero de gusano, un túnel espacio-temporal que conecta dos partes del universo. En las paredes de su celda de Spandau, Hess tenía reproducciones a gran escala de la tierra y de otros planetas. Tras una de esas reproducciones, en la pared, encontramos esta fórmula.

Cox cogió el iPad que descansaba sobre uno de los escritorios y tocó la pantalla, que luego mostró a Trix y a Michael.

$$ds^2 = -e^a c^2 dt^2 + \frac{dr^2}{1 - \frac{b(r)}{r}} + r^2 (d\theta^2 + \sin^2 \theta \quad d\varnothing^2)$$

–La letra es de Hess. Es lo que se llama métrica general de un agujero de gusano practicable o, en términos más sencillos, la fórmula para pasar de una parte a otra del universo. Sólo hay un

problema: el eventual viaje de la tierra a través de un agujero de gusano destruiría toda forma de vida sobre la superficie. El holocausto global debido a una conflagración que asolaría la tierra sería el precio a pagar por una palingenesia en otra parte del universo.

–No lo entiendo. ¿Por qué no han interceptado a los hombres de CR antes de que llevasen el superimán al centro de la tierra? –preguntó Trix.

–Porque no habría servido de nada, Blade. Sólo nos habría hecho perder un tiempo muy valioso. CR reactivará el agujero negro en el momento del colapso: ése es, precisamente, el momento para producir un agujero de gusano. No nos interesa impedírselo. Aunque el agujero negro no llegue a reactivarse, explotará dentro de poco y destruirá la tierra. Para impedir la destrucción de la tierra sólo tenemos una posibilidad: hacer estallar una batería de armas nucleares de hidrógeno en el interior de la tierra, para así destruir el agujero negro antes de que colapse o de que CR lo reactive. Por eso no nos hemos ocupado de CR durante todos estos años, sino únicamente de la tierra hueca. Teníamos que encontrar la forma de llegar hasta allí.

–¿Por qué han esperado tanto?

–La hipótesis de que exista un agujero negro en el centro de la tierra, a punto de explotar y destruir el planeta, se remonta a unos pocos años atrás. Además, nuestra tecnología para las inmersiones en hiperprofundidad estaba muchísimo menos avanzada que la de los nazis, quienes probablemente disponían de indicaciones o materiales de los Grandes Antiguos a los cuales nosotros no hemos tenido acceso. Nos hemos pasado años tanteando a ciegas y fracasando, pero por fin estamos preparados. Acabamos de terminar un prototipo que nos permitirá llegar a la tierra hueca y eliminar la amenaza.

–Pero eso significa destruir también la civilización de los Grandes Antiguos –objetó Trix.

–Sí. Son dos civilizaciones en lucha, pero es imposible salvarlas a las dos. O ellos o nosotros. Ha llegado el momento de ir allí abajo y salvar a nuestra gente. Y la única persona capaz de conducirnos al centro de la tierra para terminar la partida es usted, Blade.

Trix guardó silencio.

Lo que Cox acababa de contar parecía increíble.

Y, sin embargo, el lugar en el que se encontraban también era increíble pero real. Michael fue el primero en hablar.

–Una historia fantástica, Cox, pero no tanto como para hacerme cambiar de idea.

–Espera, lo que dice podría ser cierto.

Trix parecía creer en las palabras de Cox.

–Está intentando manipularnos, Trix. No le interesa la verdad, ni mucho menos salvar al mundo. Sólo le interesan sus propias obsesiones. Cumpla su promesa, Cox, y déjenos marchar.

–Por supuesto, Price. Soy un hombre de palabra: son ustedes libres. Pero quiero ofrecerles algo más que la simple libertad.

Cox sacó su pistola y apuntó a Michael con ella. Luego, muy despacio, se la acercó a la sien.

Sonrió.

–Es usted libre de irse, Price, y cuando lo haga yo me pegaré un tiro. Así, no sólo habrá usted obtenido su libertad, sino también su venganza, sin necesidad de ensuciarse las manos.

–Se está tirando un farol.

–Se equivoca. Pero todo esto tiene un precio: si es usted quien está en lo cierto, yo desapareceré y ustedes serán libres. Pero si soy yo quien tiene la razón, Price, usted habrá sacrificado al mundo entero por culpa de su incredulidad.

Cox amartilló su pistola.

–Le toca a usted mover ficha, Price.

En aquel momento, se apagaron todas las luces de la sala. A los pocos segundos volvieron a encenderse, alimentadas por los

generadores de emergencia. Sin embargo, los ordenadores habían dejado de funcionar.

–¿Qué diantre sucede? –preguntó Cox, que por primera vez parecía preocupado.

Jenkins, el profesor al que Cox había reclutado, el hombre que había descubierto la existencia del agujero negro en el centro de la tierra, entró jadeando en la sala.

–¡Rápido, capitán, venga a ver!

Cox abandonó la sala. Tras un instante de vacilación, Michael y Trix lo siguieron al exterior del búnker y, sin preocuparse por la lluvia torrencial, se dirigieron hacia la playa.

Como una gran ciudad afectada en plena noche por un apagón progresivo, el lago Vostok, que hasta hacía muy poco resplandecía de luz azul, se estaba apagando.

La oscuridad avanzaba desde el centro del lago hacia las orillas, igual que una marea negra que se extiende de forma inexorable.

–¿Qué significa esto, Jenkins? –preguntó Cox.

–Se está produciendo una tormenta magnética, Cox. El agujero negro está colapsando. Nos quedan dos días, como mucho.

Cox permaneció inmóvil durante un largo instante, tras lo cual se volvió y se acercó a Michael. Los dos hombres se observaron directamente a los ojos, con el rostro empapado de lluvia.

Michael reunió todas sus fuerzas y le atizó un puñetazo en plena cara a Cox. El militar bajó la cabeza y escupió sangre al suelo. Después volvió a mirar a Michael.

De repente, la oscuridad se hizo completa y desde los bosques que circundaban el lago les llegó, muy claramente, el grito inhumano de las criaturas invisibles.

60

Salieron del puerto en mitad de una tormenta de viento y lluvia. Se oían estallidos ensordecedores, truenos amplificados por la caja de resonancia que era la bóveda de hielo, acompañados por esferas de luz que iluminaban, a lo lejos, las tinieblas.

Las luces de proa del remolcador barrían las aguas del lago Vostok, cuyas olas ya superaban en ese momento los tres metros y medio. La embarcación avanzaba como mucho a cinco millas por hora, cortando las olas en diagonal. Cuando remontaba las laderas de aquellas montañas de agua negra, el cable de acero con el que remolcaba al *Nautilus II* se tensaba casi hasta el punto de rotura y expulsaba las gotas de agua acumulada. Luego, el cable se aflojaba y desaparecía entre la espuma cuando, seguido a poca distancia por el sumergible, el remolcador superaba la cresta de la ola e iniciaba el descenso.

La embarcación remolcó al *Nautilus II* durante casi cuarenta minutos, el tiempo necesario para salir del golfo en el cual se había construido el puerto y alejarse del fondo rocoso y poco profundo. Una vez superado el talud que descendía hasta los quinientos metros de profundidad, abandonó a su suerte al *Nautilus II* y regresó.

–Listos para la inmersión.

La voz de Trix sonaba firme, no dejaba traslucir ni rastro de tensión. La expresión de Cox, sentado junto a ella, era impasible; el resto de la tripulación, en cambio –Michael, Jenkins y dos militares, Tom y Mark–, parecía acusar el fuerte vaivén provocado por las olas.

Trix dio potencia a los motores e inclinó la barra del timón, que parecía la palanca de un avión, hacia abajo.

El propulsor a reacción nuclear SG8 se había activado en el momento de zarpar. Poseía una potencia suficiente como para poder abastecer una ciudad pequeña y proporcionaba al batiscafo una velocidad punta de cuarenta nudos.

Cox abrió los depósitos de lastre, que se llenaron de agua. El silbido del aire que soplaba resonó en el habitáculo, acompañado por los chirridos de la estructura al adaptarse a la presión. En pocos segundos, la torreta desapareció y el *Nautilus II* se sumergió en las aguas negras del lago, impulsado por su hélice de siete palas.

–Inclinación seis grados, siete, ocho, nueve, diez. Profundidad cuarenta metros, en aumento.

Cox iba comunicando los datos de los instrumentos a Trix, sentada a los mandos del *Nautilus II*. Descendían con una inclinación de diez grados hacia el fondo. Al poco, la burbuja del inclinómetro, que hasta ese momento había oscilado hacia uno y otro lado debido al oleaje, se estabilizó en el cero.

El viaje hacia el final del abismo había empezado.

Casi sesenta años antes, durante el verano de 1958, el submarino a propulsión nuclear *Nautilus* había realizado la primera travesía submarina del Polo Norte.

Ahora le había llegado el turno al *Nautilus II*.

La misión, sin embargo, era mucho más difícil: se trataba de sumergirse en el abismo que conducía al centro de la tierra.

Ambos submarinos habían tomado su nombre de una obra de ficción: *Veinte mil leguas de viaje submarino*, de Julio Verne. A su vez, Verne había tomado el nombre «Nautilus» del submarino diseñado por Robert Fulton y botado en el año 1800.

El *Nautilus II*, estrictamente hablando, no era ni batiscafo ni submarino, sino un híbrido que combinaba las características de los batiscafos y de los SSBN, los submarinos nucleares lanzamisiles balísticos clase Ohio. Era una versión modificada del prototipo de batiscafo para inmersiones en hiperprofundidad que Trix había

utilizado durante su periodo de instrucción, también bautizado como *Nautilus II*. En comparación con dicho prototipo de instrucción, sin embargo, el nuevo *Nautilus II* duplicaba las dimensiones y triplicaba el peso. Si no había recibido un nuevo nombre era por una única razón: durante la instrucción, el prototipo *Nautilus II* había desafiado la hiperprofundidad del abismo que se había abierto en el fondo de la fosa de las Marianas y había regresado sano y salvo. Era un buen auspicio.

Cuando Cox se lo había mostrado, en el dique seco de Nuevo Berlín, Trix no había podido creer lo que estaba viendo: era potente, grandioso, letal. Era lo más hermoso que Trix había visto jamás. Son muchos los que prefieren no emitir juicios estéticos ante los instrumentos de muerte, pero para Trix eso no eran más que chorradas: la perfección y la potencia de algunas máquinas letales iba unida a una innegable belleza. Y el *Nautilus II* era sublime.

–¿Cree que podrá llevarnos hasta allá abajo, Blade?

–Creo que hasta podré volver, señor.

–Bien. Pues es todo suyo, capitán de fragata Blade.

Trix no dijo nada, pero en el fondo de su corazón, por primera vez, sintió agradecimiento hacia Cox. Nunca había dejado de odiarlo. Lo odiaría siempre. Aquel hombre había sacrificado sin vacilar la vida de Reeves y había ordenado asesinar al padre de Michael. Sin embargo, Cox despertaba en ella un sentimiento de respeto, como a veces ocurre con los enemigos honorables.

De cuarenta metros de longitud, el *Nautilus II* estaba formado por dos bloques. El habitáculo, reservado a los miembros de la tripulación, era un cilindro de acero de veinte centímetros de espesor, quince metros de largo y cuatro de ancho. El casco, en cuyo interior se encontraba el habitáculo, se había construido con una espuma especial compuesta por una suspensión en resina epoxi de microesferas de vidrio huecas. Esa doble estructura estaba pensada para que el *Nautilus II* pudiera resistir una presión de hasta cien mil atmósferas. Tenía capacidad para un máximo de seis hombres y estaba equipado con dos torpedos laterales, dos misiles provistos de

cabeza atómica situados en tubos verticales en el interior del puente y un *drone* alojado en la parte posterior que, en caso de daños en la plataforma de lanzamiento de las cabezas atómicas, debía hacerlas explotar en pleno vuelo.

Estaba previsto que el *Nautilus II* los llevara al centro de la tierra en menos de dos días.

La distancia media entre el centro de la tierra y uno de los polos era de 6.355,988 kilómetros. Según los cálculos del equipo que lideraba el profesor Jenkins, el *Nautilus II* debía recorrer un total de mil quinientos kilómetros para sumergirse hasta el fondo del abismo y luego emerger al mar interior. Si calculaban que la velocidad media de inmersión era de unos veinte nudos, el tiempo total del recorrido sería de casi cuarenta y una horas.

Disponían de poco tiempo: el agujero negro explotaría dentro de cuarenta y ocho horas. Y, un segundo antes de la explosión, los nazis lo reactivarían.

Beatrix, a los mandos del *Nautilus II*, supervisaba las imágenes procedentes de las telecámaras exteriores. Cox, sentado a su lado en calidad de copiloto, se ocupaba de controlar los instrumentos mientras que Jenkins, sentado en la segunda fila junto a Michael, seguía la medición en tiempo real de las radiaciones procedentes del centro de la tierra. En la última fila se encontraban los dos militares que los acompañaban en aquella misión. En ese momento dormían, acatando así una norma vigente entre los cuerpos especiales que dice: «Duerme en cuanto se te presente la oportunidad, porque nunca sabes cuándo podrás volver a hacerlo».

A cuatrocientos metros de profundidad, la calma era absoluta; el agua, límpida; y la visibilidad, gracias a las telecámaras exteriores en 3D, excelente.

Los faros del *Nautilus II* iluminaban un bosque de algas gigantes que recubrían, de forma intermitente, el fondo marino. Trix se mantenía a una distancia de seguridad, pues desconocía la

consistencia de aquellas plantas. Si se enredaban en la hélice, podían causarles muchos problemas.

Navegaron con tranquilidad durante casi una hora.

Luego, antes incluso de situarse encima, Trix lo vio al final del bosque de algas: un abismo de casi seiscientos metros de diámetro.

Allí estaba la vía de la que hablaba Platón.

No se parecía al abismo en el cual se había sumergido años antes, en el fondo de la fosa de las Marianas. La vía era una abertura casi totalmente redonda, que le recordó a Trix otro lugar parecido en el que se había sumergido años antes: el Gran Agujero Azul, en el centro del atolón de Lighthouse Reef, en el mar del Caribe.

Trix apretó los dientes y contrajo los músculos de la mandíbula.

Durante un segundo, tuvo la sensación de estar reviviendo el funesto día en que, junto al teniente Reeves, había explorado por orden de Cox el abismo del fondo de la fosa de las Marianas.

Empezó a sudar.

Cox se dio cuenta.

–¿Todo bien, Blade?

Trix no respondió. Se limitó a respirar hondo.

–Ya estamos. Preparados para el descenso.

Sobre el abismo, la corriente giraba en sentido contrario a las agujas del reloj, formando un vórtice. Para entrar, Trix debía sumergirse en el flujo y seguirlo, sin perder la posición. Cox ya se lo había advertido: eran varias las sondas que habían quedado destruidas justo en la entrada de abismo, a causa de las insidiosas corrientes que las lanzaban contra las paredes de roca.

El *Nautilus II* era muy potente pero su maniobrabilidad, a causa del peso, resultaba bastante reducida.

Empezaron a girar en sentido contrario a las agujas del reloj, alrededor del abismo. De repente, una sombra enorme cruzó la pantalla; luego otra y otra más. El sónar pasivo emitió varios sonidos estridentes que provocaron un molesto pitido en los tímpanos a los miembros de la tripulación.

–Cachalotes –dijo Cox.

–Preferiría que fuesen ballenas –comentó Trix.

A Michael le pareció detectar cierta preocupación en la voz de Trix.

–No sabía que los cachalotes fueran peligrosos.

–¿Ha leído *Moby Dick*, profesor Price?

A Jenkins no le hacía gracia que otro profesor, aparte de él, formase parte de aquella expedición. Lo había hablado con Cox, pero éste se había mostrado inflexible. Price podía serles útil, ya fuera para chantajear a Blade o para aprovechar sus conocimientos sobre los papiros y sobre Platón.

–Más de una vez, profesor Jenkins, y sé que Moby Dick no es una ballena, sino un cachalote. Le recuerdo, sin embargo, que se trata de una novela.

–Ya, pero inspirada en una historia real. En 1820, el ballenero *Essex* de Nantucket se hundió frente a la costa oriental de Sudamérica. El primer oficial, Owen Chase, relató la historia en un libro. De todos los animales provistos de dientes, el cachalote es el mayor. Y los machos grandes como éste no tienen depredadores, excepto el hombre. En cualquier caso, no crean problemas si no se les molesta. Pero si por casualidad nos confunden con un calamar gigante, presa que…

–Gracias, Jenkins, pero ahora cierre el pico o lo arrojo a los cachalotes –lo interrumpió Cox, que no tenía la menor intención de presenciar, durante su misión, un concurso de erudición entre Jenkins y Price.

–Sí, señor.

Trix aumentó la velocidad hasta veinticinco nudos.

Los cachalotes nadaban junto a ellos y acompañaban al *Nautilus II* con movimientos poderosos y elegantes. Luego se sumergieron en el flujo de corriente que descendía hacia el abismo, como si así quisieran indicarles el camino.

Trix inclinó la barra a estribor y los siguió. La fuerte corriente hizo vibrar al *Nautilus II*, pero Trix consiguió mantenerlo estable hasta

que el flujo perdió potencia y las aguas recobraron la calma.

Los cachalotes los acompañaron durante una parte del descenso hacia el abismo, pero luego volvieron a subir y los abandonaron a un silencio irreal, interrumpido tan sólo por el ruido del sónar.

Las primeras cinco horas de inmersión transcurrieron sin percances. El *Nautilus II* descendía por el abismo siguiendo una ruta en espiral. La fuerte presión no les había causado problema alguno. Ni siquiera las telecámaras exteriores, cuya resistencia inquietaba a Trix, daban señales de haber sufrido daños. En el astillero de la base habían realizado un excelente trabajo.

–Profundidad ciento ochenta y cinco mil metros –dijo Cox, pronunciando aquella cifra en tono de incredulidad.

La fosa de las Marianas, que durante muchos años había sido el punto más profundo jamás alcanzado por el hombre, medía once mil metros. El abismo que Trix había explorado tenía una profundidad de cincuenta y seis mil metros. Se hallaban mucho más allá de cualquier profundidad imaginada y aún debían sumergirse más. Cada metro era una incógnita. Sabían perfectamente que la diferencia entre los cálculos más exactos y la realidad era también la diferencia entre el éxito y el fracaso de la operación.

–No hay el más mínimo rastro de vida –observó Michael, contemplando en la pantalla el agua negra que iluminaban los haces de luz del *Nautilus II*.

A tanta profundidad, era normal. Sin embargo, había algo raro: a pesar de que el Vostok era un lago rico en peces, en ningún momento del descenso –desde que los cachalotes habían regresado a la superficie– habían encontrado forma alguna de vida. O había algún gran depredador por allí cerca, o aquellas aguas tenían algo que las volvía inhóspitas.

Cox se volvió hacia Michael.

–Tiene razón, Price. Pero no se queje, la muerte es tranquilizadora, mientras que la vida siempre puede dar problemas.

Cox apenas había terminado su frase cuando el *Nautilus II* se vio zarandeado por una serie de violentas sacudidas. La burbuja del inclinómetro se desplazaba de derecha a izquierda, como si hubiera enloquecido.

–¡Abróchense el cinturón!

Trix intentaba mantener el rumbo por todos los medios, pero el batiscafo se hallaba a merced de una corriente fortísima que llegaba desde estribor y que, de golpe, los había embestido como un río en crecida. Los estaba empujando hacia una de las paredes del abismo.

–¡Salga de la corriente, Blade! –gritó Cox.

Pero, en lugar de ascender o descender para intentar salir de aquel río, Trix se alineó de modo que la corriente les quedara a popa y, a continuación, dio máxima potencia al motor.

–¿Está loca? ¿Quiere que nos estrellemos contra la pared? –exclamó Cox, incrédulo.

–Cállese, Cox. Comuníqueme a qué distancia estamos de la pared y prepárese para expulsar el agua de los depósitos de lastre de popa y llenar el depósito de inmersión rápida.

–De acuerdo. Doscientos metros para el impacto.

El *Nautilus II* se dirigía a toda velocidad hacia la pared del abismo.

–Ciento cincuenta metros.

Michael, Jenkins y los dos militares –que acababan de despertarse bruscamente– se aferraron a los brazos del sillón. En la pantalla, justo delante de ellos, la pared seguía acercándose.

–Cien metros. ¡Vire, por el amor de Dios!

A aquella profundidad, el simple roce con la pared de roca habría reducido el batiscafo a una amasijo de chatarra.

–¡Ahora! ¡Fuera el agua de los depósitos de popa, abrir el depósito de inmersión rápida!

Cox accionó la válvula para llenar de aire los depósitos de popa y expulsar así el agua. Al mismo tiempo, abrió el depósito de inmersión rápida, que se llenó de agua. De esa forma, el *Nautilus II* tenía más peso en proa y menos en popa.

Trix dirigió hacia abajo los timones horizontales de proa y popa y apagó los motores. El *Nautilus II*, que hasta ese momento navegaba en línea recta, perdió la posición: la popa, llena de aire, se elevó, mientras la proa, llena de agua, se hundía. Los timones inclinados hacia abajo hicieron el resto: en pocos segundos, el *Nautilus II* se encontró en posición vertical, con el morro redondeado apuntando hacia el fondo del abismo y la hélice hacia la superficie. La tripulación permaneció sentada gracias a los cinturones de seguridad, pero con las piernas colgando en el aire.

–¡Diez metros! –consiguió gritar Cox.

En aquel instante, Trix dio máxima potencia a los motores y el *Nautilus II* descendió de cabeza hacia las profundidades, aprovechando la corriente que, tras golpear la pared, se dirigía hacia el fondo.

Descendieron verticalmente, en paralelo a la pared, durante varios centenares de metros a una velocidad de treinta y cinco nudos. A continuación, Trix ordenó abrir de nuevo el depósito de popa, para que volviera a llenarse de agua, y poco a poco fue recuperando la posición horizontal del *Nautilus II*.

Todos suspiraron, aliviados.

Cox, todavía aturdido, miró a Trix.

–¿Cómo sabía que el flujo de la corriente se desviaba hacia el fondo?

–He probado suerte.

–Gilipolleces, Trix –intervino Michael–. Sabías que era un río de agua salada y fría, procedente de una abertura en el lateral de la pared y que, al ser más pesada, se desviaría hacia el fondo. Y nos has salvado.

Trix esbozó una sonrisa.

Superaron el umbral de los setecientos cincuenta mil metros.

Jenkins fue el primero en hablar.

–Las radiaciones gamma están aumentando mucho.

Eso significaba que se estaban acercando al agujero negro, pero aún no bastaba para afirmar que estuvieran a punto de desembocar en el mar interior. Era una buena señal, pero no una certeza.

Se hizo un silencio que duró algunos minutos. Cox volvió a consultar los datos. Luego se oyó su voz, triunfal.

–Setecientos setenta y dos mil metros. Presión disminuyendo.

La noticia provocó una explosión de júbilo, pues el descenso de la presión sólo podía significar una cosa: que habían dejado atrás el punto de máxima profundidad de la vía. Ya no descendían, sino que estaban ascendiendo hacia el mar interior.

Y fue entonces cuando lo vieron.

61

Se acercaba a una velocidad de catorce nudos. No emitía ningún tipo de señal, ni se percibía ruido alguno de motor. Pasó junto al *Nautilus II* casi rozándolo. Y su ojo oscuro apareció en la pantalla.

Era un calamar de dimensiones colosales: dieciocho metros de longitud.

–¡Mierda!

Trix aumentó las revoluciones de la hélice para alejarse de allí lo antes posible.

Jenkins, que llevaba auriculares y estaba absorto consultando algo en su ordenador, conectado a la red de a bordo, la corrigió después de haber lanzado una rápida ojeada a la pantalla del sónar.

–No hemos tenido mucha suerte. Eso no es sólo un calamar gigante. Es un *Mesonychoteuthis hamiltoni*, más conocido como calamar colosal o calamar antártico.

–¿Usted no era astrofísico, Jenkins?

–¿Usted no tiene aficiones, Blade? Mire, la biología marina siempre me ha fascinado, desde que era niño, aunque no tanto como la astrofísica, claro, que sigue siendo mi pasión. Así que mientras preparaba el doctorado, se me ocurrió hacer una segunda carrera, de biología marina precisamente, para así poder abordar de un modo más científico esa pequeña afición, que en aquellos años…

–Vale, vale, Jenkins. Lo pillo. Pero… ¿cambia algo el hecho de que sea un calamar colosal? –replicó Blade.

–Mucho, a decir verdad. El calamar colosal es más grande, más rápido, más agresivo. Está provisto de ventosas y garfios muy afilados, capaces de perforar el acero. Una máquina de guerra perfecta y letal –dijo Jenkins, en un tono neutro y desapasionado,

como si estuviese repitiendo unos apuntes de biología marina mientras estaba absorto en otra cosa.

–Blade –intervino Cox–, manténgase alejada de esa puñetera jibia. No me gusta admitirlo, pero Jenkins tiene razón. En 1967, un calamar enorme hundió en el pasaje de Drake un submarino estadounidense clase Benjamin Franklin. Cuando se pudo recuperar el submarino, apareció abierto como una caja de sardinas. Algunos garfios se habían quedado clavados en las paredes: eran tan largos como el brazo de un hombre.

–Si me lo permite, capitán, eso me parece una exageración propia del anecdotario marinero. Aunque admitamos que…

–Cierre el pico, Jenkins, o lo envío a limarle las uñas a nuestro calamar.

Blade no se hizo repetir la orden dos veces: aumento la velocidad hasta los treinta nudos y, poco después, el calamar desapareció del radar.

Jenkins siguió trabajando en su ordenador como si no hubiera ocurrido nada. No se quitaba los auriculares en ningún momento, como si estuviera escuchando con mucha atención algo procedente de los hidrófonos. Transcurridos algunos minutos, les pidió a todos que guardasen silencio absoluto y escuchasen.

–Apague el sónar un momento, capitán Blade –dijo.

Trix hizo lo que le había pedido.

–Jenkins, no estoy para jueguecitos, díganos qué diantre está pasando –exclamó Cox perdiendo la paciencia.

–¡Shhh! Escuche, capitán, escuche.

Jenkins se quitó los auriculares y conectó a los altavoces del *Nautilus II* lo que estaba escuchando. Subió el volumen al máximo. Se oyó entonces un débil sonido continuo, parecido a la vibración de un vaso de cristal cuando se pasa el dedo por el borde.

–¿Qué es eso, Jenkins? –preguntó Michael.

–El canto de la estrella oscura. Estamos ya muy cerca, mucho más cerca de lo que jamás haya estado de un agujero negro no sólo el hombre, sino incluso cualquier telescopio espacial. Y lo que oyen

es el sonido que emite un agujero negro: un sí bemol continuo. Es demasiado bajo para que nuestros oídos puedan captarlo, pero gracias al programa que he creado, podemos escuchar la voz del agujero negro primordial, tan antiguo como nuestro universo.

Todos guardaron silencio. Hasta Cox pareció emocionarse al escuchar aquel sonido procedente del origen del cosmos. Pero enseguida se sobrepuso.

–No debemos permitir que esa sirena nos encante. Tenemos que cerrarle la boca, para siempre.

Jenkins estaba a punto de decir algo, pero Trix lanzó un grito.

–¡Agárrense fuerte! ¡Que vuelve!

El calamar, al que creían haber despistado, los había adelantado y en ese momento descendía hacia ellos a toda velocidad. Trix viró a estribor, escorando el submarino para tratar de evitar al animal, pero el calamar cambió inesperadamente de trayectoria y se pegó a la proa del *Nautilus II* como una ventosa provista de largos tentáculos.

El impacto fue espantoso. El *Nautilus II* empezó a girar y a precipitarse en el abismo, fundido en un abrazo con el calamar. El casco de la nave emitía siniestros chirridos, pues el animal lo estaba estrujando con sus poderosos tentáculos igual que una anaconda estruja con sus anillos a una presa. Se habla a menudo de que los cachalotes atacan a los calamares, pero es habitual olvidar que los calamares también pueden atacar a los cachalotes: para ello, enrollan los tentáculos en torno a la cabeza de su presa, que luego perforan con el pico. Ésa era precisamente la técnica que el calamar colosal se disponía a emplear con el *Nautilus II*. Si dañaba la estructura, la presión acabaría con toda la tripulación.

–¡Rápido, Blade, los torpedos! –dijo Cox.

Aparte de las dos cabezas nucleares, el único armamento del *Nautilus II* consistía en los dos torpedos exteriores. La necesidad de resistir a la presión causada por la enorme profundidad no había permitido instalar también tubos para el lanzamiento de torpedos interiores, pues sólo habría servido para debilitar la estructura.

Trix asintió.

Un instante después, lanzó uno de los torpedos exteriores, rodeado también por los tentáculos del calamar: el proyectil penetró la carne del animal y lo arrancó a la fuerza del *Nautilus II*. Trix activó la carga del torpedo y dio máxima potencia a los motores. Casi al momento, se oyó el eco amortiguado de una explosión. La onda expansiva golpeó al *Nautilus II*, acompañada de fragmentos de tentáculos, garfios y vísceras.

–Pobre animal –suspiró Jenkins.

La tripulación al completo lo fulminó con la mirada.

Parecía que todo había terminado cuando en el radar apareció otra señal.

–Mierda. Viene otro y éste es aún más grande. Prepare el segundo torpedo, Blade –dijo Cox, mientras consultaba en el sónar la trayectoria del segundo calamar.

Trix estaba a punto de lanzar el segundo torpedo cuando el sónar detectó la presencia de un segundo objeto, de las mismas dimensiones que el primero.

–No son calamares –dijo Jenkins.

Una vez más, tenía razón.

–¿Y entonces qué diantre son?

Un largo silencio, cargado de tensión, siguió a la pregunta de Trix. Luego se oyó la voz de Cox.

–U-Boots nazis.

62

Existen diversas técnicas para que un submarino pueda evitar el impacto de un torpedo.

Puede intentar huir a una velocidad superior a la del torpedo. Puede proceder a una inmersión rápida si cree que los torpedos están programados sólo para una profundidad determinada. Puede lanzar un dispositivo de evasión que emita el mismo sonido que el submarino, para así engañar al torpedo.

Trix sabía, sin embargo, que no podía llevar a cabo ninguna de esas maniobras.

Cuando había oído el grito de Cox –«Torpedo en el agua»–, había virado bruscamente y se había lanzado a toda velocidad en la misma dirección de la cual procedían, acelerando hasta alcanzar los treinta y cinco nudos. El *Nautilus II* había empezado a vibrar con fuerza: con una inclinación de casi setenta grados hacia el fondo y un sólo torpedo exterior, se arriesgaba a entrar en barrena.

Pero, de hecho, no era una huida real: a aquella velocidad, el torpedo los alcanzaría. Sólo era una forma de ganar tiempo.

–Velocidad treinta y ocho nudos, setenta grados de inclinación. ¿Tiene usted un plan, Blade?

–Evitar que nos maten, señor.

–Excelente idea, Trix –intervino Michael.

–Cuarenta nudos, Blade. El *Nautilus II* no puede aguantar esa velocidad y la hélice ha entrado en cavitación.

Cox temía que no lo consiguieran.

–Prepárese, Cox.

Cuando Trix calculó que la distancia era suficiente, aminoró la marcha, llevó de nuevo el submarino a la posición horizontal y le dio

la señal a Cox.

–Apagar todo, submarino a la deriva. ¡Permanezcan inmóviles y no digan ni pío!

Un segundo más tarde, se hizo el silencio.

Huir, emerger, lanzar un dispositivo de evasión…

En realidad, existe otra forma de evitar un torpedo, pero es una táctica arriesgada: hacer el muerto.

Se trataba de apagar el submarino y permanecer en silencio absoluto, para no emitir sonido alguno y evitar, de ese modo, que los detectara el sónar del torpedo.

El *Nautilus II* empezó a descender lentamente.

No se oía más que la respiración de sus tripulantes y algún que otro chirrido de la estructura.

A los pocos minutos, oyeron acercarse los torpedos. Primero un ruido amortiguado, pero cada vez más fuerte. Parecía como si apuntaran directamente hacia ellos.

Cox se volvió hacia Trix y la miró. Ella movió lentamente la cabeza.

Los torpedos estaban a menos de un centenar de metros y seguían acercándose.

Trix contuvo la respiración.

Es el fin, pensó Michael.

«No, no, no, no», repetía Jenkins para sus adentros. No tenía miedo a morir, sólo quería disponer del tiempo necesario para ver el agujero negro con sus propios ojos. Eso era lo único que deseaba.

Pocos metros: era como si les estuviera pasando una lancha justo por encima de la cabeza.

Luego, el ruido disminuyó. Primero casi imperceptiblemente, pero poco a poco, de forma cada vez más nítida: los torpedos se estaban alejando.

Trix les indicó por señas que permanecieran en silencio. Aguardaron unos cuantos minutos, hasta que no se oyó

absolutamente nada.

Cox estaba a punto de volver a poner en marcha los motores del *Nautilus II*, cuando Trix le susurró:

–Espere.

–¿Qué se propone, Blade?

–Pesca en apnea.

Activaron el sónar. Tal y como Trix había imaginado, uno de los sumergibles se les estaba acercando para intentar averiguar qué había sucedido.

La pesca en apnea consiste en descender hacia el fondo, apostarse y esperar a que pase la presa para atacarla.

El *Nautilus II*, a la deriva, esperaba al U-Boot.

Trix sólo disponía de un disparo, pero los submarinos eran dos.

Lo vio aparecer en la pantalla del sónar: treinta y cinco metros de longitud y avanzando a una velocidad de quince nudos.

Cuando el U-Boot se encontró casi delante del *Nautilus II*, Beatrix encendió las luces exteriores, que iluminaron la mole oscura del submarino.

Trix abrió fuego. El torpedo exterior salió disparado.

El U-Boot, sorprendido, intentó virar para huir, pero recibió el impacto antes de haber completado la maniobra. Se oyó una fuerte explosión: una bola de fuego, envuelta en una nube de vapor, iluminó las tinieblas.

–¡Sí! –exclamó Cox.

Michael le dio una palmada en la espalda a Trix. Pero en ese momento venía la parte difícil: estaban desarmados y el segundo U-Boot no tardaría en llegar.

–¿Se le ocurre algo, Cox? –preguntó Trix.

Cox no respondió. Se hallaban en un callejón sin salida.

–Tenemos una posibilidad –dijo Jenkins.

Luego abandonó su asiento y les pidió a los dos militares que lo ayudaran.

No les había resultado fácil poner en práctica el plan de Jenkins, pero lo habían conseguido. Consistía en desmontar las cabezas nucleares de los dos misiles. Cuando llegara el momento, tendrían que hacerlas explotar con el procedimiento de emergencia, es decir, el *drone*, pero al menos en ese momento disponían de dos misiles que podían utilizar contra el otro U-Boot. No eran tan potentes ni precisos como los torpedos, pero teniendo en cuenta la presión del agua, bastaba con golpear el casco para destruir el U-Boot.

–¡Torpedo en el agua! –exclamó Cox.

–Cox, listos para el lanzamiento.

–Y mientras tanto, ¿cómo piensa esquivar el torpedo?

–Yendo hacia él.

La maniobra que Trix estaba a punto de poner en práctica no aparecía contemplada en ningún manual de guerra para aparatos sumergibles, pero Trix la había intentado una vez durante el curso de combate simulado.

No le había salido bien.

–Así sólo conseguirá que nos maten, Blade. Tenemos que hacer el muerto.

–Esta vez no funcionaría.

–El muerto, Blade.

Cox había cambiado el tono de voz, que ahora era el de una orden.

Trix se volvió hacia Cox. No tenía la menor intención de cumplir una orden que consideraba un suicidio.

–Si quiere que la operación salga bien, tiene que confiar en mí y hacer lo que yo le diga. Si no está de acuerdo, coja usted los mandos.

Cox guardó silencio y permaneció inmóvil.

–Vacíe el depósito de proa, Cox, y prepárese para lanzar los misiles.

Beatrix comprobó la trayectoria del torpedo y dio potencia a los motores.

Cox vació el depósito de proa y el *Nautilus II* se desplazó hacia arriba.

–Velocidad diez nudos, quince nudos, veinte nudos. Inclinación de subida cuarenta y cinco grados, cincuenta, cincuenta y cinco… –dijo Cox claramente inquieto.

El *Nautilus II* estaba en rumbo de colisión directa con el torpedo.

–Mil metros para el impacto, novecientos…

–¡Depósito de proa abierto, Cox!

Cox obedeció. El depósito de proa se llenó de agua. El *Nautilus II* aminoró la marcha y recuperó la posición horizontal: los tubos de los misiles quedaron perfectamente alineados con la trayectoria del torpedo.

–Lanzar el primer misil, coordenadas dos cinco cero.

Cox lanzó el misil.

–Vaciar depósito de proa.

Cox vaciló un instante, pero luego comprendió el plan de Trix. Y comprendió también que estaba sentado junto a la mejor piloto de submarinos que había conocido en su vida.

Vació nuevamente el depósito de proa.

El *Nautilus II* se elevó de nuevo hacia arriba.

Avanzaba a veinte nudos, precedido por el misil que Cox acababa de lanzar y por la cortina de burbujas que había provocado el depósito de proa al vaciarse.

–Quinientos metros para el impacto, cuatrocientos, trescientos…

Poco antes del impacto con el torpedo del U-Boot, Trix viró diez grados a estribor: debía mantener la velocidad y, al mismo tiempo, no dejarse alcanzar por el torpedo.

Se apartó de la estela del misil y de la cortina de burbujas. Comprobó el sónar.

El torpedo había mordido el anzuelo. Confundido por las burbujas que ascendían, prosiguió su trayectoria hacia el misil sin darse

cuenta de que el *Nautilus II* había corregido el rumbo y se estaba alejando.

–Lanzar segundo misil, Cox, coordenadas tres cinco cero.

Salió el segundo misil. El ruido del lanzamiento quedó amortiguado por la explosión que provocó el impacto entre el torpedo y el primer misil.

Veinte segundos más tarde, se produjo otra explosión. El segundo U-Boot también se había ido a pique.

La tripulación del *Nautilus II* estalló en gritos de júbilo. El general le tendió una mano a Trix.

–Excelente trabajo, capitán Blade.

El agua, lentamente, se fue volviendo más clara.

Nadie dijo nada.

Los dos militares prepararon el *drone* que debía transportar las cabezas atómicas equipadas con temporizador.

El plan era sencillo: llegar a la superficie, lanzar el *drone* y volver a casa.

Jenkins les había arrancado a Trix y a Cox la promesa de que le permitirían asomar la cabeza para ver con sus propios ojos el agujero negro.

–Cox, parece que ha ganado usted la apuesta –dijo Michael.

–Pues sí.

–Pero sigue siendo usted un hijo de puta.

–Es algo de lo que me enorgullezco muchísimo, Price.

Cox se echó a reír, mientras el *Nautilus II* se preparaba para emerger en el mar interior.

63

El polvo rojo procedente de la isla, impulsado por un viento que soplaba a más de cien kilómetros por hora, enturbiaba el aire.

Nada más emerger, la torreta del *Nautilus II* se vio azotada por la tormenta de arena.

Los datos de la atmósfera, que el ordenador acababa de analizar, eran reconfortantes: los niveles de oxígeno, al veintinueve por ciento, y de nitrógeno, al setenta y siete por ciento, eran parecidos a los de la tierra. En el aire no se apreciaban rastros relevantes de gases tóxicos para el ser humano.

Trix reguló el periscopio electrónico conectado al monitor y lo dirigió hacia la isla: un desierto en el que se alternaban zonas arenosas y grandes formaciones rocosas parecidas a las del Gran Cañón. En la parte oeste, las rocas caían a pico hacia el mar, mientras en la parte interior se elevaban hasta perderse en la nube roja.

–La isla de la que habla Platón existe de verdad –dijo Michael a media voz, como si hablara consigo mismo.

Aún no podía creer lo que veía. Y no era el único. Por mucho que Cox y Jenkins creyeran en la teoría de la tierra hueca, se habían quedado sin palabras ante aquel espectáculo.

Trix aumentó el *zoom*, para enfocar mejor una mancha oscura que se adivinaba en la base de un conjunto de rocas. El velo de polvo rojo que levantaba el viento entorpecía la visión, pero al cabo de unos instantes apareció algo que nadie esperaba.

Se recortaba de forma imponente en lo alto de una loma, protegida por un conjunto de rocas que la rodeaban por los lados y por detrás.

La enorme pirámide emergía de la niebla que lo cubría todo. Poseía las dimensiones y la forma de la pirámide de Gizeh, pero era completamente negra.

Una pirámide negra, exactamente como la estrella que, en lo alto del cielo rojizo de la tierra hueca, justo encima del vértice de la pirámide, formaba un sistema binario con otro astro, éste más grande y de un color rojo vivo, que iluminaba el mundo interior con una tenue luz crepuscular.

Eran los dos soles de los que hablaban los papiros: el sol rojo y el sol negro.

El sol y el agujero negro.

El sol rojo era muy distinto al sol del mundo exterior: se parecía a una gran bola de magma incandescente, con algunas zonas más oscuras, que borboteaba.

De vez en cuando se escuchaban formidables explosiones que hacían vibrar el aire: el astro expulsaba entonces hacia el cielo lenguas de fuego que el sol negro engullía de inmediato.

Alrededor del sol negro se apreciaba una amplia aureola rojiza que en el lado derecho se estrechaba hasta formar una estela y se conectaba directamente con el sol rojo, como si las dos estrellas estuvieran unidas por un cordón umbilical.

Todos observaron en silencio.

Habían llegado a la tierra hueca.

–Houston, tenemos un problema.

Era la voz de Mark, uno de los dos militares que debían ocuparse de armar el *drone* con las cabezas atómicas.

Trix se volvió.

–¿Qué sucede?

–Capitán, el viento es demasiado fuerte, el *drone* no puede salir.

–¿Qué significa que no puede salir?

–Es como un helicóptero, señor. Si hace demasiado viento, no puede volar.

–¡Mierda! Jenkins, ¿cree que el viento aflojará?

–Es posible, pero no dispongo de elementos para afirmarlo. Puedo introducir en el ordenador los datos que tenemos e intentar elaborar una predicción. Pero necesitaré tiempo para obtener resultados –dijo Jenkins, poniéndose manos a la obra.

–No podemos esperar –intervino Cox.

–Fantástico. Dígame usted que tiene un plan B, Cox. ¡Dígame que no lo vamos a mandar todo a la mierda por un poco de viento!

Trix estaba furiosa. No podía aceptar que la misión fracasase por culpa del viento, después de todas las dificultades que habían superado.

Cox la ignoró y se volvió hacia Jenkins, que acababa de ejecutar el programa para elaborar una previsión sobre el viento.

–¿Y si transportamos las cabezas a la isla y las hacemos explotar allí? –preguntó Cox.

–Dudo que funcione, capitán. El terreno absorbería parte de la detonación y no se produciría energía suficiente –respondió Jenkins.

Cox lanzó una maldición.

Trix ocultó la cabeza entre las manos.

Michael seguía observando la pirámide negra en el centro de la pantalla: el origen de la vida y de la civilización; la filosofía misma se había originado allí. Y ahora todo estaba a punto de acabar o volver a empezar en algún otro sitio.

–Esperen un momento. Podría haber una solución. Los espacios cerrados aumentan la potencia de una explosión –dijo Jenkins, acaparando así la atención de toda la tripulación.

–¿Pretende utilizar el *Nautilus II* para hacer explotar las bombas? –le preguntó Trix.

–No, porque la mitad de la explosión se perdería bajo el agua. Pensaba en eso.

Jenkins señaló la pirámide en la pantalla.

–Tendrían que llevar las cabezas hasta allí y hacerlas detonar dentro de la pirámide. ¿Ve estos datos, Cox? –dijo Jenkins, mientras señalaba una serie de valores en la pantalla de su ordenador–.

Indican la presencia, en el interior de la pirámide, de una fuente de energía que emite radiaciones gamma. Deben localizarla y hacer estallar las dos cabezas atómicas justo en ese punto. Por un lado, aumentará la potencia de la explosión y por el otro, teniendo en cuenta que el agujero negro se encuentra perfectamente alineado sobre el vértice de la pirámide, nos permitirá utilizarla como si fuera el cañón de un arma de fuego.

–Perfecto, Jenkins, usted nos acompañará –lo interrumpió Cox.

–Pero yo quisiera recoger datos sobre el agujero negro, es una oportunidad única.

–Nadie se queda a bordo, iremos todos. ¿Alguien tiene algo que decir?

Jenkins suspiró.

Silencio.

Trix puso rumbo a la isla.

La hipótesis de un desembarco estaba contemplada en los planes, por lo que cada uno de los miembros de la tripulación disponía de un traje presurizado con casco y *rebreather* en la parte anterior para respirar. El aire contenía suficiente oxígeno como para poder respirar sin los trajes y, por otro lado, la temperatura era óptima, veinticinco grados. Sin embargo, todos se pusieron el casco y el *rebreather*, para protegerse de la tormenta de arena que no parecía dispuesta a amainar.

El *Nautilus II* se dirigió hacia la isla, navegando a cota periscópica para así poder ver todo lo que ocurría en la superficie. Mientras se acercaban, avistaron una especie de puerto y unas cuantas construcciones similares, en todos los aspectos, a las que ya habían visto a orillas del lago Vostok. Cuando estuvieron más cerca, comprobaron que se trataba de una reproducción exacta de Nuevo Berlín. Pero, a diferencia de la ciudad nazi construida bajo el hielo, la de la tierra hueca estaba medio derruida. Algunos edificios se habían derrumbado, otros habían quedado prácticamente sepultados por la

arena. Los pocos que aún se mantenían en pie parecían abandonados. En lo alto de uno de ellos ondeaba una vieja bandera del Tercer Reich, hecha jirones.

Después de comprobar a través del periscopio que no había ninguna amenaza visible, Trix hizo emerger el *Nautilus II*. En el submarino, la tensión casi podía palparse: si en aquel momento los hubieran atacado, no habrían tenido escapatoria. Pero no les quedaba otra opción: debían intentar acercarse para desembarcar.

–Tenga mucho cuidado, Blade –dijo Cox, pronunciando muy despacio las palabras.

Trix asintió. Esperó algunos minutos en emersión, a la entrada del puerto, y observó con atención en busca de cualquier movimiento en la superficie. Luego comprobó el visor detector de calor: nada sospechoso. Empezó entonces a acercarse con cautela a un muelle de atraque, avanzando sobre el fondo poco profundo de aquel viejo puerto, casi sepultado por completo.

Cox abandonó su puesto y regresó al cabo de unos minutos con tres fusiles automáticos, cargadores, granadas y una pistola.

Trix completó la maniobra de atraque y apagó los motores.

Cox les entregó las armas y un mando a distancia capaz de conectar, en caso de necesidad, con el ordenador de a bordo del *Nautilus II*. No sabían lo que podían encontrar en la isla, de modo que utilizarían el armamento estándar de los cuerpos especiales. Mark y Tom, los dos militares a los que Cox había elegido para acompañarlos en aquella misión, llevaban las dos cabezas nucleares en sendas mochilas.

La cabeza nuclear WH900 era una versión renovada y mejorada de la antigua W54, la cabeza nuclear más ligera que se había fabricado en Estados Unidos durante la Guerra Fría, cuando se empleó como cabeza para el arma nuclear táctica M-28 y como *backpack nuke*, es decir, bomba de mochila: la Mk-54 SADM (*Special Atomic Demolition Munition*). Pero si la W54 tenía una potencia de seis kilotones, la WH900 era una bomba de hidrógeno capaz de alcanzar los novecientos megatones: cinco mil veces la potencia de

Little Boy, la bomba lanzada el 6 de agosto de 1945 sobre Hiroshima.

Había llegado el momento de la verdad: Cox pensó en su padre por un momento, y en el día en que le había revelado aquella increíble historia y lo había hecho unirse a los Guardianes.

Estaban en el Half Shell Raw Bar de Cayo Hueso, desayunando sentados a la larga barra de madera en dos taburetes. Ése era el estilo de su padre. Nada de ceremonias. Y palabras, las justas. Sólo en las películas se necesita música de fondo, lugares espectaculares e intimidad para revelar los secretos importantes. La realidad es muy distinta. Mucho más sencilla y banal. Su padre había espantado una mosca que se había parado sobre el beicon, se había metido la tira en la boca y le había dicho: «Éste será tu único deber en la vida». Una vez se hubo terminado el beicon, los huevos y el café, Cox ya estaba en posesión del secreto. Y así, sin pestañear siquiera ni pedir explicaciones, se había convertido en miembro de los Guardianes. No era necesario hacerse un montón de preguntas ni plantearse por qué tenía que hacerlo. Cuando salió a la cálida luz matinal de Cayo Hueso, todo estaba muy claro: los Guardianes no tenían que salvar al mundo. Ése era un concepto abstracto, válido sólo para filósofos. Los Guardianes eran la única defensa que tenía su mundo: Estados Unidos de América, el *american way of life*.

–Señores, vamos allá. No sabemos qué nos espera: no sabemos si encontraremos nazis, hombres verdes o monstruos de otra clase. Pero no importa. Sabemos lo que tenemos que hacer. Colocar las cabezas nucleares dentro de esa puta pirámide y hacerlas explotar junto con todo lo demás de este mundo. Ése es el objetivo de nuestra misión. No hay otro. Si conseguimos volver atrás y salvar el pellejo, mejor. Pero eso no es lo que cuenta. Ésta, señores, es una guerra entre dos mundos. Y si hoy estamos aquí no es para salvar nuestro propio pellejo, sino para salvar nuestro mundo. No tenemos mucho tiempo. Hay que moverse.

Antes de desembarcar, Cox había activado el temporizador para la detonación de las cabezas nucleares y todos los miembros de la

tripulación habían puesto en marcha la cuenta atrás en su reloj.

Las cabezas explotarían transcurridos doscientos minutos.

Desembarcaron en la isla.

La pirámide se encontraba en lo alto de una loma, en las laderas del conjunto de rocas que la rodeaban.

De lejos parecía un diamante negro engarzado en las rocas. Vista de cerca, sin embargo, se asemejaba más a un resto arqueológico desgastado por el tiempo. El lado izquierdo, más expuesto, había sufrido la erosión del viento y de la arena, y algunas partes se habían desprendido. La superficie, en conjunto, no era lisa, sino que presentaba surcos horizontales y pequeños agujeros, cosa que le daba un aspecto más orgánico, parecido al del carbón.

Se encaminaron hacia allí.

Recorrieron una calle de grava y tierra compacta que unía el puerto con la base de la pirámide, donde se adivinaba una alta puerta de entrada. Sudaban bajo los cascos para el oxígeno. De vez en cuando, Jenkins se rezagaba un poco para grabarlo todo con su videocámara.

No se veía ni rastro de vida por ninguna parte.

Michael pensó en lo que estaban a punto de hacer: destruir un mundo, la forma más antigua de civilización jamás descubierta. Estaban a punto de repetir, pero con dimensiones apocalípticas, el acto de destrucción lanzado contra Hiroshima y Nagasaki.

Había llegado al final del viaje y tenía muchas preguntas.

Pero ni una sola respuesta.

Sí, lo que estaban a punto de hacer era moralmente justificable.

Pero no era la moral lo que los impulsaba a actuar así.

Era algo simple y poderoso.

Cruel.

El instinto de supervivencia de la especie humana.

64

Cox entró el primero.

Esperaron unos minutos. Trix empezó a preocuparse pero luego, a través de los auriculares, oyó la voz del comandante.

–Vía libre.

Cruzaron la gran puerta de la base de la pirámide, en la cual aparecían varios signos grabados, parecidos a jeroglíficos. Recorrieron un largo pasillo oscuro excavado en la roca, que presentaba aberturas a intervalos regulares. Se oía, a lo lejos, una especie de murmullo amortiguado. Al poco rato se encontraron en una sala circular, cuyo techo alcanzaba unos diez metros de altura. En la parte opuesta al lado por el que habían entrado se abrían tres pasadizos que se adentraban en el corazón de la pirámide.

Jenkins procedió a analizar el aire: allí también era bueno el porcentaje de oxígeno y no se detectaba ningún gas peligroso.

Cox fue el primero en quitarse el casco y el traje presurizado.

Respiró hondo.

Olía a algo dulzón e intenso, un olor parecido al del aire antes de una tormenta, cuando se produce ozono a causa de las descargas eléctricas. Los demás lo imitaron sucesivamente. Jenkins, que estaba muy ocupado grabándolo todo con su videocámara, fue el último.

El suelo, del mismo color negro que el resto de la sala, estaba prácticamente cubierto de polvo y cascotes desprendidos del techo.

Pero nadie les prestó atención.

Tenían todos la mirada clavada en la amplia cúpula que se hallaba sobre sus cabezas. Los derrumbes habían causado daños en varias partes, pero en el fondo de piedra negra se podía admirar aún el dibujo del protojeroglífico, que resplandecía como si estuviera

iluminado por dentro. En torno a él, un enorme y detallado mapa estelar recubría toda la bóveda de la cúpula.

–Jenkins, ¿qué es ese dibujo que rodea al protojeroglífico? –preguntó Michael, cuya voz resonó en el vacío.

Esta vez, sin embargo, Jenkins no soltó una de sus habituales peroratas, sino que permaneció en silencio durante algunos instantes, con la mirada dirigida hacia arriba.

Y luego, sin moverse, dijo:

–No lo sé, profesor Price. Seguramente es el mapa de alguna galaxia, pero le confieso que no sé de qué galaxia se trata, no tengo ni la más remota idea. Puede que sea la galaxia de la cual proceden los Grandes Antiguos, o la galaxia a la que se proponen llevar la tierra.

A Jenkins le temblaba la voz. Ya no estaba tan seguro de querer volver a la superficie, a su viejo mundo. Desde que había desembarcado y había visto el agujero negro flotando en el cielo de la tierra hueca, algo en su interior había cambiado. No hubiera sabido decir cómo había ocurrido, ni por qué. Pero ahora lo veía con absoluta claridad. Sólo tenía un deseo: seguir a los Grandes Antiguos en su viaje al corazón de otra galaxia.

–Profesor Price, usted es filósofo: ¿qué motivos podríamos tener para no seguir a los Grandes Antiguos en su viaje, ahora que estamos aquí?

Cox se volvió hacia Jenkins con aire amenazador.

–No diga gilipolleces, Jenkins. Ese viaje supondría la muerte de la raza humana. Es toda una declaración de guerra para nosotros.

–La especie humana no durará siempre, capitán. Y si dura mucho, acabará por destruir el planeta. ¿Por qué enfadarse tanto cuando llega el momento de abandonar el escenario? En la historia del universo no somos más que un paréntesis muy reciente e insignificante, destinado a desaparecer. Dentro de unos pocos millones de años, no quedará absolutamente nada de la historia de nuestra especie. Nos engullirá el olvido eterno. Los Grandes Antiguos han evolucionado más que nosotros, viven en la tierra desde hace

miles de millones de años y son capaces de llevar el planeta hacia un nuevo inicio. ¿Por qué tenemos que sacrificarlos a ellos y no a nosotros mismos?

–Porque no somos putos extraterrestres y si se trata de un enfrentamiento entre civilizaciones, tenemos que defender la nuestra. ¡Eso es lo único justo! –replicó Cox, visiblemente alterado.

Pero, por primera vez, Jenkins no tenía miedo de aquel hombre que siempre lo había aterrorizado.

–A Jenkins no le falta razón –dijo Michael, mientras seguía contemplando el techo.

–¿Es que te has vuelto loco, Michael? –dijo Beatrix, que no podía creerse lo que acababa de oír.

–No estoy diciendo que esté de acuerdo con Jenkins, Trix. Sólo estoy diciendo que las observaciones de Jenkins son legítimas. Es nuestra supervivencia o la de ellos. Y vencerá el más fuerte, el más listo, no el más justo. En esto la justicia no cuenta. Una parte morirá, un mundo desaparecerá para siempre, y eso no tiene nada que ver con la justicia, sino únicamente con nuestra arrogancia. Nietzsche tenía razón: hubo una eternidad en la que el intelecto humano no existía, y cuando llegue de nuevo el momento en que tampoco exista, no habrá ocurrido nada.

–Price, ¡cierre esa bocaza o se la lleno de plomo! –rugió Cox.

–No estoy aquí para asegurarle la eternidad a la raza humana, Michael. Pero si puedo garantizarle un poco más de supervivencia, estoy dispuesta a morir –dijo Trix, en tono desafiante.

–Y yo estoy de tu parte, Trix, pero nuestra decisión no es la única posible, ni tampoco la más justa –respondió Michael.

Jenkins se sentó en el suelo. Estaba claro que no tenía intenciones de moverse de allí. Cox le apuntó con su Colt M4, dispuesto a ejecutarlo como se hace con los desertores.

Michael se interpuso.

–Tendrá que matarme también a mí.

Cox vaciló. Luego bajó el arma. Se disponía a adentrarse en el pasadizo central cuando una fuerte explosión sacudió la pirámide.

Los muros temblaron y del techo cayeron enormes bloques de piedra, que se estrellaron contra el suelo. Una nube de polvo negro invadió la sala.

–¿Están todos a salvo? –gritó Cox.

Las respuestas llegaron acompañadas de accesos de tos. Nadie había resultado herido, por suerte. Jenkins no se había movido. Estaba sentado en el centro de aquella gran sala, cubierto de polvo, esperando la palingenesia.

Encendieron las linternas que llevaban sujetas a los fusiles M4 y se adentraron en el pasadizo excavado en la piedra, que no tenía más de tres metros de ancho. La altura, sin embargo, era el doble.

Se orientaban siguiendo los valores del detector de rayos gamma, que iban aumentando a medida que el grupo se adentraba en el corazón de la pirámide. Tal y como había dicho Jenkins, no eran letales y no resultarían perjudiciales siempre y cuando la exposición no fuese demasiado larga. Y ellos no disponían de mucho tiempo.

Todavía ciento sesenta y cuatro minutos para la hora cero.

Cox y Trix abrían la fila y Tom y Mark la cerraban. A medida que iban avanzando, aumentaba el zumbido y también el olor a ozono. En un momento determinado, Cox les indicó por señas que se detuvieran: se arrodilló y, con el dedo índice, tocó la sustancia que recubría en parte el suelo de roca. Se frotó el índice y el pulgar y luego se los acercó a la nariz para olerlos. Apretó la mandíbula. No le gustó nada aquel olor, pero no dijo nada e indicó a sus compañeros que continuaran avanzando.

Siguieron caminando durante varios minutos. De repente, percibieron movimientos a su espalda, acompañados de sonidos estridentes y agudos. Se detuvieron unos instantes para escuchar mejor. Cox, Trix, Mark y Tom adoptaron de inmediato posiciones de ataque.

–¿Qué diantre es eso? –preguntó Michael.

–Mejor no descubrirlo. Andando –dijo Cox.

Apretaron el paso. Tom, el militar que cerraba la fila, iba volviéndose de vez en cuando para asegurarse de que no tuvieran ninguna sorpresa. Se encontraban en un ambiente hostil y no disponían de información ni sobre el edificio en cuyo interior se hallaban ni sobre los enemigos potenciales. Las peores condiciones de combate. A sus espaldas, el ruido aumentaba: fuese lo que fuese, se estaba acercando.

Tom le tocó un hombro a Mark, que caminaba justo delante de él, y le indicó por señas que se paraba a echar un vistazo. Acto seguido, dio media vuelta para tratar de comprender qué estaba sucediendo.

La luz de la linterna sujeta en el cañón del fusil M4 hendía la oscuridad a lo largo de varios centenares de metros, pero no se veía nada. Tom estaba a punto de unirse de nuevo a la cola del grupo cuando algo apareció en el extremo de su campo visual. Escudriñó de nuevo el largo corredor de piedra negra. Cuando dirigió el haz de la linterna hacia el suelo, notó una descarga de adrenalina que le desbocó el corazón: a un centenar de metros de distancia vio una masa oscura en movimiento, salpicada de puntos rojos. Disparó una ráfaga corta y luego gritó a sus compañeros que se refugiaran en el primer recoveco que encontraran.

Sin pedir explicaciones, los demás integrantes del grupo, que estaban un poco más adelante, echaron a correr. Tom disparó otra ráfaga más y luego los siguió. Los pasos apresurados del grupo retumbaban en el suelo de piedra y se confundían con los gritos estridentes que, poco a poco, se iban intensificando.

–¡Por aquí! –gritó Cox en un momento determinado.

En la pared de la izquierda se abría una amplia entrada. Se refugiaron allí, listos para abrir fuego. Cox colocó el dedo en el gatillo del lanzagranadas.

Y entonces lo vieron.

Un río de animales parecidos a grandes ratas negras de ojos rojos atravesó el pasadizo. Parecía interminable: eran miles y miles

y, en su frenética carrera, chocaban unos contra otros. Cox, Trix y los dos militares dispararon unas cuantas ráfagas para mantenerlos alejados. No fue muy difícil pues, en realidad, aquellas ratas gigantes no parecían muy interesadas en ellos. Esperaron a que aquel flujo de carne de olor pestilente acabara de pasar y luego, aliviados, salieron del recoveco en el que se habían refugiado.

En el suelo yacían los cadáveres de varias ratas muertas, algunas reventadas por las ráfagas, otras aplastadas por sus propias compañeras. Michael contuvo las arcadas a duras penas. Cox, en lugar de ocupar de nuevo su puesto a la cabeza del grupo para alejarse de allí, escudriñó con su linterna el túnel a sus espaldas, insensible al olor y a las ratas que pisoteaba. Parecía preocupado. Trix se le acercó.

–¿Qué ocurre?

–Esas ratas huían de algo. Mejor que seamos prudentes.

Cox colocó en los lados del túnel dos minas *claymore* con sensor infrarrojo de movimiento. Luego, sin decir ni una palabra, reemprendió la marcha.

Faltaban ciento cuarenta y dos minutos para la hora cero.

Avanzaron sin más percances durante unos diez minutos. Aparte de algún que otro cadáver, las ratas parecían haber desaparecido. El intenso calor, sumado a la humedad y el hedor, dificultaban la respiración. Llegaron a una bifurcación. Michael aprovechó para beber de la cantimplora que Cox les había entregado antes de desembarcar.

Siguiendo las indicaciones del detector de radiactividad, se decidieron por el pasadizo de la derecha, que ascendía ligeramente y era más estrecho. A diferencia del que acababan de abandonar, no estaba construido con bloques de piedra, sino excavado directamente en la roca. El espacio era angosto, apenas suficiente para dejar pasar a una persona a la vez. Debido a su corpulencia,

Cox se veía obligado a avanzar con la espalda encorvada. Michael pensó en un cubil de ratas, pero ahuyentó de inmediato la imagen.

Tom, el último en entrar, echó un vistazo a su espalda antes de adentrarse en la galería subterránea. No vio nada.

Caminaron en fila india, en silencio, durante varios minutos. Se toparon con una nueva bifurcación y volvieron a elegir el pasadizo de la derecha. Todos intentaban memorizar las vueltas que iban dando porque, una vez colocadas las cabezas nucleares, más les valdría salir de aquel laberinto.

Una vez más, Cox se detuvo para tocar algo que había visto en el suelo. Luego siguió caminando por aquella galería oscura que parecía estrecharse más y más. Al poco rato, oyeron una fuerte explosión que hizo temblar la roca.

Eran las minas *claymore*.

Algo las había hecho detonar.

Y, a juzgar por el grito inhumano que oyeron, no se trataba únicamente de una rata grande.

–¡Rápido, corran!

El grito de Cox sonó igual de inhumano. Era la primera vez que Trix percibía terror en la voz de su capitán.

Echaron a correr apresuradamente por aquella galería oscura, con la esperanza de que no se tratara de un callejón sin salida. A Michael le costaba seguir el paso de Trix y de Cox, por mucho que lo espolearan los dos militares que corrían tras él.

Y entonces, de improviso, Tom dio la voz de alarma.

–¡Lo tenemos detrás!

Aceleraron aún más el paso.

Estaban al límite: respiración trabajosa y músculos al rojo vivo.

El crujido fue imperceptible.

Una lámina de piedra, fina como el cristal, había sustituido a la roca bajo sus pies.

Fue cuestión de un segundo.

La lámina se rompió en pedazos.

Se precipitaron varias decenas de metros por una escarpada pendiente.

Y luego, un salto al vacío.

65

Se habían precipitado a un lago subterráneo. El agua –cuya profundidad era de unos cincuenta centímetros como mucho– y el fondo enlodado habían amortiguado la caída.

Tras un primer momento de aturdimiento, las linternas de los cuatro fusiles de asalto volvieron a hender la oscuridad.

–¿Adónde diantre hemos ido a parar? –exclamó Tom.

–Al agujero del culo del infierno –dijo Mark, mientras escudriñaba el lago.

La caverna era muy amplia y el lago se hallaba rodeado de escarpadas paredes de roca negra. No se advertía ninguna salida en las inmediaciones. Mientras consultaba el detector de radiactividad, Cox empezó a caminar por el agua, que le llegaba casi hasta la cintura. Cambió varias veces de dirección y luego se volvió.

–Síganme.

Avanzaban lentamente, manteniéndose cerca de las rocas de la orilla derecha. Del techo llovían gotas cuyo ruido al caer en el lago, amplificado por el vacío, creaba una melodía muy particular.

Trix se acercó a Cox.

–¿Qué diantres era eso? –preguntó, sin que la oyeran los demás miembros del grupo.

–No tengo ni idea.

–Está mintiendo. Usted sabe muy bien qué era lo que nos seguía. Y estaba aterrorizado.

El capitán se detuvo y se volvió hacia Trix.

–Le aseguro, Blade, que es mucho mejor que no sepa usted nada de los superdepredadores.

Trix le dedicó una mirada interrogante.

–Depredadores alfa en la cúspide de la cadena alimentaria, un cruce entre un cocodrilo de agua salada y un dragón de Komodo. Puede alcanzar los ocho metros de largo y los mil quinientos kilos de peso. Y van siempre a la caza.

–¿Y usted cómo lo sabe?

–Porque llevo años conviviendo con esa pesadilla. Son los mismos superdepredadores que infestan la jungla en torno al lago Vostok, los mismos que han diezmado a mis hombres. He encontrado sus huellas en el primer pasadizo y luego también en la última galería que hemos recorrido. No puedo haberme equivocado: o son ellos, o algún antepasado suyo.

–¿Y por qué no ha dicho nada?

–Porque el pánico no ayuda a concentrarse en la misión, sólo a morir más rápido.

Las palabras de Cox se vieron interrumpidas por una ruidosa zambullida en el agua, tras ellos. Procedía del mismo punto en que ellos habían caído.

Cox no vaciló ni un instante. Se dio la vuelta y empezó a disparar.

–¡Fuego a discreción!

Las ráfagas de los M4 resultaban ensordecedoras y las llamas que sobresalían de la boca de los fusiles iluminaban la caverna.

Tras quince segundos de fuego ininterrumpido, Cox les indicó por señas que se detuvieran. Michael, pegado a la pared, permaneció algunos instantes aún con las manos tapándose las orejas, que le silbaban. Las linternas y los punteros láser de los M4 recorrieron la superficie del agua, que burbujeaba debido a los disparos.

No había nada.

Cox jadeaba.

–Puede que haya sido una roca que se ha soltado de la pared, comandante –dijo Tom.

Cox lo ignoró y siguió escudriñando el agua.

Permaneció inmóvil durante algunos segundos. Luego apoyó el dedo en el gatillo del lanzagranadas, listo para disparar.

Unas cuantas burbujas subieron a la superficie.

Cox apretó el gatillo.

La explosión provocó un géiser de unos diez metros de altura.

Transcurridos unos pocos segundos, el agua pareció hincharse no muy lejos de donde se hallaban: algo avanzaba hacia ellos.

Cox no se movió mientras Trix, Mark y Tom empezaban a disparar. Apuntó y lanzó una granada, que alcanzó de pleno a la cosa que avanzaba hacia ellos. Sin detenerse a comprobar los efectos del impacto, les ordenó a todos que avanzaran. Y, en aquel preciso instante, se oyeron varias zambullidas más.

Mark y Tom lanzaron varias bombas de mano al agua, tratando de mantener a raya a los superdepredadores mientras buscaban la forma de salir de allí. Avanzaron lo más rápidamente que pudieron y dejaron atrás el ruido de las granadas al explotar.

–¡Allí arriba! –exclamó Trix, iluminando una abertura en lo alto de una especie de escalera tallada en la roca, a un centenar de metros de donde se hallaban.

Ya casi habían llegado a la pared cuando oyeron el grito de Tom.

El cuerpo del militar se elevó sobre el agua y luego fue arrastrado entre aterradores alaridos. Tom tuvo el tiempo justo de quitarse de la espalda la mochila que contenía el mecanismo nuclear. Trix, sin vacilar ni un segundo, corrió a recuperarla, mientras Mark y Cox la cubrían con ráfagas de sus M4.

Tom desapareció, engullido bajo las aguas del lago. Poco después, se oyó una potente explosión que venía justo del punto en que el militar había desaparecido.

Cox sonrió.

La maldita bestia no se había salido con la suya. Tom se la había llevado al infierno, tras hacer explotar una granada.

Llegaron a lo alto de la escalera de roca.

Se hallaban en el fondo de un pozo, una estrecha galería negra cuyo final no se vislumbraba. Vieron una escalera metálica fijada a la pared. No servía de nada pararse a pensar ni hacerse preguntas: tenían que subir.

Cox fue el primero. Lo siguieron Michael y Trix y, por último, Mark, que cerraba la fila. La escalera estaba resbaladiza, debido a la humedad.

Tras subir varias decenas de metros, empezaron a acusar el cansancio. Michael estaba agotado y preguntó si podían descansar unos momentos. La respuesta de Cox fue glacial.

–Si está cansando, déjese caer al fondo del pozo, Price, pero no se atreva a hacernos perder tiempo.

Michael apretó los dientes y prosiguió, intentando ignorar el dolor lacerante que sentía en los músculos de brazos y espalda.

Hicieron falta más de diez minutos para llegar al final del pozo, que por fortuna no estaba sellado. Tras salir, se encontraron en un amplio túnel, que empezaron a recorrer en la dirección que indicaba el detector de rayos gamma.

–Nos estamos acercando muy deprisa –dijo Cox.

Algo más adelante, abandonaron el túnel por un pasadizo que se abría en la pared derecha y atravesaba una serie de salas vacías. Cuando entraron en la última, más espaciosa que las otras, se detuvieron de golpe.

Faltaban ochenta y un minutos para la hora cero.

–¿Qué es todo esto? –dijo Trix, mientras deslizaba el haz de la linterna por las paredes de la sala.

66

La gran sala era de planta rectangular. En la pared opuesta a aquella por la que habían entrado se veía un enorme rostro esculpido en la piedra, de siete metros de altura por lo menos. Presentaba rasgos humanos, parecidos en todo a los del rostro de la esfinge de Gizeh. En la base había una escalera por la cual se filtraba una luz azul.

La sala estaba vacía. En las paredes, cubiertas de figuras dibujadas que presentaban facciones humanas y símbolos indescifrables, se apreciaban diversas aberturas que llevaban a otros pasadizos. El centro de la sala lo ocupaba una columna que llegaba hasta el techo, del cual se habían desprendido grandes bloques de piedra que cubrían el suelo aquí y allá. A pesar de los desprendimientos, en el techo se distinguía aún el dibujo de un mapa estelar.

–No se queden embobados, tenemos trabajo que hacer. Debemos de estar a punto de llegar.

Cox se dirigió hacia la escalera que estaba en la base del rostro esculpido.

En aquel preciso instante, una ráfaga de proyectiles procedentes de un pasadizo situado a su derecha alcanzó a Mark y lo derribó. Lo habían herido en la pierna y en el estómago. Perdía mucha sangre. Se quitó como pudo la mochila con el mecanismo nuclear e intentó arrastrarse hacia un lugar resguardado, pero lo abatió un disparo en la cabeza. Su cuerpo y la mochila yacían casi en el centro de la sala.

Cox se protegió tras un bloque de piedra que estaba cerca de la entrada del pasadizo por el que habían llegado y respondió al fuego con una ráfaga, a pesar de que a él también lo habían alcanzado en una pierna. Al oír los disparos, Trix y Michael se habían arrojado al

suelo y se habían arrastrado hasta protegerse tras un enorme bloque de piedra, en el lado derecho de la sala.

Cox seguía disparando ráfagas hacia el punto desde el cual los habían atacado. Sólo le quedaba un cargador. No podría resistir mucho tiempo.

Desde la posición en la que se encontraba veía, a la derecha, a Trix y a Michael protegidos tras el bloque de piedra.

–¡Blade, recuperen la mochila y suban la escalera, aquí me encargo yo!

Trix asintió. Se quitó la mochila que llevaba y se la entregó a Michael.

–Michael, cuando te dé la señal corre hacia la escalera, yo te cubro.

–¿Y tú qué vas a hacer?

–Recupero la mochila de Mark y te sigo.

–Ten cuidado.

–Tú también.

Trix miró a Cox y le hizo un gesto con la cabeza. Empezaron a disparar.

–¡Ahora, Michael!

Michael salió del escondrijo y corrió agazapado hacia la escalera. Las balas silbaban a su alrededor y levantaban nubes de polvo y esquirlas cada vez que impactaban contra un bloque de piedra. Sin embargo, no consiguió llegar muy lejos: se vio obligado a arrojarse al suelo y protegerse tras un bloque de piedra, cerca del cuerpo de Mark. En mitad del estruendo de las ráfagas de los fusiles, oyó a Cox gritar:

–¡Granada!

Se agazapó tras la piedra y se tapó los oídos. La explosión retumbó en toda la sala. Varios cascotes cayeron del techo.

Durante varios instantes, las armas permanecieron en silencio. Trix había agotado las municiones del fusil, de modo que pasó a la pistola SIG Sauer P226 de doce balas y siguió disparando.

Michael aprovechó el momento: recorrió, con el cuerpo casi doblado por la mitad, los pocos metros que lo separaban del cadáver de Mark, recuperó el fusil M4 que estaba en el suelo a su lado y corrió hasta alcanzar la escalera, en la base del rostro de piedra.

Ya había disparado antes, pero nunca con un fusil de asalto. Sabía que tenía que estar atento al retroceso. Apoyó la culata en el hombro y, asomándose ligeramente tras el muro, empezó a disparar en dirección a la abertura desde la cual llegaban nuevamente disparos de arma de fuego.

Sin vacilar, pistola en mano, Trix abandonó su escondrijo: con el brazo derecho extendido lateralmente, disparaba también hacia la abertura, mientras corría en línea recta, lista para coger la mochila al vuelo.

Le quedaban ocho balas.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete: a cada paso un disparo, mientras los casquillos expulsados iban dejando tras ella una estela de latón.

Ocho: el clic que anunciaba que el cargador estaba vacío.

Trix dejó caer la pistola y se precipitó hacia delante. Dio una voltereta en el suelo, cogió la mochila con la mano izquierda y echó a correr hacia la escalinata.

Se produjo una tregua momentánea. Cox había alcanzado a uno de los enemigos, que cayó al suelo. No eran hombres verdes, sino militares vestidos de negro.

–¡Putos nazis!

El capitán tenía las ideas claras acerca de quiénes eran y no le daban miedo. Apoyándose en la piedra tras la cual se protegía, se arrodilló y procedió a vaciar el último cargador en dirección al fuego enemigo.

Trix, esquivando las balas perdidas, consiguió protegerse en la escalinata justo cuando Michael disparaba las últimas balas que le quedaban.

Aquél era el día de suerte de Trix, pero no de Cox.

Recibió un balazo en el hombro derecho. El impacto lo hizo dar media vuelta sobre sí mismo.

De repente, se vio en el suelo. Pero aquello aún no había acabado. No de aquella forma. Consiguió sentarse, con la espalda apoyada en la enorme piedra.

Sacó cuatro bombas de mano de los bolsillos de la chaqueta y las colocó a un lado. Luego le llegó el turno a un ladrillo de C-4, en el que introdujo un detonador.

A continuación, cogió el último puro que le quedaba, le cortó la punta con los dientes y lo encendió.

Le dio una calada.

Un hilo de humo azul se elevó en el aire, hacia la galaxia dibujada en el techo.

Se volvió hacia Trix, a quien veía protegida junto a la escalera, a su izquierda, y le dedicó una mueca.

Muy despacio, Trix se acercó una mano extendida de canto a la frente. El último saludo a su capitán, a quien había odiado con todas sus fuerzas.

Cox correspondió al saludo y luego, con los dientes, empezó a arrancar la espoleta a las bombas de mano. Una tras otra, las fue lanzando a su espalda.

Faltaban sesenta y cuatro minutos para la hora cero.

Mientras Michael y Trix subían la escalera, oyeron primero la detonación de las bombas y, enseguida, un fortísimo estruendo. El C-4 había provocado el desprendimiento de toda la bóveda de la sala.

67

Al llegar a lo alto de la escalera se quedaron inmóviles, como si estuvieran paralizados. Se hallaban en la balaustrada de piedra que recorría todo el perímetro de la pirámide de piedra negra.

La entidad que los papiros llamaban «el Rey del mundo» o «Grandes Antiguos» estaba allí, inmóvil en el aire del gran espacio vacío que ocupaba el centro de la pirámide. Habían llegado a la habitación del Rey. La luz y el zumbido procedían de allí, de una esfera azulada de casi diez metros de diámetro, en la que palpitaban destellos de luz blanca.

Parecía un híbrido entre un ser vivo y un planeta en miniatura recortado contra el fondo negro del cosmos. Y era como si aquella pirámide, que se alzaba en el corazón de un mundo encerrado en otro mundo, albergase en su interior el espacio para otro mundo más: la verdad de todas las cosas, que tenía forma de esfera perfecta. La luz que emitía era muy intensa e iluminaba las paredes de la pirámide, recubiertas de objetos parecidos a grandes tubos que se agrupaban, en la cima, en torno a un enorme disco. De ese disco emanaba un flujo de luz blanca unido con la esfera.

Lo que Michael y Trix vieron era algo para lo que no existían palabras, algo que la mente humana no era capaz de entender. Durante largos minutos, observaron sin decir nada aquel espectáculo admirable y aterrador. Pero, mientras observaban, la esfera pareció desaparecer: ya no era un objeto ante sus ojos, sino más bien algo que los envolvía en su luz. Y era como soñar y despertarse conservando en el ánimo las sensaciones provocadas por el sueño, pero sin posibilidad de evocar mentalmente la visión que tenían delante.

Se hubieran quedado allí inmóviles, envueltos en la luz de aquella cosa, de no haberlos despertado el ruido de unos pasos.

Dos sombras emergieron de la oscuridad, pistola en mano. La figura más esbelta avanzó.

La luz azul iluminó en ese momento su rostro. Sonrió.

Y entonces Michael escuchó la voz que había temido no volver a escuchar jamás.

–Te estaba esperando, Michael.

Ni rastro de crueldad o resentimiento en el tono: era la voz dulce de Alex. Michael la reconoció al momento y se sintió profundamente aturdido por las sensaciones contradictorias e irreconciliables que experimentó.

Sintió una alegría inmensa, casi como si hubiese encontrado una solución cuando ya todo parecía perdido. Como un náufrago en una isla desierta que, resignado finalmente a la soledad, un buen día avista un barco en el horizonte. Alex encarnaba para él esa clase de salvación. Quiso abrazarla, besarla, estrecharla de nuevo entre sus brazos. Pero, al mismo tiempo, sintió una desesperación absoluta. Porque también tenía la sensación de no haberla recuperado; es más, la había perdido para siempre, pero de una forma que ni siquiera había imaginado. En cierto modo, era como si ya lo supiera, por mucho que le costara aceptarlo. Hubiera deseado que no fuera más que una pesadilla: aquella mujer no podía ser la misma Alex que hacía *surf* en Huntington Beach, la mujer con la que quería casarse. Y, sin embargo, así era. Aquélla era la dura realidad que debía afrontar. Aquél era, para él, el verdadero fin del mundo; el fin de su mundo con Alex.

–Pero ¿qué diantre pasa, Alex?

–Ya sé lo que estás pensando, Michael. Y no sabes cuánto lo lamento. Pero las cosas no son tan sencillas. Yo no me llamo Alex, mi verdadero nombre es Chloe. Me acerqué a ti para tenderte una trampa. Sabíamos que los Guardianes no se ocuparían de nosotros,

pero temíamos que la NSA, con tu ayuda, nos pusiera palos en las ruedas. Por eso hice que la NSA sospechara de ti y empezara a perseguirte.

Michael apenas conseguía hablar.

–¿Por qué lo hiciste?

–Tenía una misión que llevar a cabo: el Otro Comienzo. Pero el hecho de que hayas llegado hasta aquí es una señal. Tú también, a tu modo, estás en contacto con los Grandes Antiguos. No oyes su voz, como yo o como Hess, pero tu vocación de filósofo te ha llevado a entrar en contacto con su Mente.

–Yo ya tengo mi mente, con eso me basta.

–No, Michael. Sólo es una ilusión. La que ves aquí es la única mente para todos los hombres que han existido, existen y existirán. Pero, desgraciadamente, la mayor parte de los hombres transcurren su vida sin pensar. Tú, en cambio, no. Tú eres diferente. Lo entendí cuando nos conocimos. Tú sabes elevarte hasta la Mente de los Grandes Antiguos y del Rey del mundo. Esto tan maravillo que ves aquí, para lo cual no tenemos palabras, es la Mente, es los Grandes Antiguos, es el Rey del mundo.

–Pero ¿de qué estás hablando?

–Se trata del último estadio de la evolución de un pueblo, los Grandes Antiguos, que llegó aquí hace miles de millones de años a través del agujero negro que tú también has visto. Una parte de ese pueblo, del cual descendemos, salió al mundo exterior, mientras que otra se quedó aquí y evolucionó hacia una dimensión puramente mental. Ahora que el sol negro está a punto de morir, la orden del Rey es que lo reactivemos para poder dar vida al Otro Comienzo del mundo en una nueva galaxia. Las actuales formas subdesarrolladas de vida que pueblan la superficie de la tierra, como la especie humana, perecerán. Pero la vida se regenerará. Michael, tú no eres como los demás. Tú puedes comprender lo que todo esto significa. Mira.

Alex señaló con un brazo el espacio situado en la base de la pirámide, iluminado por la esfera de luz.

De repente, Michael y Trix vieron a unos cincuenta hombres vestidos con monos negros como los que llevaban Alex y el hombre que la acompañaba. Estaban inmóviles, de pie, formando un círculo y tenían la mirada clavada en la gran esfera azul. El centro del círculo lo ocupaba un dispositivo parecido al que figuraba en la parte posterior de los papiros: era la máquina apocalíptica.

–¿Qué… significa? –balbució Michael.

–Significa que el momento del Otro Comienzo ha llegado. Nosotros no moriremos, sólo nos estamos preparando para un largo viaje hacia el Otro Comienzo. Y ahora, dejad las mochilas con las bombas.

Michael y Trix dejaron las mochilas en el suelo.

El hombre que estaba con Alex dio un paso al frente. Era Victor, el *Nous*, el líder de CR. Se acercó al borde de la balaustrada y, tras levantar el brazo en un ángulo de cuarenta y cinco grados con la mano extendida, en el típico saludo nazi, exclamó con voz profunda:

–*Sieg!*

La respuesta a aquel saludo fue atronadora y llegó acompañada de los brazos extendidos de los hombres que se hallaban al pie de la pirámide.

–*Heil!*

Casi enseguida, los hombres de CR retrocedieron hacia una serie de cápsulas abiertas, parecidas a féretros futuristas, colocadas en torno al perímetro de la pirámide. Se tendieron en las cápsulas, que se cerraron con un silbido. La esfera azul emitió un intenso resplandor, como si la hubieran alimentado con energía nueva.

–Allí reposan los dirigentes del Tercer Reich que consiguieron huir de Berlín en 1945, Hitler entre ellos. Y allí iremos nosotros dentro de poco, a la espera del Otro Comienzo. Hay un sitio para ti, Michael, ven con nosotros.

Trix se le acercó.

–Olvídalo, rubita nazi, ahora está conmigo.

Michael miró a Trix, sorprendido.

–No pongas esa cara, ya hablaremos luego. Tú preocúpate de no dejarte embaucar por la señorita Núremberg y sus discursos de nazi *new age* –añadió Trix.

–Ya basta. Desactivas esas bombas o empiezo por matar a uno de los dos –dijo Victor en tono perentorio.

Apuntó a Trix con su pistola. No era ningún farol, estaba dispuesto a disparar.

–A ver si me lo explicas, porque me gustaría entenderlo. ¿Tú crees que yo he venido hasta aquí para luego rendirme sólo porque un nazi me amenaza con matarme?

El *Nous* observó a Trix y luego sonrió. Después le entregó su pistola a Chloe.

–O sea, que no tienes miedo a morir. Muy valiente de tu parte. Pero supongo que serás sensible a los gritos de dolor que soltará tu novio cuando le arranque los ojos con mis propias manos.

Trix guardó silencio.

Victor se movió con una rapidez sorprendente. Giró las caderas y le dio un puñetazo a Michael en el plexo solar, cosa que lo dejó sin aliento. Luego lo agarró por el cuello y empezó a hundirle el pulgar en el ojo izquierdo. Michael apretó los dientes y gimió de dolor.

–¡Ya basta!

Trix se acercó con aire amenazador al *Nous*, haciendo caso omiso de la pistola con la que Chloe le estaba apuntando.

–Un paso más y le hago saltar el ojo de la órbita.

Trix, que hervía de rabia, se detuvo.

–Y ahora, sé buena chica y desactiva las bombas –dijo el *Nous*, mientras hacía una mueca y apretaba ligeramente la presión sobre el ojo de Michael, arrancándole un grito de dolor.

Trix vaciló durante otro instante y luego se rindió.

–Vale, vale, ganáis vosotros. Desactivaré las bombas.

–¡No lo hagas, Trix!

Michael apenas había terminado de pronunciar aquellas palabras cuando el *Nous* le propinó un puñetazo en los riñones.

Beatrix se volvió hacia las mochilas depositadas en el suelo, las abrió y empezó a desactivar las bombas.

Pocos minutos después, todavía acuclillada junto a las mochilas, levantó la mirada:

–Ya está, las bombas están desactivadas.

Victor se acercó para echar un vistazo a las bombas y vio que el temporizador seguía en marcha.

–¿Qué diantre estás diciendo? Las bombas aún están cebadas.

–Claro, yo me he limitado a quitarle el seguro a ésta.

Trix se puso en pie: en la mano izquierda llevaba una espoleta y, en la derecha, una bomba de mano lista para explotar.

El *Nous* se quedó inmóvil. Le indicó por señas a Chloe que bajara la pistola: si hubiera disparado, Beatrix habría soltado la palanca de seguridad, cosa que habría activado la bomba.

Victor observó a Trix a los ojos, como un jugador de póquer que intenta adivinar las intenciones de su adversario. Trix había puesto todas las cartas sobre la mesa…, pero existía la posibilidad de que no fuese más que un farol.

–¿Qué te propones hacer? Sabes muy bien que vosotros también moriríais –dijo Victor.

–Ya, pero a lo mejor hoy es un buen día para morir –replicó Trix mientras levantaba el pulgar.

Soltó la palanca de seguridad y la bomba, que explotaría al cabo de cinco segundos, se activó.

Lo había aprendido durante la instrucción en los SEALS: en situaciones de peligro y fuerte estrés, el cerebro ralentiza la percepción del tiempo. Así, tenemos la sensación de que todo se desarrolla mucho más despacio, como si viviéramos en cámara lenta. Y eso hace posible una respuesta más eficaz a la situación en la que nos encontramos.

Trix observó su dedo pulgar mientras lo apartaba de la palanca de seguridad. El discreto clic que activaba la bomba resonó en su

mente. Era un punto sin retorno. Se le aceleró el pulso cardiaco y empezó a contar mentalmente. Al llegar a cinco, la bomba explotaría.

Uno.

El *Nous*, tras un instante de incredulidad, empujó a Michael hacia delante, como si quisiera interponerlo entre él y la bomba. Luego dio media vuelta y echó a correr, al tiempo que gritaba el nombre de Chloe.

Dos.

Michael cayó al suelo de rodillas mientras Chloe, tras un momento de indecisión, seguía al *Nous*.

Tres.

Con un movimiento rápido de la muñeca derecha, Trix lanzó la bomba hacia el *Nous*, mientras con la mano izquierda cogía a Michael por un brazo para luego echar a correr en la dirección opuesta a la que había lanzado la bomba, hacia un recoveco de la pared.

Cuatro.

La bomba cayó al suelo, rebotó dos veces con un ligero sonido metálico y luego empezó a rodar por la balaustrada.

Cinco.

Trix y Michael se arrojaron al suelo, dentro del recoveco, mientras la explosión sacudía el corazón de la pirámide.

La bomba provocó el derrumbe de una parte de la pared y abrió en la balaustrada un amplio abismo que se tragó al *Nous*. Su cuerpo se estrelló, unos veinte metros más abajo, contra los féretros futuristas que debían garantizar la supervivencia a los miembros de CR.

Trix y Michael se pusieron en pie, aturdidos aún por la explosión. Por señas, se indicaron el uno al otro que estaban bien.

–¡Sólo nos quedan treinta y dos minutos, tenemos que encontrar la forma de salir! –gritó Trix.

El camino por el que habían llegado hasta allí resultaba impracticable y las aberturas que se veían al otro lado quedaban

fuera de su alcance debido a que una parte de la balaustrada se había hundido. Michael le indicó a Trix un pasadizo situado algo más adelante, en el lado derecho de la pirámide. Estaban a punto de dirigirse hacia allí cuando Michael oyó la voz de Alex, que pedía ayuda.

No vaciló. Volvió atrás y se la encontró prácticamente sepultada bajo los escombros que había provocado la explosión.

–No me dejes aquí, te lo suplico.

Michael se volvió hacia Trix, que resopló y se acercó a ayudarlo. Rescataron a Alex de entre los escombros. Tenía una pierna rota.

–Estamos atrapados, no hay más salidas –dijo, mientras Michael se la cargaba a la espalda.

–Si quieres te dejamos aquí, tesoro –le respondió Trix.

Michael la fulminó con la mirada antes de encaminarse a la abertura que habían descubierto poco antes. Una vez dentro, recorrieron un largo pasadizo que parecía no tener fin, hasta que vieron una luz.

–Date prisa, Michael, lo hemos conseguido. ¡Estamos fuera!

La euforia, sin embargo, no tardó en dar paso a una profunda decepción. Michael dejó en el suelo a la maltrecha Alex y se acercó a Trix, que estaba de pie algo más adelante. Se encontraban en una especie de terraza en el exterior de la pirámide, en el lado izquierdo. Seguía soplando un viento muy fuerte. Por aquella parte no había salida. Estaban a demasiada altura y las paredes exteriores, muy empinadas, no ofrecían salientes a los que agarrarse debido a los derrumbes. Si hubieran intentado bajar, se habrían estrellado contra el suelo.

Estaban atrapados.

–Volvamos atrás, Michael.

–Trix, mírame: no hay más salidas. Se acabó.

Silencio.

–Ya, se acabó –respondió ella.

Dejó vagar la mirada hasta el horizonte del mar interior. Se distinguía el *Nautilus II*, atracado en el puerto, pero era imposible llegar hasta allí.

–¡Ya no podemos hacer nada y vosotros lo habéis destruido todo, todo! –gritó Alex, tras ellos.

Trix se acercó y, sin decir nada, le dio una patada en la pierna rota. Alex aulló de dolor.

–¡Trix! ¿Te has vuelto loca? –exclamó Michael.

–Perdóname. Era mi último deseo antes de morir.

Se sentaron en el suelo, en la parte de la terraza que quedaba resguardada del viento. Sin hablar.

Fue Michael el primero en romper el silencio.

–¿Cuánto falta para la explosión?

–Veintiséis minutos aún.

En ese momento, Michael dirigió la mirada a lo alto, hacia el agujero negro que parecía contemplarlos con gesto amenazador. Y se dio cuenta de que tampoco le importaba tanto. El agujero negro, el origen del cosmos, el mundo subterráneo, la esfera de luz azul… En aquel preciso momento, a un paso de la muerte, sus pensamientos estaban en otra parte. Sonrió y miró a Beatrix.

–¿Qué es lo que has dicho antes? ¿Que estoy contigo?

–Lo has soñado.

–Lo has dicho.

–Vale, lo he dicho. Pero ahora ya forma parte del pasado. A nosotros ya no nos queda tiempo. Aunque me hubiera gustado que sí.

Michael se puso en pie y luego se sentó ante Trix. Así había sido la primera vez que se habían visto, en el supermercado de la isla de Santa Catalina. Un cruce fortuito de miradas. Michael tenía la sensación de que había transcurrido una vida entera.

De repente, oyeron una serie de pitidos, parecidos a un tono de móvil.

Trix hurgó en sus bolsillos y encontró el mando a distancia que les había entregado Cox junto con las armas, y que servía para

conectar con el ordenador de a bordo del *Nautilus II*. El monitor indicaba que el viento estaba amainando.

–¡El programa que ha creado Jenkins funciona! –exclamó Trix, mientras incorporaba datos frenéticamente en la pantalla.

–¿Qué estás haciendo? –le preguntó Michael.

Trix levantó una mano para indicarle que guardara silencio. Luego, transcurridos unos minutos, se puso en pie y se acercó al borde de la terraza, como si esperara algo. Y, cuando lo vio elevarse en el cielo, lanzó un grito de júbilo.

Fue entonces cuando Michael lo entendió. Tras conectarse al ordenador de a bordo, Trix había hecho despegar el *drone*. No se parecía a los *drones* utilizados en la guerra de guerrillas, que eran como aviones pero de dimensiones reducidas, sino que era un *drone* cuadricóptero, provisto de unas correas centrales para enganchar las bombas y cuatro brazos en cuyos vértices se situaban las hélices. Una especie de araña voladora.

Instantes después, Trix consiguió que el *drone* aterrizara en la terraza, tras lo cual aprovecharon las correas de enganche de las cabezas nucleares para descender hasta la base de la pirámide, utilizando el *drone* como si fuera una especie de parapente. Primero bajó Trix, luego le tocó a Alex y, por último, a Michael.

Llegaron al *Nautilus II* cuando sólo faltaban diez minutos para la explosión.

Salieron del puerto y Trix sumergió el batiscafo de inmediato: descenso en un ángulo de quince grados, velocidad treinta nudos.

Era imprescindible que llegaran a la vía antes de la explosión.

–Profundidad doscientos metros, tres minutos para la explosión –dijo Michael, bañado en sudor.

Trix aceleró el *Nautilus II* hasta los treinta y cinco nudos.

–Un minuto para la explosión, profundidad quinientos veinte metros.

Trix vio aparecer el oscuro abismo que era la vía. No podía sumergirse directamente, porque se habrían estrellado contra las rocas.

–Cincuenta segundos para la explosión.

Trix empezó a girar alrededor del abismo, siguiendo el flujo de la corriente. Pero era demasiado fuerte, tenía que aumentar la velocidad.

–Diez, nueve, ocho, siete, seis…

El *Nautilus II* alcanzó los cuarenta nudos.

–… cinco, cuatro, tres, dos…

Trix viró y se lanzó hacia la vía.

Estaban dentro.

Un segundo después, una luz cegadora iluminó el abismo.

68

Seguía nevando, cosa bastante rara por aquellas latitudes.

Miles de placas de hielo, recortadas en formas regulares, salpicaban el mar. A su paso, el buque rompehielos *Limit* de la marina militar estadounidense dejaba una estela de agua azul oscuro que se extendía a lo largo de kilómetros. Estaban saliendo del mar de Weddell, acompañados por un banco de orcas.

Arrebujado en su traje térmico, Michael contemplaba el horizonte y repasaba mentalmente las últimas imágenes de aquel viaje al corazón del abismo.

Cuando finalmente habían emergido, se habían encontrado ante un espectáculo inesperado.

El calor y la radiación de la explosión nuclear habían provocado el deshielo de la cúpula del lago Vostok, que había aflorado a la superficie y se había convertido en una enorme masa de agua en mitad de un desierto de hielo. Luego, ya sin energía para hacer funcionar los motores del *Nautilus II*, habían ido a la deriva casi durante un día y una noche enteros, hasta que la patrulla de búsqueda de la NSA los había rescatado y los había llevado, sanos y salvos, a bordo del buque rompehielos *Limit*.

–¿Crees que se recuperará?

La voz de Trix lo alejó de sus pensamientos. Se había apoyado en el parapeto cubierto de hielo, justo al lado de Michael. Le ofreció una taza de café hirviendo.

–Gracias, Trix, pero… ¿de quién hablas?

–De Eddie. Lo he visto muy abatido.

Michael se había alegrado de encontrar a Eddie esperándolo en el puente del *Limit*, junto a Olivia Kaplan. De no haber sido por él,

estarían muertos. Pero no había sido fácil hacerle entender que, como Trix había dicho, «Alex está en el bando de los malos».

Michael bebió un largo trago de café.

–Hará falta tiempo, hamburguesas y cerveza, pero saldrá adelante.

–¿Y qué te parece la propuesta de Kaplan?

–Tengo que pensarlo.

–Ya.

–Pero…

–¿Qué?

–Creo que no estaría mal. En el fondo, tú y yo juntos formamos un buen equipo. Como pareja de agentes de la NSA, tenemos alguna posibilidad.

–¡Sí, de que nos maten!

Michael sonrió.

Luego se volvió hacia Trix. Estaba a punto de decir algo cuando el sonido de varias trompetas, que salía a todo volumen de los altavoces, invadió el puente del rompehielos.

Michael y Trix se taparon con ambas manos los oídos. A pesar de tener las orejas ocultas bajo varias capas de lana, forro polar y tejido térmico, aquel sonido estridente había conseguido perforarles los tímpanos.

–Pero ¿qué diantre pasa? –dijo Trix, aunque su voz se perdió entre las trompetas.

La alarma, pensó Michael.

No era exacto.

Un momento después, las trompetas dieron paso a la Voz.

Pero no era la del Rey del mundo ni la de los Grandes Antiguos, no era la voz que había acosado la mente de Hess.

Era *The Voice*.

Frank Sinatra estaba cantando *Let It Snow*.

Oh, the weather outside is frightful,
But the fire is so delightful,

And since we've got no place to go,
Let it snow, let it snow, let it snow.

–Esto es cosa de Eddie. Es más grave de lo que creíamos, tiene que haberse vuelto loco –gritó Michael para hacerse oír.

It doesn't show signs of stopping,
And I brought some corn for popping;
The lights are turned way down low,
Let it snow, let it snow, let it snow.

–¡Espera! –Trix consultó el reloj de su iPhone–. ¡Pasa un minuto de la medianoche, no se ha vuelto loco! –dijo Trix.

–¿Qué?

–Michael, ¿sabes qué día es hoy?

–Pues la verdad…

The fire is slowly dying,
And, my dear, we're still good-bye-ing,
But as long as you love me so,
Let it snow, let it snow, let it snow.

Trix se acercó y le sonrió.

Era una sonrisa relajada, serena, que le iluminaba el rostro.

Una sonrisa que Michael no le había visto nunca.

Trix le echó los brazos al cuello y lo besó.

–Feliz Navidad, Michael.

NOTA DEL AUTOR

Ágrapha dógmata *(doctrinas no escritas) o doctrinas secretas de Platón.*

Ya desde Aristóteles se habla de las «doctrinas no escritas» de Platón, también llamadas «doctrinas secretas». Numenio de Apamea, filósofo del siglo II d. de C., escribió una obra titulada *Sobre las doctrinas secretas de Platón*, de la cual sólo se conserva un fragmento. Es muy poco lo que sabemos de esas doctrinas. Según diversos intérpretes, contemporáneos algunos de ellos, las doctrinas secretas de Platón representarían la verdadera filosofía de Platón, de la cual se ha intentado una reconstrucción a partir de fragmentos repartidos en varias obras de otros filósofos de la antigüedad. Es probable que esas doctrinas secretas se ocupasen del tema del origen e intentaran responder a la pregunta: ¿qué hay en el origen de todas las cosas? La respuesta que pongo en boca de Platón, es decir que en el origen está el abismo o la realidad del abismo absoluto, es una cita extraída del filósofo Slavoj Žižek (*Less than Nothing: Hegel and the Shadow of Dialectical Materialism*, Verso Books, 2012). Y, sin embargo, la hipótesis según la cual Platón sostiene en las doctrinas no escritas que en el origen está la díada indefinida, que no es otra cosa que una diferencia o abismo absoluto, es más que verosímil.

Viaje de Platón a Egipto

Desde la antigüedad, se habla repetidamente de un supuesto viaje de Platón a Egipto para visitar a los sacerdotes de Heliópolis, quienes habrían iniciado al padre de la filosofía en los secretos de la

sabiduría griega. Según Plutarco, por ejemplo, la filosofía de Platón no sería más que una reformulación de la teología egipcia.

Cuarto Reich

El Cuarto Reich, según algunos estudiosos, podría ser una red internacional formada por militares, banqueros, filósofos, médicos, ocultistas y agentes de los servicios secretos, que habría operado durante la posguerra en toda Europa y América, que podría haber consolidado la herencia del Tercer Reich y que se propone llevar a cabo un renacimiento (véase, por ejemplo, M. Dolcetta, *Gli spettri del Quarto Reich*, Bur, Milán, 2007).

Nazismo oculto

La historiografía contemporánea siempre ha insistido en que el nazismo mantenía un estrecho vínculo con el ocultismo, e incluso ha llegado a hablar de una «doctrina oculta del nazismo». Respecto a la relación entre sociedad secreta y nazismo, Gianfranco de Turris ha escrito: «Un aspecto de la cuestión es la posible existencia de una auténtica y verdadera doctrina oculta del nacionalsocialismo» (citado en G. Galli, *Hitler e il nazismo magico*, Bur, Milán, 2011, p. 130).

Teoría de la tierra hueca

Como demuestra Umberto Eco en su libro *Historia de las tierras y los lugares legendarios* (Lumen, 2013), desde la antigüedad existe la idea de un mundo subterráneo. Con la llegada de la modernidad, en cambio, nace la teoría de la tierra hueca, que ha tenido muchos seguidores: desde Edmond Halley, que defiende la tesis en su *Philosophical Transactions*, hasta el teólogo estadounidense Cotton Mather; desde el capitán estadounidense J. Cleves Symmes hasta algunos nazis, quienes sostenían una particular versión de dicha teoría. En la Academia de Ciencias Naturales de Filadelfia se conserva aún una reproducción en madera de la tierra hueca tal y como la describía hipotéticamente Symmes. Hoy en día, esa teoría

sigue teniendo mucha aceptación entre los partidarios de teorías pseudocientíficas.

El Programa de Desarrollo Antártico de la Marina Estadounidense

En 1946-1947, el almirante Richard Byrd, gran explorador polar, tomó parte en una expedición estadounidense a la Antártida denominada Programa de Desarrollo Antártico de la Marina Estadounidense, en la cual participaron cerca de cuatro mil setecientos hombres y trece buques. Como admite el propio Eco en su libro *Historia de las tierras y los lugares legendarios*, en un comunicado por radio de 1947 Byrd afirmó supuestamente que «la región situada más allá del polo es el centro de un gran territorio ignoto». *Beyond the pole* en inglés puede significar «más allá del polo», pero también «en el interior del polo». De ahí la leyenda según la cual Byrd encontró, durante un vuelo de exploración, la vía de acceso a la tierra hueca.

Lago subantártico Vostok

Es el mayor lago subglacial de la Antártida: cincuenta kilómetros de ancho, doscientos cincuenta de largo y mil metros de profundidad. Se encuentra a 3.768 metros bajo el casquete antártico pero presenta diversas anomalías. Tal y como publica también un artículo de *Repubblica*, con fecha 2 de junio de 2012, en algunas zonas del lago el agua alcanza una temperatura de 30 grados y la cuenca podría ser un auténtico y verdadero «endoplaneta», con fenómenos como tormentas y viento. Existe además otro dato, publicado también en *Repubblica* y en algunos periódicos estadounidenses: en la zona suroccidental del lago se ha descubierto una anomalía magnética muy fuerte, relacionada con la presencia de un elemento metálico de forma circular y gran diámetro en la base del lago. La Agencia de Seguridad Nacional ha establecido un perímetro para impedir todo acceso a la zona.

Gobierno estadounidense subterráneo

A partir de los años cincuenta, se construyeron en Estados Unidos búnkeres para albergar al gobierno del país en caso de ataque nuclear. Después de los años ochenta y con los ataques del 11 de septiembre, dichos búnkeres se han convertido en auténticas ciudades capaces de albergar al personal político, militar y civil necesario para garantizar la COG, la «continuidad del gobierno», en el caso de un ataque que acabe con el gobierno oficial de los Estados Unidos. El proyecto COG ha sido rebautizado en Estados Unidos como proyecto Apocalipsis. La mayor ciudad subterránea operativa de la actualidad es Mount Weather.

BREVE BIBLIOGRAFÍA

BERNAL, M., *Atenea negra: las raíces afroasiáticas de la civilización clásica*, Barcelona, Crítica, 1993.

BIRD, E., *Rudolf Hess, el prisionero de Spandau: la historia íntima de los treinta años de prisión del más solitario hombre del mundo*, Barcelona, Dopesa, 1974.

DE LUCA, F. (edición a cargo de), *Vita del reverendo padre Athanasius Kircher. Autobiografia*, Roma, La Lepre, 2010.

DOLCETTA, M., *Gli spettri del Quarto Reich. Le trame occulte del nazismo dal 1945 a oggi*, Milán, Bur, 2007.

ECO, U., *Historia de las tierras y los lugares legendarios*, Barcelona, Lumen, 2013.

GALLI, G., *Hitler e il nazismo magico. Le componenti esoteriche del Reich millenario*, Milán, Bur, 2011.

GODWIN, J., *Mito polar*, Girona, Atalanta, 2009.

GUÉNON, R., *El rey del mundo*, Barcelona, Paidós Ibérica, 2002.

LEVENDA, P., *Unholy Alliance: A History of Nazi Involvement with the Occult*, Bloomsbury Academic, 2002.

MARRONE, C., *I geroglifici fantastici di Athanasius Kircher*, Viterbo, Stampa Alternativa & Graffiti, 2002.

PAUWELS, L., BERGIER, J., *El retorno de los brujos*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2007.

PLATÓN, *Dottrine non scritte*, edición a cargo de G. Reale y M. Richard, Milán, Bompiani, 2008, 2 vols. (en español, puede consultarse la edición de ARANA MARCOS, J.R., *Platón, doctrinas no escritas: antología*, Universidad del País Vasco, 1998).

PLUTARCO, *Isis y Osiris*, Palma de Mallorca, José J. Olañeta, 2007.

REALE, G., *Platón en búsqueda de la sabiduría secreta*, Barcelona, Herder, 2001.

ROSE, L., *Assault on Eternity. Richard E. Byrd and the Exploration of Antarctica*, 1946-47, Annapolis MD, Naval Institute Press, 1980.

SCHWARZWALLER, W., *Rudolf Hess. The Last Nazi*, Bethesda, National Press, 1988.

AGRADECIMIENTOS

Doy las gracias a Fabrizio Cocco, mi editor, por el obstinado cuidado con que ha revisado cada palabra de este libro para así mejorarlo. A Cristina Palomba y Luigi Spagnol, que fueron los primeros en apoyarme. A Giuseppe Strazzeri, que me creyó y me acogió en Longanesi. A Stefano Tettamanti, mi agente: sin él, mis libros se quedarían en el cajón. A Antonio Moro por su valiosa revisión. A Francesca Coraglia por un folleto precioso. A Gaia y Bonus, que llevan años escuchando argumentos. A Tommaso Bertolotti, que es el Dios de los detalles. A Walter Lapini, por las consultas sobre griego antiguo. A Oscar Ricci, por sus consejos. A Mimma Scaranello, por sus valiosas observaciones. A Magiù Viardo, por la lectura. A Mattia y Fede, por el apoyo. A Anna, Enzo, Gianni, Monica, Piero, Roberta y Sante, por sus ánimos.

Y mi agradecimiento especial a Niki, Claudio y Gianna, que siempre están ahí.

Notas

* NSA: siglas en inglés de National Security Agency, la Agencia de Seguridad Nacional. *(Nota de la traductora.)*

** En español en el original. *(Nota de la traductora.)*

*** Agencia de Inteligencia de la Defensa. *(Nota de la traductora.)*

ÍNDICE

Prólogo

PRIMERA PARTE
Ágrapha dógmata

SEGUNDA PARTE
Hieroglyphica

TERCERA PARTE
Mundus subterraneus

CUARTA PARTE
Polos Antarktikos

Nota del autor

Breve bibliografía

Agradecimientos